

Vicki Baum



**LA
CARRERA
DE
DORIS HART**

Lectulandia

En «La carrera de Doris Hart», Vicki Baum, autora de «Gran Hotel» y tantas otras famosas novelas, describe con rasgos magistrales la atormentada vida de una joven inmigrante alemana en Nueva York que, venciendo una por una las dificultades que encontró en su paso, llegó a ser una de las más famosas cantantes de Opera de su época.

Lectulandia

Vicki Baum

La carrera de Doris Hart

ePub r1.0

Titivillus 21.04.14

Título original: Die Karriere der Doris Hart
Vicki Baum, 1936
Traducción: J. Romero de Tejada

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

Lo primero que llamó la atención de Juddy fue la estatuilla. Era pequeña, no media más de doce pulgadas y Raphaelson no la había colocado en el mejor sitio. Juddy retrocedió dos pasos, como había visto hacer a los entendidos. Pero la estatuilla no le resultó más comprensible. Juddy buscó en el catálogo de los «Rechazados», compuesto por tres hojas escritas a máquina.

*Número 27. Basil Nemiroff.
«Estudio».*

Juddy suspiró. Era Imposible pronunciar aquel nombre, y el título no le aclaraba nada. Hundió la barbilla en el cuello de su abrigo de pieles, aspiró su perfume con una sensación de bienestar y acarició tímidamente los estrafalarios cubos y semiesferas que constituían el «Estudio». Esto le produjo una grata impresión, pero inmediatamente se dio cuenta de que lo que estaba haciendo no era muy correcto y volvió a meter las manos en su manguito. Después, llamó a su marido.

Franklin O. Bryant se hallaba en el otro extremo de la pequeña galería en la que exponían los «Rechazados», hablando con Vanderfelt, el abogado. Parecía menos somnoliento que de costumbre. No oyó la primera llamada de Juddy y esta tuvo que acercarse a él y llevarlo ante la obra.

—Franklin, aquí hay una cosa completamente idiota que me gustaría tener —dijo con decisión.

Franklin movió la cabeza y echó a andar de mala gana.

Su primera Impresión ante la obra de Nemiroff fue de desagrado. Se quitó el cigarrillo de la boca, murmuró algo ininteligible y se llevó otra vez el cigarrillo a los labios. Juddy sintió un escalofrío de indignación. Desde hacía un par de meses le enfurecía la indolencia de Franklin en sus observaciones, movimientos y reacciones.

—Lo mismo se decía de Picasso y de... Van Gogh y de todos los impresionistas y hoy se cotizan sus obras a precios fabulosos —dijo con un tono impertinente y sin convicción.

La retina de Franklin se inmutó ligeramente al oír hablar de dinero.

—Si pudieras explicarme lo que significa eso..., —murmuró.

—Es... es un «Estudio».

—¿Y en qué posición está? ¿Es un animal? ¿Un hombre? ¿O una hortaliza cubista?

Juddy miró a su alrededor como buscando apoyo. Raphaelson no tardó en acercarse y se detuvo cerca de la discutida estatuita que, con todas sus medias esferas y figuras cúbicas, parecía encogerse cuanto más la miraban.

—Este «Estudio» es un retrato, el retrato de una dama —explicó, solícito—. No

tiene igual por la disposición de sus planos, ¿verdad, señora Bryant? Es una de las pocas esculturas que tiene realmente las tres dimensiones. La mayoría de los escultores trabajan solo en dos dimensiones. Es decir, se preocupan siempre de un lado que es por donde hay que ver la obra y descuidan los otros. Pero esta puede mirarse por todos sus lados. ¡Y qué partido saca de las sombras! Veo que también a usted le ha impresionado, señora Bryant.

Cuando Raphaelson agotó su elocuencia, Juddy empezó a aburrirse. La estatua, con todos sus planos, dimensiones y sombras y el conjunto de la confusa exposición de los «Rechazados», aquella multitud de caras inconexas, manchas de color y jeroglíficos flotando sobre las telas, que le habían entretenido unos minutos antes, le parecían ahora aburridos y sin sustancia. Juddy con frecuencia sufría estas crisis de vacío que nada podía llenar, como si todas las cosas con las que iba rellenando su vida fuesen solo un serrín que se escurría sin esperanzas por un agujero invisible.

—Esta estatua puede adquirirse por cien dólares —dijo Raphaelson—. ¡Es un verdadero regalo! Dentro de un par de años, cuando Nemiroff sea famoso, valdrá muchísimo más.

Bryant se estremeció al imaginar aquella estatua en su casa.

—Mi mujer es una *snob* —dijo—. Me lleva a las exposiciones que no me gustan. Amuebla la casa con sillas en las que uno no puede sentarse. Ha hecho empotrar irnos acuarios en las ventanas y ahora, a través de los peces tropicales, es imposible ver el jardín. Me obliga a comprar cosas que me desagradan. Y me...

—Esta no la compraré —afirmó Juddy de pronto.

—¡Cómo! —exclamaron Bryant y Raphaelson, igualmente sorprendidos.

—No. Me parece demasiado pequeña. Me gustaría la misma estatua, pero de tamaño natural. La colocaría en el césped, al final del jardín. Es precisamente lo que siempre ha faltado en ese sitio. Vista desde la terraza, con el agua al fondo...

Se dio cuenta de que iba acalorándose y súbitamente se acordó de que el escritor Ernest Long, a quien conocía desde hacía una semana, había fantaseado a propósito de una figura irreal de mujer sobre el césped del jardín. Y la figura que tenía delante no podía ser más irreal.

—Esto es —afirmó con decisión y con un movimiento de cabeza—. Me gustaría una figura de mujer de tamaño natural para colocarla en el jardín. ¿Cree usted que ese Nemiroff o como se llame, sería capaz de hacerla? Franklin se retorció las manos.

—¡La figura de una mujer! —exclamó—. Y colocarla en el césped al final del jardín... Pero ¿quieres convencerme de que ese espantajo se parece en algo a una mujer? ¡Y la quieres de tamaño natural!

—Desde el punto de vista del arte es una mujer —contestó Juddy, malhumorada—. Demasiado sabemos de dónde sacas tus ideas sobre la mujer. Y permíteme que te diga que la «Revista Zlegfeld» no ha influido muy favorablemente en tu gusto estético. No me vas a exigir que coloque una estatua de la señorita Cater en el jardín, aunque no me extrañaría nada...

A Franklin le faltaba aire. No había defensa contra los razonamientos de su mujer. De sobra sabía de donde extraía sus argumentos teñidos de literatura.

—Te ruego que dejes tranquila a la señorita Cater. Mil veces te he dicho que la conocí muy de paso y que no me interesa su amistad. Pero te aseguro que esas chicas de las revistas tienen más corazón, más calor y más..., más, en fin, que tú, con todos tus intelectuales y tus Eraest Long o quien quiera que sean tus amigos, los que vienen a mi casa atraídos por el *whisky* caro que beben y nada más.

Los dos se increpaban con palabras sibilantes por encima de la pequeña estatua. Pálidos de cólera, se hacían los más duros e ignominiosos reproches. La circunstancia insignificante de que a Juddy le gustase el cubismo mientras que a Franklin le resultaba insoportable, si es que podía, otorgársele un criterio en cosas de arte, bastaba para ponerlos frente a frente con ánimo hostil. Raphaelson se escabulló tan alarmado como discreto. A pesar de todo, el marido le era más soportable que la mujer, porque al menos no se las daba de entendido como lo hacía ella.

La pequeña estatua era malísima. Raphaelson no lo ponía en duda. Y Nemiroff, un majadero. Raphael son entendía de arte. Había sido dueño de un modesto hotel en el Village^[1] y había oído más discusiones sobre arte que la mayoría de estudiantes, profesores y académicos. Había asistido al nacimiento de unas tendencias y al sepelio de otras. Interiormente prefería a los exuberante pintores de la época barroca, los Rubens, los Jordaens. Al viejo Bryant, hombre muy entendido en lo referente a ganar mucho dinero con malos ferrocarriles, le había facilitado la adquisición de un Jordaens auténtico y dos Franz Hals casi auténticos para el comedor. Raphaelson miraba entonces a Bryant hijo por el rabillo del ojo. Su cara, aun en medio de la exasperación, era de una cierta blandura sin dejar de tener semejanza con la de su padre, pero en este todo recordaba el bronce, el acero, cualquier material duro y resistente, mientras que el hijo parecía hecho de una materia esponjosa. Cogió la estatuilla y la dejó de nuevo malhumorado. Desde todas partes, las locas figuras de los cuadros de los «Rechazados» contemplaban la disputa del matrimonio.

Junto a unas figuras en yeso que llevaban por título *knockout*^[2] y que representaba dos luchadores muy flacos y de aspecto lastimoso, el abogado Vanderfelt se hallaba al acecho. Se había dado cuenta de todo lo que sucedía. Flotaba en el aire un divorcio; su olfato no le engañaba. Pero aquello no le sorprendía; hacía meses que había empezado a reunir material, tanto contra la mujer como contra el marido. Más adelante ya vería a cuál de los dos le convenía defender. El abogado respiró profundamente el aire que olía un poco a pintura al óleo. En último término, lo más ventajoso para él sería tomar partido por el viejo Bryant y apoyarle en cuanto se le metiese en la cabeza la idea de remendar di edificio de aquel hogar que se desmoronaba.

—Es usted muy fanática, Juddy —dijo con amabilidad cuando se acercó a él la pareja. Franklin encendió otro cigarrillo, no por deseo de fumar, sino porque era algo en que entretenerse. El leve aroma de violetas del cuello de Juddy había empezado a

disiparse—. No podrá usted convencerme de que una coma, una raya y un signo de dólar pueden dar por resultado un fiel retrato de Morgan, el millonario.

—Gracias —contestó Juddy—. También Franklin acaba de piropearme llamándome *snob*. Pero yo opino que un *snob* es algo más que una persona que solo tiene dinero.

—¿Qué hacemos con el «Estudio»? —preguntó Raphaelson, recobrando la esperanza.

—Gracias, no —dijo Juddy, ya cerca de la puerta. Pero, de pronto, las paredes con todas sus telas y sus esculturas se le cayeran encima como si el vértigo se hubiese apoderado de ella. Se cogió de la manga del abrigo de Franklin—. Mi marido quisiera tener las señas de ese Manuroff o como se llame. ¿Verdad, Franklin?

—Sí —murmuró el aludido, débilmente.

Unas diminutas gotas de sudor le molestaban ocultas bajo el bigote. Judy volvía a sacar a relucir la historia de la señorita Cater. Y él no podía decirle que ya no había nada entre ellos desde que la había sorprendido con el director del teatro. Mientras Raphaelson anotaba las señas que le pedían. Bryant permaneció con una expresión estúpida. «¡Ojalá se me perdiera!», pensó, al meterse en el bolsillo del gabán el papel con las señas que le dio Raphaelson.

Bajo el temprano crepúsculo de una tarde de febrero, el coche de Franklin O. Bryant se detuvo en la esquina de la Segunda Avenida y la calle Cincuenta y Seis. Se bajó sin prisa, echó una mirada a su alrededor y comenzó a silbar. Se hallaba en el barrio del Este, a pocas manzanas de la grata exuberancia, de la Quinta Avenida. Aún se veía algún brocado en el escaparate de una tienda, las fresas tempranas, los vestidos de primavera para los que iban a Florida y Honolulu. Se respiraba un olor de humo de cocina y de pobreza; las casas eran estrechas, y delante de ellas los niños jugaban bajo el crepúsculo... Pasó delante de una humilde casa de comidas, en cuyo mostrador se veían manzanas al horno y embutidos de Hamburgo, junto a la inscripción de: «Solo cinco centavos».

Bryant consultó a la luz de un farol el papel, estrujado por él, en el que Raphaelson, hacía un par de semanas, había anotado las señas del escultor. El número estaba borroso. Exhaló un profundo suspiro.

El hecho de que estuviera allí para preparar la sorpresa a su mujer era uno de tantos pormenores que denotaban su condición de derrotado en la vida. Se puso un cigarrillo en la boca y entró en la casa.

Del estrecho portal arrancaba una escalerilla empinada. Todavía no habían encendido la luz y Bryant tuvo que valerse de una cerilla para distinguir los nombres de los buzones de la correspondencia. Nemiroff. El nombre parecía bolchevique. Franklin Bryant no pudo disimularse a sí mismo que aquel Nemiroff le intimidaba un poco. Piso cuarto. En el segundo, un taller de sastrería; la puerta estaba abierta y

llegaba hasta el rellano de la escalera el olor de una plancha caliente sobre el paño húmedo. Más arriba se oía una voz de soprano, una voz cascada, que se hizo más patente cuando Bryan llegó al tercero; era el aria de una ópera que no estaba en armonía con el ambiente. Comenzó a subir el tramo siguiente para llegar al cuarto piso, como si estuviese escalando una montaña. En la casi oscuridad estuvo a punto de chocar con dos cuerpos que ni siquiera intentaron separarse. «Después iré al Bob para quitarme esta impresión», pensó Bryant. El «Bob» era un establecimiento de la calle Cincuenta y Nueve que se había puesto de moda pocos meses antes, al mismo tiempo que la falda corta.

Cuando llegó al cuarto piso, Bryant necesitó un par de minutos para orientarse en medio de un laberinto de puertas. Por fin salió a un pasillo y se encontró con unos escalones que le llevaron a una puerta vidriera tras de la que colgaba un paño a modo de cortina. Llamó.

—Adelante —contestó desde el interior una voz grave e indiferente. Y Bryant entró.

Lo primero que vio fue una mujer sin prenda de ropa alguna, de pie sobre una caja y con el brazo rígido extendido hacia delante. Una bombilla eléctrica, deslumbradora, pendiente de un alambre, colgaba sobre la mujer. Bryant había visto lámparas de aquel tipo en los camarines de los teatros de género lírico, pero no sobre mujeres como aquella. Tenía un cuerpo joven y magnífico. En medio de tanta desnudez, la cara parecía vestida. Por lo demás, no era muy bella. Bryant pestañeó, como deslumbrado. La mujer no se inmutó; no hizo más que mover las pupilas hacia donde él estaba y mirarlo de soslayo. Bryant, de pronto, se había quedado sin respiración; inmediatamente después se sintió indignado. Nunca se había encontrado en una situación tan embarazosa.

—¡Eh! —exclamó en tono brusco y pugnando por contenerse. Y carraspeó.

Entonces el hombre a quien ocultaba una masa de barro gris humedecido, se volvió hacia Bryant con una sonrisa medio expectante y medio burlona.

—¿Tengo el gusto de hablar con el señor Nemiroff? —preguntó, aturdido.

—Ese gusto tiene usted —contestó el escultor. Y se echó a reír de buen talante.

Bryant levantó rápidamente los ojos hacia la modelo, que no hizo el menor movimiento.

—Me llamo Bryant. Mi mujer ha hecho que me fijase en su obra —comenzó Franklin. «Si al menos me quitara de delante a esa mujer...», se dijo interiormente, poseído de pánico. Nemiroff movió la cabeza. Se produjo una pausa—. Se trata de la estatua que tiene usted expuesta en la «Galería Raphaelson» —balbuceó Bryant y no pudo continuar.

—¡Ahí! —exclamó Nemiroff.

«Si al menos se moviera... ¡Qué raro!», pensó Bryant.

—La rompí. ¡Era una porquería! —explicó Nemiroff, mientras con el pulgar añadía dos gruños de barro a la estatua que tenía delante.

—¡Qué lástima! Pensaba hacerle un encargo —dijo Bryant—. Una figura de tamaño natural para nuestro jardín. Una idea de mi mujer.

—Hemos acabado, Doroschka —dijo Nemiroff. La joven cogió pausadamente un chal de Cachemira, de un rojo marchito, que había sobre la caja y cubrió a medias su desnudez, al mismo tiempo que se disponía a bajar. El escultor, con un ademán de antigua cortesía, le ayudó como a una reina que baja de su caballo—. El señor Bryant, Doroschka. La señorita Hart, señor Bryant —añadió, con un ceremonial un poco incongruente.

Bryant no tenía la menor idea de cómo se debía tratar a una mujer después de verla como él la vio antes de que se la presentaran.

—No creía que usted necesitase modelos —dijo—. Me imaginaba que cosas como las suyas eran pura invención.

—La señorita Hart me hace el honor de servirme de modelo para un par de estudios de retrato; no sabría por dónde empezar sin ella —explicó el escultor.

A Bryant le aturdía aquella ceremoniosa conducta. «Tal vez sea una señora de la alta sociedad», pensaba escandalizado. No faltaba el apellido Hart en el *Social Register*. Se inclinó.

—¿Preparo el té? —preguntó la joven.

—Si haces el favor... —contestó Nemiroff.

La joven anudó estrechamente el chal por debajo de los brazos y, descalza, se acercó a un rincón en el cual había un fogoncito de gas junto a un gran *samovar*^[3] ruso. Tenía la voz velada y hablaba con marcado acento. No así el escultor, pero su voz era rusa y también lo era su sonrisa. Como él sonreía el camarero jefe del «Savarin» que, según se decía, era un gran duque.

—Siéntese usted —dijo Nemiroff—. Tomará una taza de té con nosotros.

Bryant dirigió una mirada a su alrededor, pero no encontró un mueble apto para sentarse. En sus ojos se reflejó una expresión de sobresalto cuando Nemiroff quitó una prenda de abrigo que estaba sobre una cama de metal, se sentó en ella y, después, con la punta del pie levantó una mesita y la acercó. Bryant, estupefacto, fijó la mirada en la modelo que acababa de quitar de una taza un coquetón ramo de narcisos. Después de lavar esta, la dejó en la mesa. Al darse cuenta de la mirada de Bryant se echó a reír.

—No se preocupe de Basil —dijo—. Hoy le da por imitar al príncipe Puckler, el que ha escrito esas cartas tan preciosas, ¿sabe usted?

¡Solo le faltaba esto a Bryant! Contemplaba atónito las manos del escultor, grises de barro y sus ojos risueños y burlones.

—La señorita Hart no ha querido decir que yo esté loco; únicamente procuro hacerme la existencia menos monótona al transformarme en distintas personas de diferentes épocas. La semana pasada fui Napoleón en Elba. Muy divertido. Ayer fui esa viejecita que vende manzanas en la esquina de la Segunda Avenida. Es muy instructivo. Vale la pena de que usted lo pruebe, señor.

—He de hablar de nuestro asunto —dijo Bryant con firmeza. Ya no soportaba más—. Quiero dar una sorpresa a mi mujer con esa estatua ampliada a tamaño natural.

Nemiroff lo miró con silencioso reproche. Era dudoso que le hubiese entendido. Pero la joven, con el *samovar* en las manos, fijó en Bryant su mirada tensa de expectación.

—¡Basil! —murmuró con tono suplicante.

—De tamaño natural. Bien, bien. ¿De piedra? —preguntó Nemiroff de pronto—. ¿Querrá usted que sea de piedra? Si consigo realizarla ha de ser en piedra... Es decir, si usted está dispuesto a pagarla. La piedra es cara.

—¿Podía usted darme una idea del coste? —preguntó Bryant indeciso.

No era más que el hijo de Bryant y en los negocios no tenía la fama de su padre. Pero como buen hijo de su padre, el manejo del dinero era cosa familiar para él.

—Ya sabe usted cómo hacían sus figuras los egipcios: las esculpían directamente en la roca. Nada de juguetes de barro ni de yeso. ¿Y él viejo Miguel Ángel? También trabajaba con el martillo sobre la piedra. Por eso al «Moisés» le falta la parte posterior del cráneo; le faltó piedra.

El escultor prorrumpió en su risa habitual; cogió el *samovar* de manos de la joven y llenó las tazas de Wa^[4] un té caliente y de color castaño oscuro. Bryant se rebeló, después de haber tomado el primer sorbo. Todo aquello era insensato. Perdía la paciencia.

—¿Cuánto costaría y qué tiempo tardaría usted en hacerla? —preguntó.

—¡Ahí! —exclamó Nemiroff—. Las estatuas no se hacen en serie. Déjeme usted el tiempo necesario para dar con la piedra y págume. Después, todo se andará. Tal vez encuentre la piedra esta misma mañana, tal vez tarde un año. Ante todo, necesito ver el jardín en donde van a colocar la estatua y a la señora en cuyo obsequio quiere que la ejecute. Después podré decir si acepto el encargo.

—Permítame... —comenzó Bryant alterado—. Permítame usted...

—¿Tiene usted por casualidad un perro? —preguntó el escultor—. ¿Sí? ¿Lo confiaría a un desconocido? Pues bien, una estatua vale más que un perro.

—Óigame, de momento, le dejo mis señas. Tengo que marcharme —concluyó Bryant malhumoradamente.

Se puso de pie haciendo crujir la cama. Ya no soportaba más. Dejó su tarjeta sobre la mesa, saludó a la joven con una breve inclinación de cabeza y se dispuso a salir. Solo Juddy era capaz de poner a un hombre sensato en semejante situación.

De pronto, la señorita Hart se acercó a Bryant y, con ademán expresivo, apoyó las manos sobre su pecho, como para retenerle.

—Usted no conoce a Basil —dijo con su voz velada—. Está fuera de sí de alegría al saber que podrá esculpir en piedra. Nunca ha tenido dinero suficiente para adquirir un bloque de piedra. Está perdiendo facultades con el barro y el yeso. Pero, más adelante, lo conocerá usted mejor.

Su mirada suplicante se fijó por un momento en Bryant y dejó resbalar las manos a lo largo del cuerpo.

—¡Por el amor de Dios! No divulgues nuestros asuntos familiares, Doroschka — murmuró el escultor desde el fondo de la habitación.

Otra vez se hallaba tras su montón de barro con un pedazo en la mano.

—He tenido mucho gusto en conocerle —dijo Bryant extemporáneamente y se dio a la fuga. Desistió de coger el sombrero; bastantes tenía en su casa. Solo deseaba encontrarse en la calle. Una luz empañada iluminaba entonces la escalera y en el tercer piso seguían cantando.

—Al «Bob», Perkins —dijo a su chófer.

Se recostó, sintiendo alivio, y cerró los ojos. Aquella visita le había alterado los nervios y entonces se dio cuenta de que ni cerrando los ojos podía descansar. Seguía viendo a aquella mujer; la veía inclinarse y coger el chal. Su imagen volvía a él una y otra vez, como cuando en sueños se cae siempre en el mismo sitio. «Estoy durmiendo», pensó Bryant. Abrió los ojos. Vio la ancha espalda de irlandés de Perkins que, en actitud de fiel servidor, estaba inclinado sobre el volante. Llegaron al cruce de la Quinta Avenida y la calle Cincuenta y Ocho. Barullo, luces, una hilera de coches... la joven había apoyado sus manos contra su pecho y aún le parecía experimentar el calor de aquellas manos debajo de su chaleco.

En el «Bob», el bar estaba lleno y el comedor vacío. Bryant se abrió paso distraídamente entre muchos conocidos; era la hora del cóctel. Vio a su padre junto a la mesita con el café y la copa de coñac. El viejo Bryant levantó la mano y le gritó algo. Se acercó a él.

—¿Qué me decías, papá? —preguntó.

—Nada. Te dije: ¡Hola, hijo! —contestó Bryant. Aunque en los círculos de la juventud le llamaban «el viejo Bryant», no pasaba de los cincuenta y cuatro años. Su aspecto era el de un trabajador de fábrica y tenía el pelo gris como el estaño—. ¿Cómo está Juddy? —preguntó.

—Muy bien, gracias —contestó Franklin.

—¿Le has convencido en lo del viaje a Europa?

—Lo estoy intentando. Quiero darle una sorpresa con un regalo.

—Date una vuelta por la subasta de Conner. Te vez te convenga algo.

—No. Juddy se ha encaprichado de una locura.

—Dásela —dijo el viejo Bryant impasible—. Dásela, muchacho.

«A las mujeres hay que comprarles lo que quieran —pensaba interiormente—. Cuanto más decentes, más caras». Tenía un arsenal de experiencia y consideraba los regalos como el resorte más eficaz en toda clase de relaciones con una mujer.

Bryant hijo, apoyado en el mostrador, bebió apresuradamente un *Old-fashioned*^[5] y después otro. No creía haber conocido en su vida a una persona tan antipática como aquel escultor y su modelo o lo que fuese aquella señorita Hart. Se reanimó y pidió una tercera copa.

«También podría volver por mi sombrero», pensó de pronto. Esta idea le proporcionó un gran alivio. Se abrió paso entre los conocidos, algunos de los cuales le dieron palmadas en la espalda.

—No olvides que mañana comes con nosotros —dijo a su padre.

A la mesa del viejo Bryant estaba sentada entonces una señora joven, recién casada, la nuera del banquero Shugers. Él no hizo más que mover su gruesa mano en un ademán de saludo y Bryant hijo traspuso la puerta, y ordenó a Perkins:

—Otra vez a la calle Cincuenta y Seis. He olvidado el sombrero —añadió al notar en la faz impasible del chófer, algo que le hurgó la conciencia.

—Adelante —gritó el escultor cuando Bryant llamó, por segunda vez aquella tarde, a la puerta vidriera del taller.

Dios sabe lo que esperaba Bryant. Lo cierto era que sufrió una decepción al ver otra vez a la señorita Hart en traje de calle, con un abrigo sencillo y el rostro adocenado asomando debajo de un simple sombrero de fieltro. Tenía las manos metidas en los bolsillos del abrigo y poca cosa resaltaba de su figura. Miró a Bryant con sorpresa.

—He olvidado el sombrero —dijo él, sin perder tiempo y casi bruscamente.

Nemiroff se estaba secando las manos; el pelo que antes le caía sobre la frente, apareció entonces húmedo y liso peinado hacia atrás. Hasta entonces, Bryant no se había hecho cargo de la habitación y de su ocupante. Era como si hubiese estado ciego mientras la señorita Hart estuvo sobre el cajón. El taller no era un verdadero taller sino una habitación de medianas dimensiones con un amplio ventanal. Olía a gas y el aspecto general era poco acogedor, excepto el rinconcito del fogón en donde habían tomado el té y donde podían verse de nuevo los narcisos colocados en una taza. Nemiroff se acercó con el sombrero de Bryant en la mano y dijo con perfecta cortesía.

—Lamento que haya tenido que subir otra vez los cuatro pisos. Descanse un rato. Podríamos hablar con calma del asunto.

—Tengo prisa y he de marcharme —dijo la señorita Hart.

Bryant no habría podido decir si era una señora excéntrica de la buena sociedad o una modelo profesional. Solo a una de estas suposiciones podía llegarse después de haber visto su desvergonzada conducta.

—¿Tiene usted el coche abajo? —preguntó Bryant.

—No —contestó ella, poniéndose los guantes—. Voy a coger el tranvía L, que me deja en la calle Ochenta y Seis.

—Empieza a nevar. ¿Quiere usted que la acompañe? —preguntó Bryant y le admiraron sus palabras.

—Con mucho gusto. ¡Magnífico! —contestó ella.

El mismo Nemiroff pareció encantado. Se acercó a la joven, se inclinó y la besó la mano. Bryant solo lo había visto en el teatro o entre los *gigolós*^[6] de la Rivière esta demostración de cortesía.

—Dejaré la luz encendida —dijo Nemiroff. Bryant no se había fijado hasta entonces en la estatua—. Que se diviertan —añadió.

Un instante después Bryant bajaba la angosta escalera junto a la joven. En el tercer piso seguían cantando; entonces eran tenues arpegios. La señorita Hart se paró un rato para escuchar.

—Es la Salvatori —murmuró con gran respeto—. Ha cantado con Caruso y con Bonci.

A Bryant aquellas notas le parecieron atroces.

—¿Entiende usted de música? —preguntó, solo por decir algo.

—No lo bastante, por desgracia. Pero no importa. Canto. Algún día llegaré a ser Una cantante famosa —dijo con su voz velada.

—¡Tiene usted mucha seguridad! —murmuró Bryant, sorprendido por aquella actitud.

Entonces se dio cuenta de que no era una dama de la buena sociedad, sino una de esas criaturas de la bohemia, un poco loca.

—Sí. La Salvatori me da lecciones. Ella descubrió mi voz y no se ha equivocado nunca.

—Vamos —dijo Bryant y empujó el codo de la joven con la palma de la mano para hacerla subir al coche.

Perkins puso su cara de ciego, como si algo vedado se tramase a sus espaldas. Bryant parecía mal humorado. La presencia de la joven no le entusiasmaba. Si no la hubiese visto como modelo, su cara insignificante no le habría llamado la atención y entonces no se daba cuenta de que deseaba sentir otra vez la presión de sus manos sobre su pecho.

—¡Qué delicioso que me lleve usted! Ahora podremos hablar —dijo, arrellanándose en su asiento—. Voy a hacerlo con toda franqueza: Basil no ha recibido nunca un encargo y naturalmente no ha sabido cómo reaccionar. Pero usted tendrá una obra prodigiosa. Es un genio. No vaya usted a creer que es lo que las señoras americanas llaman un genio. Él lo es de verdad.

Bryant oía, como ausente, la voz ronca y el acento duro.

Le molestaba que aquella mujer hablase con tono altanero. Pero tal vez tuviera razón. La misma Juddy descubría un genio cada semana.

—¿No es usted americana? —preguntó.

—No; soy alemana.

«¡Dios mío! ¡Solo faltaba esto!», pensó Bryant desagradablemente impresionado. Perteneecía a la época de la germanofobia y no había perdido el resabio, aun cuando los alemanes habían tenido una buena Prensa desde que acabó la guerra.

—La vida no ha sido muy amable con nosotros los alemanes —dijo de pronto la joven como si hubiese leído sus pensamientos—. No pueden ustedes imaginarse lo que pasamos durante la guerra y nadie puede elegir el lugar de su nacimiento.

Bryant no soportaba que las personas se pusiesen serías en las conversaciones.

Alarmado, le ofreció un cigarrillo.

—Me está prohibido a causa de la voz, pero me gusta con pasión fumar —dijo.

Bryant observó la avidez con que se tragaba el humo.

—¿Adónde quiere que la lleve? —preguntó.

—Al restaurante «Schumacher», calle Ochenta y Seis.

—¿No preferiría cenar conmigo en otro sitio? —preguntó Bryant La noche perdería todo su aliciente para él, cuando aquella joven descendiera de su coche.

—No voy a cenar allí. Soy la camarera del restaurante —dijo.

Había terminado el cigarrillo. Bryant respiró ávidamente. Las mujeres que había tratado hasta entonces, o actuaban en los escenarios o deambulaban por Park Avenue. Nunca se había imaginado que tuviesen otros medios de ganarse la vida que la semidesnudez y mover las piernas.

—Modelo de día y camarera por la noche. ¿Qué tiempo le queda para divertirse? —preguntó. Como solo era camarera, la conversación de Bryant se ajustó a los cauces de costumbre. La joven se quedó con la boca abierta y volvió a cerrarla sin contestarle—. ¿Sabe usted lo que pensaba en el taller? Que a mí también me gustaría ser escultor.

—¿De veras? ¿Y por qué? —preguntó ella.

La miró en los ojos.

—Ya puede usted imaginárselo —dijo.

Y, cuando se hubo atrevido a decir esto, se sintió arrastrado, viento en popa, por un mar proceloso.

—Ya estoy acostumbrada a escuchar cosas parecidas. Si tuviese una sensibilidad muy delicada tendría que servir en el restaurante «Schumacher» con traje de buzo.

Bryant no pudo contener la risa y ella le hizo coro.

—¿Encargará usted la escultura a Basil? —preguntó sin más dilaciones al verlo satisfecho.

Él se encogió de hombros.

—Depende de varias circunstancias. —A él le pareció una respuesta muy ladina. Ella lo miró cara a cara y él se dio cuenta de que sus ojos no eran como él los habría deseado. En Bryant, a los veintiséis años, se repetía ese fenómeno de sentir, más que ver, el relajamiento de su propio rostro—. Dígame usted: ¿ese escultor es su amigo? —preguntó sin rodeos.

—Sí, somos amigos. Nos ayudamos recíprocamente todo lo que podemos. Es un hombre extraordinario.

—No es eso lo que yo quería decir, sino...

—Gracias. Comprendo muy bien el inglés. No, no hay nada de lo que usted ha querido decir. Somos amigos sinceros. Pero ¿qué tiene que ver lo que usted pregunta con el hecho de hacerle o no el encargo a Basil? —dijo la joven.

«¡Mujeres! —pensó Bryant deprimido— ¡qué lengua tienen!».

Se acordó de la señorita Cater, ya olvidada, de su mujer, y entonces de aquella

nueva aparición. Sus ojos centellearon.

El coche se detuvo ante el restaurante «Schumacher», cuyo letrero daba a entender que era al mismo tiempo un club para jugadores de bolos. La turbamulta de la democracia de Jarkville se apiñaba alrededor del coche. No era aquel un ambiente apropiado para la figura de la señorita Hart, pese a su acento extranjero y a la declaración mi poco amarga de su origen alemán. Bryant hizo ademán de retenerla, cogiéndola por el abrigo cuando se disponía a descender del coche.

—Gracias. Y hágame el favor de encargarme la estatua a Basil —dijo ella.

—¿Dónde podré verla otro día? —preguntó Bryant en voz tan alta que el mismo Perkins perdió durante un segundo su actitud impasible.

Ella no contestó. Al parecer no le oyó. Desde la ancha acera llena de transeúntes le dirigió una última mirada y desapareció por la puerta del restaurante Schumacher, por la que llegaba hasta el coche de Bryant el olor de cebolla frita y de carne ahumada.

II

Doris había mentido al asegurar a Bryant que entre ella y Basil no existía más que una amistad desinteresada. Era la amante de Nemiroff. Es decir, había sido su amante por espacio de dos horas. Pero al parecer, todo había terminado. Con la misma rapidez que empezó, aquello se había desvanecido, dejándola en el dolor y la perplejidad. Ella vivía en la misma casa de vecindad que él, lavaba su ropa, zurcía sus calcetines y le preparaba el té. Le servía de modelo para sus enigmáticas figuras que no tenían la menor semejanza con ella ni con ningún ser humano. Esperaba que él volviese a cogerla entre sus brazos. Pero él la mantenía a distancia.

Nemiroff estaba echado en su cama de hierro y ella sentada en una silla cerca de él, cosía unos botones. Hacía frío en el taller porque Basil no tenía dinero para hacer funcionar el aparato automático del gas. Cuando ella le apartó cuidadosamente el mechón de pelo para ver si dormía, él le cogió la mano, la miró como hubiese mirado cualquier objeto más o menos interesante y, como un objeto, la dejó caer de nuevo sobre su labor. Doris exhaló un leve suspiro sin que ella misma se diese cuenta.

—¿Y entonces...? —preguntó Basil al cabo de un rato.

Había transcurrido una hora sin que pronunciase palabra. Doris no conocía otra persona que pudiera callar mejor durante tanto tiempo. Intentó proseguir lo que había estado contando antes de aquel silencio.

—Entonces, precisamente, murió mi padre —dijo con un tono que resultó seco—. Una congestión pulmonar. Cinco días.

Mordió el hilo y se puso a coser otro botón. Antes de que Basil volviese a hablar transcurrió un buen rato.

—¿Y después...? —volvió a preguntar.

—Después... Lo de siempre. De pronto, nos encontramos sin dinero y con deudas. Los clientes de mi padre no le pagaban. Cuando un médico se muere nadie le paga. Nos embargaron la casa. Era una casa pequeña. Mi madre me sacó de la escuela sin saber qué hacer. Mi padre la había tenido como en un escaparate y llega un día en que esto se paga caro. Tenía una hermana en Nueva York que constantemente le escribía cartas fabulosas de lo bien que estaba. Reunimos el poco dinero que nos quedaba y, ¡para América! ¡Tenías que haber visto a mi madre! ¡Qué excitación! La jaula del canario, el papagayo... Nuestro equipaje eran dieciséis bultos. Mi madre llevaba el viejo cajón del pan debajo del brazo. No sé cómo pudimos llegar. Después nos encontramos en Nueva York. Nosotros procedíamos de Bingsheim, una ciudad de doce mil habitantes. ¿Te imaginas lo que nos pareció Nueva York?

Basil se volvió hacia ella con un ademán afirmativo.

Sí, se lo imaginaba.

—Sufrimos un gran desengaño —murmuró pensativamente—. ¿Sabes a lo que había llegado mi tía? Pues a cocinera. Servía a un solterón que se casó de la noche a la mañana y ella se quedó sin casa. Lo de las cartas era fanfarronería. Ya sabes cómo

se comportan los que se vienen a América. No hacen más que ponderar a los suyos lo bien que les van las cosas. Exactamente lo mismo que hago yo. ¿Tú crees que escribiría nunca a mi abuelo que estoy de camarera en el restaurante «Schumacher»? Sería un golpe mortal para el viejo consejero del reino. ¡Que el diablo se lleve a los hijos de buena familia! Preferiría haber nacido en los barrios más humildes; todo me iría mejor. A Dios gracias, mi madre no tardó en morir, porque ya no podía más.

Basil fijó en ella una mirada penetrante. «Toda ella es angulosa y recia —pensó—. Con indiferencia y sin ambages da gracias a Dios por la muerte de su madre». Pero otras veces le parecía un cristal que iba a quebrarse al más débil contacto. Se levantó y se apartó de ella.

—Ponte a contra luz, por favor —dijo, mientras quitaba el puño húmedo que cubría el último esbozo que estaba haciendo.

Doris cruzó las manos. Era la primera vez que Basil la interrogaba sobre el pasado y ella le había abierto el corazón. Dios sabe qué esperanzas se forjó con ese relato de su infancia y de sus luchas. Sintió, naturalmente, un desahogo y también un poco de consuelo porque esperó que le reconocieran, aunque fuese de paso, el valor que había desplegado al tratar de abrirse camino en la espesura de la ciudad homicida. Pero al ver que todo caía en el vacío, se levantó y se acercó a la plataforma sobre la que se imaginó que transcurría la mayor parte de su existencia. Con un ademán instintivo comenzó a quitarse el jersey por la cabeza.

—No —dijo Basil—. Solo necesito la línea.

Doris se colocó en la postura que él le había indicado el día anterior. Se alegró de no quitarse el jersey por el frío que hacía en el taller. Había momentos en que sentía un hambre loca de ternuras. Su padre la había besado algunas veces. Desde entonces nadie más lo había hecho. Sentía profundamente la infelicidad y el ansia de calor y de cariño.

—¿Estoy bien así? —preguntó.

Basil contestó con un ademán. Se echó un poco hacia atrás, dirigió a aquel montón esquemático de barro una mirada penetrante, casi de odio, y, después se precipitó sobre él y comenzó a luchar con la materia.

—¿Has sido boxeador? —preguntó ella riendo.

No podía evitarlo; sus movimientos de lucha la llenaban siempre de una felicidad inexplicable y radiante.

—Sí —contestó él inesperadamente, cuando ella ya había olvidado la pregunta. Sus respuestas llegaban siempre retardadas, como la luz de otra estrella—. Todavía me dejo romper la cara cuando paso apuros económicos.

—¿Y qué más has hecho? —preguntó Doris—. Me gustaría saber algo de ti.

—No tiene interés. Soy uno de los cuatro emigrados rusos que no tienen la pretensión de haber sido grandes duques. Mi padre era algo así como periodista. También debí de tener madre, pero no me acuerdo. No recuerdo nada que se refiera a Rusia. Mi padre pasaba temporadas en la cárcel y entonces yo vivía en casa de su

hermana; Finalmente se marchó de Rusia. No sé si como fugitivo. Estuve durmiendo durante el trayecto y después en el tren. Pasamos algún tiempo en Constantinopla y me di cuenta de que era una carga muy pesada para mi padre. Comenzó a pegarme y un día me escapé. Me colé en un barco que iba a Marsella y, después fui a París. Lo cómico del caso era que yo ignoraba mi edad. Supuse que podía tener unos dieciocho años y viví como pude. Fue entonces cuando empecé a boxear y esporádicamente a pintar. Después, ingresé en La Legión Extranjera. Cinco años de grandes batidas en Marruecos. Luego, mi padre salió otra vez a flote, no sé por dónde, y me dio mis papeles. Por ello se puso en claro que cuando había creído tener dieciocho años solo tenía trece. Hice lo inimaginable para no hundirme y pinté cuadros horribles. Pero el golpe de audacia lo recibí al ver por primera vez una escultura de Arzman. Me convertí en su discípulo. Corrí tras él en América. Para mí era como el Mesías. Necesité años para convencerme de que sus esculturas eran descabelladas. Este fue el golpe más rudo de mi vida. El resto, muy vulgar... La cabeza más a la izquierda, por favor.

Doris, que lo estaba mirando, volvió la cabeza de mala gana. Por primera vez había hablado de sí mismo, con cierto desdén, como si se tratase de una vida ajena y sin importancia, pero con una cohesión que no solía emplear en sus conversaciones.

—La escultura es sin duda lo único que te importa —murmuró ella con súbita congoja.

—Naturalmente —contestó él.

—¿No es una lástima que nos veamos obligados a hablar siempre en inglés y ninguno de los dos en nuestro propio idioma? —dijo Doris un poco después.

—*Milaja, dorogaja devotschka* —murmuró el escultor sin levantar los ojos de su obra.

—¿Qué significa eso? —preguntó Doris con curiosidad.

Esta vez él la miró un buen rato antes de responder.

Sonreía descaradamente.

—Abuelita, estás borracha; esto es lo que significa.

Se produjo una pausa. Los pensamientos de Doris vagaban sin rumbo lejos de Basil, para volver nuevamente a él. Mientras trabajaba, amasando diminutas esferas que luego aplicaba aquí y allá con un movimiento rápido, había bajado los ojos hasta el punto de que parecía estar durmiendo.

—¿De cuántos hombres te has enamorado? —preguntó de pronto a Doris.

La joven tuvo que recobrar aliento antes de responder.

—Adivínalo tú mismo —dijo.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintitrés —contestó, un poco molesta, pues ya se lo había dicho tres veces.

Él pareció echar cuentas.

—Veintitrés. Pobre y sola en Nueva York. ¿Cuatro? ¿Cinco? ¿Seis? —dijo como titubeando.

Doris sintió el frío de la cólera.

—Fuiste el octavo —le arrojó a la cara.

El escultor parecía sordo. Ella hizo un esfuerzo para no llorar. No había posibilidad de explicarle que él había sido el primero y el único. Necesitaba una voluntad enorme para estar constantemente junto a él y disimular el amor que por él sentía. Esto, a veces le ocasionaba una fatiga que casi le impedía caminar. Y por las noches, en el restaurante «Schumacher», mientras servía las fuentes con la carne asada, las costillas en salazón, las morcillas con ensalada, se imaginaba un sin fin de escenas y diálogos. Entre el humo de los cigarros y el susurro de las conversaciones, sus pensamientos iban hacia aquel Basil abstraído y orgulloso. Y le decía que no podían seguir así y que era preciso, una de dos: o separarse o vivir como dos personas que se aman de verdad.

Aunque los años pasados en Nueva York la habían templado y endurecido, su imaginación vivía aún con las ideas que imperaban en la pequeña ciudad alemana. Dos enamorados eran un ser doble que F por las noches se sentaban en los bancos, cogidos de la mano; uno de los cuales vivía del reposo y de la felicidad del otro. Pero con Basil no existía la comprensión mutua; era como vivir en la soledad más fría.

—¿Qué haces? —preguntó el escultor, sobresaltado al verla abandonar la plataforma y acercarse a él.

La intención de Doris era la de echarle los brazos al cuello y besarlo, pero no se atrevió más que a murmurar amedrentada:

—He tenido como un vértigo —y volvió a su sitio.

Casi simultáneamente se oyó detrás de la cortina de la vidriera algo parecido a una tormenta.

—*Ecco la donna*^[7] —dijo Basil sin levantar los ojos.

Un segundo golpe hizo estremecer la puerta, que se entreabrió y entonces entró arrolladora una masa femenina: la Salvatori.

—Hija mía —gritó en el momento de entrar—. ¿Cómo puedes resistir en esta nevera? La muerte es lo que aquí vas a encontrar. Y tu voz... ¿Crees que la voz puede resistir estas pruebas? —Toda su corpulenta humanidad se dirigió a Doris. Se metió rápidamente la mano en su chaqueta de lana y sacó una sustancia negruzca. Doris abrió dócilmente la boca y comenzó a mascar las ciruelas pasas—. Bonci el famoso tenor de cine del ochocientos, debía, según parece, el brillo de su voz única y exclusivamente al consumo de estas ciruelas. —Basil la observaba con las cejas muy enarcadas. La Salvatori prosiguió aludiéndole directamente entonces—: Está usted echando a perder a este ángel. —Levantó los brazos en alto, con un ademán teatral—. Está usted agotando a este ángel y no le da nada a cambio. ¡Basta por hoy! Ahora mismo me llevo a esta criatura para continuar las lecciones. No podemos perder tiempo. El año que viene Doris ha de cantar en el Metropolitan, tan cierto como estoy aquí. Vámonos, hija —concluyó, obligándola a bajar de la plataforma.

Doris, preocupada, miró a Basil, pues sabía que la Salvatori y el escultor se

odiaban y que acabarían por estrujarla entre los dos. Pero Basil comenzó a tapar su obra con el paño mojado. Estos ademanes recordaban siempre a Doris el modo que tenía su padre de cubrir todas las noches la jaula del canario. Sus movimientos reflejaban precaución y ternura. A veces Doris envidiaba al barro; tenía como celos de aquella materia.

—¡Magnífico! —dijo finalmente el escultor—, precisamente tenía que ir a Long Island. Si usted no hubiese tenido la amabilidad de importunarnos se me habría olvidado.

—¿Qué tienes que hacer en Long Island? —preguntó Doris, muy sorprendida.

Por toda respuesta Basil sacó del bolsillo una carta arrugada y se la dio a Doris. Mientras esta leía, la Salvatori recorrió impaciente con los ojos las paredes del taller y se lamentó, moviendo la cabeza, de lo absurdo de los dibujos someramente clavados en ellas.

La carta que Doris leía con ojos cada vez más abiertos era de* Juddy Bryant que, con giros presuntuosos y enormes caracteres de letra recta, invitaba al señor Nemiroff para que acudiera el día 4 de marzo al mediodía a Gread Neck con el fin de que, accediendo a su deseo, tuviese ocasión de conocerla a ella y el emplazamiento que destinaban a la estatua.

—Basil —dijo Doris, casi sin aliento por la sorpresa—, no me habías dicho nada de esta carta.

—Hemos tenido cosas más importantes de que hablar —contestó él, haciendo caso omiso del reproche.

Doris le conocía lo bastante para comprender que estaba mintiendo, A ella le molestaba verse excluida de sus planes. Sabía de sobra lo que el encargo significaba para el escultor.

—Ya te he cosido los botones de la camisa blanca —dijo rápidamente—. Ponte el traje castaño. —Este era un consejo inútil, puesto que Nemiroff, aparte del viejo pantalón y el jersey que llevaba puesto, no tenía otro traje. La misma Doris se dio cuenta del nerviosismo que la impulsaba a ir de un lado a otro del taller como una gallina alborotada y se echó a reír—. ¿No podías presentarte en casa de esos señores como un lord Byron o como el príncipe de Gales en lugar de parecer un Trotsky? —preguntó riéndose y viendo al mismo tiempo con asombro que Basil empezaba ya a transformarse.

—Te equivocas —dijo inmediatamente y se pasó la mano por la cara como para quitarse una careta—. No tienes idea de lo que es un *snob*. La dama de Long Island se muere por la bohemia. —Sacudió la cabeza e hizo caer el mechón de pelo sobre el frente—. Me hurgaré los dientes con la uña del dedo meñique y me encargarán la estatua —afirmó con júbilo.

Impaciente, la Salvatori lo había presenciado todo.

—¿Tiene algún proyecto importante el joven? —preguntó a Doris. Y sin más preámbulos, dirigió hacia él su mirada grave y escupió tres veces por encima de su

hombro—. ¡Ea! —dijo satisfecha—. Ahora puedes dejarlo ir tranquilo, hija.
Cogió a Doris de la mano y la sacó del taller.

III

En el taller de Basil era el 4 de marzo de 1927. Un piso más abajo, en el cuchitril de la Salvatori, reinaba el año 1890. Una confusión de coronas resacas, lazos, retratos descoloridos de descoloridas celebridades, llenaba las paredes. Había un piano junto a la ventana que luchaba con una cortina de terciopelo por un poco de luz. En el umbral se tropezaba con una herradura puesta a propósito porque la Salvatori era supersticiosa como un salvaje. Proporcionaba asiento, en medio de la habitación, algo parecido a un grupo de setas. Un papagayo disecado, cuyo nombre era «Carlota», colgaba entre las hojas de una palmera artificial. Era extraordinario que una mujer de la corpulencia de la Salvatori pudiese ser dueña de sus movimientos en medio de la profusión de cosas que había en aquella habitación.

Doris, con la voz ronca desde hacía una semana. Ella sintió la garganta aún más reseca y rebelde cuando entró en aquel piso que parecía conservar el polvo de los tiempos en que la Salvatori perdió la voz. La cantante se deshizo maquinalmente de los zapatos y se quitó un par de horquillas de su mata de pelo negro y espeso. Su color favorito en los vestidos era el purpúreo y, sentada al piano, parecía un viejo cardenal grueso y malhumorado. Atacó la nota más baja de la escala y Doris abrió dócilmente la boca y empezó a cantar.

Siempre había tenido una voz agradable y le había gustado el canto, porque nada le era tan fácil y espontáneo como cantar, hasta el día en que la Salvatori la descubrió. Desde aquel día desgraciado el canto se había convertido para ella en algo terriblemente laborioso, en algo que era superior a sus fuerzas y que odiaba cada vez más. Su misma voz, aquella voz fácil y agradable, se había escondido en los arcanos de su pecho y no reaparecía.

Doris cerró los ojos. La Salvatori también tenía los ojos cerrados en una tensa concentración. Doris intentó dar de sí todo lo que se le exigía. Llenó de aire el diafragma, redondeó la boca, tendió la garganta y, para comprobar el efecto, apoyó la palma de su mano en el vientre. Entonces el sonido tenía que salir sencillamente con el aliento, pero no ocurrió así.

La Salvatori amonestaba a su discípula con los extravagantes términos profesionales de los maestros de canto.

—Tu aliento es un pértiga de acero donde se apoya el sonido —le decía—. Imagínate que una pértiga de acero llega verticalmente a tu garganta y no desafinarás.

Doris se imaginaba aquella horrible pértiga de acero en su garganta y no daba con el sonido.

—El aire es un chorro de agua —decía la Salvatori—. Es como un surtidor. En lo alto se balancea una bolita redonda; eso es el tono. ¡Hay que apoyar! —gritaba—. ¡Apoyar, apoyar más hacia delante, más alto, aún más hacia delante, más arriba!

Todas estas órdenes las daba en italiano, pues uno y de sus principios profesionales era el uso exclusivo del italiano en su hogar. Según ella, el italiano era

el único idioma del mundo; todo lo demás era sencillamente berrear y nadie podía ser cantante si no dominaba esa lengua. A Doris le había costado bastante aprender el inglés americano. Después de cuatro años en Nueva York aún cometía algunas faltas. Y ahora tenía la complicación del italiano por culpa de su maestra de canto.

—*Scusi, signora, scusi*^[8] —murmuró de mala gana.

Sus mejillas ardían y sentía la garganta áspera e inflamada. La Salvatori sudaba descaradamente. En su piso repleto había siempre una excesiva calefacción. Con ademán dramático se quitó su traje cardenalicio y colocó la mano de Doris sobre la ancha superficie de su estómago. La joven experimentó con asombro y cierta repulsión cómo aquella superficie se iba hinchando de aire y empezaba a vibrar mientras la Salvatori emitía tres notas, altas, fuertes y prolongadas.

A las escalas siguieron los ejercicios de solfeo y a estos una *canzone*^[9] con texto italiano. Pero al llegar a ella Doris ya no sabía lo que hacía. Sus pensamientos estaban muy lejos del canto; iban detrás de Basil. Le seguían a la estación de Pensilvania y, después, en el tren abarrotado. Como no le había visto salir no sabía si representárselo con sombrero y abrigo o sin ellos. Se preocupaba de él como si fuese un niño. Pero su fantasía no pudo imaginarse a Basil en presencia de la señora Juddy Bryant.

—¿Estaría sentado al borde de la silla, balanceando una taza de té? «¡Qué ridiculez!», pensó Doris. Lo vio arrellanado en una poltrona con las piernas apoyadas sobre la mesa. De pronto, sintió celos de la señora Bryant. «*O, caro mió...*»^[10], cantaba, pero sin darse cuenta de lo que estaba cantando.

—¡Bravo! —gritó la Salvatori dando media vuelta con el asiento rechinante del taburete—. ¡Por fin! ¡Bien! ¡Muy bien! ¡Bravísimo! Otra vez. El bis no resultó.

—No puedo más —gimió Doris, que sentía materialmente en su garganta la imposibilidad de emitir ni una sola nota.

La Salvatori no la increpó como ella esperaba. Se quedó inmóvil, mirándola como fascinada. Después comenzó a abrocharse el vestido y los zapatos.

—Hijita —dijo, después como queriéndola sugestionar y, por un raro capricho, en inglés—. Hijita, contéstame sinceramente. ¿Estás convencida de que llegarás a ser una verdadera cantante?

—No lo sé, señora —murmuró Doris, intimidada—. Cada vez lo hago peor. En mi país, en Alemania, cuando iba a la escuela era capaz de llegar a la H. Ahora no llego a la A.

—Hijita —dijo la Salvatori—, te enseño gratis, lo que significa que creo firmemente en él. Pero no ignoro que hay algo que te está perjudicando y es ese hombre, ese maldito escultor. Acaba con él, dile que por la puerta se va a la calle. Se te romperá el corazón, ya lo sé, pero tienes que hacerlo. ¿Sabes lo que me dijo una vez el gran Chiman? «Salvatori —me dijo—, nadie llega a dominar un ejercicio de circo sin romperse, antes los huesos. Nadie llegará a la cumbre de la ópera sin haber sabido contrariar su corazón».

—Pero yo... —Doris quiso interrumpir a la Salvatori, pues se sentía avergonzada cada vez que la buena mujer se sentía más dramática que de costumbre. Pero la vieja cantante no se dejó interrumpir.

—Otra cosa que te perjudica es el trabajo que realizas. El humo, los vapores de la cocina, dormir poco, la vulgaridad del ambiente... No, hija mía; conviene que dejes todo esto. Llegarás a ser una cantante notabilísima y pagarás con creces a la vieja Salvatori lo que ha hecho por ti.

Doris sabía por experiencia que las razones de sentido común no hacían mella en la Salvatori. Sin embargo, arriesgó, algo cohibida, una pregunta:

—¿De qué voy a vivir, señora?

La Salvatori hizo un ademán magnánimo.

—¿De qué viven otras artistas jóvenes en esta ciudad? ¿De que vivía yo, cuando era joven? Y todas las demás, la Toscana, la Bossi, la Giottina... Lo que se necesita es talento porque un protector siempre se encuentra. Eres joven y bastante bonita, hija mía.

Doris contestó a la insinuación con el mismo sentido común que le había inspirado la primera pregunta.

—Tal vez le parezca ridículo, señora, pero eso, sencillamente, no puedo hacerlo.

La Salvatori se quedó un rato pensativa y la miró fijamente. Después se encogió de hombros y volvió la cara al piano.

—Vamos a probar otra vez la *canzone*.

Doris, como acosada, miró la hora en su reloj de pulsera. Casi había oscurecido y la espalda de la Salvatori destacaba su silueta, mientras su rostro enérgico era como una mancha blanca del crepúsculo.

—No dispongo de más tiempo —murmuró Doris, rehaciéndose. No lograba nunca dominar el miedo a la Salvatori, que quería hacer de ella una cantante por fuerza.

La profesora hinchó las aletas de la nariz y, al expeler ruidosamente el aire, emitió un enérgico y despectivo:

—¡Uf! *Schweinebraten*^[11] —añadió con desprecio—. *Sauerkraut...*^[12]. Yo no te obligaré a cantar, hija mía. Eso no.

Cuando Doris, disponiéndose a salir, dirigió a la maestra una mirada de gratitud esta le lanzó una ofensa más:

—*For la cuoca*^[13]! —y para remacharla, gritó en inglés—: ¡Tu sitio está en la cocina!

Doris, sin contestar a los insultos, le dio las gracias y desapareció. Una vez en la escalera, pudo respirar a gusto. Carraspeó y tosió un poco. Después subió corriendo al taller de Basil.

Disponía de un poco de tiempo antes de entrar en el restaurante «Schumacher». Si tan rápidamente había abandonado la clase de canto era por el irresistible deseo de estar sola en el taller de Basil un par de minutos antes de ponerse su uniforme y servir

la comida a la turbamulta de ciudadanos hambrientos. El taller de Basil, aun hallándose desmantelado, era para ella algo parecido a un hogar. El único que poseía desde que había salido de Alemania. Entró. La puerta vidriera no se cerraba nunca. Encendió la luz y curioseó en la habitación.

Algunas veces Basil dejaba un papelito; cuatro palabras de saludo, un encargo o simplemente una de sus locas ocurrencias. Inconscientemente, mientras estuvo cantando había tenido la ilusión de encontrar algo. Pero no halló ningún papel escrito. Se acercó a la cama de hierro y permaneció unos instantes a su alrededor, buscando. Nunca le había parecido que Basil estuviese tan lejos como en aquel momento.

Y volvió a sentir celos. Lo veía en la casa de los millonarios, hablando con una dama. Como todos los enamorados, Doris no podía imaginar que alguien conociese al ser amado sin enamorarse de él.

Apartó la colcha y se echó un rato. Creyó que esto bastaría para desahogar su llanto contenido. Habría llorado de buena gana porque eran muchas las cosas no expresadas que llevaba dentro de sí que le secaban el alma y la abrasaban. Pero ni apoyando la cabeza sobre la almohada de Basil, ni conteniendo el aliento para descubrir un aroma, un recuerdo, llegaron las lágrimas. Ni aun esforzándose un poco pudo llorar. Terminó burlándose de sí misma y empezó a ir de un lado a otro por el taller para ordenarlo un poco. Basil dejaba siempre un caos detrás de sí. Volvió a fijar los ojos en el reloj de pulsera.

Y entonces pensó: «Al fin, soy feliz. Un amor desgraciado es preferible a vivir sin él». Se acordó del vacío absoluto de su vida antes de conocer a Basil. Entonces era la plenitud en todo su apogeo.

Arrancó la primera hoja de un cuaderno y escribió:

«He cerrado la ventana. Buenas noches. Encontrarás el queso en el balcón».

Vaciló mi instante y añadió estas palabras:

«Si quieres que suba, deja la luz encendida». Después las releyó. El rubor encendió su rostro y tachó lo último. Acto seguido, apagó la luz y se dirigió al restaurante «Schumacher».

IV

El «Schumacher» era un local alargado, con algunas separaciones y un par de mesitas en el centro. Imperaba en él el gusto alemán reinante en el ochenta: botijos de piedra en los rebordes de las paredes, cabezas de ciervo, máximas en letras góticas. El humo de los cigarros gravitaba sobre el artesonado y aunque la cerveza estaba prohibida, se percibía su olor.

Algo cohibido por la ruindad del ambiente, Bryant buscó un sitio. Los concurrentes parecían conocerse entre sí y se dio cuenta de las miradas de soslayo de los comensales inclinados sobre los platos. Un hombre grueso, con un traje de un negro reluciente, el señor Schumacher en persona, lo guio hasta una de las separaciones. Bryant se sentía cansado. Fijó los ojos en la minuta que le ofrecía el dueño del restaurante.

La presencia de Franklin Bryant en aquel establecimiento era la consecuencia humillante de un par de semanas de lucha interior. Para expresarlo con sus mismas palabras, Bryant hijo no podía arrojar a la señorita Hart de su interior. Mil veces la había mandado al diablo. Se había emborrachado y buscado distracción con otras mujeres fáciles. Pero todo había sido inútil. La señorita Hart le había hecho perder el gusto a la vida. No hallaba sabor ni en el cigarrillo.

En vano buscó una fórmula satisfactoria para explicarse por qué no había buscado antes a aquella joven. No le era simpática. Casi le intimidaba. Parecía excesivamente desvergonzada y daba la impresión de desdeñar su cualidad de hijo del viejo Bryant probablemente, en las turbias esferas radicales donde ella vivía, se ignoraba la importancia de aquel apellido. Y he aquí que ahora Bryant hijo estaba sentado en el mal ventilado local de la calle Ochenta y Seis, fija la atención en la minuta llena de manchas, esperando con un ligero temblor en las rodillas y en las manos que apareciese aquella maldita mujer.

No desmerecía en nerviosidad el señor Schumacher. Tenía en el sótano, sede del supuesto club de jugadores de bolos, un despacho clandestino de cerveza, y la presencia de un desconocido era de mal agüero. Podía ser un espía, miembro de una banda o sencillamente un particular con el propósito de husmear para después poner precio a su silencio.

—Doris —dijo a media voz a la joven, que estaba encargando un par de platos a la cocina—, Doris, vigila al cliente de la mesa número tres. No me parece del todo *koscher*^[15].

El señor Schumacher hablaba el alemán adulterado del americano y mezclaba palabras en inglés y en jerga judía. Doris, sin inmutarse, asintió con la cabeza, cogió sus bandejas del aparador, escribió algo al pie de la nota y abrió con el pie la puerta que daba al comedor. También ella estaba nerviosa aquella noche. Basil tenía su mala luna; trabajaba horas enteras y, después, destruía todo lo que había hecho. Las

relaciones entre ambos se limitaban a una camaradería sin calor y quebradiza, como si entre ellos nunca hubiese existido nada. Además, hacía dos días que no le había visto. La vidriera del taller, generalmente abierta, se había convertido en un muro infranqueable. Basil parecía haber excluido a Doris de su vida. Los comentarios que de su comportamiento hacía la Salvatori no eran para infundir ánimos a la joven. En el tranvía alguien la importunó y las calles habían adquirido un aspecto adusto y amenazador bajo la neblina. Ya otras veces le había parecido que las fachadas de Nueva York eran oblicuas y que cualquier día se le caerían encima.

Doris dejó delante de cada comensal lo que habían pedido, concentrándose para no sufrir un error u olvidarse de algo. No hacía mucho tiempo que el señor Schumacher se había enfadado porque olvidó incluir en la cuenta de un cliente el queso del postre. Y a pesar de que había convenido que ella pagaría el queso de su bolsillo, seguían las recriminaciones y la atmósfera estaba cargada.

—El pollo asado —anunció—. ¿Usted ha pedido carne?

Con su sonrisa de camarera, puso al alcance del cliente la pimienta, la sal y la mostaza y se dirigió hacia la mesa número 3. Del sótano subía una oleada de risas, como solo ríen los borrachos.

—¿Qué desea? —preguntó al traspasar el umbral del reservado. Hasta después de la pregunta no reconoció a Bryant—. ¡Oh!

De sobra se dio cuenta de que si estaba allí era por ella, pero no sabía cómo comportarse. Muchas veces, durante aquellos últimos días de congoja, se había imaginado lo que diría a Bryant para predisponerlo en favor de Basil. Y ahora lo tenía allí^ como rejuvenecido, con un aspecto algo más agradable de como lo recordaba la última vez, pero también más desanimado, más apagado. Había en él algo de fofo, de caído. Llenaba uno de sus bolsillos una botella de *whisky* y le temblaban las manos al examinar la minuta.

—Bueno —murmuró él, aliviado—. Temía no encontrarla. He de hablar con usted.

—¿Qué desea? —repitió ella, espoleada por una mirada de Schumacher, que no apartaba la vista del nuevo cliente.

—Lo que a usted le parezca —contestó Bryant—. Oiga, ¿no podría quedarse aquí mientras ceno?

—*Filet mignon*^[16]? —propuso ella. Los americanos puros escogían generalmente de la minuta alemana este plato de transición, que se podría calificar de neutral.

—Bueno, *filet mignon* —dijo Bryant y la siguió con los ojos.

Llevaba, a guisa de uniforme, una falda corta y un delantal almidonado. Después de haberla visto necesitó reanimarse y bebió de su botella con aspecto de pitillera un primer sorbo de *whisky*. Doris volvió, dejó sobre la mesa el filete y, cuando se disponía a alejarse, él la cogió de la falda.

—Quédese usted —dijo con ansiedad—. Siéntese a mi lado.

—No me está permitido —contestó ella.

Pero permaneció de pie junto a él, con las manos en los bolsillos del delantal. Sus ojos le miraban descaradamente, como preguntando: «y ahora, ¿qué?».

—Ese Nemiroff, ¿es todavía su amigo? —preguntó él.

Doris se encogió de hombros.

—Hace tiempo que no le veo —contestó, y antes de que él pudiese demostrar su satisfacción, ella había ya desaparecido.

Esperando ante la ventana que daba a la cocina, Doris reflexionó sobre el significado de aquella visita. Hacía mucho que no veía a Nemiroff; una eternidad: dos días. Se le había metido en la cabeza que su cambio de conducta tenía relación con la señora Juddy Bryant. Probablemente, Basil se había enamorado de ella. La última vez que le sirvió de modelo él le había dado una explicación de su compostura fría e insoportable, diciendo que quería ser un monje por una temporada. Pero esta broma no acalló sus celos. Y ahora el señor Bryant estaba allí, en la mesa número 3, comiendo un *filet mignon*.

—¡Camarera! —se oyó llamar en el local cuando ella volvía a entrar, y el señor Schumacher le indicó con los ojos la mesa número 3.

—¡Oiga! ¡No me deje solo! —dijo Bryant con rudeza. Había puesto sobre la mesa la botella de *whisky*, mal disimulada bajo la servilleta—. ¡He venido únicamente por usted! —añadió con voz plañidera.

—¿Qué desea? —preguntó Doris, sin rodeos.

—Lo que quiero bien lo sabe usted —dijo Bryant, fijando la vista en las manos que Doris había doblado sobre el delantal.

La joven sonrió desdeñosamente.

—¿Ha concluido? —y retiró el plato aún medio lleno.

Cuando iba a salir, Bryant dijo algo que la hizo detenerse.

—¡Bonita forma la de portarse su amigo en mi casa!

—¿Cómo? —preguntó Doris, sin poder contenerse.

—Nos lanzó unos discursos radicales. Ofendió a mi mujer y llamó a mi padre ventajista reaccionario. A mi mujer le dio un ataque de nervios y mi padre estuvo a punto de ordenar que lo echasen de la casa.

—Y eso, ¿qué tiene que ver con nosotros? —preguntó Doris.

Se estremeció de satisfacción al imaginarse a Basil revolucionando el hogar de los millonarios Bryant.

—Me alegro de que diga usted «nosotros» —dijo Bryant.

Se dio cuenta de que acababa de decir algo ingenioso y se sintió complacido.

—¿Postre? —preguntó Doris.

—¿Cómo...? Sí.

—¿Quiere pastel de queso? —balbuceó ella.

Bryant se quedó solo. Doris parecía volar. Se alegró de saber que detrás del cambio de Basil no se escondía una señora Bryant. Pidió en la cocina los pasteles de queso y el café y volvió a la mesa 3. Pero pronto perdió el poco ánimo que había

recobrado en aquel corto intervalo. Si no era la señora Bryant, ¿qué o quién sería. Dios santo, lo que apartaba a Basil cada vez más de ella?

—Entonces, ¿no le encargará usted la estatua? —preguntó al llegar junto a Bryant, con los pasteles de queso. Él movió la cabeza.

—Mi mujer no quiere ni que le hablen de él —dijo—. Pero por lo que a mí respecta... no he abandonado del todo la idea. Depende de varias circunstancias.

—¿De cuáles? —preguntó ella a quemarropa.

Y él contestó, no menos rápidamente.

—De usted, por ejemplo.

—Eso es absurdo —contestó Doris, y se dirigió a la mesa 8, donde la llamaban.

Bryant hijo tenía cierto sentido del humor y ni en medio de su cansancio y de su somnolencia se le escapó la comicidad de la situación: ¡Él, en un restaurante alemán!, comiendo un filete correoso y unos pasteles de queso excesivamente grasientos, para hacer la corte a una camarera. Comenzó a forzar las cosas, pidiendo un plato tras otro con el fin de que la joven se viese obligada a volver a él y poder seguir así la conversación. Comió queso suizo, volvió a tomar café, pidió una ensalada que dejó intacta y, sucesivamente, tres botellas de agua mineral en las que mezcló el contenido de su botella de *whisky*, de la cual quedó un fondo insignificante. El *whisky* le proporcionaba dos virtudes que le hacían mucha falta: impulso y tenacidad.

Al cabo de dos horas, vaciada la sexta copa, Doris comenzó a encontrarle más agradable. En su ligera embriaguez tenía algo de bondadoso y de torpe que le hacía simpático. Pero a medida que la noche avanzaba y crecía la cuenta, Doris se sentía cada vez más agotada. Sus párpados ardían. Hacía semanas que no había podido dormir lo suficiente. Por dos veces se dirigió al destartado lavabo que había al final del pasillo de la cocina y se aplicó un pañuelo mojado a los ojos para contener las lágrimas y poder ocupar inmediatamente su puesto al servicio de aquel Bryant de gustos nada fáciles y oír sus crudos e insistentes elogios. Él la veía entonces a través de la neblina del *whisky* y cada vez le parecía más hermosa y codiciable. Ella se dejó querer. Bryant no tenía para Doris el menor interés, pero su apoyo podía ser definitivo para Basil. Si conseguía el encargo de la estatua y se presentaba ante él con la noticia de haber sido ella quien con su solo esfuerzo lo había logrado... Tuvo que deshacer este pensamiento para quitar de sus caderas la mano de Bryant.

—Te llevo en la médula de mis huesos —balbució porfiadamente.

El señor Schumacher dirigía miradas amonestadoras y críticas a la mesa 3. Servir cerveza clandestinamente no obstaba para que su establecimiento fuese serio y no tolerase en él ciertas cosas.

Doris corrió a la cocina y, después, volvió al comedor. En aquel momento llegaba al restaurante la segunda tanda de clientes; los que salían de teatros, cines y conciertos. En su mayor parte, los clientes del Schumacher eran alemanes; gente sencilla, pero hambrienta de cultura, entusiasta de conferencias y reuniones al salir de las cuales se permitían el lujo de saborear un emparedado de jamón. Hacia media

noche era cuando la ronquera de Doris llegaba al máximo y cuando sentía en la nuca y en la espalda unos dolores punzantes. Envuelta en el humo azul de los cigarros baratos iba de mesa en mesa y acababa siendo una especie de autómata. Se acordó por un instante de la Salvatori y convino, aunque vagamente, en que la cantante tenía razón. Ser camarera por las noches y tener voz de día eran dos cosas irreconciliables. Pero, de pronto, quitó importancia al problema. En aquellos días le asaltaron deseos de abandonar el canto, un sueño pueril en el que nunca había creído de verdad, para seguir un curso distinto.

Lo que iba a ser ese curso distinto ni ella misma lo sabía.

Casi se había olvidado de que Bryant ocupaba la mesa 3, cuando él la llamó con un tono de voz que se oyó en todo el establecimiento.

—¡Camarera! ¡La cuenta! No puedo pasarme la noche sentado aquí comiendo —dijo malhumorado cuando se presentó Doris—. ¿A qué hora termina su servicio?

—Cuando han salido los últimos clientes. A veces son las dos —contestó Doris, como apiadada de sí misma.

—Bueno, que le vaya bien —gruñó él después de pagar.

Y salió a la calle. No le había dado propina, circunstancia que por una parte le enojó y por otra le resultó halagüeña. No le había creído tan delicado.

Cuando una hora más tarde salió del establecimiento, la ciudad estaba sumida en la niebla. Los coches y transeúntes tenían el aspecto de sombras fantasmales y la luz de los faroles no alumbraba. Para Doris, el regreso a su casa a altas horas de la noche era siempre un serio problema. Si se le escapaba el último tranvía L tenía que recurrir al autobús compasivo que recogía a los rezagados. Algunas veces se erguía y emprendía a pie el camino de las treinta manzanas que mediaban hasta su casa, venciendo el vértigo y el dolor de espalda. Doris no podía olvidarse de aquellas dos noches, muy al principio, en que Basil había ido a buscarla y la había llevado en un taxi. Pero ahora eso parecía un sueño, tanto desde el punto de vista económico como de cariño.

Al llegar a la esquina vio un coche a su lado que, sin que ella se diese cuenta, le había seguido a través de la niebla.

—La llevo a su casa —dijo Bryant.

No preguntaba; ordenaba. Doris sintió un alivio indecible. El cansancio no le permitía renunciar a la invitación, que, por otra parte, tanto agradecía. Bryant bajó del coche y la ayudó a subir a él, sombrero en mano. Esta sencilla muestra de cortesía decidió lo que había de suceder después.

Bryant se mostró entonces muy correcto y razonable. Le ofreció un cigarrillo que Doris comenzó a fumar ávidamente, y no hizo ademán de abrazarla, como ella había temido.

—La he observado toda la noche —dijo Bryant—. Es una vida de perros la que lleva usted en ese restaurante. Podría vivir mucho mejor. Permítame que me cuide yo mismo de que tenga usted la vida que se merece.

—Si deseara eso no habría tenido que esperar a conocerle —murmuró Doris, con voz débil.

Mentía una vez más. Nunca se le había acercado un hombre de posibilidades económicas. Al fin y al cabo, Bryant era el hijo del viejo Bryant, y esto significaba millones.

—Nada le he pedido a cambio —dijo Bryant, colérico y furioso contra si mismo por los preámbulos que usaba con la camarera—. Cada persona tiene sus debilidades. A mí me gustaría que usted me tomase cariño. Sería algo magnífico. Pero, compéndalo, ni usted me ha de vender ni yo he de comprarle nada. ¿Comprende?

—No —contestó Doris.

Bryant suspiró profundamente. Estaba seguro de que nunca más volvería a expresarse tan bien y tan claro. Buscó la mano de la joven y la encontró muy cerca, sobre el frío tapizado de cuero; era una mano blanda, bastante grande y con la punta de los dedos algo áspera. Él la cogió y pasó el otro brazo por el cuello de Doris.

Ella no se lo impidió.

Aquel amable y ligero contacto, no exento de ternura, le resultó un alivio en aquel momento. Algo que había sufrido demasiado tiempo una tensión violenta se distendió en ella.

Bryant probó otros argumentos.

—¿No me dijo usted que quería ser cantante de ópera? Pues vamos a hablar de ello.

—¿Cantante? —repitió ella, indecisa—. Creo que he abandonado la idea. No me desaparece la ronquera. Sospecho que estoy a punto de perder la voz.

—De todos modos, yo podría introducirla en el teatro. Si quisiera trabajar en alguna revista..., con su tipo...

—Gracias, no. No quiero exhibirme medio desnuda como esas chicas.

—Precisamente yo creía... —comenzó a decir Bryant.

Permanecieron un rato en silencio. Perkins conducía con precaución entre las murallas de la niebla y se hacía el sordo. Vanderfelt, el abogado, le pagaría cada una de las noticias interesantes que le diera. Paró el coche ante la casa de la calle Cincuenta y Seis y esperó a que Bryant desapareciera con la joven. Pero los dos permanecieron unos minutos en el coche, mudos y sin dar señales de querer bajar.

—¿Duerme usted? —preguntó Bryant, y Doris, exagerando el bostezo, contestó:

—Casi.

—No hemos terminado de hablar de lo esencial—murmuró él, siguiéndola hacia la angosta fachada.

—¿De qué? —preguntó Doris, luchando con la llave de la cerradura.

—Yo he de decir pronto si se ha de hacer o no la estatua —dijo Bryant sin vacilar y subrayando un poco el «yo».

Doris intentó ser coqueta. Pero para ella no era cosa fácil. En Bingsheim, su ciudad natal, y en las agencias de colocación neoyorquinas no se aprendía a ser

coqueta.

—Estoy segura de que usted encargará la estatua-dijo y sonrió a Bryant expresivamente. El millonario tenía la misma estatura que Basil, pero era de cuerpo más pesado y no estaba tan bien proporcionado.

—¿Sabe usted que acaba de prometerme algo? —murmuró Bryant, satisfecho.

Doris mantuvo su sonrisa como si fuese un objeto de madera. Bryant se inclinó. Su boca tenía un resabio de humo y de *whisky*. Pero el beso que le dio no fue distinto de otros.

Doris, ya acostada, no pudo explicarse cómo sus labios habían podido complacerse con algo que sus sentimientos rechazaban.

V

Nemiroff alargó una toalla al último cliente. El borracho que había llegado antes estaba todavía en el rincón, inerte sobre la silla como un boxeador a quien han dejado sin sentido. El último cliente se secó las manos, dejó la propina en el cenicero que parecía puesto a propósito, cogió al borracho por debajo del brazo y, con palabras persuasivas, se lo llevó al vestíbulo de los lavabos. Solo quedaron los rastros de suciedad que esos últimos clientes de las dependencias subterráneas del «Casino de París» habían dejado de su paso.

Nemiroff comenzó a silbar el estribillo que un par de minutos antes había oído a través de las paredes, procedente del salón de baile del piso superior. La orquesta había terminado y era hora de que él hiciera lo mismo. En el «Casino de París» daban siempre las cuatro antes de que despidieran a los clientes.

Nemiroff se quitó perezosamente la chaqueta blanca. Era una prenda propia de un negro. El servicio de los lavabos de hombres también era propio de un negro. «Pero el hombre, al fin y al cabo, tiene que vivir», pensó Nemiroff. Arriba, Gastón abrió la puerta y gritó desde el rellano de la escalera:

—¡Basta por hoy!

—Gracias. Buenas noches —gritó a su vez Nemiroff.

Gastón era el jefe de los camareros y tenía afecto a Nemiroff porque podía hablar en francés con él. La puerta volvió a cerrarse como la tapa de una caja. En aquel sótano, entre tanto mármol, níquel y ventilación, reinaba una atmósfera espantosa. Nemiroff se guardó las propinas en el bolsillo sin contarlas. Este dinero era aún más sucio que el dinero en general.

Una vez en la calle, respiró con gusto. En el aire se notaba el primer sabor picante de la primavera. Debía de haber empezado a derretirse la nieve de las montañas y a desatarse los torrentes hacia los valles. De pie, en la acera, tarareó una canción rusa que los legionarios de su tierra entonaban alrededor de las hogueras del campamento de la Legión Extranjera. A veces sentía como una nostalgia de la vida ruda de aquellos años pasados en Marruecos. Una enorme bestia gris dobló la esquina y se detuvo delante de Nemiroff. Estaba en buenas relaciones con el cochero de un vehículo del servicio urbano, que lo llevaba un trecho cada día a cambio de las anécdotas que le contaba. El temor constante del buen hombre era quedarse dormido durante su servicio nocturno. Y no conocía nada mejor para mantenerse despierto que las fábulas de Nemiroff.

Desde la esquina de la calle Cuarenta y Ocho tuvo que andar de nuevo. Despacio, meditando, bajó por la Quinta Avenida, yendo más despacio aún a medida que se acercaba a la calle Cincuenta y Seis. A su modo, entabló un diálogo con el policía de la otra esquina. No hacía más de cuatro semanas que tenía aquella colocación subterránea en el «Casino de París», pero ya se había familiarizado con otros pájaros de noche que encontraba en su camino. «¿Cómo está tu chico?», preguntó cantando,

pues el hijo del policía tenía el sarampión. «Mañana hará un día de sol», añadió. Y, después: «Saluda a Jimmy Walker». No podía negar que el regreso a su casa le producía aprehensión. Le daba miedo aquel taller con los esbozos de barro que se secaban y se desmoronaban poco a poco. Tenía miedo de sí mismo y de las cosas irresponsables de que era capaz, una vez perdido el dominio de sus actos.

Abrió la puerta de la calle y comenzó a subir la escalera, conteniendo la respiración. En el segundo, ante la puerta de Dostal, el sastre, vaciló. Allí estaba Doris. Allí dormía. ¡Qué esfuerzo de condenado tenía que hacer para mantenerse alejado de ella! Crispó los puños, aspiró el aire entre los dientes y terminó de subir a tientas hasta llegar a la puerta del taller. Allí encontró a la gata *Minka*. Agradecido, cogió aquel ovillo de calor y entró con él en su habitación. Pero, apenas se hubo echado, con el animal ronroneando sobre su pecho, se dio cuenta de que aquella noche tampoco lograría conciliar el sueño. Saltó de la cama, dio un par de vueltas por la habitación, encendió la bombilla que colgaba sobre el barro y empezó a trabajar.

Llevaba dos semanas sin ver a Doris. Anteriormente, la había visto muy poco. Trabajaba de memoria. A veces se decía que esto era peor que tenerla delante de carne y hueso.

—Estoy en el cepo —murmuro.

Finalmente, se había dado cuenta de que amaba a Doris y por esta razón la odiaba. El amor, esa rancia exageración de generaciones pasadas, no figuraba en su programa. Quería trabajar en frío y en abstracto. No deseaba que aquellas ondas cálidas perturbaran su existencia. Además, en Marruecos se había encenagado en los lupanares de Marrakesh y tenía una dura corteza de cinismo. Para una mujer como Doris, era él un perdido. Si ella era tan necia que no se daba cuenta, a él le tocaba apartarla de su camino. En la voz de ella y en su vocabulario había tonos y palabras que eran ataduras. Pronunciaba la palabra «eterno» con una inocencia como si entre hombre y mujer existiera la eternidad. El escultor se acordaba del viejo sargento Deloup que sabía tanto. «Muchachos —solía decir—; tened cuidado con las mujeres que no os cobran nada». Deloup llegó a casarse, pero poco después cayó de un tiro en la cabeza y se lo llevó el río en donde habían intentado hacerse fuertes.

A Nemiroff le parecía volver a sentir hasta los sobados el agua fría que bajaba del monte, y el olor penetrante de la pólvora en sus narices.

De pie ante su obra, fija la mirada en ella con verdadero odio, ya no veía el barro. Una vez más veía a Doris. La veía siempre y en todas partes. Calcada en las paredes de mármol de los lavabos del «Casino de París», apareciéndosele descaradamente en sueños y en el interior de los párpados si cerraba los ojos. Y con el rostro contraído hacía planes en contra de su propia voluntad.

Había conseguido pagar el alquiler y la cuenta del gas. Pronto podría desempeñar el abrigo, el traje pardo y el samovar. Pronto podría dejar su ignominiosa ocupación y trabajar a su gusto en vez de pasarse las mejores horas del día durmiendo como un cerdo. Y entonces, pero casi no se atrevía a decírselo, Doroschka estaría a su lado.

Con ademán furioso amasó dos grandes trozos de barro y los colocó en la estatua. Le parecía haber voceado su secreto y se encaró con la estatua, estrujando entre sus manos el barro húmedo hasta hacer de él una masa informe que arrojó al suelo. La gata *Mitika* se acercó con curiosidad, tocó con su pata el montón de barro y se alejó desilusionada*

VI

Doris estaba despierta cuando se abrió la puerta de la calle. Se sentó en la cama y escuchó. Compartía el cuarto con una joven noruega, Borghild Gimlar, masajista. Era la prometida de un dependiente de una tienda de calzado. Su respiración era fuerte y regular. ¡Qué tranquilamente dormía!

Doris contuvo el aliento para oír mejor quién subía por la escalera y adivinó, más que oyó, los pasos de Basil. Después, oyó el leve ruido que hizo al abrir y cerrar la puerta vidriera del taller. En el cuarto de abajo lloraban los mellizos de la familia rumana. Aquella casa angosta, próxima al East River, estaba llena de secretos rumores plañideros que no cesaban ni siquiera de noche. Había un solo inquilino americano: la familia del propietario del pequeño local donde se servían desayunos, de la misma calle. Los demás eran emigrantes que habían llegado con su equipaje, sus cuitas, el idioma y los cantos de su patria, con el olor y los manjares de la tierra que habían dejado tras de sí. Todas las casas del East Side estaban hasta el tejado llenas de nostalgias, de miedo a la vida, de la loca decisión de los emigrantes en Nueva York.

Doris no habría podido concretar si, después de oír los pasos de Basil, se había vuelto a dormir. De pronto, se encontró completamente despierta. En la pared que había frente a su ventana se veía el reflejo de la luz potente del taller de Nemiroff.

El corazón de Doris comenzó a latir violenta y regularmente. Hubo un tiempo en que aquella luz encendida a altas horas de la noche había sido una señal entre ellos. «Ven», significaba. Entonces le parecía vivir en sueños, como si las semanas que habían transcurrido desde aquellas fechas no fueran de este mundo. Se levantó a oscuras, buscó a tientas su vestido y se lo puso. Se sentía fresca y despierta. No se calzó los zapatos. Borghild se revolvió en la cama y suspiró como un animal. Doris abrió la puerta con precaución y salió al exterior.

La habitación que compartía con la masajista le resultaba barata, pero tenía un inconveniente: para salir o entrar era preciso atravesar el taller de sastrería de Dostal. Reverberaba desde la calle la pálida luz de un farol, iluminando un maniquí negro con el pecho abultado por la ropa. Se percibía el olor del paño y al pasar Doris la máquina de coser lanzó unos reflejos fugitivos. Abajo seguían llorando los mellizos rumanos.

Doris llegó a la vidriera del taller como si hubiese recorrido un largo y peligroso trayecto. Se veía la luz de su interior y Basil iba de un lado a otro dando grandes pasos. Doris no se dio cuenta de la hora. Durante un momento de ensueño le pareció el reloj de la iglesia de su ciudad natal. «Las cuatro menos cuarto».

No estaba echada la llave.

—¿Qué quieres? —preguntó Basil, con la mirada atónita, como si viese un espectro.

—Vi luz... Pensé que tal vez me necesitaras... —balbuceó, cohibida.

—¡Necesitarte! ¿Para qué?

En aquel momento Doris se dio cuenta del montón de barro que había en el suelo y del lamentable esqueleto de alambre que debía sostener la figura en su pedestal.

—Para trabajar —murmuró, después de una pausa.

Basil no contestó. Se agachó, recogió el barro del suelo y, amasándolo, volvió a extenderlo sobre el armazón de alambre. «Parece extenuado», pensó Doris.

—Bueno —decidió Basil—. Trabajaremos. Aunque no sé para qué —añadió.

Doris dio unos pasos. Le pareció llevar en las manos un hato de emociones y no poder desprenderse de ellas. Se cogió la falda, con la intención de quitarse el vestido por la cabeza.

—¿Qué haces? —gritó, más que dijo, Basil, volviéndose bruscamente—. ¡Déjalo! —ordenó con severidad—. ¿Qué comedia es esta?

La joven dejó caer los brazos, y el vestido quedó sobre su cuerpo en pliegues desordenados.

—Creí que me necesitabas —murmuró otra vez.

No parecía saber decir otra cosa.

Basil recorrió un par de veces el taller. Cada vez que pasaba cerca del cajón su pie tropezaba con él.

—Bueno —decidió—. Vamos a trabajar. Probemos.

Se acercó a la joven, la ayudó con delicadeza a quitarse el vestido y, con el ademán acostumbrado, le prestó apoyo para subir al cajón y le besó la mano antes de empezar. Doris, cuando sentía que sus miembros se entumecían, con el ademán de una modelo profesional, se daba unos golpes para reanimarlos. Durante mucho rato no se oyó otro ruido en el taller.

Bajo las manos de Basil el barro crecía. Al principio, la masa era uniforme, pero poco a poco adquirió forma y expresión. En la calle empezaron a oírse ruidos de herraduras; pasaban los primeros carros de la leche. Aquello no parecía propio de Nueva York. El rostro de Basil era todo hoyos y sombra y solo su frente acusaba una ancha franja de luz que brillaba por el sudor.

—¿Estás cansado? —le preguntó Doris al ver que dejaba caer los brazos y se apartaba del barro sin dirigir tan solo una mirada a lo que había hecho.

—Un poco —murmuró él sin convicción.

—¿Quieres que te prepare una taza de té? —preguntó ella y, cogiendo el chal que estaba aún allí desde la última sesión, abandonó la plataforma, entonces se dio cuenta de que el samovar no estaba en su sitio—. ¿Dónde está Puschkin? —preguntó, bromeando. Este era el nombre que daban al samovar.

—Está gravemente enfermo. Casi desahuciado—contestó Basil, perezosamente.

Se había dejado caer en la cama y se hacía pantalla con las dos manos. A Doris le pareció por un momento que habían vuelto los tiempos pasados. Se arrodilló junto a la cama. Basil permanecía inmóvil.

—¿Cómo hemos llegado a esta situación? —preguntó con voz dolorida.

—¿A qué situación? —preguntó a su vez Basil, como si ya supiese lo que ella iba a contestar.

«A esta situación de tristeza», pensó Doris. Pero no dijo palabra.

—Hubo un tiempo en que creí que nos amábamos —murmuró finalmente.

Basil se removió con impaciencia.

—En nuestra generación no existe el amor —dijo, con tono definitivo.

Le pasó levemente la mano por el pelo porque Doris había pronunciado sus últimas palabras con un tono infantil que le hizo sentirse más viejo y más prudente.

—¿Por qué? —volvió a preguntar ella. Basil no contestó. Ella lo miraba, contemplando sus anchas espaldas bajo el jersey raído, como si quisiera retener su imagen—. ¿Te acuerdas cómo empezó? —dijo, intentando rasgar el velo de la melancolía que se cernía sobre los dos.

—Me encontré contigo en la escalera —murmuró Basil, con los ojos cerrados y sonriendo.

—Yo llevaba mi vestido rojo —añadió ella—. Tú estabas calado por la nieve. — Se levantó y recorrió la habitación buscando en vano un cigarrillo. En la taza de té de otros días encontró un ramito de flores completamente seco; se quedó contemplándolo reflexivamente unos instantes como si las flores fueran capaces de darle una solución, pero súbitamente desistió—. ¿Qué nos ha pasado a los dos? — preguntó con firmeza y sonrió como para darle ánimos.

—Todo ha sido una mala interpretación —contesto él, sentándose en la cama. Ella no podía distinguirlo claramente en la penumbra del recodo de la pared—. Tú solo puedes ser una de las dos cosas: o mi amante o mi modelo. Amarte y ser mi modelo es imposible. Odio las confusiones sentimentales.

—Cuando viste que servía para modelo te importó más eso que mi amor. ¿Es eso lo que has querido decir?

—Eso es —afirmó Basil.

—Gracias —contestó ella—. Al menos eres sincero.

Basil saltó de su rincón, como si intentara lanzarse sobre ella. Doris levantó las manos para defenderse, pero él se detuvo ante ella, rozando solo su cuerpo y dijo:

—A nada conduce hablar de este asunto. Mala época has escogido para tus estudios psicológicos.

Doris buscó ansiosamente un rincón para vestirse sin ser observada. Desde aquel momento le sería imposible volver a servir de modelo a Nemiroff.

—Dime solamente una cosa: ¿existe otra mujer?

Basil volvió a echarse en su cama.

—No te importa —contestó. De pronto se puso violento—. Te prohíbo escudriñar mi vida interior, ¿entiendes? ¡Te lo prohíbo! —gritó—. Entras aquí de noche como si yo no tuviera mi vida íntima, me vienes con pretensiones y no me dejas solo cuando es lo que necesito. ¡Amor! —murmuró, con desdén—. ¡Amor! ¿No has comprendido que es un tormento para mí tenerte cerca? ¿Es que no puedes Comprender nada?

Doris palideció y se dio cuenta de su emoción. Sintió que se le enfriaban los labios.

—Comprendo muy bien —contestó—. Eres un egoísta. Tomas lo que te conviene y después tiras lo que te sobra. Ahora no piensas más que en la estatua. Pero óyeme bien: soy la única persona que te puede ayudar a tener éxito en tu obra, esa estatua grande de piedra. Y lo mismo que puedo ayudarte, puedo hacerte fracasar. Ya lo sabes.

Doris había sido niñera antes de ser camarera de restaurante. Entonces, sin intentarlo, volvió al tono quisquilloso que empleó con sus primeros señores cuando no podía aguantar más. Basil la miró, atónito, y, poco a poco, su rostro cansado se distendió en una sonrisa.

—Espera —dijo—. Esa es una cara que no te conocía aún. Cásate con un empleado de Correos. Es lo único que puede hacerse con una cara así.

Doris no comprendió de momento la intención, pero, después se encolerizó. También la Salvatori la había llamado en cierta ocasión *petite bourgeoise*^[17].

—Ya verás tú a lo que se puede llegar con esta cara —dijo con voz ronca y marchita—. Hay a quien le gusta esta cara. Al señor Bryant, por ejemplo. De esta cara dependerá que hagas o no tu maldita estatua.

Basil al oír esto se quedó inmóvil. Después, muy cerca de ella, preguntó:

—¿Es cierto lo que has dicho? Doris afirmó con la cabeza. Estaba a punto de llorar. Necesitaba que alguien la cogiera en brazos, la consolara, la acariciase y le infundiera tranquilidad.

Basil se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Y por qué no? —dijo con exagerada tranquilidad—. Bryant, hijo, es decididamente mejor para ti que Basil Nemiroff. Si se te presenta una oportunidad así no seré yo quien se interponga. Lo nuestro acabó. Si es que existió alguna vez. No, no le decía la verdad. Se enorgulleció del dominio sobre sí mismo. Doris se había quedado como quien recibe un puñetazo en el estómago. Sonreía como sonríen los narcotizados. Paseó la vista por el taller como si lo viese por primera vez. En la ventana había una claridad grisácea, la primera luz del día y en el exterior se oía el piar de los gorriones.

—Ya hablaremos de eso —murmuró con desaliento.

Se dirigió al extremo del taller, dio vuelta al interruptor y apagó la bombilla que iluminaba la obra empezada. La habitación quedó flotando en la luz del alba. Basil sonreía como un espectro de la cortesía. Besó la mano a Doris.

—De todos modos, gracias por esta noche —y la acompañó hasta la puerta.

«Todo se acabó», pensaba Doris al bajar la escalera. Sigilosamente abrió la puerta del taller del sastre. Tampoco la cerraban nunca. Sentado sobre el mostrador, con las piernas cruzadas, el sastre Dostal estaba inclinado sobre un pantalón. Con los párpados entornados, miró a Doris, todavía envuelta en el chal que llevaba de la mano, arrastrando el vestido.

—Señorita —dijo el sastre en su alemán con acento checo—, señorita, en mi casa no tolero ciertas cosas. Las personas a quienes alquilamos nuestra habitación han de observar una conducta intachable. ¿Me ha entendido?

Doris lo miró atónita. Tuvo que volver de su mundo a aquel otro en que a las seis de la mañana los sastres bohemios cosen los encargos turgentes y sale de la cocina un olor de café y achicoria.

—He subido al piso de la señora Salvatori —dijo al fin—. Toda la noche he tenido dolor de estómago. —Y se dirigió a la puerta de su cuarto, detrás de la cual se oía la invariable y potente respiración de la noruega, mientras la voz del sastre la perseguía, irónicamente:

—¡Dolor de estómago! ¡Bienaventurados los crédulos!

VII

—Ya falta poco —dijo Franklin O. Bryant a Doris.

La joven se asomó, curiosa, por la ventanilla del coche porque ya se divisaba entre los árboles el fragmento verdiazul de la bahía. Aquel primer día de Pascua, en los alrededores de Nueva York, el cornejo ofrecía sus flores en densa espuma blanca y rosa entre el leve verdor de los parques.

—¡Esto es muy bonito! —murmuró Doris, como condescendiente.

Procuraba no aparentar que no se admiraba de nada, aunque cada cosa que Franklin le daba ocasión de conocer estuviese a punto de hacerla prorrumpir en exclamaciones de asombro. Para ella era una novedad que existiese también en Nueva York la primavera y que los pájaros cantasen allí con las mismas notas que en su Odenwald.

Volvió a recostarse en su asiento. Ya no le impresionaba viajar en aquel coche carísimo. Se había familiarizado con su cuero rojizo, su olor de cigarrillos, el *búcaro*^[18] que había junto al parabrisas en el que se marchitaban lentamente unas flores siempre renovadas, la espalda estoica de Perkins y con su propio rostro que el espejo reflejaba desfigurado.

En aquel mismo coche había ido con Franklin a un partido de hockey sobre hielo en Madison Garden, dos veces a un restaurante, una vez al teatro y otra a dar un paseo por Riverside Drive que se prolongó, aquella noche, con una excursión por los parques de los alrededores. Doris terna todas las semanas una noche libre, y entonces una camarera novicia la sustituía en el restaurante «Schumacher». Pero seguía tan ronca como siempre y, a veces, le asaltaba el temor de si sería el famoso método de la Salvatori lo que perjudicaba su voz. Por lo demás, se había comprado un vestido nuevo por el módico precio de 16,95 dólares en un repleto almacén de Unión Square, un regalo de cumpleaños casi impuesto por Franklin.

Doris no ignoraba que todo aquello la obligaba cada vez más y al mismo tiempo se daba cuenta de que se estaba acostumbrando a tantos pequeños obsequios. Cuando, unos días antes, Franklin le dijo que iba a emprender un viaje a Europa, sintió un sobresalto como si él la abandonase o quisiera olvidarse de ella. Y así se lo dijo. Pero Bryant no llegó a emprender el viaje. Se limitó a acompañar a su mujer al barco y, después, volvió, un poco bebido y muy animado, al «Schumacher». En el restaurante ya se le consideraba cliente distinguido y el acceso al pretendido club de jugadores de bolos le hacía asequible la cerveza.

Doris, con una ligera sensación de pánico, había aceptado la invitación de Franklin de pasar los días de Pascua en su casa de Long Island. Le explicó que habría muchos invitados y le citó nombres de señoras y señores y metió en la cabeza de Doris que allí conocería a personas que podrían ayudarla mucho en su carrera de cantante de ópera. Y la Salvatori, llamada a consejo secretamente, en una actitud muy

solemne y patética, estuvo de acuerdo con Franklin. Pero, Doris se dio cuenta de lo que significaba aquella visita, pese a su apariencia inocente.

El coche hizo una curva perfecta, recorrió la avenida del parque y se detuvo delante de la casa.

—¿Ha llegado alguien? —preguntó Franklin al mayordomo, que abrió la puerta del coche.

—El señor Shugers ha telefonado hace un cuarto de hora. Dijo que llegaría después de comer. Esperamos a los demás invitados de un momento a otro —anunció el buen hombre.

Franklin bajó del coche sin ofrecer la mano a Doris. La joven lo hizo sola y se quedó esperando. Cuando el mayordomo le cogió de las manos el maletín que contenía sus cosas, sintió vergüenza. Del fondo del parque llegaron corriendo dos perros. Doris, libre de su maletín, se inclinó sobre los animales. Tuvo la impresión de que, en cierto modo, eran sus iguales; podía hablar con ellos sin comprometerse.

En el interior de la casa se oía un gramófono. Doris se alegró de no encontrar la pompa y el lujo que tanto temor le habían inspirado. De niña, en una excursión escolar, había visitado un castillo de grandes duques y aquella visita le dio una idea de la riqueza y la suntuosidad. En su fuero interno estaba convencida de que los millonarios americanos dormían en camas de oro y comían en vajillas del mismo metal. No comprendía la simplicidad del mobiliario inglés.

—¡Bienvenida! —dijo Franklin, un poco afectadamente, mientras la llevaba del salón a la biblioteca. La ciñó el talle con el brazo y la besó. No era la primera vez que lo hacía y Doris aceptó el beso dócil y tranquilamente—. ¡Qué fría eres, ondina! ¡Cómo me rehúyes! —murmuró, soltándola—. Vamos al jardín para ver cómo destacaría la estatua—propuso, un poco sofocado.

La estatua salía a relucir en todas las conversaciones, aunque Basil parecía haberse vuelto invisible. Franklin había dicho reiteradamente a Doris que era preciso que se colocase en el sitio del jardín dedicado a la estatua para hacerse cargo del efecto. Y, aunque parezca insensato, Doris lo consideró un motivo fundamental que justificaba su visita a aquella casa. Todas las cosas que se relacionaban, aunque vagamente, con Basil, tenían para ella una secreta dulzura. Franklin la cogió del brazo y dio con ella la vuelta a la casa. La fachada posterior tenía una ancha terraza en la que una hierba tierna crecía entre las junturas de las losas del pavimento. A continuación de la terraza había otra extensión de césped, después una pequeña pared, otra escalera y un segundo rellano de césped. Desde allí se veía el Sund muy cerca y muy azul, con una sola vela blanca en aquel momento. El césped estaba húmedo y detrás de los árboles el sol se preparaba para un ocaso espectacular.

—¿Todo esto le pertenece a usted, señor Bryant? —preguntó Doris, después de respirar profundamente.

—¿Cómo me llamo? —preguntó él a su vez.

—¿Todo esto te pertenece, Franklin? —rectificó ella, disculpándose con una

sonrisa.

—Hasta la línea de los álamos. Mi padre, a quien pertenece todo lo demás, me hizo este regalo de boda.

—Siento que tu mujer no esté aquí —murmuró Doris, cortésmente.

Y en el mismo tono Bryant le contestó:

—Estoy seguro de que Juddy lamentará esta ocasión de conocerte.

Flotaba en el aire una expectación, debida seguramente a las muchas cosas que se callaban o a la nube tormentosa orlada de un color metálico que estaba suspendida sobre el Sund.

—¡Qué calor! ¡Y solo estamos en abril! —observo Doris; y Franklin convino en que el calor era terrible.

—Podemos beber algo en la terraza —añadió. Los dos perros les habían seguido y se habían echado dócilmente a los pies de Doris en el césped: jadeantes, sacaban sus lenguas oscuras—. Estáis haciendo comedia, pedigüños —murmuró Franklin, inclinándose sobre los animales. A Doris le pareció aquello lo más cariñoso y condescendiente que le había oído—. Ahí debería colocarse —dijo por fin, y empujó a Doris hacia donde la pequeña pared terminaba en un pedestal que lindaba con la cerca.

Doris, instintivamente, adoptó la postura habitual que tantas veces había adoptado en la plataforma del taller de Basil. También en aquel acto había tina escondida ternura, capaz de arrancar lagrimas si uno se abandonaba a ella. Franklin retrocedió unos pasos y la contempló. Era bonita cuando se olvidaba su rostro.

—¡Lástima de vestido! —murmuró Bryant ásperamente.

—Ya sabía yo que llegaríamos a eso —contestó Doris, con el tono de sus días de niñera.

En la casa se oyeron voces.

—Ya han llegado los primeros invitados —dijo Franklin, regocijadamente.

No menos que él se alegró Doris. Había llegado a dudar incluso de que verdaderamente hubiera más invitados.

«¿Quién sabe? —pensó mientras seguía a Franklin—. Quizás esta vez saldré con bien de todo».

Aquello era como una maroma. La caída podía tardar más o menos, pero era inevitable.

Le presentaron con el nombre de Pascal a un joven bastante atractivo, con un hilo de bigote, que hacía sonar una improvisada trompeta de papel. Según supo después, era el arquitecto que había proyectado la casa. A ella le sorprendió porque Pascal era joven y la casa parecía antigua.

—Lo primero que hay que ver es el garaje —gritó Pascal por su megáfono de papel—. Produce la impresión de una cuadra.

—Todavía eres más *snob* que Juddy —murmuró Franklin.

—¡Vaya! ¿No sabías que los más perfectos *snoobs* salen siempre de los pobres

muchachos del East? ¿Si de? —graznó el megáfono.

La ocurrencia consoló y alegró a Doris. En aquel momento doblaron la esquina de la casa dos jóvenes a quienes Pascal presentó como Micky y Ducky. Micky era muy rubia y Ducky morena. Examinaron a Doris con una rápida mirada que evaluó de un solo golpe el coste del vestido, las medias y el peinado. Micky voceó que Ducky era muy buena muchacha y que no faltaría un soltero para ella.

—O un solterón —murmuró Ducky.

—Franklin tiene hecho voto de castidad —graznó Pascal.

—¿Ya estás borracho a estas horas? —preguntó Franklin, sin malicia.

La nube tormentosa se había extendido por todo el horizonte y breves ráfagas de viento sacudían los árboles. Todos en grupo dieron la vuelta a la casa hasta que llegaron a la puerta de entrada en el preciso momento en que aparecieron dos coches. De ellos, entre risas y gritos, bajaron tres parejas y un hombre solo.

—Ese es para Ducky —dijo Franklin, y empujó al recién llegado hacia ella.

—Me había hecho mayores ilusiones —murmuró la joven significativamente, después de hacer una mueca.

—Yo estoy comprometido. He dado palabra a esta dama —dijo Franklin, situándose junto a Doris.

Una vez más la miraron y la tasaron. Una cólera fría se apoderó de Doris. Ella era de buena familia.

Su padre, el difunto doctor de Bingsheim, a quien había olvidado completamente en medio del tumulto neoyorquino, se irguió entonces en espíritu entre ella y las dos equívocas jóvenes.

—¿Quieres que entremos y te vistes para la cena? —preguntó Franklin, solícito, que en las últimas semanas había aprendido a interpretar su expresión y la temía casi tanto como a su mujer.

Doris asintió, agradecida. Con asombro se había dado cuenta de que, a juicio de los demás, pertenecía a Franklin. Al llegar al vestíbulo se olvidó y dirigió a las dos jóvenes la misma mirada tasadora que había soportado antes. Sus vestidos eran más sencillos que el suyo y esto la tranquilizó: llevaban una falda corta y una blusita. Doris lucía un vestido de crespón de 16,95 dólares.

—¿Le acompaño a su habitación? —preguntó el mayordomo, plantado al pie de la estrecha escalera.

Mientras le seguía al segundo piso, Doris notó que cojeaba un poco. Abrió una puerta y la invitó a entrar. Doris descubrió inmediatamente que había sucedido algo terrible. Su maletín estaba abierto. Contenía sus objetos de tocador, un pañuelo y un quimono que había conseguido una vez por un dólar...| en una tienda de géneros de importación. Ya habrían descubierto su pobreza. Pero lo peor fue que había encima de la cama un camisón que no era suyo. Una prenda de color azul oscuro, adornada con blonda de color de té; un camisón procedente de un escaparate de la Quinta Avenida.

El mayordomo se había apresurado a salir de la habitación. Doris, inmóvil, no apartaba los ojos de aquel camisón. Sentía una profunda vergüenza. Estaba acostumbrada a prescindir del camisón. Le era más cómodo y economizaba ropa interior, circunstancia que a nadie le importaba. No se le ocurrió ni por un instante pensar que los criados, suponiendo que había olvidado su camisón, hubieran sacado uno del ajuar del ama de la casa. Supuso que querían ataviarla para aquella noche, y que era demasiado pobre para costearse un camisón. Su quimono, del que hasta entonces había estado un poco orgullosa, escandalizaba por su baratura y ordinariez junto al camisón. Doris, siguiendo una vieja costumbre alemana, llevaba también en el maletín una toalla que hacía un triste papel junto a la costosa lencería con el monograma J. B. que había en el cuarto de baño de color orquídea.

La casa rebosaba de risas y conversaciones. Se oía cerrar puertas y el rumor del agua en las cañerías, como si en todas partes hubiese gente que se estuviera bañando. Doris, delante del espejo, se observó severamente. Ni en su habitación ni en el «Schumacher» disponía de un espejo de aquel tamaño. Ahora se veía de cuerpo entero y tal como era: una joven bien formada, de buena estatura y que, sin dejar de ser bonita, no lo era mucho. No estaba descontenta de la boca ni de los ojos, pero el pelo, y ahora se daba cuenta claramente, era una desgracia. Tenía un color castaño sin atractivos, y en una peluquería barata, por cincuenta centavos, le habían hecho infinidad de ondas estúpidas. Doris trató de dar un poco de vivacidad a su peinado, pero fracasó. Se abrió el cuello del vestido y lo echó un poco hacia atrás. Pareció quedarle mejor así. Alguien pasó por el pasillo, delante de su puerta. Abajo ladraban los perros y un coche subió zumbando la cuesta del jardín.

De pronto, Doris sintió pánico. Le pareció ver la cama en medio de la habitación, no como un objeto, sino como un ser de vida propia, lo mismo que los muebles en algunos cuentos. El costoso camisón yacía sobre la colcha con un aspecto de presunción. Doris lo cogió y lo colgó del respaldo de una silla. Abajo resonó entonces un *gong*. En la casa donde había servido como niñera también tenían un *gong* para anunciar las comidas. Apagó la luz y se dirigió a la planta baja.

Los invitados lo invadían todo: el angosto vestíbulo, los salones, la biblioteca. Doris vio con desesperación que todas las jóvenes invitadas habían cambiado sus sencillos vestidos por otros espléndidos trajes de noche. Ducky, del brazo de Franklin, iba de un lado a otro. Cuando se acercó Doris él la dejó en seguida para acercarse a ella. Después le presentó a un par de matrimonios: «El señor y la señora Vanderbilt, y el señor y la señora Rockefeller...». Doris repetía cada vez el cortés: *How do you do?*^[19] Pascal, el arquitecto, comenzó de nuevo a dar gritos y entonces Doris se dio cuenta de que Franklin había organizado una farsa. Su confusión aumentó al comprender que, en efecto, había entre los invitados hombres que llevaban apellidos muy conocidos, mientras que a las mujeres se las llamaba por un apodo o por el nombre de pila cómicamente desfigurado.

El mayordomo cojo, al parecer demasiado importante para servir, estaba apostado

en un rincón, mientras dos criados iban ofreciendo cócteles. Doris, experta en la profesión, reconoció la pulcritud con que desempeñaban su cometido. Ya todos los invitados estaban un poco borrachos. Cuando Doris hubo bebidos dos cócteles, los presentes se convirtieron para ella en gratas manchas de color que zumbaban. Franklin llevaba un *smoking* de color verde botella, y esta prenda que Doris no había visto nunca, le gustó. Franklin no estaba bebido todavía. La cogió del brazo, y la llevó a la terraza. Afuera se respiraba con una sensación de gratitud el aire que en tibias ráfagas procedía del mar y olía a marisco y a alquitrán. Doris esperó que Franklin la besaría. Pero no fue así. De la sala salió un coro de voces: «La cena está servida. La cena está servida».

Franklin llevó del brazo a Doris al comedor. Los invitados se apiñaban ya alrededor del *bufet*. Doris se encontró ante una mesita iluminada con velas y oyó su propia risa. Tenía por vecino a un señor más viejo que los demás invitados. Franklin, que la había dejado un instante, regresó con dos platos llenos.

—Este es el señor Potter —dijo—. Potter, esta joven tiene una voz admirable y aspira a la celebridad.

Era el hombre famoso. Potter, el único. Doris recordó haber leído su nombre en los periódicos. Se dedicaba a organizar representaciones de teatro selecto y su vida era bastante escandalosa. No llevaba *smoking* como los demás, sino un levitón negro que se amoldaba mal a su cuerpo enjuto.

—Veamos su mano —dijo a Doris, y, de pronto, se colocó una lupa en el ojo derecho y comenzó a estudiar las rayas de la palma de la mano derecha de Doris, tan de cerca que ella sintió el calor que irradiaba de su cara—. Tiene usted razón —añadió, muy serio—. Aquí veo éxito y fama. La compadezco. Es usted sencilla y dichosa. Todo se derrumbará cuando triunfe.

Doris se sonrió humildemente. El tono de Potter era muy parecido al de la Salvatori. Por debajo de la mesa la rodilla de Bryant se apoyó contra la suya. Bebieron champaña. Doris se esforzó por no reír al notar un cierto cosquilleo en la garganta. Había imaginado que el champaña era otra cosa.

Franklin y Potter comenzaron a discutir acaloradamente. A Doris le pareció que la conversación versaba sobre el dinero que Franklin había empleado en un negocio teatral de Potter y que este, aún no satisfecho, trataba de obtener más dinero para una nueva obra. Con cierta regularidad oyó el nombre de la señorita Cater. Aunque Doris no daba mucha importancia a Franklin, sintió celos de aquella mujer desconocida. Se había acostumbrado a considerar a Bryant como algo suyo. Miró a su alrededor, y, desvanecidos los ánimos que le había proporcionado el champaña, cayó en una depresión invencible, como quien se precipita por la grieta de un ventisquero.

Todas las mujeres allí reunidas eran más hermosas que ella, vestían con mayor elegancia, iban peinadas con mejor buen gusto y parecían más satisfechas. Estaban, en una palabra, más en armonía con aquel ambiente. Basil ya no le hacía caso y sus razones tendría. Tampoco Franklin tardaría mucho en olvidarla.

—Esta vez sería ópera —oyó que Bryant decía a Potter, y en el ademán del hombre del teatro, Doris reconoció que se trataba de una ironía galante de la cual ella era el tema.

Desde las otras mesas partían carcajadas y algún chillido. Algunas jóvenes estaban sentadas sobre las rodillas de los invitados. De pronto, un enorme zumbido resonó cerca de la casa. Todos salieron para ver qué era aquello. Frente a la casa reverberaron dos faros. Un viejo autobús acababa de llegar al lugar de estacionamiento de los coches. De él salió un hombre joven seguido de un grupo de muchachas. Se armó una gritería escandalosa.

—¡Shugers! —gritaron, entusiasmados—. ¡Solo a Shugers podía ocurrírsele esto!

Shugers sonreía con una sonrisa grotesca, halagado en su amor propio. Estaba borracho como una cuba, pero lograba mantenerse en pie.

—He reunido a los corderitos —dijo, satisfecho—. Sociedad de los Corazones Solitarios. Las he frotado con pasta. Son jovencitas, pero tienen mucho conocimiento. Dadle a papá las buenas noches, mis corderitos.

Una tras otra, las muchachas se echaron al cuello de Franklin y lo besaron. Doris reía ostensiblemente para no parecer huraña entre tanto jolgorio. En largo cortejo se dirigieron todos a las cuadras. El cuarteto ya había comenzado a tocar «Sweet Adeline». Lo que Franklin llamaba el cuarto de los arreos era nada menos que un bar disimulado. Ciertamente habían sillas de montar en los estantes y olor de calero en el ambiente, pero, de pronto, como por arte de magia, salió un bar de la pared. Y, como un ser hechizado, detrás de él apareció el mayordomo cojo con la chaqueta blanca propia de un camarero y Sacudiendo con frenesí una coctelera de plata.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó Franklin.

Tuvo que gritárselo al oído para hacérselo entender en medio de aquel barullo.

—Nada, gracias —gritó Doris a su vez. Le pareció flotar, ingrávida, como si su cuerpo no existiera. Rectificó su decisión—. Bueno, algo fuerte, frío y dulce.

Le pareció que el mayordomo la miraba desdeñosamente. Mientras este vertía concienzudamente en un envase líquidos de variados colores, la mano de Franklin se apoyó en la nuca de Doris y ella experimentó complacida aquella caricia. Se había pasado muchas horas sola. Entonces tenía la impresión de que ya no lo estaba. De pronto la vida tomaba un sesgo agradable y sin complicaciones.

Una vez hubo bebido, Doris lo vio todo completa: mente confuso y, al mismo tiempo, completamente claro. En un rincón, Potter la apretó contra la pared y la besó. Pascal, el arquitecto, comenzó a decirle cosas de borracho al oído. Le rogaba que le protegiera. Fantaseaba a propósito de un terreno próximo en el que Franklin tenía que mandar construir una casa para ella. De pronto, se quedó dormido, sentado en tino de los pescantes del que había derribado la silla de montar. En un rincón, dos de las muchachas invitadas comenzaron a pelearse; al principio, dirigiéndose requiebros poco agradables; después, increpándose, y, finalmente, acometiéndose a puñadas. Los dos hombres por los que se peleaban tomaron la cosa a diversión, como si se tratase

de una riña entre dos animalitos. Uno de ellos acabó por cargarse al hombro, como si fuera un saco, a su pareja borracha, y se la llevó. La concurrencia iba clareando; faltaban ya muchos invitados.

Había empezado el baile en la terraza y las muchachas competían en levantar las piernas hasta la rodilla. Doris lo intentó y se quedó asombrada al ver que lo conseguía; de pronto, una voz gritó:

—Está lloviendo.

Doris había notado las gotas de la lluvia. Caía sobre ella como infinidad de besos muy leves. Mientras las otras jóvenes se atropellaban hacia el interior, ella se quedó inmóvil.

—Estoy completamente borracha, Franklin —murmuró, con tono lastimero.

—Consuélate. Yo también —contestó Bryant.

Sus ojos parecían bañados en agua y su mandíbula estaba más distendida aún que de costumbre.

Doris se escabulló rápidamente. En unas cimas, invisibles en la oscuridad, el rumor de la lluvia iba en aumento. Sobre el Sund se veían unos relámpagos que desgarraban las tinieblas, iluminando una extensión de agua. Doris se encontró en su habitación sin saber cómo había llegado a ella. Lloró, se miró al espejo y se tragó las lágrimas que se deslizaban por la comisura de la boca. Abrió el grifo del baño, pero estaba demasiado abatida para bañarse. Cerró de nuevo el grifo, dejó caer al suelo el vestido, dio unos pasos con el oído atento a la puerta y echó la llave. Se oía la borrasca, la lluvia, risas en la casa, gritos ahogados en la escalera... Se puso el camisón y se echó en la cama. Los dedos de sus pies jugaron con la fina lencería, complaciéndose con el contacto. No tenía conciencia de nada más. «Ya estoy durmiendo», pensó. Haciendo un gran esfuerzo se levantó, descorrió el pestillo y volvió a acostarse. Los Dostal lavaban la ropa solo cada dos semanas... Pascal iba a edificar una casa para ella... La borrasca... Franklin... Por primera vez desde hacía meses se durmió sin pensar en Basil.

Se despertó de pronto y vio que había dejado la lámpara encendida. Franklin estaba de pie no lejos de ella, con un pijama de seda amarilla, el pelo húmedo y oliendo a espliego. Tenía mejor aspecto que en traje de etiqueta.

—Solo he querido darte las buenas noches —murmuró desconcertado.

Doris se sentó rápidamente en la cama.

VIII

Aquel mismo día de Pascua, Nemiroff bajaba por la Quinta Avenida en el imperial de un autobús. Estaba de un humor excelente y no le faltaban motivos.

—¿No percibe usted el olor de la primavera, señora? —preguntó a una anciana que llevaba un sombrerito inverosímil.

La señora, pasado el sobresalto, respondió que, efectivamente, percibía aquel olor. Nemiroff continuó preguntando, en un inglés defectuoso, por los comercios o los edificios que hallaban al paso y haciendo otras preguntas idiotas que la señora respondía atinadamente y con gran condescendencia.

Nemiroff se divertía aquella vez representando el papel de un hombre que no ha estado nunca en Nueva York. Modesto, aturdido, con modales de provinciano, complacía íntimamente a la anciana, pues había dado a su rutina dominical un contenido nuevo e interesante. Titubeando, comenzó a contar que, apenas llegado a la ciudad, le había caído una piedra en la cabeza y que entonces salía del hospital, donde había pasado varias semanas, devuelto ya a la razón y a la vida. Este relato absurdo y fantástico no dejaba de tener cierta semejanza con el estado de espíritu del escultor en aquel día de Pascua.

Había ido a casa de Raphaelson, el comerciante de objetos artísticos, que nunca había hecho mucho caso de sus obras. Pero el azar había querido que por primera vez cambiara su actitud displicente y le hiciera una oferta. El estudio que empezó la noche en que Doris subió a su taller había tenido éxito. De algo le había servido el trabajo de las últimas semanas. A fuerza de una nerviosa labor, aquella estatua de greda, bien formada y toda ponderación, había logrado su fin. Consiguió con ella lo que, según él, era el deber de todo artista: subyugar la emoción para obtener la claridad de la que brota la forma.

—Hay que forjar un todo en la serenidad —dijo en voz alta, citando textualmente a un gran autor alemán con lo que aumentó la confusión de la dama del sombrerito cómico.

—Usted perdone, ¿de dónde me ha dicho que procede? —preguntó la buena señora un poco turbada.

—Soy *kurdoqués*^[20] —contestó Nemiroff con dignidad.

—¡Ahí! —exclamó la anciana lisonjeramente, mientras Nemiroff comenzaba a imaginarse aquel país de Kurdoga, al que realizaba un fantástico viaje con Doris.

—Para ir a mi país, lo mejor es hacer el viaje por mar —puntualizó y casi lo llegó a creer—. Se cruza el estrecho entre las islas Biribi y Abalum Kurdoga es también tierra isleña y a cada nueva estación flota sobre ella una larga nube blanca que tiene la forma de una mujer yacente, Los indígenas viven, sobre todo, de la cría del flamenco —aclaró con semblante muy serio a su vecina.

La estatua era buena. No tenía necesidad de que Raphaelson se lo dijera. De todos

modos, el que le hagan caso a uno era mucho mejor que la ofensiva compasión. Tantas veces le habían dicho que estaba loco, 1 que en horas de desaliento casi llegó a creerlo. Raphaelson le había comprado el estudio. Le pagó por él cincuenta dólares, lo que en realidad hacía creer que valía quinientos. En cuestión de dinero era lo único en que Nueva York podía enseñarle algo.

—En Kurdoga se está creando una ley por la que se castiga con la prisión la compra y venta —comunicó a la señora, como conclusión de sus pensamientos.

—Es interesante —contestó la anciana rápidamente, pero, acto seguido se nubló su rostro arrugado—. De todas formas, esto me suena a bolchevique —murmuró.

Nemiroff se quitó la flor que llevaba en el deshilachado ojal de su camisa. Sí, llevaba una flor en el ojal aquel día memorable.

—¿Quiere usted aceptar esta flor para la tumba de su hijo, como saludo de un desconocido? —dijo.

Y antes de que la señora pudiera expresar su asombro, porque era cierto que iba al cementerio, Nemiroff desapareció de la imperial. Tambaleándose, bajó la escalerilla y saltó del vehículo en marcha.

El conductor le gritó algo a sus espaldas. Nemiroff se quedó plantado, sonriendo, en medio de la calzada, obstáculo viviente vestido con un jersey viejo y con cincuenta dólares en el bolsillo. A su alrededor comenzaron a sonar a coro las bocinas, lo que le pareció un espectáculo muy cómica.

—Me hace un excesivo honor —dijo en tono cortés y comedido a un taxista que le increpaba.

Una mitad de la calle estaba todavía iluminada por un sol amarillo, aunque la tarde estaba ya bastante avanzada. El escultor se dirigió, bailando sobre el asfalto, a la tienda que había descubierto desde lo alto del autobús. Poseía el ojo perspicaz de un tirador de la Legión Extranjera. Se había fijado en que la tienda estaba abierta y había en el escaparate un cesto con unas cerezas que eran un primor. «Doris tendrá cerezas», empezó a cantar y entró en la tienda. «Doris tendrá cerezas».

Mientras las compraba y las pagaba a un precio absurdamente elevado porque era abril, se imaginó con burlón regocijo cómo se las arreglarían los señores borrachos en los locales subterráneos del «Casino de París», sin mi amable Basil que les socorriera y les prestara apoyo. Con el paquete de cerezas emprendió su regreso a la calle Cincuenta y Seis.

De pronto, el sol desapareció detrás de las, fachadas. Basil sintió frío y le pareció absurdo. En los últimos tiempos había comido con irregularidad y tenía el abrigo empeñado. La perspectiva de invitar a Doris y celebrar una fiesta con las cerezas contribuía en mucho a su excelente disposición de ánimo.

«Gracias por haber tenido tanta paciencia, Doroschka» —pensó—. A esto también se le puede poner música —murmuró—. «Gracias por haber tenido tanta paciencia, Doroschka» —cantó al doblar la esquina. Sentía una emoción de gratitud inconmensurable. La estatua, Doroschka, el éxito, todo era una unidad inseparable.

Había mantenido a Doroschka a distancia. Pero ella, tenaz y fiel, le había echado un papelito por debajo de la puerta y le esperaba.

«Me casaré con ella —pensó—. No, casarme, no —rectificó—. Forjar algo total en la serenidad». En la serenidad. ¡Se decía fácilmente! Le bastaba pensar en Doroschka para que toda su serenidad se fuera al diablo. Subió los escalones de dos en dos, como de costumbre. La puerta del taller del sastre Dostal estaba cerrada Basil buscó el timbre nunca usado y lo oprimió unos instantes con decisión. Sentía en su mano, experta en el tacto, las cerezas frías y redondas... Transcurrió un buen rato hasta que alguien se movió en el interior del piso, pero Basil no cedió. Finalmente, oyó un ruido de zapatillas que se acercaban. Era la señora Dostal, desgredada y somnolienta.

—¿Qué ocurre? —preguntó de mala gana.

—Quiero ver a la señorita Hart —dijo y entró, pero la señora no se movió del umbral.

—No sé si está en casa —refunfuñó.

—Yo mismo lo comprobaré —dijo Nemiroff y atravesó el taller de costura.

La señora lo siguió con una mirada dura.

—Llame usted antes —advirtió.

Apenas hubo llamado, algo rechinó detrás de la puerta y una voz clara gritó:

—¡Adelante!

No necesitó más para saber que Doris no estaba en la casa, y las cerezas le parecieron más pesadas y superfinas. Sin embargo, entró. Borghild, la masajista noruega, estaba sentada junto a la ventana, puliéndose las uñas.

—¡Ah! ¿Es usted? ¡Yo creía que era alguien que me buscaba a mí!

—¿Sabe usted dónde está la señorita Hart? —preguntó Basil, dispuesto a retirarse.

La joven le dirigió una mirada franca.

—Bueno, ¿desea usted saber dónde está? —Reflexionó un instante y después añadió—: Voy a decirle algo: no sé dónde está.

A Basil le pareció que la masajista daba una importancia exagerada a una pregunta tan sencilla.

—Usted dispense —murmuró.

Borghild se concentró de nuevo en sus uñas.

—Hoy, por lo pronto, no volverá —dijo a espaldas de Nemiroff—. Ha sido invitada al campo.

—Gracias —contestó Basil.

Salió y cerró la puerta. Se quedó unos minutos meditando. Conocía bastante la vida de Doroschka, sus diversiones, sus ansiedades y sus relaciones. Una salida al campo era algo no común. «Habría ido a casa de su tía, la cocinera», pensó para consolarse, pero de sobra sabía que no era cierto.

Nemiroff tenía momentos de vidente. En el autobús, sin que nadie se lo dijera,

adivinó que aquella anciana iba a visitar la tumba de su hijo. Combinó su broche, un retrato al esmalte, con el rictus de aflicción de su boca y el tiesto que llevaba sobre las rodillas y dedujo la consecuencia. Allá, en el Norte africano, descubriría a los cabileños emboscados por el monte, gracias a un sentido especial más que por el conocimiento. Y ahora, de pie en medio del taller del sastre, y cerrando los ojos, se concentró para tratar de descubrir el paradero de Doris. Cuando los asuntos le habían ido mal, ella nunca le había abandonado. Sin ella no existían ni las fiestas ni la dicha.

Deseaba encender grandes hogueras de regocijo para celebrar aquellos primeros cincuenta dólares y lo que significaban.

—Voy al «Schumacher» —anunció, y se dispuso a abrirse paso entre el olor de algodón de la sastrería.

De pronto se dio cuenta de que lo observaban y descubrió que la señora Dostal estaba agazapada detrás del maniquí y lo miraba llena de curiosidad.

—Voy al «Schumacher» —anunció y se dispuso a abrirse paso entre el olor de algodón de la sastrería.

—Hoy está cerrado —oyó que decían detrás de él cuando ya estaba en la escalera. Volvió rápidamente la cabeza—. La señorita Hart ha salido hoy con su vestido nuevo y no trabaja —añadió la señora Dostal antes de cerrar la puerta.

Basil subió a su taller. Sintió no haberlo hecho desde el primer momento. Abrió la puerta, esperando oír el crujido con que se anunciaban las cartitas de Doroschka, echadas por debajo de la puerta. Nada. Recorrió el taller. Ni una carta, ni un simple papel, ni la más mínima noticia. Sin embargo, vio que Doris había pasado por allí. Las cosas que él dejó desordenadas estaban en su sitio. Y flotaba en el ambiente un olor de perfume barato que ella solía usar en las solemnidades.

Por fin se detuvo ante su cama de hierro. La funda de la almohada estaba recién puesta y un poco apartada de la colcha, como para invitarle a que se acostase y durmiera. Se acercó a la mesa sobre la que había dejado las cerezas y, distraídamente, empezó a comerlas y conservar los huesos en el hueco de la mano.

Todavía los llevaba en la palma cuando, un cuarto de hora después, llamó al piso de la Salvatori. La vieja diva estaba en casa. Le hizo pasar y, mientras él se sentaba en una de las setas, ella metió los pies en sus zapatos. Después, se sentó junto a *Carlota*, el papagayo disecado, y miró a Basil con expresión Agresiva.

—¿Quiere usted saber dónde está Doris? —inquirió sin darle tiempo a que él lo preguntase—. Pues se lo voy a decir. Hoy hace su debut en el gran mundo.

—He de verla para un asunto importante —murmuró Nemiroff con cierta impaciencia.

—Está en Long Island, en casa de los Bryant —le interrumpió sin rodeos la Salvatori, radiante de orgullo.

Basil sintió un escalofrío al recordar aquella tarde de en Long Island, donde había tomado un té infame y discutido con la dueña de la casa —los Bryant—. El marido era un hombre sin consistencia, como una bola de harina. De pronto, una vena azul se

hinchó en su frente y le zumbó la sangre en los oídos. Se acordó de lo que había dicho Doris respecto de Bryant. Se dio un puñetazo en la frente.

—¡Idiota! —se dijo—. ¡Estúpido, sordo! ¡Más idiota que todos los idiotas!

Ni por un instante había tomado en serio las palabras de Doris. Pero entonces todo volvió a su memoria. Doris era ingenua, no tenía defensa, ausencia de malicia y conmovía pensar con qué inocencia se empeñaba en ocultar lo inocente que era. Y Doris le había dado muestras de su fidelidad. Había entrado en su taller y habla puesto una funda limpia a su almohada, antes de ir a reunirse con Bryant. Ella no se daba cuenta de lo que estaba haciendo. Nemiroff se levantó de un brinco. Le ardía la cara, pero experimentaba una sensación helada en el vacío del estómago.

—¡No se le ocurra ir a molestar a la señorita Hart! —oyó que decía la Salvatori—. ¡Bastantes sacrificios ha hecho por usted la pobre criatura! —% La Salvatori pronunció estas palabras con marcado acento italiano. Pero para Nemiroff fueron como el murmullo de un arroyo: no se enteró de nada—. Doris triunfará. Bryant es el hombre que le hacía falta. Ya pasó el tiempo de los infantiles caprichos sentimentales. Y usted, joven, lo mejor que puede hacer es retirarse por el foro y no ser un obstáculo en el camino de Doris.

Nemiroff tenía la mirada fija en la Salvatori, pero sin verla. Lo que en aquellos momentos veía era una escena lejana y perdida en el pasado: una casa con un letrero en la puerta: «Maison Fifi» y, en su interior, la música, el humo, el olor de las velillas de los fumadores y del sudor, las mujeres y el ajeno homicida que bebían los legionarios el día de cobro. Esto no tenía nada que ver con Doris y, según cómo, tenía mucho que ver. Sintió el deseo casi incontenible de retorcer el cuello al papagayo disecado. Murmuró algo en ruso que la Salvatori, por la entonación, dedujo que era un insulto.

—Es usted el último que tendría derecho a ofenderme —dijo muy agitada—. ¿Qué ha hecho usted en toda su vida para merecer a Doris? Nada.

Y al decir esto, golpeó con la yema amarillenta del índice el pecho de Basil.

«Nada. Tiene razón. Nada» —pensaba él.

Ni una flor, ni la más mínima complacencia; nada —prosiguió diciendo la Salvatori como en una letanía. Y Nemiroff repitió interiormente como un eco: «Ni una flor; nada». Entonces recordó las flores que durante aquellos meses se renovaban en su taller. Era Doris quien las compraba—. Todo ha salido del escaso jornal que gana con su sangre —dijo la Salvatori como si cantase su aria de la venganza.

Había caído la tarde. Él ya no veía su cara. La Salvatori estaba sentada como una montaña negra en medio de la habitación, que iba llenando la oscuridad. Basil se dio cuenta de que había soportado todo lo que era capaz de soportar.

—Muchas gracias —murmuró a modo de despedida.

Una vez en su taller, no encendió la luz. Comenzó a pasear en la oscuridad, reflexionando, y cuantas más vueltas daba al asunto, más embrollado y sin esperanzas le parecía todo. Algo le dolía en su interior, algo le ahogaba. Pasó cerca de una hora y

como no vislumbrase un cambio, una solución o un alivio ni se realizara ningún milagro, encendió la luz y decidió trabajar. Cogió un papel de dibujo y empezó a copiar su lavabo con un estilo académico y minucioso. Aquel día de pascua reinaba en la casa una tranquilidad asombrosa; ni siquiera se oía el llanto de los mellizos del piso bajo, que debían de estar ausentes. Basil llenó una hoja tras otra con lavabos pulcramente dibujados. La palangana estaba rota por él borde y tenía una profunda depresión. Pero poco a poco, esa depresión adquirió la forma de un perfil. Después, aparecieron unos rostros humanos. Un poco más tarde empezó a llover y el gran ventanal se pobló también de inconstantes figuras. Basa, con la cabeza apoyada en el cristal, miró la calle. No se veía más que la oscuridad de la noche. Se oía el gramófono, no se sabía de dónde.

De pronto, súbitamente tomó una decisión. «Me llevaré a Doris de casa de los Bryant», se dijo. Se convenció a sí mismo de que, siendo conocido de la casa, tenía derecho a llevarse a Doris. Las sienes le zumbaban todavía de un modo raro; se dirigió al lavabo y metió la cabeza en el agua. En el momento de salir pensó que tal vez, Doris, de regreso de Long Island, se cruzaría con él por el camino. Él confiaba mucho en los azares de la telepatía del amor y por esta razón omitía a veces decir cosas que hubiera sido preferible no callar. «Espérame. Vuelvo en seguida», escribió en una hoja de papel que dejó cuidadosamente sobre la almohada. Y volviendo a su antigua costumbre, no cerró la puerta con llave.

Una ráfaga de viento le azotó al salir a la calle y la lluvia lo caló de pies a cabeza. Caminó contra el viento, que era frío y potente como un cuerpo pesado. Pero antes de llegar a la esquina, se dio cuenta de lo descabellado que era su propósito. Con aquel aspecto de perro mojado y apaleado no estaba en condiciones de presentarse y disputar a un millonario una mujer. Comprendió que la impresión que tenía que dar era la de un hombre que lleva cincuenta dólares en el bolsillo y ha conseguido su primer éxito. No se entretuvo en más consideraciones. Al llegar a la Segunda Avenida no subió al tren que iba a la estación de Pensilvania sino a otro repleto que le dejaría en la calle del Canal.

En la tiendecita de «Hijos de Rubén» ardía una luz tenue, como prevención contra los ladrones, pero las puertas estaban cerradas. En aquel momento el humor de Basil era sombrío y reconcentrado. La lluvia, que se filtraba por el cuello del viejo jersey, el no llevar camisa y solo una camiseta sin cuello, el viaje en el tren atestado y la necesidad de desempeñar sus ropas antes de ir en busca de Doris, todo daba fe de la realidad de su miseria. No estaba dispuesto a someterse ante el ridículo obstáculo de una tienda cerrada.

Entró en el portal inmediato a la tienda y comenzó a llamar con impaciencia a la puerta que sabía comunicaba con la vivienda de los hijos de Rubén. En el interior oyó enmudecer inmediatamente un plácido susurro de voces. Aquel súbito enmudecimiento lo transportó como en sueños a los días de su infancia en Rusia. Así enmudecía allí la gente siempre que alguien llamaba a la puerta. Un día abrieron esta

y se llevaron preso a su padre. Volvió a llamar. Chorreaba el agua de su pelo y trató de disimular su temblor.

Cuando se abrió la puerta se encontró con un cuadro inesperado. Alrededor de una larga mesa con manteles blancos estaban sentadas doce personas, alternando invariablemente un hombre y una mujer y en la cabecera dos muchachos de grandes ojos negros. Sam Rubén, el más joven de los hermanos, había abierto la puerta a Basil. Las llamas de infinidad de velas, puestas en candelabros de plata sobre la mesa, iluminaban la habitación. Basil empezó a sonreír, no dando crédito a lo que veía.

—*Passah?*^[21] —preguntó.

Su infancia entera revivió en aquella escena veíase sentado en los rodillas de su abuelo, un anciano israelita, cantando el gozoso canto judío mientras golpeaba la mesa. Y recordó las primeras palabras del himno: *Chad Gadjo, Chad Gadjo*^[22].

—¿Qué desea usted? —preguntó Rubén, comedido.

Basil volvió rápidamente de su grato pasado a la desagradable realidad.

—Necesito urgentemente mis ropas —dijo con aspereza.

—Es el día festivo... Lo lamento —contestó el judío.

Los demás tenían las miradas fijas en la puerta. Basil admitió el valor artístico de aquel conjunto de cabezas, todas vueltas hacia un mismo sitio, pero no era ocasión de entretenerse en tales pormenores.

—Necesito mi traje y mi abrigo —puntualizó. Aquello era como en Marruecos, como cuando se presentaba en una aldea árabe a pedir alojamiento. Todos los hijos de Rubén tenían rasgos árabes. Rápidamente metió el pie entre la puerta y el marco como si temiese que le dieran con ella en las narices—. ¿No comprende usted que en ciertas situaciones toda nuestra vida depende de llevar un traje decente?

Era la desesperación. No podía haber previsto a lo que le conducirían sus relaciones con Doris.

—Entre usted —respondió el hijo de Rubén, después de mirarlo unos segundos sin decir nada.

Basil entró. Metió la mano en el bolsillo y sacó la papeleta. Dieciséis dólares y veinte centavos por un buen traje, el abrigo, el *samovar* y el viejo revólver. Basil lamentó dejar las huellas de sus pies mojados en el suelo de la casa en plena fiesta.

—¿Tiene usted el dinero? —preguntó el menor de los Rubén.

Basil contestó que tenía dinero en abundancia.

—No nos está permitido hacer ningún negocio, ni podemos tocar dinero en la festividad de hoy —dijo el menor de los Rubén.

Era un *prendero*^[23] vulgar y roñoso, pero la festividad lo dignificaba.

—Ya lo sé —murmuró Basil condescendiente.

—¿Es usted judío? —preguntó uno de los comensales y todos los demás lo miraron.

—Sí —contestó, sorprendido. Esta era una de las realidades que siempre le asombraban, como la conciencia de su edad y el recurso de que hubiera tenido madre.

—¿Sería indiscreto preguntar por qué razón el rescatar hoy sus ropas representa para usted un caso de vida o muerte? —preguntó el mismo hombre, que ara, probablemente, el mayor de los hermanos.

—Usted me dispensará... —murmuró Basil y esperó.

El aspecto festivo de las velas encendidas le había sosegado y distraído por unos momentos, pero entonces sintió una rabiosa impaciencia. Dejó sobre el aparador las papeletas y el dinero. Dieciséis dólares y veinte centavos.

—Nos está vedado tocar dinero —repitió tercamente el hijo de Rubén.

Con un gran esfuerzo, la memoria de Basil pudo sacar a flote una idea.

—¿No tienen ustedes una *schabesgoite*? El menor de los Rubén se quedó sorprendido al oír esta pregunta.

La palabra dio en el clavo. Se llama así a la sirvienta cristiana que en las casas donde se observa la religión judaica ejecuta todas las labores profanas vedadas a los hebreos en la fiesta del sábado. Hubo risas alrededor de toda la mesa y una anciana, sentada cerca de los niños, rio para sí y no hizo más que repetir.

—*Schabesgoite* ha dicho, *schabesgoite*.

La impaciencia de Basil creció en medio de las risas y las cuchufletas. Corrían los minutos y le urgía llevarse a Doris.

—Tengo prisa —murmuró.

Rubén cogió un candelabro de la mesa y empezó a contar el dinero con los ojos, sin tocarlo.

—Venga usted —dijo y, después de haber bajado tres escalones, entró por un angosto pasillo en la tienda.

En ella se respiraba un olor a cuero y de sudor. Trajes usados colgaban de las perchas; unas joyas de poco valor estaban guardadas en una vitrina protegida con unos barrotes. La luz eléctrica que Basil había visto desde la calle ardía pobremente con una blancura espectral.

—Tendrá que buscar usted mismo sus ropas —dijo Sam Rubén, mientras levantaba el candelabro por encima de un montón de prendas que exhalaban un fuerte olor a naftalina.

De mala gana, Basil metió las manos entre la ropa usada, y tuvo la impresión de que a cada momento se le ensuciaban más.

—Este —dijo, por fin—, y este.

Rubén leyó los números, los cotejó y afirmó con un ademán.

—¿Quiere también el *samovar*? —preguntó. Basil movió la cabeza negativamente—. ¿Y el revólver?

—Sí —dijo Basil.

Un segundo antes no se le hubiera ocurrido que lo deseaba. Pero, de pronto, como si hubiese apretado un resorte, algo cambió en su cerebro. Sin revólver no podía hacer nada; sin revólver era un hombre perdido. Le pareció que el olor a naftalina de su traje nuevo se compensaba favorablemente con el revólver.

El judío seguía sin tocar nada con las manos. Indicó a Basil, levantando la barbilla, un cajón que este abrió, y dentro encontró el revólver, después de buscar un rato. El arma encajó dócil y familiarmente en su mano.

—El *samovar* también entra en la cuenta —dijo Rubén.

—Quisiera dinero a cambio —murmuró Basil—. Hoy no me lo llevaré.

—No puedo tocar dinero —insistió el judío.

A Basil le zumbaban los oídos de cólera e impaciencia. Mientras tanto, Doris estaba en casa de los Bryant.

—Firme usted un papel conforme he pagado por el *samovar* y mañana lo recogeré —dijo con la voz ronca.

—Hoy nos está vedado escribir —explicó Sam Rubén con decisión y Basil desistió.

—¿Puedo mudarme de ropa aquí mismo? —preguntó finalmente.

—Como usted quiera —dijo Rubén. Y le dejó solo.

Cuando Basil salió a la calle, la lluvia era menos intensa, pero constante. Hizo frente al aguacero envuelto en la densa atmósfera de naftalina que ofendía su dignidad. Debajo del brazo llevaba el pesado *samovar* llamado «Puschkin». No le habría importado deshacerse de él pero como «Puschkin» era el objeto de más valor que poseía, decidió cargar con él. No era la cosa tan grave ni tan desesperada como para tomar una decisión así. «Puedo dejarlo en el vestíbulo», pensó. Su propósito era entrar en casa de los Bryant con el rostro sereno y alegre, como si de improviso, hallándose en las cercanías, se le hubiese ocurrido entrar para acompañar a Doris en el viaje de regreso a su casa. Al llegar a la estación de Pensilvania se enteró de que el tren tardaría treinta y dos minutos. Entonces se sentó en un banco, dejó a su lado el *samovar* e intentó transformarse en un joven indolente y elegante. Al cabo de un rato se dio cuenta de que una parte de su nerviosismo era debida al hambre, pero no tuvo tiempo para más reflexiones porque llegó el tren. Encontró sitio junto a la ventanilla. Dado lo avanzado de la hora, no eran muchos los viajeros que salían de la ciudad para Long Island. Durante un rato, distraídamente, siguió las gotas que resbalaban negras por el cristal negro, las luces debajo del puente y las calles de la otra orilla del río.

Hasta entonces no pensó en la posibilidad de que Doris, no queriendo separarse de los Bryant, se negara a regresar con él. Cuando se le ocurrió este pensamiento aspiró el aire, ahogando un grito de protesta. De una cosa no podía dudar: del amor a toda prueba de Doris. Era evidente que no había sido ella la que quiso estar alejada de él. Él mismo la había mantenido a distancia por razones, a decir verdad fundadas y decorosas. En tren se paraba, volvía a ponerse en marcha, se paraba otra vez, partía de nuevo. Su ritmo acompañaba un desagradable estribillo: si Doris no quiere, si Doris no quiere, si Doris no quiere...

Y no llegaba. Aquel viaje era una eternidad horrible.

Un segundo pensamiento abominable salió a flote: «Solo por ti lo ha hecho; solo por ti lo hace». Murmuró en ruso una imprecación contra la Salvatori, que había

sembrado en su cerebro aquella idea. Y cuanto más pensaba, más crecía el fuego interior en que se consumía. Estuvo a punto de dejar pasar Gread Neck sin darse cuenta, pero gracias a una automática sacudida en su inconsciente se levantó del asiento y se encontró, tambaleándose, en el andén mientras el convoy proseguía su ruta. Estaba lloviendo.

En el reloj de la estación faltaban diez minutos para medianoche. En realidad dio a Basil la medida de la insensatez de su propósito. Sin embargo, siguió su camino hacia la casa de los Bryant, reanimándose con el frescor de la lluvia bajo los árboles goteantes. Su campaña en Marruecos le había dotado de una seguridad de orientación casi animal y no le preocupaban ni el camino ni la situación de la casa que con resultado tan lamentable había visitado pocas semanas antes. Lo que más le molestaba era el *samovar*; no sin una cierta vacilación dejó a «Puschkin» al borde del camino, con la intención de recogerlo a la vuelta.

Pero esa vuelta, cosa singular porque más bien le sobraba que le faltaba fantasía, no llegaba a imaginársela en concreto. En el mejor de los casos, Doris habría salido ya de la casa y estaría tranquilamente en la calle Cincuenta y Seis, reducida a su valor real la pesadilla de una noche. En el peor de los casos, podía negarse a regresar con él y entonces sería preciso convencerle con energía. Pero también podía suceder que los Bryant estuvieran durmiendo y no pudiera entrar en la casa. O que Doris no hubiera ido a Long Island y él apareciese como un Don Quijote, cómico, triste, calado hasta los huesos y oliendo a naftalina. Movié el brazo derecho, que le dolía aún por la carga del *samovar*, y aceleró el paso.

La verja del jardín estaba abierta de par en par. Vio el garaje que parecía una cuadra y la cuadra que parecía un pabellón galante. A lo largo de la avenida central había muchas luces, y la misma casa, sobre el fondo del parque, parecía muy iluminada. En medio de la lluvia oyó una música vaga. Se precipitaron sobre él dos perros ladrando furiosamente. Basil apoyó la mano entre sus orejas y se amansaron. Un criado apareció a la puerta, dirigió una mirada investigadora al jardín y esperó a Basil. Este titubeó un buen rato antes de entrar en el vestíbulo cuya puerta había abierto el criado. Después le quitaron el abrigo mojado por la lluvia.

Casualmente se encontró delante de un espejo. «Don Quijote», pensó con cierta complacencia. Era alto y delgado y tenía unas facciones rasgadas que en vano había intentado fijar en una serie de autorretratos. Su pelo estaba húmedo y más oscuro que de costumbre, y su traje, prescindiendo del olor a naftalina que el espejo no podía reflejar, daba la impresión de que su dueño había dormido con él varias noches.

Delante de aquel espejo Basil tuvo la duda de si hacía bien en llevarse a Doris de aquella casa. Había en las paredes gruesos tapices, y otros no menos gruesos cubrían el suelo y el pie se hundía en ellos como en el musgo. ¿Qué derecho tenía él para arrancar a Doroschka de aquella existencia muelle, apacible y dorada y arrastrarla al mundo árido, áspero y hambriento de antes? Tal vez la casa no tuviera nada de imposible. A ella le gustaba Franklin Bryant. En aquellos momentos de expiación,

Basil estaba dispuesto a disminuir sus propios méritos y exagerar los del joven millonario. En aquel momento oyó la música de un gramófono. Basil pensó que lo mejor sería pedir el abrigo, abandonar la aventura y dejar que los acontecimientos siguieran su curso hasta el fin.

—¿Está aquí la señorita Hart? —preguntó un instante después al criado, que parecía somnoliento.

—No conozco a las señoras por sus apellidos —contestó el hombre, con sonrisa condescendiente—. ¿No será una rubia, bajita y vestida de rojo?

Basil se acercó a la puerta de la habitación donde un día fue recibido por Juddy Bryant. El criado no le permitió entrar. Por lo demás, todo estaba silencioso tras ella.

—¿Dónde está la señora Bryant? —preguntó, adoptando la actitud de aquellos jóvenes indolentes, a cuyos modales se había acostumbrado durante su breve empleo en los lavabos del «Casino de París».

—La señora Bryant está en Europa —dijo el criado.

A Nemiroff esa respuesta le produjo el efecto de un rayo. Hasta entonces, por puro capricho de la imaginación, había dado por seguro que la señora Bryant estaría en la casa y que el millonario estaría haciendo la corte a Doris, por decirlo así, bajo la inspección de su esposa víctima del *snobismo*. Pero al oír aquello todo se desenfocó y se descompuso. Cuando Basil traspuso la puerta que el criado, con singular precaución, abría en obsequio suyo, le pareció que habían pasado años desde su encuentro con los hijos de Rubén en torno de la mesa de la festividad, llena de velas encendidas. Entró con un zumbido en las sienes, y con los puños en ristre.

La sala y la biblioteca inmediata estaban medio a oscuras; únicamente daban luz unas cuantas lámparas de forma esférica, llenas de un líquido de color. El gramófono enmudeció y el disco daba las últimas vueltas con el rasgueo característico. Nadie parecía cuidarse del aparato. Había bastantes personas en las dos estancias, pero de tal modo diseminadas por los rincones que a Basil le costó darse cuenta de su presencia.

—¿Qué quieres? —preguntó un joven, sentado en un diván junto a una mujer, él completamente borracho y ella con muy escasa ropa.

—Anda, *Baby*, trae a mamá algo de beber —balbuceó ella, sin quitar los brazos del cuello de su pareja.

—¿Es Jimmy? —preguntó otra joven tendida en la alfombra, delante de la chimenea.

El maquillaje de los ojos se desparramaba por su cara bonita y su vestido había resbalado hasta debajo de los hombros. Dos manos masculinas surgidas de la oscuridad la tendieron otra vez sobre la alfombra en la postura de antes.

En la biblioteca estaban bebiendo en medio de risas sofocadas. Basil vio dos vasos; alguien a sus pies se puso a chillar, se incorporó y tropezó con un vaso caído en el suelo. Pero tampoco era Doris. Basil fruncía el ceño para ver mejor. El espectáculo era significativo; el desorden de la embriaguez y la lascivia, la flojedad

del cansancio, el rojo de labios pintados que había dejado huellas en las caras de los hombres, las manchas de los licores encima del piano y prendas de ropa esparcidas por todas partes.

Entonces volvió a funcionar el gramófono al mismo tiempo que se abrió una puerta lateral y entraban dando voces y carcajadas cuatro personas, tres mujeres y un hombre.

—¡Detenedlo! —gritaban ellas—. ¡Quiere telefonar a su mujer!

—Pues tendrá que llamar a casa del conde Perugi; allí debe de estar a estas horas —murmuró perezosamente la que estaba echada al pie de la chimenea. El hombre se inclinó hacia ella, le levantó la cabeza y le dio un puñetazo en la boca. La mujer escupió un poco de sangre en la alfombra y se frotó la boca con el brazo—. Esto va a costarte dinero, amigo mío —dijo con toda tranquilidad.

Mientras tanto, dos parejas habían empezado a bailar en la biblioteca, ellas medio desnudas y vestidos los hombres. Este espectáculo desolador despertó en el cerebro de Basil, por segunda vez aquella noche, el recuerdo de las «Maison Fifi» de Marrakesh.

Se pasó la lengua por los labios. Los tenía secos y fríos. Quiso decir algo, pero la lengua era como un pedazo de papel en su boca. Cogió el vaso que alguien le ofreció. Impresa en su borde se veía la huella de unos labios pintados de rojo. «Doris —pensó—. Doroschka, Doroschka». El corazón le latía furiosamente.

—¿No tienes tu chica? —preguntó el hombre que le había dado de beber—. Búscate una; aquí sobran.

Levantó del suelo a una de las esbeltas jóvenes y la empujó hacia él.

—¿Quién es este? —preguntó ella con los ojos acuosos.

—Es Jimmy.

Basil apartó los brazos que iba a echarle al cuello y el contacto de la carne tibia y blanda le infundió una cólera rabiosa mezclada de repugnancia.

De pronto entró un grupo precipitadamente, atravesó la estancia y alguien arrancó de la mano el teléfono al hombre que había golpeado a la mujer. Después de muchas fatigas, consiguió ponerse al habla con su esposa.

—Está en Cincinnati —dijo—. Quiero darle las buenas noches.

También él acabó echado en una cama turca, completamente borracho, con la cabeza apoyada en el hombro de su mujer. Basil, vislumbró fugazmente, en el rostro de ella, corrompido y ajado, una expresión maternal. Las mismas rameritas de Marrakesh tenían en sus caras esa expresión que nada puede borrar. «Doris —pensó otra vez con un dolor profundo que lo desgarraba como un parto—. ¡Doris, Doris, Doroschka!».

—¿Dónde está la señorita Hart? —preguntó a la que tenía apoyada sobre su hombro la cabeza del hombre que había intentado hablar por teléfono.

Se daba cuenta de que algo pavoroso surgía en su interior, algo que no conocía ni podía comprender.

—¿Quién? —preguntó la joven.

—Busca a la modelo de Bryant —dijo otra que hasta entonces pareció dormida.

Uno de los hombres se echó a reír, borracho.

—¡Esta sí que es buena! —gritó—. Jimmy detrás de la modelo de Bryant. ¡El bromazo padre!

—¿Qué quieres de Doris? —preguntó la joven que antes le había echado los brazos al cuello—. Ven, bailemos. Los abstemios sois unos sinvergüenzas.

Basil estaba como sobre ascuas. «Doris, Doris, Doroschka». El que se recostaba en el hombro de su pareja abrió los ojos y Basil se dio entonces cuenta de que uno de ellos lo tenía azul a causa de algún puñetazo. Pero todos aquellos seres parecían ficticios, espectros, figuras vistas en sueños.

—Mi mujer está en Cincinnati —dijo el hombre con voz muy clara—. No está con el conde de Perugi. Está en Cincinnati. La señorita Hart está arriba con nuestro anfitrión. Segunda puerta a la izquierda.

Las mujeres recibieron con risas esa confidencia.

—La señorita Hart —gritaron a coro—. La señorita Hart, la señorita...

—Muchas gracias —dijo Basil y llegó a la puerta sorteando los obstáculos.

Tocaba el gramófono. El criado tenía a punto su abrigo y se lo puso como un autómatas. Le sorprendió sentir el sudor frío que rezumaba de su frente, de todos los poros de su cuerpo y resbalaba a gotas por el cuello. El criado lo miró con curiosidad.

—¡Una pequeña jueguita! —dijo benignamente, como si hablase de niños.

Basil lo apartó a un lado y emprendió la subida a las habitaciones altas. Entonces se dio cuenta de que el criado cojeaba y lamentó haberlo tratado con cierta aspereza. Al subir la escalera no sintió la materia dura bajo sus pies, sino algo nebuloso y sin consistencia. Segunda puerta a la izquierda. Se encontró en un pasillo con pulcras láminas inglesas de asuntos de caza a lo largo de las paredes. La puerta estaba solo entornada. Basil la empujó con el pie y la abrió del todo. Un cuarto vacío, solitario, silencioso, con una amplia cama intacta. Con el ceño fruncido, incapaz de pensar con claridad, oyó pronto la voz de Doris: había otra puerta en el lado opuesto. Permaneció inmóvil un instante. Detrás de aquella puerta, Doris hablaba con voz discreta y, a intervalos, reía un poco. Basil vio entonces con minuciosidad extraordinaria el asunto de la lámina colgada frente a él. Tres sabuesos saltaban por encima de un seto. Un hombre grueso montaba mi caballo negro. Esto y el olor a naftalina eran sensaciones claras, inmediatas, inolvidables. «¡Doris, Doroschka! Hay situaciones que no podríamos prever nunca», pensó Basil. Primero creyó que la puerta estaba cerrada porque no tenía fuerza en la mano. Con todo el peso de su cuerpo sobre ella y al mismo tiempo forcejeó para abrirla y la puerta cedió.

IX

Doris abrió trabajosamente los ojos, pero vio poca cosa. Se sentía abatida, en un estado lamentable. Contrajo las pupilas y, haciendo un esfuerzo, logró distinguir un pedacito blanco y, después, una mejilla y el color blanco otra vez. Movi6 la mano y palp6 algo blanco como algod6n. «Estoy en una cama», pens6. Oía el crujir de ropas de alguien que se movía a su lado.

—¿Qué ha sucedido? —susurr6 en alemán.

—No hable usted, no se mueva —le contestaron.

—Transcurrieron unos minutos antes de que Doris pudiese concretar otra idea. Le preocupaba el hecho que la hubiesen hablado precisamente en alemán. Mientras tanto, se había ido despertando en su pecho un dolor que iba creciendo y concretándose cada vez más.

—Oiga, no puedo respirar —murmur6. Tenía los labios tan resecos que no lograba pronunciar las consonantes.

—Sí, sí —le contestaron con tono vagamente consolador.

Intent6 quejarse con más vehemencia, pero, antes de lograrlo, cay6 otra vez en el sopor de un sueño o de un desvanecimiento.

Al volver en sí, sali6 a flote de un infierno de dolores. Estaba acostada en una cama y veía con toda precisión las paredes de un cuarto de hospital. Cuando hizo un esfuerzo para incorporarse, unas manos empujaron sus hombros contra la almohada. Manos, voces y una toca blanca de alas enormes se confundieron en una sola impresión. Fijos los ojos, comenzaron a ordenarse las manchas blancas y negras y surgi6 la figura de una monja anciana, de pie junto a la cama.

—¿Qué ha sucedido? —pregunt6 Doris, entonces en inglés.

—Está usted muy enferma y conviene que no se mueva y que no hable —dijo la religiosa—. Soy la hermana Leocadia y procuraré que se le proporcione todo lo que necesite.

Esta conversaci6n era más de lo que Doris podía soportar. A su mitad todo empez6 a zumbar la vacilar a su alrededor y la habitaci6n del hospital oscil6 de una forma espantosa. Estuvo a punto de llorar, pero el solo hecho de respirar la era tan doloroso que no lograba ni siquiera llorar con sus fuerzas miserables.

Tard6 semanas en saber que le habían herido en el pecho y que le habían operado para extraerle de los pulmones dos balas, una de ellas cerca del coraz6n. Y existía también el peligro de que la aorta les diera un disgusto. Poco a poco se enter6 Doris de estos pormenores, a medida que le administraban las cucharadas de una medicina. Y fue el doctor Williams el encargado de ilustrarla.

Doris, echada, con el semblante serio y contraído, intentaba respirar, pese a su herida. Sufría profundamente y meditaba, A veces, con voz tenue, sostenía una conversaci6n con sor Leocadia, que bizqueaba un poco y a veces resultaba muy cómica, pero al mismo tiempo tan juiciosa como Doris no había conocido a nadie.

Con su negro hábito abombado y las blancas alas de la toca almidonada, tenía dos debilidades; canturrear estribillos y hablar *slang*^[24]. Cuando cogía el termómetro y se convencía de que Doris tenía fiebre, murmuraba entre dientes enérgicas imprecaciones. Poco a poco, Doris se enteró de que sor Leocadia fue en el mundo la baronesa Schroder, un nombre de la aristocracia bávara, y que tuvo un marido merecedor de todo su afecto y cinco hijos, El padre y cuatro de los hijos cayeron en la guerra y el quinto quedó reducido a tal estado bajo la metralla, que solo sobrevivía de él un miserable montón de carne y cicatrices del que había huido la luz de la razón. Vivía en uno de los hogares donde el Estado mantiene y ampara a las más desgraciadas víctimas de la guerra. Pero sor Leocadia, la baronesa von Schroder de otro tiempo, había tenido un amante que regresó indemne de la guerra. En medio de su constricción, creyó ver el castigo de Dios al pecador, abatiéndose, sobre sus hijos. Y en vez de enojarse contra ese castigo ejecutado en la carne de unos inocentes, se sometió a su voluntad. Profesó y, diestra con las experiencias de la guerra, en el cuidado de los enfermos, su Orden la destinó a América para ejercer en el hospital de Santa Ana. Y allí estaba, a la cabecera de Doris, bizqueando, santificada, pero con un reflejo de su mundo anterior y con una paciencia inagotable para los dolores, las quejas y las flaquezas.

Doris se sentía capaz de hablar horas enteras de Basil con sor Leocadia, y ella parecía tener una gran comprensión por las cosas del cariño. Era también sor Leocadia la que se empeñaba con ahínco en que viviera, ya que su muerte daría motivo para que Basil fuese acusado de homicidio, mientras que entonces solo esperaba en la cárcel el resultado del juicio por intento premeditado de homicidio. Y Doris, con todas las fuerzas que le quedaban, luchaba para no morir. Había momentos en que parecía que sor Leocadia y ella se hubieran empeñado en un imposible, y otros en que el doctor Williams se asombraba de la inquebrantable tenacidad de su paciente. También Doris estaba asombrada. Recordaba el miedo que antes le inspiraron tantas cosas y cuántas otras le parecían superiores a sus fuerzas. Ahora era capaz de asegurar que nada en el mundo podía asustarla y que podría conseguir todo aquello que quisiera. Daba la impresión de que la Doris de antes y la de ahora eran dos personas totalmente distintas.

En el curso de su convalecencia llegó un momento en que su única ansia era ver a Basil y hablar con él. Esto la mantenía en continua inquietud, en un estado febril que hacía más difícil que se repusiese del todo. Sospechaba que le ocultaban algo malo y no podía existir nada peor que los cuadros que ella misma pintaba en su imaginación. Los narcóticos empezaron a no producir efecto; no hallaba descanso con la morfina. Y muchas veces permanecía echada, inmóvil y con una sonrisa en su rostro exangüe. Sor Leocadia la observaba con inquietud. Aquella blanca serenidad parecía de otro mundo.

—¿En qué piensa usted? —preguntaba a su paciente. Doris no respondía, pero una semana más tarde volvía a su obsesión de siempre.

—Si a Basil yo no le hubiera importado no habría hecho lo que hizo —dijo de pronto—. Un hombre no puede dar una prueba de amor más firme. ¿No lo cree usted así, hermana?

Y sor Leocadia convenía en que un hombre no puede dar una prueba de amor más firme y se sentía satisfecha de que Doris se tomase así las cosas, en vez de hacer cargos al pobre diablo que se consumía en la cárcel.

El doctor Williams había declarado que la vida de Doris, según el juicio humano, estaba ya fuera de peligro y tres señores del Juzgado se presentaron en el hospital de Santa Ana. Como Doris tardaría tiempo en poder salir del hospital, instaláronse con la máquina de escribir y la ayuda de un oficial. Los buenos señores demostraron un humor alegre y animado y, con sus voces, por primera vez, entró el mundo exterior en el retiro de Doris. Le dolía aún el pecho, pero contestó solícita que se hallaba dispuesta a declarar. El juez, un señor correcto, con una boca puritana y nariz de bebedor, se caló los anteojos, aunque nada tenía que ver, y empezó el interrogatorio.

—Vamos a ver si nos refiere usted, señorita, lo que sepa del procesado Basil Nemiroff —dijo, fijando la atención en la basta chaqueta de franela que llevaba Doris, una prenda con que el hospital de Santa Ana vestía a todos los pacientes con que no poseían ropa propia.

Doris respiró con precaución y dijo:

—Basil es el hombre más bueno que he conocido en mi vida.

El juez hizo una mueca y observó:

—No pedimos apreciaciones sobre la persona, sino hechos. ¿Tenía usted relación con Nemiroff?

—Sí —susurró Doris.

—¿Intima? —preguntó el juez. En el cristal de sus anteojos se reflejaba el cuarto con toda su blancura. Doris meditó la respuesta. ¡Era una cosa tan remota! Aquellas noches de amor con Basil, ahogadas y silenciosas, al principio de sus relaciones, le parecían hechos tan perdidos en el pasado, tan irreales...

—Sí —contestó finalmente, con voz más alta y firme que antes.

—El acusado se niega a contestar a todo —dijo el juez—. Por esto me veo obligado a preguntar a usted ciertos pormenores que de buena gana omitiría tratándose de una señorita.

Doris se sobrepuso todo lo que le fue posible.

—No soy una señorita —dijo, agitada—. Y no estoy acostumbrada a que me traten con remilgos. De las cosas que he hecho no me avergüenzo. Pregunte usted sin reparos. Con nosotras las pobres, no se anda con rodeos. Si Basil y yo no fuésemos unos desastrados, nada nos hubiera sucedido.

—Es posible —contestó distraídamente el juez—. Pero no discutamos esto. Usted rompió con el acusado. Después del rompimiento, ¿le amenazó alguna vez por celos?

—¡Dios mío! No —dijo Doris, impaciente. Había hablado más alto que de costumbre y sintió violentos pinchazos en el pecho—. No se puede decir que

rompiera con él; fue otra cosa.

—¿No? Bueno, pero usted había concertado para el primer día de Pascua una... Una cita galante, podríamos decir, con Franklin O. Bryant. ¿No es cierto?

—Sí.

—¿Y no había usted roto con Nemiroff? Entonces el hecho toma otro cariz. ¿Sabe él su visita a casa de Bryant? ¿Se lo había dicho usted?

—No.

—Entonces, ¿cómo sabía dónde estaba usted? ¿Cómo se dirigió a Gread Neck?

—Basil es vidente —afirmó Doris.

—¿Que el acusado es...? ¿Cómo ha dicho usted?

De pronto estalló la indignación de Doris.

—Está usted hablando continuamente del «acusado» —dijo—. ¿Quién lo ha acusado? Yo, no. Si Basil me hirió es asunto que solo importa a él y a mí. Nadie tiene derecho a retenerlo en la cárcel.

Sor Leocadia apoyó la mano sobre el hombro de Doris en señal de reconvención y Doris cayó sobre la almohada, bañada en sudor, al cabo de sus fuerzas.

—Dejemos a un lado los problemas jurídicos y no nos detengamos en la circunstancia de que también disparó otra bala al señor Bryant. Suerte ha tenido de que la herida de este no haya sido mortal. —La máquina tecleaba rápidamente con un ruido insoportable bajo los dedos del mecanógrafo—. Llegó usted, pues, a la casa del señor Bryant convencida de que Nemiroff no sabía nada y existiendo entre usted y el acusado relaciones íntimas. Esto puede explicar sus celos y su sed de venganza —continuó el juez.

Era hombre de rancias costumbres y una de ellas era la de hablar como para que se imprimiesen sus palabras. Doris había intentado interrumpirle, pero una mirada de sor Leocadia le hizo comprender que el asunto de Basil iría mejor cuánto más se denigrase ella.

—Sí —murmuró, sin discernir ya lo que afirmaba.

—¿Hubo en casa de Bryant lo que hoy está de moda llamar una *wild party*^[25]?

—Sí.

—¿Puede usted precisar el momento en que se retiró con el señor Bryant al dormitorio de este?

—No tenía noción del tiempo. Estaba borracha. Además, el dormitorio era el mío.

Una fatiga mortal se iba apoderando de ella y sentía vértigos. Sor Leocadia le secaba el sudor de la frente.

—Exacto —dijo el juez—. Lo mismo que ha declarado Bryant. ¿Y no tenía usted idea de que pudiera comparecer Nemiroff?

—No.

—No. Pero compareció. ¿Quiere usted describir, con precisión, la escena que se desarrolló al entrar él en la habitación?

Doris permaneció un buen rato silenciosa. La herida, con sus consiguientes

desvanecimientos, los narcóticos y la fiebre habían cubierto el recuerdo de aquella noche con velos compasivos.

—Bryant había entrado en mi habitación poco antes —dijo—. Estaba algo borracho y yo me caía de sueño. Me instó mucho y yo me di cuenta de que no podía acceder a lo que deseaba. Comprendía que mi negativa no era lógica porque había llegado muy lejos con él para volverme atrás. Creo que intenté aplazar el hecho y rogué a Dios con vehemencia para que se interpusiera algo.

—Un momento. ¿Qué pensaba usted que podía interponerse?

—No lo sé, no lo sé —murmuró Doris y sintió de nuevo el pavor apremiante de aquellos minutos, el olor de *whisky* que despedía Bryant y la presión caliente y blanda de sus manos—. No lo sé —repitió—. Tal vez esperaba que se dormiría, que alguien vendría a interrumpirnos, ¡qué se yo!

—Y entonces se abrió la puerta y entró Nemiroff —añadió el juez—. ¿Y después?

—¿Después? Pensé: gracias a Dios, todo se ha arreglado. No me imaginaba a Basil celoso. Lo vi de pie en el umbral, sin decir una palabra. Bryant volvió la cabeza y se llevó un susto terrible. Vi que las orejas se le ponían blancas. ¡Las cosas que se llegan a ver en momentos así y qué largo se hace el tiempo! Bryant levantó los brazos y Basil se rio. «Deje usted inmediatamente a esa joven», le ordenó, sin preámbulos. Bryant entonces se descaró. No recuerdo bien lo que dijo, pero era algo respecto de un timo. Sospeché que Basil y yo nos habíamos puesto de acuerdo para tenderle una emboscada. Yo, de momento, no lo comprendí. Bryant había permanecido sentado al borde de mi cama. En el semblante de Basil se reflejó una expresión aterradora. ¡Qué raro! Me pareció como si de pronto una explosión hubiera rasgado sus facciones. Sí, ese efecto me produjo. Di un brinco y no sé nada más.

La máquina de escribir había acompañado la narración con un tecleo precipitado. Doris, afónica, se echó del todo en la cama extendiendo el cuerpo y respirando metódicamente, con el estómago contraído, según instrucciones del doctor Williams y de sor Leocadia.

—El señor Bryant pretende que los disparos iban dirigidos a él y que si salió con vida fue porque usted se interpuso. ¿Es esto cierto? —preguntó el juez.

Doris receló una emboscada en aquella pregunta y respondió que de eso no tenía la más mínima idea. Le hicieron todavía otras preguntas: si sabía que Nemiroff tuviese un revólver; si lo había visto en su habitación; si era entendido en armas; si Nemiroff daba frecuentes señales de violencia. Doris ya no respondía más que con movimientos de cabeza hasta que sor Leocadia, muy correcta, acompañó a aquellos señores hasta la puerta de salida. Cuando regresó a la habitación, -Doris tenía los ojos cerrados y el semblante tan desencajado como aquella noche en que la habían llevado al hospital con una herida en el pulmón.

—No pueden aplicarle una pena muy grande, ¿verdad, hermana? —susurró sin abrir los ojos—. No lo mandarán a presidio, siendo yo la culpable de todo, ¿verdad, hermana?

—No, no —murmuró la monja, conciliadora.

Demasiado sabía que la pena y el delito eran dos cosas fundamentalmente distintas, que no tenían nada que ver entre sí.

Cuando Doris hubo logrado reeducar su respiración y conseguido tasar las palabras y estar tranquilamente sentada, aumentó su inquietud. Empezó a escribir cartas a Basil, muchas cartas, en las que le rogaba, por decirlo así, que la perdonase por todo lo sucedido. Un día recibió contestación, una carta con el sello del Tribunal, que parecía escrita al dictado: Basil aseguraba en ella que estaba bien, que no se preocupase y que haría todo lo posible por perdonarla. Doris volvió la carta por todos los lados, la puso a contra luz con la idea pueril de que tal vez hubiese algo escrito con tinta invisible que le recordase al verdadero Basil y no aquel individuo extraño y ofendido.

—No me ha perdonado —estuvo pensando toda una noche.

Ni por un momento se le ocurrió pensar que ella tenía derecho a estar furiosa contra él por haber resultado herida por sus disparos. Toda su cólera se concentraba sobre Bryant, hijo, y su dinero, sobre su coche de lujo, su casa opulenta, su mayordomo servicial pero altanero, su champaña y, especialmente, su pijama de seda.

Cuando averiguó que era Bryant, hijo, quien pagaba su hospitalización y el médico, tuvo materia para otras cavilaciones. ¡Lo que llegaba a pensar de noche, si el dolor era demasiado agudo para poder dormir! Aquel dolor era siniestro y errante, y nadie podía asegurar si procedía del pulmón que sanaba o del corazón que se ponía enfermo. En toda su vida había pensado tanto como en aquellas semanas. La reflexión marcó líneas y surcos en su semblante. El primer día que se levantó, apoyada en sor Leocadia, luchando contra el desvanecimiento y la dificultad respiratoria, se vio que Doris había crecido. Su rostro era más alargado y estrecho; parecía más alta y esbelta, como sucede con los muertos. Bryant había mandado una bata que Doris no quiso ponerse. Pero también el vestido con el que la habían llevado al hospital aquel vestido nuevo de 16,95 dólares, lo había pagado Bryant. Por esto se puso la ropa que el hospital proporcionaba a los pacientes sin recursos y, así vestida, se apoyó en el borde de la ventana. «¿No tengo, pues, nada que sea verdaderamente mío?», pensó con inclinación hacia el sentimentalismo propio de los convalecientes. Echaba de menos a la Salvatori, pero como no se lo decía a la hermana, esta despedía cada vez a la sofocada cantante, sin anunciarla siquiera a Doris.

Y llegó el día en que se abrió la puerta para dejar paso a Franklin O. Bryant. Se había quitado el bigote, lo que perjudicaba su aspecto, y de puro aturullado parecía decidido.

—Aquí estamos los dos y vivimos —dijo—. A mí el escándalo no me preocupa lo más mínimo. El viejo se lo ha tomado por lo trágico, pero él es de otra generación. Tiene miedo a la Prensa. Antes de la prueba ya había decaído el interés.

Al ver que Doris palidecía, sor Leocadia se llevó el índice a la boca para indicar a Bryant que se callara.

—¿Qué hay de malo en lo que digo? —prosiguió el millonario, incontenible—. Podemos hablar muy bien de eso. Al fin y al cabo Doris preferirá saber que ese perturbado está entre rejas. Así tiene la seguridad de que no puede asesinarla.

—Pero ¿ha hecho alguna amenaza? —preguntó Doris, con voz discreta.

—Mucho más. Ha pronunciado discursos subversivos. Individuos así son un peligro constante, se lo aseguro. Ya procuraremos que esté donde no pueda disparar revólveres ni lanzar bombas. Si de mí dependiera... —se interrumpió de pronto, porque no podía descifrar la expresión de Doris. La joven sonreía como estática y en su rostro había tal fulgor que Bryant volvió la cabeza para ver si habían encendido alguna luz—. ¿Qué iba a decir...? —prosiguió—. Tal vez su actitud me hubiera impresionado si tú y yo no fuésemos sus víctimas. Hay cosas que vemos y que nos parece que podíamos haberlas hecho nosotros. ¿Celos...? ¡Bah...! Al verle de pronto en la habitación, lo primero que se me ocurrió es que tú y él estabais de acuerdo. No sería el primer caso. ¡Cuántas mujeres viven de lo que sacaron a mi padre por este sistema! Pero cuando la cosa se aclaró, no dudé de que lo hacía por ti. Pero no temas nada. En cuanto te pongas mejor, emprenderemos un viaje y, cuando volvamos, estará él en sitio seguro y olvidado todo.

—¿Qué viaje? —preguntó Doris.

Hasta entonces Bryant no se había dado cuenta de lo poco que había hablado ella. Miró a sor Leocadia, que tenía las manos cruzadas debajo del delantal y que vigilaba, apoyada en la pared. Bryant se dirigió a ella afablemente y, en tono animado, le dijo:

—Tengo que comunicar un secretito a la señorita Hart.

La religiosa cambió una mirada con Doris. Los ojos de esta suplicaban inequívocamente: «No me deje sola».

—Por mí puede usted hacerlo —dijo la hermana, sin moverse del sitio.

Bryant estaba sentado en actitud lamentable en el estrecho sillón de junco destinado a los visitantes. Tampoco para él había sido el caso un juego de nidos; salió herido y, además, todos lo trataban mal: los periódicos, su padre, la sociedad y, para colmo, la camarerita, la causante de todo.

—¡Buen tributo he pagado! —murmuró en tono de queja y se apoyó con ambos brazos en la cama para besar a Doris, que se apartó con viveza. Olía a *whisky* como aquel día—. ¡Báh! ¡Bah! —dijo benignamente. Y, acercando la boca al oído de la joven, añadió—. ¡Mi mujer me pide el divorcio!

—No me importa. No conozco a su mujer —comentó Doris, penosamente.

—Puedes estar satisfecha —insistió él y empezó a reír—. Perdóname, no quiero hacer chistes malos, pero Juddy es un numerito que llena todo el programa. En París se lee los chismorreos de la Prensa referente a nosotros y me manda telegramas apremiando el divorcio. ¿Y sabes por qué? Porque le conviene. Porque hará un buen negocio.

La hermana pasó sus recias manos por debajo de las axilas de Bryant y lo apartó de la cama.

—No quiero saber nada de eso —dijo Doris, secamente.

Más hubiera dicho, pero le faltaron las fuerzas.

El mismo Bryant notó la palidez espectral de su rostro.

—Lo único que me interesa es que no te preocupes —murmuró—. Yo me cuidaré de todo. Estás débil todavía. Ponte fuerte y emprenderemos un viaje... Al Canadá, por ejemplo. Allí el calor no es tan riguroso y se encuentran pocos conocidos.

A Doris le causó extrañeza oír hablar del calor. Desde que había desaparecido la calentura sentía frío muchas veces. Entonces estaba fría de agotamiento, pero a pesar de ello se sentó y tuvo ánimos para hablar.

—Quisiera no ocultarle por más tiempo cuál es la situación entre usted y yo, señor Bryant —dijo—. Mi deseo es no volver a verlo nunca más. Le odio, sépalo usted, le odio. Cuanto más dinero tiene, tanto menos grato me es usted. Ha pagado mi hospitalización, pero yo hubiera preferido morir en la calle. Le devolveré su dinero hasta el último céntimo. Prefiero correr por estas calles a ir con usted al Canadá, ¿me entiende? Lo he pensado muy bien. Basil tuvo razón al querer matarle. Siento haberme interpuesto. Con usted y los que son como usted, las de mi clase no pueden esperar nada. Solo la vergüenza y la desgracia. Váyase, salga de aquí inmediatamente y que no vuelva a encontrarlo en mi camino. ¡Váyase! —y le hizo un ademán como quien echa a un perro.

Bryant la oyó sofocado, más confuso que ofendido. Juddy le tenía acostumbrado a escenas semejantes.

—Todas son histéricas —pensó con aflicción Durante las semanas que se pasó con un brazo en cabestrillo, hostigado por todos sus amigos, se le habían subido a la cabeza ideas románticas. Pero entonces, al ver a Doris en la realidad, con el uniforme del hospital y echando pestes contra él, volvió en sí. Se acercó a la puerta—. Algún día te arrepentirás —dijo.

Y, desahogado con esta amenaza, salió de la habitación. Ni por un instante creyó que aquella violenta despedida era algo definitivo.

Pocos días después cesó de pagar la hospitalización de Doris y trasladaron a esta a un dormitorio en el que había otras tres enfermas y dos camas vacías en espera de nuevas pacientes. Le quitaron a sor Leocadia, lo que resultó para ella una dura prueba. Pero Doris, la nueva Doris, se había hecho el propósito de no derramar ni una lágrima y de que las cosas no sucedieran al azar, sino que fuera ella misma quien las dirigiese. Por de pronto, estaba aún prisionera de su debilidad. Sor Cecilia era la que ejercía en la nueva sala una rigurosa y atinada disciplina sobre las tres practicantes que cumplían con los enfermos su difícil misión. Por la noche, la italiana recién operada gemía en la cama próxima a la suya y una sirvienta holandesa que había dado a luz, rezaba monótonamente desde las cuatro de la madrugada. Alguna vez sor Leocadia se colaba en el dormitorio y mullía las almohadas de Doris.

Encontró una ventaja en aquella sala común: Doris podía procurarse los periódicos que hasta entonces sor Leocadia se había empeñado en mantenerlos fuera

de su alcance. Personas caritativas entregaban al hospital, a modo de limosnas, diarios y revistas ilustradas. Doris los leyó en sus largos ocios, con retraso de una semana pero sin prisa. En los finales de junio aparecieron las informaciones de la vista y la temperatura de Doris aumentó. Preocupada como estaba, no comprendía si las respuestas podían favorecer o perjudicar a Basil.

En el periódico vio el retrato de Basil y el suyo propio, que Dios sabe de dónde lo habrían sacado, porque la entrada de los periodistas en el hospital había sido rigurosamente prohibida. También vio el retrato de Juddy, el de Franklin O. Bryant y una instantánea muy borrosa de su padre. Las otras tres enfermas leían las informaciones en sus camas con exclamaciones de sorpresa, piedad e indignación. Por fin, un elemento dramático había aparecido en su vida maquina y era como un compañero más.

El doctor Williams se enteró con pesar de que Doris volvía a tener fiebre. Y, a pesar de que el secretario de Bryant, hijo, le había comunicado que no esperase más honorarios, continuó cuidando a Doris.

La joven, acostada, con un periódico en la mano caída, reflexionaba. Veía a Basil como si le tuviese delante, tal como lo describía la Prensa, encerrado en su silencio, sin hacer caso del juez que lo amonestaba para que depusiese su actitud que agravaba su situación. Le defendía un abogado, Cowen, cuyo retrato apareció también en el periódico en actitud de convencer benévolamente al procesado. El tal Cowen parecía sincero, pero lo estaba echando todo a perder. Su defensa consistió en un discurso demagógico contra la propiedad y los propietarios en general. Los diarios, con un poco de sorna, lo describían blandiendo el brazo hada el jurado e increpando a los miembros del mismo que estaban aturdidos: «Todos ustedes son culpables de este disparo. Usted y usted... y todos los que han usurpado a este infeliz su sitio al sol».

Cuando Doris leyó estas frases, que sonaban como los discursos comunistas de Union Square, sospechó que la sentencia sería grave para Basil.

Después de la defensa, el juez preguntó a Basil si tenía algo que decir. Y Basil contestó, inesperadamente:

—Si usted hubiera encontrado a la mujer que más quiere como yo la encontré, hubiera hecho lo mismo que yo.

Condenaron a Nemiroff a una pena de diez a quince años de presidio por asesinato frustrado. El hecho de que insistiera en recoger el revólver de la casa de empeños de los hijos de Rubén, a pesar de la festividad judía, lo consideraron una agravante. La pena dejaba un poco de esperanza por ser aquel su primer delito. Los periódicos, felicitándose por la ecuánime sentencia, tratándose de un radical peligroso, pasaron a ocuparse de escándalos más recientes e interesantes y Doris, extenuada y sin consuelo, permanecía en su cama del hospital sin poder hacer nada. Una vez más se encontraba ante un hecho que no podía evitar. Pero, por lo menos, decidió no desvanecerse ni tener calentura. Y anunció a sor Cecilia que a finales de la semana abandonaría el hospital.

Los miércoles, día de visita, los pasillos se llenaban de gente, las habitaciones olían a humanidad, subía la fiebre de los enfermos y las religiosas encontraban botellas de licor escondidas debajo de los colchones. Aquel miércoles también Doris recibió una visita. Entraron a verla los Schumacher, el marido, la mujer y el hijo. Se acercaron de puntillas, se quedaron unos momentos sobrecogidos y ofrecieron a Doris un ramito de violetas y un enorme requesón. Permanecieron sentados diez minutos al borde de la cama, carraspeando, hablando del tiempo y de los tiempos y, al fin, abordaron el tema principal: Doris había sido sustituida en el restaurante. Ocupaba su lugar una sobrina pobre que sabía bien su obligación y se las entendía también muy bien con los parroquianos habituales. Los así llamados eran una clase aparte: solterones entrados en años, alemanes que comían por abono y que parecía que estuviesen casados con el restaurante «Schumacher». Doris son rio débilmente y felicitó a los Schumacher por haber encontrado tan buena sustituta. Ellos contestaron qué ya habían supuesto que Doris no seguiría siendo camarera. Le dijeron que fuera a verles y que se quedara a comer allí siempre que le apeteciera; abrigaron bien al chico y se despidieron. Doris permaneció echada en silencio. Se sentía cansada. Tenía horror a las agencias de la Sexta Avenida, a la antesala de los bancos entre apretones a la zaga de una colocación. Pero se prometió no dejarse imponer en adelante por nada ni por nadie. La nueva Doris sostenía con la de antes una lucha de ideas. Pero aunque pudo dominar el miedo, le subió la temperatura. Al día siguiente, el doctor Williams se opuso enérgicamente a una salida prematura del hospital.

El proyecto de Doris era ir a su casa él sábado. Pero ¿dónde estaba su casa? El viernes la Salvatori, infringiendo el reglamento, entró en el dormitorio. No era día de visitas. Afortunadamente, había agotado buena parte de su excitación en la puerta, luchando para poder entrar y fue una Salvatori relativamente sosegada y tranquila la que apretó largo rato sus labios secos contra la mejilla de Doris. Aquel viernes la joven estaba ya levantada y trataba de mantenerse en pie y andar sin utilizar el sillón de ruedas, en el que había dado los primeros paseos por el pasillo en los días anteriores. Llegó casi a llorar al sentir el beso seco, firme y duro de su profesora, y sus párpados ardieron con el esfuerzo que hizo para contener las lágrimas.

—¿Podrás cantar aún, hija mía? —fue la primera pregunta de la Salvatori, Y antes que Doris pudiese contestar lo hizo ella precipitadamente—. ¡Claro que sí! Cantarás mejor y con más arte después de lo que has vivido.

Doris se encogió tímidamente de hombros.

—He de respirar de forma muy distinta de como usted me enseñaba —murmuró, vacilante.

Las otras enfermas desde sus camas no apartaban los ojos de la Salvatori, que llevaba un boa negro de plumas sobre su traje violáceo de corte cardenalicio. Todas se esforzaban en oír el diálogo, pero Doris, a pesar suyo, les privó de esta satisfacción. Llevo a la Salvatori y, paseando prudentemente por el brillante linóleo del pasillo, trató con la vieja cantante de su próximo porvenir. El sastre Dostal había

dispuesto de su habitación, visto que nadie le pagaba.

—De momento, te vienes a mi casa —decidió la Salvatori con un gesto magnánimo—. Cuando llegues a la celebridad, los diarios contarán que empezaste tu carrera en el viejo sofá de mi habitación.

Los ojos de Doris reflejaron una expresión de perplejidad, y la Salvatori, al darse cuenta del doble sentido que podía tener su última frase, se echó a reír ruidosamente. Todo cuanto hacía y decía era como para que los inquilinos del cuarto piso pudieran también ver y oír. Con el mismo carácter improvisado de su risa, pasó de pronto a la seriedad y a la reflexión.

—¿Cómo estás con ese Bryant? —preguntó.

Doris, vacilante, acabó contestando en voz más alta de lo que hubiese querido:

—No ha habido nada; ni lo habrá nunca.

—Bien. Muy bien —contestó inesperadamente la Salvatori. Doris la miró estupefacta. Descubría por primera vez bajo su apariencia dramática el verdadero semblante de la vida. Un rostro de mujer experta y sufrida. Como por compensación, añadió:

—Con otro, no sé; con Bryant, nunca.

La Salvatori aprobó con la cabeza. Asimismo le pareció muy bien que Doris no volviera al restaurante «Schumacher».

—¿Lo ves, hija mía? Tu ronquera ha desaparecido desde que no sirves en el «Schumacher» con su atmósfera corrompida —dijo sinceramente. Y al manifestar Doris con vehemencia su propósito de buscar inmediatamente otra solución, replicó con un movimiento negativo del índice y una señal de negación absoluta en Italia que Doris recibió, conmovida—. Esta vez empezaremos la vida mejor y con más juicio —añadió la Salvatori.

Doris, sin comprender lo que quería decir, sintió que el tono la convencía y que ella también poseía una firmeza semejante. En resumen, no se conformaba con que la avasallaran; quería también avasallar. Después temió que la Salvatori empezase a hablar de Basil para censurarlo. Pero la cantante se despidió con la promesa de que se la llevaría del hospital el sábado siguiente y que todo lo demás se arreglaría poco a poco y a pedir de boca. Nada dijo de Basil. Doris se echó en la cama y quedó sumida en reflexiones.

En el hospital estaban acostumbrados a que el doctor Williams no hiciera su visita los sábados, si no se presentaba un caso urgente. Solía pasar el final de semana en Connecticut. Pero aquel sábado apareció en el hospital, con gran sorpresa de sor Cecilia que ya se disponía a levantar la cama de Doris y dejarla hecha para el próximo enfermo. Entró el doctor en el pequeño despacho y quiso ver a Doris. La joven llevaba el traje fatal de 16,95 dólares y tenía muy buen aspecto. La cara había cobrado carácter, pero el pelo castaño era todavía marchito.

—¿De modo que se dispone usted a dejarnos sin hacer caso de su médico?, dijo el doctor Williams, sin un asomo de sonrisa.

—Así es, doctor —murmuró Doris, dócil, pero con firmeza y sosteniendo su mirada. Conocía todos los rasgos de su cara, los pelos de su antebrazo, que solía quedar al descubierto porque su bata de médico tenía mangas cortas.

—¿Está usted sola en el mundo? —preguntó el doctor. Lo había deducido por el hecho de que Bryant pagara su hospitalización. Doris inclinó la cabeza—. Había pensado hablar con su familia, pero ya veo que es preciso decírselo a usted directamente.

Doris esperó, mientras el médico la miró unos momentos, abstraído.

—No sé cómo demostrarle mi agradecimiento —dijo, finalmente, la joven.

—¡Tonterías! —contestó él con premura y, con el ademán, barrió la palabra de su mesa—. Oiga —concretó, como si acabase de decidirlo—, yo le eché a usted unos remiendos en situación bastante crítica, por lo tanto, he adquirido cierto derecho sobre usted, ¿no le parece? Es usted uno de mis casos mimados por el que estoy orgulloso y que me da cierta importancia en el mundo científico. Pero necesito que usted viva. Entiéndame, no provisionalmente, sino mucho tiempo.

—Viviré con mucho gusto —dijo Doris, sonriendo.

Empezaba a acostumbrarse al cinismo y a las bromas del médico.

—Y esto, en gran parte, dependerá de usted. Me refiero a la máquina que he arreglado funcione más o menos tiempo. ¿Me entiende?

—No del todo —dijo Doris.

Pero se daba cuenta de que empezaba a entender. Con cada pulsación sentía dolor, como si hiciese un esfuerzo enorme para llevar la sangre de las venas a las costuras y cicatrices.

—¿Cuál es su profesión? —preguntó el doctor William, severamente.

—He sido camarera y niñera —y al ver que el doctor movía la cabeza con mucha seriedad al oír esto, cobró alientos y añadió con voz firme—: Ahora quiero ser cantante.

—Eso es una insensatez —dijo lacónicamente el médico—. Debo decírselo con brutalidad: una sutura en el pulmón no es cosa de juego. Si quiere usted vivir un poco más es preciso que permanezca quieta, muy quieta. Nada de trabajos pesados, nada de ex* citasiones. Ni penas ni goces, porque también los goces hacen latir aceleradamente el corazón. Su vida ha de ser tranquila, sin emociones. Puede usted cultivar cactus o tener un perro..., ¡qué sé yo! Las revistas están llenas de sugerencias referentes a eso que llaman placeres honestos. Y una profesión tranquila. Tal vez dar clases de idiomas...

Se interrumpió. Le daba vergüenza hacer tales proposiciones a una pobre mujer que, probablemente, no tenía el dinero preciso para procurarse las tres comidas inmediatas. Pero una confesión demasiado clara podía ser un peligro inminente. Le cogió la mano para pulsarle sin que lo advirtiera. El pulso era tranquilo y en la cara no había asomo de palidez.

—¿Y si no puedo hacer lo que me aconseja, doctor?

El médico se encogió de hombros.

—Nada se puede asegurar. Tal vez viva bastante tiempo, acaso años...

—¿Cuántos? —preguntó ella.

—Tres, cinco, ocho... —contestó él, inseguro. Doris movía los labios como un colegial en la clase de aritmética. El médico se concentró y habló el cirujano—. Debo decirle con toda franqueza que un esfuerzo excesivo, ya sea corporal o del espíritu, podría acabar con usted —dijo, sobreponiéndose.

Hubo una pausa hasta que Doris recapacitó sobre aquellas palabras.

—Gracias —murmuró finalmente.

—Por lo pronto, me interesa verla todas las semanas —concluyó el doctor Williams, que estaba como descentrado—. Aquí tiene usted mis señas. —Doris cogió la tarjeta y la enrolló con los dedos hasta convertirla en un canutillo—. Puede usted casarse —añadió—. Pero, naturalmente, los hijos serán un gran peligro.

Doris sonrió, cortés y distraída. Estrechó la mano del médico, le dio una vez más las gracias y se despidió.

La salida del hospital fue bastante aparatosa. La Salvatori se había procurado un viejo coche con chófer. Dijo que era prestado, pero, en realidad, era de alquiler. Sor Leocadia acompañó a Doris y le puso en la mano un librito de oraciones cuando el coche iba a arrancar. Doris se había sentado junto a la Salvatori y el coche se puso en marcha con una sacudida. En los últimos meses, y aun antes, Doris había creído a ratos que la vida le importaba poco. Pero ya no era así desde su conversación con el doctor Williams. Quería vivir y vivir mucho. No le bastaban los pequeños placeres, exigía más desde que conocía algo de los grandes dolores. Ante todo, tenía que vivir hasta que Basil saliera de presidio. Al pensar esto hacía caso omiso de la sentencia de doce años porque tenía la seguridad de que sucedería algo que le procuraría pronto la libertad. También daba por sentado que este suceso dependía de ella. Las cosas extraordinarias no sucedían así como así, sino por el afán, la constancia y la superación de uno mismo.

Por la ventanilla del coche miraba con asombro. Era a principios de julio. Nunca había visto aquellos colores, aquel brillo en todas las cosas, tanto en los macizos floridos de las ricas casas de campo como en los descompuestos tejados del suburbio. Un montón de latas de conservas vacías, que todo el mundo parecía haber tirado en aquel terreno, brillaban con reflejos fantásticos. Al pasar cerca de un montoncito de excrementos de caballo, Doris volvió la cabeza. Los gorriones se peleaban exasperados sobre la montaña en miniatura, como por algo precioso. ¿Y por qué no podía ser una preciosidad un montón de estiércol de caballo? Formaba parte de aquel todo que Doris, de regreso a su casa, sentía tan intensamente a su alrededor: la vida. Lo que ella estaba decidida a tener todo el tiempo que pudiera.

La Salvatori permaneció silenciosa aquel día. A Doris le resultó una ardua realidad la vuelta a la vieja casa. El ruido de cada puerta, el olor de la escalera y el ventanal maltrecho del cuarto piso, que se sumía en la oscuridad al llegar la noche, la

impresionaron hasta el punto que durante unos momentos de horror llegó a pensar si sería aquella la sobreexcitación capaz de acabar con ella en un instante. Pero la noche en la cama turca, al abrigo de la habitación de la Salvatori, transcurrió sin novedad, si bien «Carlota», el papagayo disecado, se mezcló desagradablemente en los sueños de Doris. El desayuno resultó agradable y acto seguido recibió Doris la primera lección de canto. Por lo demás, en cuanto pisaron el umbral de la habitación volvieron a hablar italiano y el esfuerzo que esto representaba le hizo olvidarse de todo. Su voz era más clara, sin asomo de ronquera y, aunque la Salvatori se lamentaba un poco y maldecía interiormente el nuevo método de respiración de Doris, esta tuvo el convencimiento de que lo hacía mejor que antes.

Pasó la primera semana intentando ser útil en los quehaceres de la casa. Era un hogar desquiciado en el que se pasaba de la *glotonería* al hambre. Olía a polvo y a entierro debido a las viejas coronas secas, y no podía emprender la menor tarea sin antes practicar innumerables ceremonias supersticiosas. Tanto dormir como comer se hacía a horas irregulares e intempestivas. En cambio, la Salvatori, antes de acostarse, no olvidaba nunca mirar debajo de los muebles de su singular habitación para ver si había algún ladrón y cada vez se llevaba un desengaño al no encontrar a nadie. A veces se perdía en ideas terroríficas, como si la vieja *maffia* pudiera ejercer todavía sobre ella sus amenazas, y de estos pensamientos pasaba a las reminiscencias de su carrera en otra época. Durante todo el día acudían los estereotipados alumnos de canto que entonaban arias o duetos con voces torturadas y a quienes la Salvatori acompañaba como segunda voz, ya se tratase de soprano, de barítono o de tenor. Entretanto Doris no se movía de aquella cocina en miniatura adornada con los trofeos que no habían cabido en la sala.

La *Salvatori* le había prohibido terminantemente buscar colocación de momento y Doris obedecía, mitad por respeto y mitad por raciocinio. No se le ocultaba su aspecto lamentable. Era inverosímil que alguien le confiase un trabajo mientras llevase escrita la dolencia en la cara. Pero había algo más importante todavía, algo que nadie podría impedir y que no había, dicho a la Salvatori: la necesidad de ver a Basil.

Era una situación complicada que la Doris de antaño no habría sabido resolver. Tras de algunas reflexiones le pareció que el medio más acertado para llegar a Basil era Cowen, el abogado, a pesar de que él había sido quien lo había echado todo a perder en el juicio. Y Doris salió en busca de Cowen. La tarea no le resultó fácil. El listín de teléfonos estaba lleno de abogados con el apellido Cowen. Doris consultó la prensa atrasada. Al releer las informaciones del juicio, que tan familiares le eran, sintió dolor en el pecho y en ellos encontró el nombre de Irving Cowen. Doris bajó al pequeño local que servía desayunos y pidió permiso para telefonar. Todo el mundo la miró.

—No es tan malo su aspecto —dijo la dueña, mientras los demás permanecían serios.

Doris llamó a varios Irving Cowen antes de encontrar el que le interesaba.

—Soy la joven herida por Nemiroff —dijo apresuradamente, con la boca pegada al teléfono, que olía a cebolla.

Al otro extremo la saludaron con recelo y concertaron una entrevista para el día siguiente. El abogado tenía su despacho al final de la calle Catorce. Doris no tenía dinero para el Metro ni para el teléfono.

—Si le es igual, se lo pagaré otra vez.

—Claro que sí —contestó la dueña, pero Doris decayó instantáneamente en el concepto que le tenía aquella mujer.

Pidió un dólar prestado a la Salvatori, suplicando, con torpe italiano, que no le preguntase para qué. La Salvatori se limitó a sonreír y se echó tres veces sal por encima del hombro para no correr el nesgo de perder al amigo a quien prestamos dinero.

Doris entró en el despacho de Irving Cowen, que no era joven como ella se imaginaba, sino un hombre entrecano, con la piel muy lisa y sonrosada. Tardó mucho en vencer el recelo que le inspiraba la joven. Su visión del mundo era blanca y negra: los pobres y los ricos, los poseedores y los oprimidos. Basil había disparado contra un millonario y pertenecía al grupo de los pobres. Doris, que no poseía ni cincuenta centavos, había trabado amistad con un millonario y para el abogadillo pertenecía al grupo de los capitalistas. La trató como a un enemigo. Doris tuvo la impresión de que estaba tan interesado por Basil como ella misma. Para ella fue un gran alivio poder hablar de él y que la escucharan. Pero era un deleite que volvía a dificultar y a hacer penosa su respiración. También hablar de Basil debía de ser uno de los riesgos mortales de que habla hablado el médico. Pero ¡qué importaba!

Aquella conversación con el abogado fue el primer acontecimiento importante después de la agresión de Basil. Se le desató la lengua y, de pronto, empezó a decir Cosas que ni ella misma sospechaba antes de pronunciarlas. En el rostro atento del abogado aparecieron manchas de tono rojo. Doris había vencido la resistencia. Él cogió su mano y la golpeó afectuosamente.

—Es usted una buena muchacha. Ha sido justo que no haya muerto —murmuró.

Le informó de que Basil se encontraba bien y que se adaptaba a la disciplina de la cárcel. Si continuaba así, le descontarían cuatro meses por cada año de la pena, en atención a su excepcional buena conducta. A medida que el abogado hablaba, el mínimo de diez años bajaba a siete, a cinco. Al cabo de un rato, parecía que Basil, como un muchacho díscolo, tenía que pasarse una breve temporada en una escuela, de la que saldría preparado para hacer frente a la vida. Cowen reía discretamente cada vez que hablaba de Basil, como si recordara un buen chiste, y citó alguna de sus paradojas y ocurrencias. Prometió a Doris hacer lo posible para que visitase a Basil en la cárcel y rechazó con una sonrisa turbada sus excusas por no poder pagarle la visita.

—Seré cantante. Cuando lo sea, podré pagar con creces todo lo que debo —dijo,

y ella misma se admiró de la firmeza de su tono.

A pesar de que algunas veces salían de su garganta unos sonidos cuyo timbre y vibración sentía resonar agradablemente, no acababa de creer en serio en su canto.

Por otra parte, un fenómeno singular había ocurrido con su voz. Al cabo de dos semanas de recibir lecciones de la Salvatori se había vuelto tan ronca como antes. Entonces no podía atribuirlo a los vapores del restaurante «Schumacher». La Salvatori cavilaba sobre el fenómeno, como si fuera cosa de brujería.

—Ya lo sabía. Mi voz no resiste esto —murmuró Doris, y este fracaso le produjo mucha pena.

La Salvatori movió su voluminosa cabeza de tal forma que se le cayeron, tintineando, las horquillas de su pelo negro.

—Yo encontraré la causa de esto —prometió con expresión sombría.

Transcurrieron tres semanas y Doris necesitó muchas conversaciones por teléfono y viajes en Metro antes de poder ir a ver a Basil en Baxterville. La joven había pensado en aquella visita no como algo real, sino como en una larga aventura. Luego, al ver la cosa posible, se pasaba las noches en vela, hilvanando diálogos con Basil. «Buenos días, Basil. ¿Cómo estás? ¿Puedo hacer algo por ti...? Solo me interesa que sepas, que no ha cambiado nada entre nosotros. Te esperaré el tiempo que sea... ¡Puedes ir con la cabeza bien alta!». Pero como no podía saber lo que contestaría Basil, todo aquello era insensato. «Te esperaré todo el tiempo que sea». Aquello era una piadosa mentira. Una persona, a quien solo imaginar esta frase le producía dolor en el corazón, le faltaba el aliento y se le aceleraba el pulso, no tenía derecho a decir: «Te esperaré el tiempo que sea». Pero se había encariñado con la frase y le parecía la más importante y acertada de la imaginada conversación.

—Ya está todo resuelto —dijo Cowen un viernes—. Puede ver a Nemiroff el veinte de agosto, a las nueve y media, durante veinte minutos, lo que ha sido conseguir mucho. Tendrá que salir para Baxterville la noche anterior, pues por la mañana no llegaría a tiempo. Sale usted de aquí por la Estación Central a las cuatro y treinta y cinco y llegará a las ocho y dos minutos de la noche. Puede dormir en el «Hotel Lincoln». La habitación le costará un dólar cincuenta. Al día siguiente puede coger el tren que sale de Baxterville al mediodía y estará de regreso aquí a las cuatro veintidós. El billete de ida y vuelta le costará catorce dólares. O sea que con veinte dólares tendrá usted para todo, incluso para las propinas y pequeños gastos. —Cowen hizo una pausa y después preguntó:

—¿Tiene usted los veinte dólares necesarios?

—No —contestó Doris. Sus manos yacían inertes sobre la mesa del abogado. Sentía una gran pesadumbre y mucho nerviosismo. Hasta el veinte de agosto, el próximo martes, faltaban cuatro días—. No, no tengo ni un céntimo —concretó y miró fijamente al abogado. Irving Cowen se sonrojó, fenómeno frecuente en él debido a su complexión rosada.

—¡Es una ignominia! —exclamó con vehemencia—. Pero yo tampoco tengo

veinte dólares. Si los tuviera se los daría, puede usted creerme. Pero no los tengo.

La afirmación del abogado tenía que parecer muy verosímil a quien se fijase en su pobre y pequeño despacho, en su traje raído y la vieja máquina de escribir que él mismo utilizaba. Le habían cortado el teléfono, Doris lo sabía, por no haber satisfecho varias mensualidades. Además, Cowen le había adelantado pequeñas cantidades y había pagado de su bolsillo sellos y telegramas. Lo había hecho sin un motivo determinado, movido solo por el imperativo sentimiento de un deber hacia todos los que, como él, eran pobres.

Pero, a decir verdad, había exagerado al afirmar que no tenía veinte dólares. Poseía unos pequeños ahorros de seiscientos dólares en el Banco, pero no se lo confesaba ni a sí mismo.

—Tendremos que procurarnos esos veinte dólares —dijo, animado y en tono de camaradería, a Doris.

—Desde luego —contestó ella.

—De ningún modo puede fracasar una visita así por cuestión de dinero —dijo él, ya en la puerta.

—Lo procuraré —murmuró Doris, con gran seguridad.

Tenía tres días de tiempo y no sería la Salvatori quien le facilitase el dinero necesario para ir a ver a Basil.

La Salvatori probaba un nuevo método de canto. Ordenó a Doris que cantase a media voz, que aspirase sencillamente las notas solo con el aliento. Ella misma emitió unas notas con leves aspiraciones, sobre la punta de los dedos y después hizo ademán de extenderlas en el aire, donde habían de empezar sus vibraciones. Era el treinta de julio y Nueva York hervía de calor. La Salvatori se había quitado todas sus prendas de vestir menos una camisa adornada con encajes de Milán. Su vigorosa espalda, de piel amarillenta, recordaba una carnicería. Tenía, en cambio, los dedos afilados y torneados como los de algunos antiguos retratos al óleo. Con su ronquera, Doris intentó cantar a media voz, pero lo hizo peor. No le salía una sola nota. De buena gana habría cantado alto como para expresar su tensión nerviosa y desahogarse, pero la Salvatori le dio unos gritos como si fuera un perro. Por primera vez no la hacía cantar escalas ni ejercicios de solfeo, sino el principio del aria de Rossini *Una voce poco fa...*

Doris, después de luchar con su garganta reacia, desistió. La Salvatori permaneció sentada al piano con una expresión colérica. Doris se escabulló a la cocina. En cuanto se quedó sola, la Salvatori, en un arranque de cólera, se quitó también la camisa y la tiró a un rincón. Un instante después, Doris la oía en su aria favorita. También Doris estaba bañada en sudor que rezumaba por todos los poros. Se preparó algo de comer y lavó la vajilla diseminada a su alrededor. Después se lavó las manos con limón. Así lo hacía siempre en el «Schumacher» para quitarse el olor de cocina. Luego se vistió en el cuarto de baño, en aquel cuartito oscuro que parecía un tenderete de anticuario lleno de cosas. «Para el miércoles tengo que encontrar una colocación», pensó. A

través de la puerta aún se oía la voz de la Salvatori. Doris llamó con los nudillos, pero la mandaron al diablo y la vieja cantante siguió con su aria.

—Voy a casa de los Schumacher —gritó, sin abrir la puerta.

No obtuvo respuesta. Abajo se oía el llanto de los mellizos. Ante la puerta de la calle se encontró con Borghild, su antigua compañera de habitación.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó la masajista, de paso.

—Muy bien —contestó Doris.

—¡Qué calor! —dijo Borghild, desapareciendo por el primer recodo de la escalera.

Doris experimentó con asombro la confusa sensación de haber perdido toda solidaridad y contacto con los demás desde el día que una vena se había lesionado en su pecho, poniéndola en peligro constante de morir. Esto la dispensaba de muchas responsabilidades y quitaba importancia a muchas cosas. Así lo sentía Doris sin que acertara a expresarlo. El calor en la calle era aún más fuerte que en la casa, a pesar de que declinaba la tarde. Las paredes de las casas despedían el vaho del calor acumulado sobre los transeúntes que respiraban con dificultad y buscaban refugio en todos los salientes.

Doris entró en el restaurante «Schumacher» con el deliberado propósito de pedir prestados los veinte dólares, ofreciendo en prenda, por decirlo así, su persona y su trabajo. No había la concurrencia de otros sábados, probablemente a causa del calor, y la atmósfera del local era la de siempre. A la primera persona que vio fue a su sucesora, la sobrina. Era muy joven, muy bonita y parecía muy satisfecha con su corta falda almidonada. Dirigió a Doris una mirada escrutadora, como tasándola y le indicó la mesa 14, la peor del local, situada al paso del constante desfile de los hombres hacia los lavabos.

—Gracias, no voy a tomar nada. No soy cliente —dijo Doris, rápidamente—. ¿Dónde está el señor Schumacher? ¿Abajo?

Y señaló con la barbilla las regiones en donde se oían risas y ruido de los bolos.

—No; está de viaje —dijo la sobrina—. ¿Quiere usted hablar con la señora?

—Sí, gracias —murmuró Doris, indecisa—. Iré yo misma. He estado empleada aquí.

La ausencia del señor Schumacher era un duro golpe. Tenía mejor corazón y era más condescendiente que su mujer. Pero, de todas formas, se dirigió a la cocina.

Al cabo de veinte minutos salió y se sentó a la mesa 14. La dueña no había podido acceder a su petición de dinero, pero la invitó a cenar. Funcionaban todos los ventiladores, pero el calor era insostenible. Sin embargo, Doris se quedó y se resignó a la antipática mesa 14.

Sus razones tendría.

Aquella no era la Doris de antes. Entonces los hechos no la arrastraban, sino que era ella quien pensaba y decidía. De antemano había considerado la posibilidad de que no la atendieran y tenía un plan algo confuso y difícil para hacerse con el dinero.

El disparo en el pecho la había dotado del nuevo don de distinguir las cosas que importaban. Era importante procurarse dinero para ver a Basil. No lo era el modo de procurárselo.

Sentada a la mesa 14 vio desfilar a los hombres hacia los lavabos. Dos de los clientes más asiduos la reconocieron y otros dos cambiaron unas palabras con ella, algo cohibidos porque Doris había sido un punto central de un escándalo. Le dijeron que estaba aún más bonita y que ya lo era bastante. Doris sonrió, complacida. En los lavabos los clientes se dijeron que la joven era entonces más comunicativa. El impresor señor Hofer sintetizó su impresión en neto alemán, afirmando que había salido del cascarón. El señor Wallert, otro de los habituales, hizo una mueca y no dijo nada. El señor Wallert era dueño de una papelería, estaba divorciado y tenía cuarenta y dos años. Hacía once años que residía en América. Tenía el pelo negro y brillante y engordaba excesivamente debido a la cotidiana comida, algo pesada, del «Schumacher».

Entretanto, Doris sacó un peine de bolsillo de su bolso raído y se echó audazmente el pelo sobre la frente. Cuando el señor Wallert volvió a pasar por delante de ella, Doris, como al azar, hizo un ademán invitando al buen señor a que la ayudase. El vio que debajo de la mata de pelo se escondían las orejitas más gráciles y que era un delito esconder aquellas conchas primorosas de bordes finamente retorcidos. El señor Wallert, dentro de sus limitaciones, era un hombre inteligente. Hablaron un rato de las orejas de Doris y terminó invitándola a beber un vaso de cerveza.

Doris aceptó complacida. Cualquier clase de aturdimiento entraba en sus propósitos. El corazón se portaba muy bien. Sus latidos eran tranquilos y regulares y la respiración fácil, sin el menor dolor. Se miró al espejo, complaciéndose en su imagen. Abajo, en lo que llamaban Club de Bolos, aclamaron su presencia. En él se hallaban todavía dos mujeres y algunos hombres. Ahora que estaba prohibida y se bebía en secreto, la cerveza había cobrado un nuevo atractivo. Algunos de los presentes estaban ya borrachos, con la pesada y ruidosa borrachera que produce la cerveza. Wallert, por fortuna, era de los serenos. Y, en general, más aseado y fino que los demás. Tenía los ojos azules, las manos bien cuidadas y lucía una sortija de sello heredada de su abuelo, que vivía en Friburgo. De vez en cuando, mezclaba alguna palabra alemana en la conversación, pero se había olvidado casi completamente de su lengua nativa. Habíase enamorado de las orejitas escondidas de Doris y se lo dijo en alemán. Le dijo también que se había fijado en ella desde un principio y lo demostró concretando qué día la vio por primera vez, cómo vestía ella y qué platos sirvió en su mesa. Doris bebía ávidamente. ¡No era tan mala la cerveza! Y era también agradable tener al lado a alguien, sentir un poco de calor y un poco de cariño.

Salió a las once del restaurante «Schumacher» en compañía del señor Wallert, a quien llamaba ya Gustavo porque el buen hombre no tenía otro nombre más aceptable. Regresó a su casa a las dos y media, subió la escalera hasta la habitación

de la Salvatori y se echó en la cama turca, dispuesta a descansar. Respiraba sin dolor y no sentía ni remordimientos ni escrúpulos.

Se sumergió en el sueño como en un agua tibia, clara y sedante. Tenía treinta dólares y esto era lo que importaba.

—Mañana voy a ver a Basil —dijo el domingo a la Salvatori, que estaba de pie junto a la ventana abierta, por la que entraba un calor nocturno como un torrente de lava. La Salvatori no hizo el menor movimiento y solo sus pupilas, negras en el blanco amarillento, se volvieron atónitas hacia Doris—. Todo está arreglado. Salgo mañana. El miércoles estaré de vuelta y buscaré una colocación —continuó Doris, batalladora.

Pero no se produjo el estallido que había imaginado. La Salvatori levantó trabajosamente una mano, se acercó renqueando a Doris, que estaba sentada en una de las setas de la oscura salita y, con ademán en extremo cariñoso, le acarició el pelo.

—Está bien, hija mía —murmuró—. ¿Os dejarán solos?

—No lo creo —contestó Doris, sorprendida por la inesperada pregunta.

La Salvatori volvió otra vez el rostro hacia la noche. En él se reflejó la luz de los faroles de la calle.

—¿Necesitas dinero para el viaje?

—Gracias, tengo el suficiente... Me lo dieron los Schumacher —dijo rápidamente Doris.

Por un instante pensó, acongojada, que podía haberse evitado el trance de la noche anterior. Pero la cosa ya no tenía remedio.

—¡Si no estuviese tan pelada! —murmuró la Salvatori.

Empleó la palabra *broke*^[26], pasando de una forma muy curiosa del italiano al *slang* neoyorquino.

—Pronto dejaré de serle una carga, señora Salvatori —dijo Doris.

Sentíase deudora y obligada con respecto a varias personas: la Salvatori, el doctor Williams e Irving Cowen. Anhelaba saldar cuentas con ellos como las había saldado con el señor Wallert. Cuando recordaba aquella noche tenía la impresión de haber jugado limpio. La Salvatori se volvió hacia ella con ademán imponente.

—Me pagarás cuando cantes en el Metropolitan —dijo con magnanimidad.

Doris fijó los ojos en el pedacito de cielo, suspendido sobre la calle, de aquella noche calurosa, y después miró sus manos, que había apoyado contra el pecho.

En el silencio se dio cuenta de pronto del ruido de la ciudad: el zumbido, el rodar y el traqueteo de los vehículos, el ruido de los frenos, el de los tranvías y el paso de los automóviles, un ruido tan familiar que ya no se oía, como no oímos el imponderable ruido del girar de la tierra. Por un segundo recordó las noches en su casa nativa, en la pequeña ciudad del Odenwald. Y sin haberlo premeditado, comenzó a hablar.

—No quisiera que se ilusionara demasiado con mi porvenir —dijo con dulzura— porque no sé si saldré del paso. No me refiero a la voz ronca. Hablo en general. Me

disgusta hablar de este tema porque parece que me quiero dar importancia. Pero el doctor Williams me ha dicho que necesito unos años para reponerme, dando por descontado que no me agite, ni cante, ni haga nada. No sé si me conformaré. Si vivo quiero darme cuenta de que vivo. Aunque sea con dolor. Quiero sentir la vida.

Subrayó las palabras con un movimiento de cabeza, pues le pareció que había dicho algo acertado. No había perdido la dificultad de expresión en una lengua extranjera, mientras la propia iba marchitándose poco a poco como una planta. La Salvatori sacudió con tal energía la cabeza que su peinado se descompuso.

—Te comprendo. ¡Te comprendo muy bien! —exclamó—. Una vela que arde por los dos extremos: eso es el artista. Hay que darse cuenta de que uno vive aunque sea con dolor. ¿Sabes lo que dijo la Duse antes de morir?

Pero Doris iba a lo suyo, siguiendo el hilo de sus pensamientos.

—Puedo morir dentro de muy poco tiempo, de repente, ahora mismo o dentro de diez minutos —dijo, «O tal vez el martes, estando con Basil», pensó.

La Salvatori se inclinó bruscamente hacia ella y le puso la mano en la boca.

—¡Basta! ¡Basta! No hablemos más de esto. —Se santiguó, golpeó con los nudillos el alféizar de la ventana y, para colmo de previsión, hizo una cruz en el pecho de Doris. Después, permaneció callada unos instantes, sentada en su silla y acabó retirando lentamente la mano de la boca de Doris para ponerla sobre su cabeza —. Serás la cantante más célebre de este siglo —concluyó.

Doris sintió un estremecimiento. En aquel intervalo se había casi dormido. Carraspeó antes de hablar porque se sentía más ronca que nunca.

—A veces siento deseos de cantar y cantar hasta no poder más —murmuró sinceramente.

Al levantar los ojos vio con sorpresa la cara de la Salvatori bañada en lágrimas. Manaban con la abundancia y facilidad de las gotas de sudor con que se mezclaban y ella las lamía al llegar a la boca. Doris no se atrevió a preguntar si lloraba por ella o por sí misma.

—Es preciso que aprendas también esto —dijo la Salvatori sin rodeos y como refiriéndose a algo en concreto.

—¿Que aprenda qué?

—A llorar siempre que quieras. Las lágrimas de verdad no tienen precio en escena. Hay quien las tiene siempre a su disposición y quien no llega a lograrlas nunca. Tienes que aprender.

—Pero ¿cómo? —preguntó Doris, asombrada.

—Hay un truco. El de pensar en algo que te emocione. Yo, por ejemplo, pienso en Bebé y no me fallan las lágrimas.

Doris no se atrevió a preguntar quién era Bebé, si un niño, un personaje de ópera o un amante perdido en su pasado.

—Pues yo precisamente estoy tratando de olvidarme de llorar.

La Salvatori se puso de pie con un ademán regio, que no armonizaba mucho con

su camisa. Doris temió que volviera a repetirse otra escena dramática, pero la Salvatori se limitó a darle una palmadita cariñosa en la mejilla y apagó la luz.

X

Cuando Doris se bajó en Baxterville no era todavía de noche. El edificio bajo de la estación se asentaba en un llano y, al otro lado de las vías, se extendían los campos. Flotaba en el aire un olor a humo de leña. La estación de Bingsheim, el pueblo de Doris, tenía la misma situación y el mismo olor.

—¿Dista mucho la ciudad? —preguntó al jefe de estación, que encendía un cigarrillo, una vez se hubo marchado el tren.

—Unas seis millas —y, fijándose con rápida ojeada en su porte, pensó: «Va de visita a la cárcel». Doris, con su maletín de imitación de cuero, reflexionaba—. Hay taxis detrás de la estación —añadió el jefe, no sin orgullo, antes de volver al aparato Morse instalado en su despacho.

También allí hacía calor, pero no tanto como en Nueva York.

Tras corta reflexión, Doris escogió, entre los dos taxis, uno que le llevó, por una pequeña y descuidada avenida, a la población, pasando entre las casitas de madera del barrio negro, las villas con sus moradores de la clase media sentados en las galerías; hombres en mangas de camisa con los brazos al descubierto y mujeres inclinadas sobre su labor... Se oía una armónica. La luna empezaba a remontarse, delgada como un dibujo. Perros y gatos cruzaban la calzada, y el cielo conservaba una claridad extraordinaria sobre las casas oscuras. Después de un recodo se encontró en plena calle principal con los bares de siempre, el alto edificio del Banco, el cine, dos mercados, un bazar y el hotel «Lincoln». Sentados en mecedoras en el estrecho vestíbulo, unos viajeros de comercio miraron las piernas de Doris, fingiendo no interesarse por nada. Las habitaciones de un dólar cincuenta estaban todas ocupadas y le dieron una de dos dólares. El taxi le había costado setenta centavos y Doris dio quince de propina. Las personas acostumbradas a recibir propinas se avergüenzan de darlas pequeñas. La habitación era pequeña y gravitaba aún sobre ella el calor de todo el día. Doris se lavó con fruición, se quitó el polvo y el sudor del corto viaje. Bajo la ducha empezó a cantar. Había desaparecido la ronquera. Cuando bajó al vestíbulo seguía tarareando sin darse cuenta. Se detuvo en él un momento y, después, salió a la calle.

Su intención había sido la de preguntar al conserje dónde se hallaba la cárcel, pero le intimidó el hombre que encontró tras el pupitre. Una vez en la calle, miró hacia los dos lados, que le parecieron iguales, como idéntica era la calle a las mil calles Mayores de todas las pequeñas ciudades esparcidas por el mundo. Se detuvo delante de los escaparates iluminados del bazar en los que se exhibían los nuevos modelos; no eran provincianos y pasados de moda como en su Bingsheim. De pronto, Doris experimentó de nuevo la sensación de ser extranjera, se apartó suspirando de las acertadas creaciones del arte de la moda y siguió abstraída en sus pensamientos.

Suspiró satisfecha, pues desde hacía unos días no experimentaba al hacerlo aquellas dolorosas punzadas. Mientras compraba un bocadillo en un bar que hacia

esquina, se dio cuenta de que uno de los hombres que había visto sentados en el vestíbulo del hotel la había seguido. Se sentó junto a ella, pidió un helado y preguntó acto seguido y sin cumplidos:

—¿De viaje y sola? Las mujeres vais a quitarnos pronto el pan a los hombres.

Doris le siguió la corriente, diciéndole que viajaba por cuenta de una casa y forzó un poco la comedia explicando que iba a visitar los comercios que vendían ilustraciones. Se sintió satisfecha de la espontaneidad de sus palabras. El viajante la invitó a pasar la velada juntos. Sabía de un sitio donde servían buenas bebidas. Doris se excusó, diciendo que le faltaba aún la última visita. El hombre le ofreció su coche que utilizaba para visitar a los clientes. Doris, aun sintiéndolo, rehusó la invitación. De buena gana habría continuado la comedia y más aún le habría gustado ser realmente una joven inofensiva y juiciosa, sin otra ocupación en Baxterville que fomentar la venta de ilustraciones. El viajante pagó por ella y le estrechó la mano.

—Le esperaré en el hotel hasta que vuelva —dijo él al despedirse.

Doris esperó a que se alejara y, después, preguntó a un muchacho que pasaba por la calle cuál era el camino de la cárcel. El muchacho le explicó dónde se hallaba. Doris sacó en claro que la cárcel estaba enclavada en las afueras de la ciudad, a unas dos millas o tal vos más, según el muchacho. Había que cruzar el puente, dejar atrás la fábrica y continuar en esa dirección. Doris, aun comprendiendo que el plan no tenía ni pies ni cabeza, decidió ir por lo menos hasta donde se viera el edificio.

Caminó bajo la hoz lunar, que daba más luz cuanto más lejos quedaban las luces de la calle Mayor, dejando tras sí la pequeña ciudad que parecía dispuesta a dormir. Una ráfaga húmeda se levantó del río al cruzar el puente que le habían indicado. Rielaba en el agua el reflejo de la luna y del cielo pálido. Más allá del puente la carretera descendía. Se cruzó con una pareja, después encontró unos árboles, parecía que la ciudad había querido esbozar un parque y que después se había olvidado de él. A lo lejos vio un bloque de construcciones iluminadas, probablemente la fábrica.

Doris, perdida la noción del tiempo, caminaba pensando en el sesgo de aventura que había tomado su vida. En otro tiempo había sido la joven recatada, la hija única del doctor Hart de Bingsheim. Ahora vagaba por una carretera completamente desconocida, cerca de una ciudad extraña, en busca de la cárcel. Iba a ver a un extraño que había estado a punto de asesinarla. Creía que este hombre la amaba, pues de no ser así no se habría arriesgado a disparar contra ella, pero no lo sabía con seguridad. Ni siquiera sabía si ella lo amaba. A la luz espectral del perfil de la luna, caminaba con pasos regulares y un poco abstraída, analizando acertadamente su interior. No sabía si aquello era amor, pero sí que Basil se había convertido en lo más importante de su vida, ya durase esta mucho o bien se extinguiera de pronto, según la amenaza del doctor Williams. Avanzando por aquella carretera desconocida, se dio cuenta de que su vida y la de Basil, se amaran o no, estaban fundidas, entrelazadas para siempre.

Hacía mucho rato que había dejado atrás la fábrica con sus ventanales

resplandecientes, cuando instintivamente, empezó a cantar. La carretera entonces bordeaba unos campos. A ambos lados tenía una hilera de árboles pequeños y el olor era también el mismo de su tierra natal. Doris no prestó atención a su propia voz hasta que se dio cuenta, con asombro y alegría, de que las notas resonaban redondeadas y puras. Dejó la letra porque cada consonante le oprimía la voz en la garganta y se limitó a cantar las vocales más fáciles, la A y la E con la música de la única aria que conocía. Cuando acabó de cantar, una profunda quietud se extendió sobre los campos y un instante después oyó el canto de los grillos.

El penal se alzaba sobre una colina y, desde lejos, a la luz de la luna, que lo transfiguraba todo, parecía un castillo señorial. Era un edificio de ladrillo encalado y la fachada, que daba a la carretera tenía un aspecto agradable y vulgar. No vio ni rejas en las ventanas, ni muros. Un poco de yedra trepaba hacia el tejado, como para facilitar fugas. En el interior, en uno de los patios no visibles, un perro empezó a ladrar furiosamente al acercarse Doris que la joven se detuvo a cierta distancia del edificio. Su aspecto era tan inofensivo que casi dudó que fuese el penal. De pronto, un hombre surgió cerca de ella, enfocando una linterna a la altura de los ojos. Doris quedó deslumbrada y el corazón le dio un vuelco de pavor y empezó a dolerle de un modo insoportable.

—¿Qué hace usted por aquí? —preguntó el hombre, que no llevaba ningún uniforme.

—Nada. ¿Es esta la cárcel?

—Bien debe usted saberlo. ¿Qué quiere?

—Nada —repitió Doris—. Quería ver la cárcel. Tengo..., tengo ahí a una persona a quien he de visitar mañana. ¿Quiere usted ver el papel?

El hombre le enfocó la luz a la cara por segunda vez, con un poco más de consideración. Gruñó algo.

—Ahora retírese a descansar. No es este sitio para una señorita —dijo finalmente.

—Un momento —suplicó Doris. De buena gana habría preguntado cuál era la ventana de su presidiario, pero no sabía cómo entrar en materia. El hombre permaneció junto a ella inmóvil como un centinela, mientras Doris contemplaba sin ver las blancas paredes de ladrillo, que nada le decían. «Ahí está encarcelado Basil», pensó. Fue lo único que se le ocurrió. Era como, a veces, en la elección de canto, la Salvatori le exigía más expresión y se lo suplicaba retorciéndose las manos y ella no podía hacer más.

Fascinada, sin acertar a moverse del sitio, con los ojos fijos en la fachada, Doris solo tenía una idea: «Ahí está encarcelado Basil». «Ahí está encarcelado Basil». Y no acertando a pensar en otra cosa, se dispuso a marcharse.

—Gracias. Buenas noches —dijo al hombre que, discretamente, había apartado los ojos de ella mientras Doris contemplaba absorta el edificio.

—Buenas noches —contestó el hombre.

Al cabo de un rato, Doris se dio cuenta de que intentaba seguirla. Caminaba

campo a traviesa con paso silencioso. «Probablemente quiere asegurarse de que me marchó», pensó.

—¡Oiga! —le gritó, deteniéndose.

—¿Qué quiere, señorita?

—¿No se ha convencido usted de que mis intenciones no son malas? —preguntó ella, algo impaciente.

El hombre titubeó y preguntó a su vez:

—¿Vuelve usted sola a la ciudad? —Ella se limitó a mover la cabeza y el hombre le ofreció su paquete de cigarros medio vacío.

—¿Quiere fumar?

—Gracias, muchas gracias —murmuró Doris, y cogió un cigarrillo.

Todo cambió de aspecto. No había vuelto a fumar desde la noche de la agresión. Caminando por la carretera fumaba con precaución sin tragarse el humo. «Voy a fumar mucho», pensó. Empezaba a darse cuenta del cansancio. El camino de vuelta le pareció interminable: los campos, el canto de los grillos, el cielo y los pequeños árboles que bordeaban la carretera... «He hecho más de lo que podía», se dijo. Pero tenía experiencia de que se hace todo lo que uno se propone, o se le imponen a uno los hombres, la vida o el destino. Avanzó paso a paso, mortalmente cansada y con un poco de vértigo, pero no dejó de cantar entre dientes, asombrándose de su resistencia. «Los seres humanos están hechos de material resistente», pensó. Le costó una eternidad llegar al puente. Eran las doce cuando entraba en el hotel.

Su amigo, el viajante, estaba sentado en una mecedora.

—¿No le dije que la esperaba el tiempo que fuese necesario? —dijo, riendo.

Ella le oyó con el ceño fruncido. Era precisamente la frase que repetía, noche tras noche, en sus conversaciones con un Basil soñado.

—Muy galante, pero estoy muerta de cansancio contestó.

Y lo miró a la cara. Era el tipo americano impecable, como sacado de la portada de una revista. Terna la nariz pequeña, el pelo ondulado y dominado a fuerza de brillantina; era pulcro, correcto, astuto e hipócrita.

—Todo está preparado en mi habitación para hacerle los honores —dijo solícitamente—. Tenemos una buena provisión de ginebra auténtica. Allí están otras dos jóvenes.

Doris experimentó una vez más la envidia de ser lo que de buena gana habría sido: una mujer adocenada, una camarada para aquel hombre mediocre con un amor de la misma categoría.

—Es una verdadera lástima —murmuró—. No puedo. ¡Me estoy durmiendo! Y mañana me espera un asunto importante.

—¡Vaya! Todos tenemos algo importante para mañana —contestó él y la empujó al ascensor, apretó el botón y subieron rápidamente.

—Al cuarto piso —dijo Doris—. ¡Magnífico! También ahí está mi habitación.

—¿Qué número? —preguntó el viajante. Doris miró el trocito de madera que

colgaba de la llave.

—El cuarenta y tres —murmuró. Estaba rendida.

—¡Si somos vecinos! —dijo con júbilo su impertérrito acompañante. El ascensor se detuvo—. ¡Media hora! —suplicó a la puerta de la habitación. Tras ella se oían voces alegres, pero con tono discreto. Doris abrió la boca, a punto de aceptar. Deseaba beber, fumar y, sobre todo, olvidarse de sí misma. Sin embargo, rehusó—. ¿Es usted extranjera? ¿Sueca? —preguntó el viajante que empezaba a darse cuenta del acento de Doris.

—Alemana —contestó ella.

—¡Ah! —murmuró él, como si este pormenor lo explicase todo—. Bueno, no insisto más ya que está usted tan cansada.

La acompañó hasta la puerta de su habitación, y se adelantó a abrir la puerta.

—¡Qué lástima! —dijo aún mientras ella entraba. Doris le dio las gracias y, al cerrar la puerta, pensó también que era una lástima.

XI

Nemiroff estaba trabajando con otros cuatro reclusos en los talleres de colchonería, cuando se acercó a él el capataz Wallace, a quien los presidiarios llamaban *Cebolleta*.

—¡Basta! ¡A lavarse las manos! —dijo con tono de mando.

Nemiroff dejó inmediatamente la lezna y el bramante, apartó la rodilla del colchón en el que la apoyaba para rellenarlo y se dirigió a Wallace. El capataz lo mandó al cuarto donde estaban los cubos de agua para la limpieza y vigiló mientras él metía en el agua las manos y se las frotaba con un pedazo de jabón verde que halló en la palangana. Nemiroff se había quedado sorprendido, pero no era momento para hacer preguntas.

—En marcha —dijo *Cebolleta*.

Nemiroff echó a andar. Iba delante mismo del capataz temiendo a cada momento el golpe de su rodilla en su parte trasera, por poco que faltara al reglamento en cualquier minucia. Pasaron por delante de la garita de cristal, desde donde el guardia de día dominaba los corredores en forma de estrella. La mayoría de las celdas de los condenados a penas leves estaban vacías porque los habían mandado a las salas de trabajo o a cavar en el campo. Las de los delincuentes graves, en el corredor que se bifurcaba en ángulo recto, recordaban el jardín zoológico. Nemiroff no podía evitar esta impresión siempre que pasaba por allí. Unos estaban sentados inactivos, otros paseaban de un lado a otro detrás de las rejas, pero ninguno tenía aspecto humano. Nemiroff no sentía compasión por ellos ni por sí mismo. Experimentaba una especie de desprecio exasperado hacia los que se dejaban encerrar. Pero aquellas criaturas entre rejas le angustiaban porque podían ser esculpidas y él tenía que hacer colchones en vez de esculturas. Y los mismos colchones tendían a transformarse en voluptuosas figuras de mujer, como las nubes cuando era muchacho.

Wallace llegó con él a la segunda puerta. El guarda que estaba allí inspeccionó el papel que Wallace le presentaba y la abrió. Nemiroff recibió este acontecimiento con unos latidos del corazón que le llenaron todo el pecho.

—¡Enhorabuena! Tienes visita de tu novia —dijo el guarda al pasar—, Nemiroff.

El guarda, un mocetón a quien llamaban simplemente Joe, se entendía bien con los reclusos, pero estos temían al mismo tiempo su fuerza de oso. Se murmuraba que había algún pinito negro en su pasado, pero que se había ganado el ser guarda con su buena conducta.

—¡A la derecha! —ordenó Wallace.

Con presteza militar Nemiroff hizo la evolución ordenada y entró en un corredor medio a oscuras. Respiró el mismo olor nauseabundo de siempre, aunque aquella no llegaba a ser la atmósfera bestial de fenol y jabón verde, mezclada con el vaho de la suciedad y excrementos humanos que llenaban las celdas y corredores. Nemiroff captaba con sus oídos el sonido de las palabras, pero no precisaba su sentido. Hacía ya cuarenta y dos días que estaba en Baxterville y sus ideas eran más lentas que antes.

Wallace abrió una puerta con un asomo de ceremonia. Nemiroff no conocía aquella parte del edificio.

—¿Tienes visita de tu novia?

—¿Cómo? ¿De mi novia? No tengo novia. Nadie puede venir a visitarme. Como no sea Cowen.

Mientras esperaba que Wallace abriera la complicada puerta, llegó a relacionar las palabras novia y visita con el abogado Cowen, interpretando como una broma lo que había dicho el capataz. Esto tenía una explicación en una faceta especial de la vida carcelaria. Allí, como en cuarteles o barcos, en donde quiera que estén en rebaño los hombres sin mujeres, cundía una lamentable forma de homosexualismo. Circulaban sospechas y alusiones sobre este y el otro y aunque Nemiroff no entraba en las habladurías, como había servido en la Legión Extranjera, entendía de qué se trataba.

—Tienes visita de tu novia.

Por fin, Wallace había encontrado la llave de la cerradura y empujó con el pie la pesada puerta de hierro y, después, a Nemiroff. Había tanta luz en la estancia que este tuvo que cerrar los ojos, deslumbrado por un momento. Al parecer, uno de los innumerables y pequeños patios había sido techado con cristales, aprovechando así un espacio más que rebosaba con la claridad de un sol blanco lechoso. Cuando Nemiroff pudo abrir los ojos, vio delante de sí una especie de reja que consistía en una simple red de alambre, como la de algunos setos de jardín, una visión agradable después de tantos gruesos barrotes. Encontró a su lado a un joven de buena estatura, junto a una mesa, que ojeaba una especie de libro Mayor. Wallace le tendió el papel, mientras Nemiroff permanecía tieso como un legionario, no como un reo americano. El joven movió la cabeza. Cotejó el papel con su libró y dijo:

—Tiene usted visita. Veinte minutos.

Era norma de la dirección del penal no anunciar anticipadamente las visitas a los presos. Se fundaban en la poco grata experiencia de que los reos se ponían excitados, intranquilos e intratables cuando esperaban una visita. Esto había ocasionado escenas desagradables, pendencias y aún pequeñas sublevaciones. Por este motivo los presos recibían las visitas por sorpresa.

Nemiroff pestañeaba mirando a la reja detrás de la que se movía una forma, se ponía de pie y se acercaba. Maldijo sus ojos que, no acostumbrados a la fuerte luz del local, no podían resistirla. Unas manchas negras bailaban de arriba abajo y solo cuando se desvanecieron logró ver a Doris. El corazón le dio una sacudida como un fusil que se dispara. No acertó a decir palabra. La veía más pequeña y delgada que en sus pensamientos y sueños en los que se le aparecía exuberante y tentadora. Llevaba su traje pardo y tenía unas gotitas de sudor sobre el labio. Esto, a través de la red de alambre, le impresionó en su conjunto de un modo raro. Su fantasía se apoderó de aquella figura que después jugaría en su imaginación.

No acertó a decir lo que hubiera debido y Doris permaneció asimismo al otro lado de la tela metálica con las manos cruzadas, sin despegar los labios. Como aquel

silencio parecía hacerse eterno e insoportable, Nemiroff habló y su voz le pareció que salía de otra garganta y que flotaba perdida por la estancia.

—¿Cómo has logrado venir? —preguntó.

—Cowen se encargó de ello. Te manda saludos. —Se produjo otra pausa.

—¿Cómo estás? —preguntó Doris.

A esta pregunta, la más ridícula del mundo, contestó él lo único que cuadraba:

—Bien, gracias.

—¿Puedo hacer algo por ti?

Una pregunta que sonaba a idiota y aprendida de memoria.

—Te digo de verdad que estoy bien —repitió él—. Aquí está todo muy bien reglamentado —añadió con calor para que el joven del libro Mayor se enterara—. En la Legión Extranjera era mucho peor. Desde luego, la disciplina que allí me inculcaron me es muy útil. —Después de esta larga y complicada frase, dicha con segunda intención, se calló. Contemplaba a Doris. No se había dado cuenta completamente de su presencia hasta aquel momento—. Llevas ropas de mucho abrigo —añadió al ver las gotitas de sudor en el labio de Doris.

—Ya lo sé. Me pareció que para una visita así estaba bien el traje oscuro. Y como solo tengo este traje pardo... —Empezó a sonreír. Tuvo la impresión de estar revelando un secreto precioso. Basil se sorprendió también de su propia sonrisa—. He venido ante todo para decirte que no hubo nada entre Bryant y yo y que tampoco lo habrá en lo sucesivo —murmuró precipitadamente.

Él reflexionó.

—Ya lo sé. En el juicio me di cuenta. No tiene importancia.

Doris abrió la boca y volvió a cerrarla.

—No —dijo, al cabo de un rato—. Hay otras cosas más importantes de las que creíamos antes. Cosas distintas.

—Moja dorogaja devotschka —murmuró en ruso.

No pudo contenerse. Tuvo que decirlo. En su mesa el joven levantó la cabeza.

—Hagan el favor de hablar una lengua de gente blanca —dijo, medio en broma medio en serio. Doris había entendido el tono, si no las palabras y empezó a lucir y a arder en su interior, como una lámpara, como se sintió arder aquella primera noche inolvidable en el taller.

—Quiero que sepas que te esperaré todo el tiempo que sea necesario —dijo, cogiéndose con las manos a la reja.

Basil se emocionó y trató de consolarla.

—No tardaré mucho en salir —dijo para tranquilizarla—. Me porto bien. De no haber sido así no me habrían dejado verte. Saldré mucho antes del tiempo de mi condena. Hay hombres a quienes han dejado en libertad condicional al cabo de dos años con una sentencia de veinte. Cowen, aunque es torpe, tiene influencia... —El joven carraspeó y Basil no prosiguió por ese terreno; probablemente estaba prohibido hablar de esas cosas—. ¿Vives todavía en la casa? —preguntó entonces.

—Sí, en el piso de la Salvatori, pero me marcharé pronto para dedicarme a algo —contestó ella.

En aquel momento Basil se dio cuenta del tictac de un reloj que colgaba encima de la mesa. ¡Cómo corrían los segundos! Apoyó la cabeza en la reja, de forma que los alambres dejaron su huella en su frente y preguntó en voz más baja aún:

—¿Mejoras de salud? ¿Sientes dolores?

—¡Oh, no! —mintió Doris. Como otras veces, él se dio cuenta de que mentía y sintió una pena inmensa; la piedad hacia ella le destrozó el corazón y sintió como nunca el deseo irresistible de reunirse con ella.

—Cuando salga de aquí empezaremos la vida de nuevo —murmuró Basil—. La empezaremos mejor y más juiciosamente que antes.

Ella lo miró como si cantara un aria incomprensible.

—Te sienta bien el pelo corto —dijo—. Tienes buen aspecto. Estás fuerte. No podrán nada contra ti.

—Quedan cinco minutos —advirtió el joven de la mesa. El reloj seguía su marcha—. Si tienen que decirse algo importante, dense prisa —aconsejó.

Se quedaron mudos. Se miraban, se penetraban con los ojos; se abrazaban, se absorbían mutuamente con la mirada y lo más importante quedaba dicho y entendido.

—Cuando salgas —prosiguió Doris, después de una profunda inspiración— yo habré alcanzado la celebridad como cantante y ganaré mucho dinero. Y tú podrás realizar todas las estatuas que se te ocurran mientras estés aquí. También a mí se me han ocurrido muchas ideas mientras estaba en el hospital.

Se calló y lo miró con temor como si pudiera haberlo herido haciendo alusión a lo pasado.

Él permaneció agarrado a la reja. Se oía el reloj.

—Cuéntame más cosas —murmuró.

—Tendrás grandes bloques de mármol a tu disposición, podrás esculpir todo lo que se te ocurra y te harás célebre. Cuando hayamos ganado bastante, emprendemos el viaje a una isla.

—A Biribiki —dijo él, inesperadamente. Sonaba como un nombre de cuento de niños.

—Muy bien, a Biribiki. Y allí nadie nos conocerá, ni nadie nos molestará.

—Ha pasado el tiempo. ¡Lástima! —dijo el funcionario con respeto y a media voz.

Simultáneamente, se abrió la puerta de hierro y apareció Wallace para llevarse a Nemiroff. A este se le cortó el aliento, pero a pesar de todo se sonrió.

—*Vsego choroschevo dorugaja*^[27] —murmuró en ruso.

—Adiós —contestó Doris, en alemán.

Grabó de nuevo la figura de Basil en su mente. Este volvió a acercarse decidido a la reja, de la que ya se había separado, y apoyó la palma de la mano sobre ella. Doris lo miró, levantó la mano y apretó su palma contra la de Nemiroff, con la reja en

medio. Sintió latir en su mano cien diminutos pulsos, sintió el calor, el amor y la unión. Doris bajó los ojos y las manos se convirtieron en el foco absorbente de la sensibilidad.

Wallace dio unas palmadas en el hombro del recluso.

—Vamos —dijo, casi afectuosamente.

Nemiroff retiró la mano de la reja y dio una media vuelta militar. Doris permaneció inmóvil y lo siguió con los ojos hasta que la puerta de hierro se hubo cerrado tras él.

XII

Llamaron. La Salvatori recogió presurosa su pelo hacia arriba, se ajustó el vestido sobre el pecho, se calzó y se dirigió a la puerta. Al abrirla le pareció ver en la penumbra de la escalera a un señor anciano, vestido con sencilla corrección.

—¿La señora Salvatori? —preguntó, descubriéndose—. Me han dicho que la señorita Hart vive con usted.

—La señorita Hart está enferma. Ha tenido una recaída —dijo la Salvatori, mientras intentaba descifrar si la visita del anciano sería para Doris beneficiosa o perjudicial.

—¿Una recaída...? Lo siento. Es importante para ella que tengamos una conversación —dijo el visitante. Tenía el pelo bien cuidado; era de color gris acero, lo mismo que el bigote. La Salvatori lo examinó titubeando—. Me acuerdo muy bien, señora, de la última vez que la vi. Cantaba usted *Thais* en el Teatro San Carlos de Nápoles —añadió complacido.

En la Salvatori se operó una transformación. Cada vez que ella refería sus éxitos de Otros tiempos a los alumnos, le parecía ser una farsante y leía la incredulidad en los semblantes embotados de sus oyentes. Y, ahora, como llovido del cielo, o brotando de la tierra, comparecía un testigo.

—Entre usted —dijo impetuosamente—. Voy a anunciar su visita a Doris.

El anciano la siguió por el pequeño vestíbulo a oscuras, pero sin darse a conocer todavía. Sin vacilar entró tras ella en la habitación donde Doris estaba acostada en su cama turca. La joven se incorporó. Llevaba un camisón y el chal que había usado siempre en el taller de Basil, echado descuidadamente a la espalda. A pesar del día sin sol, pero bochornoso, tenía frío. Regresó de Baxterville con fiebre y estaba en cama desde hacía dos días.

—¡Imagínate, hija mía! Este señor me oyó cantar *Thais* en Nápoles. No fue aquella, realmente, una de mis mejores interpretaciones —dijo la Salvatori, mientras daba unos toquecitos al peinado de Doris. Esta contrajo las pupilas. Tenía una idea confusa de haber visto antes a aquel señor de pelo entrecano.

—Lamento tener que importunarla, no estando del todo bien de salud. Pero el asunto es importante —dijo—. Me llamo Bryant. Soy, en una palabra, el viejo Bryant —añadió, burlándose finamente de sí mismo.

—Siéntese —dijo la Salvatori, solícita y le acercó una de las setas que el anciano miró desconcertado, pero la empujó hacia la cama y, después de una ligera vacilación, se sentó en ella.

La Salvatori hizo lo propio muy cerca de él. Doris tenía una marcada palidez alrededor de la nariz | y esperó con curiosidad.

—El asunto tiene especial interés para la señorita Hart y he de tratarlo solo con ella —dijo Bryant padre.

—Yo cuido de los asuntos de la señorita Hart explicó la Salvatori con dignidad.

Bryant se rindió con una sonrisa irónica. No era, ni mucho menos, la primera entrevista que tenía de aquella naturaleza. Le ilusionaba, casi como una partida de póquer, negociar con aquellas amables ventajistas y sabía que se lograba más con paciencia y halagos que con arrogancia. Además, le había inspirado buen humor y ánimo la rareza de la habitación. Era distinta de las habitaciones de las *girls* que vivían alrededor de la calle Setenta. Se fijó en las patéticas inscripciones italianas que en letras moradas ostentaban los lazos de moaré y de las coronas marchitas que colgaban de las paredes y se dispuso a cumplir su cometido.

—Voy directamente al grano, señorita Hart —dijo—. Soy un veterano de los negocios y no debe ofenderse. Sé que me dirá que quiere a mi hijo y que él la quiere a usted, pero los sentimientos no me importan. Soy un cínico empedernido, ¿me comprende usted?, y hablo de dinero. Además, tengo fama de pagar precios muy razonables. Así es que...

—No llego a comprenderle, señor Bryant —murmuró Doris, perpleja.

Había descubierto con un poco de aprehensión a quién le recordaba el viejo Bryant. Era a su padre, al doctor Hart con su mejor traje, a su difunto padre a quien tanto había querido. Y esto no la predisponía a tratar de dinero.

—Muy bien. Hablaremos más claro y concisamente. Mi hijo va a obtener el divorcio dentro de irnos días. Usted quiere casarse con él y él con usted, según me ha dicho. Estoy seguro que es usted una mujer discreta y por esto quiero decirle que mi hijo no tiene bienes propios y que de mí no recibirá ni un céntimo si se efectúa esa boda. Usted quiere a mi hijo y tal vez no le importe que no tenga dinero. Ama usted a mi hijo —insistió como divirtiéndose con su propia ironía— y por lo mismo, puede estar obcecada y no ver sus puntos débiles. Pero yo, que conozco muy bien a Franklin, dudo de que esté en situación de mantenerse y de mantener a una esposa. Sé que es usted trabajadora, pero no es fácil que él consienta, una vez casados, en que continúe como camarera o con otro empleo por el estilo. No sé, por lo tanto, si mi hijo puede considerarse como un buen partido para usted.

Doris cogió rápidamente la mano de la Salvatori para retener a la opulenta cantante en su sitio por temor de que la dejase sola. La buena mujer, que estaba a punto de estallar, se dominó, mordiéndose la lengua. A la cara de Doris subió poco a poco un rubor ardiente. Reflexionó. La habían ofendido con buenas palabras, pero duramente y ella no se lo merecía. Su primera reacción fue la misma que la de la Salvatori: estallar, decir al anciano que no le importaba nada el guiñapo de su hijo y después echarlo.

Pero no hizo nada de eso. Durante su permanencia en el hospital había aprendido mucho, así como durante las dos horas con el señor Wallert y en su visita a Baxterville.

—Su hijo sabe que por él abandoné a un hombre y perdí mi colocación. El tiene la culpa de los meses que he pasado en el hospital y de que haya perdido para siempre mi salud. ¿No le parece a usted de una decencia elemental que trate de reparar todo

esto?

A pesar de lo que la habían impresionado las intenciones matrimoniales de Franklin, no quiso, ni por un instante, tomar en consideración este punto. Con un nuevo instinto, se dio cuenta de que tenía en su mano la solución de todo. La Salvatori había contenido la respiración. En su pecho espacioso retenía el aire, poniendo en práctica su famosa técnica de la respiración. Con los ojos fijos en Doris, trataba de comprender a aquella criatura incomprensible.

—Admito que sea decente. Pero Franklin la arrastrará por el fango como ha hecho con tantas otras cosas —contestó Bryant, y, en su interior, juzgaba a su hijo casi con la misma severidad.

—¿No pretende usted haber venido a esta casa para impedir ese matrimonio con dinero? —preguntó Doris, dándose cuenta de lo falsamente que sonaban sus palabras. «Todas representan la misma comedia», pensó el viejo Bryant por su parte. ¡Lástima! Porque Doris no llevaba colorete, ni su pelo caía en melena sobre sus mejillas y no tenía la cara de las demás, pero también hablaba como un papagayo.

—He venido exactamente a lo que usted dice —dijo sonriendo—. A llegar a un acuerdo con usted.

—Usted sabe que, con mi pulmón herido, bastaría que me lo propusiera para lograr una indemnización de su hijo y de usted —observó Doris. Eso lo sabía por Borghild, la masajista. «No seas tonta, criatura. Queréllate con esa pandilla y pide un millón y lo tendrás».

—El que no lo haya hecho —dijo el viejo Bryant— me ha inducido a creer que era usted una joven juiciosa. Sabe calcular y corre el riesgo. Prefiere ser la señora Bryant a recurrir a un Tribunal, pidiendo una indemnización. Pero óigame. Soy hombre entendido en negocios. Todo Wall Street se lo confirmará. No quiero perjudicarla, sino pagar un precio razonable. ¿Cuánto quiere usted para salir del país, ir al suyo o adónde guste y dejar en paz a mi hijo? ¿Cuánto?

—¿Cómo acepta usted tan convencido que yo quiera a su hijo? —preguntó Doris, que estuvo pensando un buen rato lo que dirían en la misma situación la clase de mujeres con que Bryant la había confundido.

—Le conozco y conozco a las mujeres —contestó Bryant. Tenía hombros de futbolista; a cada movimiento sus músculos se ponían en tensión bajo la ropa y la piel de su cara y de sus manos era tersa—. ¿Cuánto quiere? —preguntó de nuevo, y su mirada se encontró con la vacilante de Doris.

—No lo sé. No he tratado nunca asuntos semejantes —murmuré. De pronto, todo su desamparo se reflejó en su cara—. A mi país no volveré nunca. Prefiero ser una buena cantante.

En aquel momento se reanimó la Salvatori. Llevaba dentro muchas cosas y había seguido la conversación con ojos brillantes, cada vez más asombrada de Doris. Aquella era su oportunidad.

—La señorita Hart necesita dos cosas —dijo con voz altisonante—. Necesita una

formación de primera clase en el canto. Cinco años en Dalmonte y durante esos cinco años una renta mensual que le permita seguir a Dalmonte en sus viajes, tener una hora de lección diaria con él, vestir y comer como le corresponde y alternar en sociedad. Al cabo de esos cinco años, la señorita Hart no necesitará ni un céntimo de nadie. Será célebre y ganará más dinero que un banquero.

Bryant se inclinó irónicamente.

—Así lo espero —dijo con amabilidad. Una cosa quedaba resuelta: aceptaban la solución que él deseaba. Por lo demás, ambas mujeres le parecieron las más ingenuas ventajistas que hasta entonces había conocido.

Doris parecía desconcertada.

—¿Y por qué Dalmonte? —tartamudeó. La Salvatori se inclinó, pasó el pulgar por el borde de su falda y sacó de una faltriquera una carta arrugada.

—No te lo he dicho antes porque tenías fiebre. Medité sobre tu porvenir y escribí a Dalmonte. Esta es su respuesta, una respuesta vil y cochina —dijo atropelladamente en italiano. Se le hinchaba la boca con el ansia de decirlo todo de una vez—. Le escribo quién eres tú, lo que opino de tu voz, que eres pobre y no puedes pagar pero que hay en ti una gran cantante. —Sin aliento, escupió tres veces para que la alabanza no se trocase en maldición, levantó las manos como rechazando algo y las apoyó sobre la boca de Doris para impedir que hablase—. ¡Hija mía! ¡Hija mía! —murmuró—. Recuerdo la conversación que tuvimos antes de tu ida a Baxterville sin poder remediarlo. Me doy cuenta de la responsabilidad que entraña meterse en tu vida y he de decirte lo que tantas lágrimas me ha costado. No soy la profesora que necesitas. Te he echado a perder y he convertido en una voz ronca tu hermosa voz. No puedes perder más tiempo. Es preciso que tengas el mejor maestro que sobrevive hoy a Parigi y a Gimini. Has de acudir a Dalmonte. ¿Y sabes lo que me ha mandado contestar ese cochino después de haberle escrito yo todos tus antecedentes? Toma y léelo tú misma —dijo, poniendo la carta arrugada al alcance de Doris.

Con asombro y creciente satisfacción, Bryant, que hablaba correctamente el italiano, había escuchado aquel torrente de palabras ampulosas y sonoras. En conjunto su vida era bastante aburrida y sentía gratitud hacia quien le procuraba una distracción. Aquella vez, además, veía un fondo inesperado de nobleza en las razones que las dos mujeres parecían dudar que él supiese apreciar.

«El profesor Dalmonte me encarga que le comunique a usted atentamente, muy distinguida señora, que se ve obligado a dejar pendiente del resultado de una prueba la posibilidad de admitir o no como alumna a la señorita Hart. Ha limitado el círculo de sus discípulos a unos pocos talentos. Sus discípulos han de comprometerse a acompañarle y a dar una lección de canto diariamente. El profesor Dalmonte pasa dos meses en Nueva York durante la *saisori*, dos en Viena, un mes de verano en Salzburgo y el resto del año en Milán, sin contar algún breve viaje a Londres o a París. El precio de la primera prueba es de doscientos dólares y el de una hora diaria de lección, mil dólares mensuales. El profesor Dalmonte pone como condición que

todo discípulo ha de empezar con él su instrucción y comprometerse por escrito a cursar sus estudios durante cinco años. Se reserva, además, la facultad de interrumpirlos si lo cree conveniente». Firmaba su secretario con una letra ilegible.

Doris dejó caer la carta atónita:

—Mil dólares al mes —murmuró—. Mil dólares...

De momento parecía haberse olvidado de que el viejo Bryant estaba allí precisamente para saber lo que pedía. Su pensamiento voló, un poco confusamente, al señor Wallert y a lo que a ella le había costado conseguir treinta dólares. Había gastado dieciocho y setenta y cinco centavos. El resto era toda su fortuna.

—¿Me permite? —preguntó Bryant, cogiendo de su mano la carta y dispuesto a leerla.

—Está en italiano —dijo la Salvatori solícitamente.

—Ya lo veo —murmuró Bryant. Sacó del bolsillo unas gafas de concha color claro y empezó a leer. Entonces se pareció aún más al padre de Doris—. ¡Qué señor tan severo! —observó sonriendo—. La carta parece un tratado de paz. El vencido que pague.

Sumó las cantidades mentalmente. «Son sesenta mil doscientos dólares —pensó—. ¡Friolera!» —y sin perder el aplomo, añadió:

—Pero la señorita ha de vivir y viajar con el profesor, lo que viene a resultar... digamos trescientos dólares al mes durante cinco años.

—Cuatrocientos —dijo la Salvatori.

Parecía la cifra definitiva, como la última nota de una ópera. Y aquel era el total que Bryant había previsto. Lo había fijado en cien mil, todo pagado: el escándalo, la herida, la lamentable afición y el embrujamiento de su hijo. Estaba dispuesto a llegar, en el peor de los casos, a ciento veinte mil, pero tenía la esperanza de que la cosa le saliera más barata. Le causaba un placer diabólico y ya se felicitaba en su interior por no haber llegado a lo calculado.

—Bueno mandaremos cada primero de mes al profesor sus papiros y a la señorita sus cuatrocientos dólares. ¿No es un buen arreglo? —preguntó satisfecho.

«Mientras Dalmonte me admita y viva aún cinco años...», pensó Doris y le costó trabajo no decirlo.

—Necesito como reserva, para el caso de que mi salud no resista, un pequeño capital en el Banco.

—Constantemente preciso medicinas y, si caigo enferma, tardaré meses en poder continuar mis estudios —dijo Doris.

Bryant vio con disgusto que se le escurrían los diez mil dólares salvados. No se dio cuenta hasta entonces de lo enferma que parecía la joven. Su cara demostraba rectitud. Casi carecía de atractivo de puro honesta. No podía explicarse el capricho de su hijo. La miró más detenidamente. «Será el cutis, si cuerpo», pensó. Daba por descontado que tenía una cicatriz en el pecho, y la pobre criatura se empeñaba en cantar con aquella herida. Podría procurarse una vida más apacible.

—Un capital además... Me están desvalijando —dijo con cierto buen humor—. ¿Cuánto quiere?

Doris reflexionó. Iba a decir tres mil, pero en el último instante rectificó y dijo:

—Cinco mil dólares.

Bryant se había imaginado diez mil. Se alegró. Parecía un buen negocio. «Vanderfelt no lo habría resuelto nunca por menos de ciento cincuenta mil», pensó, triunfante. Ni él sabía, ni lo sabía Doris, que aquel ahorro de cinco mil dólares sería la base de la amistad que un día habría de unirla con el millonario. Este garrapateó con la estilográfica unas notas en una libreta y escribió para Doris unas señas al margen de la presuntuosa carta del secretario de Dalmonte.

—Aquí tiene —dijo—. Son las señas de Vanderfelt. En cuanto pueda ir a verle por su propio pie legalizaremos el acuerdo en su despacho. Y ahora a cumplir lo pactado. Puedo exigirle que no vea más a mi hijo. A él le daré todas las explicaciones necesarias. ¿Convenido?

Doris no le había escuchado, fija la mirada en las coronas que colgaban de la pared. «Esto es una locura», pensó. La Salvatori asintió locuaz y sudando a causa del nerviosismo, pero procurando no perder la dignidad, la suya y la de Doris, a la que llamaba constantemente señorita Hart. De pronto, Doris cogió nerviosa por la manga a Bryant.

—Todo esto es una insensatez —murmuró sin aliento—. No quiero que me dé nada. No necesito ni un céntimo y sí, en cambio, que concedan el indulto a Nemiroff. Usted puede lograrlo, ¿verdad? Lo que sucedió solo a él y a mi nos importa. ¿Cómo le han podido condenar? Si logra su libertad no necesito para nada su dinero.

En el colmo de la sorpresa, Bryant bajó los ojos hacia la joven que todavía se agarraba a su americana.

Le había caído de los hombros el chal y vio temblar su cuerpo y sus brazos.

«Nada le importa Franklin y yo, idiota de mí, le voy a dar noventa y cinco mil dólares para que lo deje», pensó Bryant.

—Nuestro país está corrompido, pero no tanto como para poder sacar de presidio, sin más ni más, a sujetos que constituyen un peligro público —dijo sonriendo benévola. En un momento había calculado las posibilidades del indulto de Nemiroff y los gastos que representaría—. Más adelante ya veremos lo que se puede conseguir. —Los dedos de la joven se desasieron finalmente de su americana—. Cuando alcance la celebridad como cantante, podrá sacarle más fácilmente que yo que soy un pobre viejo —añadió para darle ánimos, y una vez más le sorprendió el cambio que se operó en el semblante de Doris.

—¿Lo cree usted de veras? —preguntó con vehemencia.

A pesar suyo, Bryant le acarició la mejilla. Se convenció de que tenía fiebre. Considerando bien el asunto, tenía la impresión de haber sido un estafador, a pesar de los noventa y cinco mil dólares. Se había formado otra imagen de la joven por cuya culpa Juddy pedía el divorcio, y que había sido la causa de una sangrienta agresión y

de un gran escándalo. Las mujeres que solía tratar Franklin eran de otra categoría. Bryant se sorprendió al llegar a la conclusión de que era demasiado buena para Franklin. Saludó a la Salvatori, cogió la mano calenturienta de Doris y la retuvo en la suya un momento, con ademán protector.

Al encontrarse en la escalera, respiró a pleno pulmón y encendió un cigarrillo. Por consideración no había fumado durante la entrevista. El recuerdo del papagayo disecado y el olor a cementerio que había respirado, lo sobrecogieron. «No es sitio para la joven mientras esté enferma —pensó—. ¡Pobre criatura! ¡Un contrato por cinco años cuando tiene el aspecto de estar en peligro de muerte pasado mañana!». Se encolerizó contra el comunista que la había agredido y contra su hijo. «Siempre he dicho lo mismo: ellas son siempre las que pierden, aunque nos saquen un millón». Con el cigarrillo en la boca, esperó en el umbral del portal a que pasara un taxi porque, por discreción, no había cogido su coche. No pasaba ningún taxi y emprendió el regreso a pie, bajo las gruesas gotas de lluvia que empezaban a caer. Después de todo, se alegraba de tener ocasión de ver otra vez a Doris en el despacho de Vanderfelt y él mismo se admiró de esta alegría.

XIII

Dalmonte llegó a Nueva York en octubre. Doris pagó los doscientos dólares y la prueba duró casi tres horas. Precisamente en aquella ocasión su ronquera había llegado al máximo y le resultaron inútiles las técnicas respiratorias de la Salvatori y del doctor Williams. Bajo su traje nuevo, sintió correr por la espalda el sudor en forma de hilos. No llegó a cantar su obra de lucimiento, el aria de Rossini. Dalmonte se limitó a hacerla cantar notas que sonaban débiles como un soplo. El profesor, por lo visto, tenía una paciencia inagotable y ninguna noción del tiempo. Al cabo de unas horas se despidió de ella con una amable sonrisa. En la antesala, el señor que se había encargado de cobrar los doscientos dólares le anunció que había sido rechazada. Doris se dirigió a pie a su domicilio. En el Central Park se sentó en un banco y se enfrascó en profundas meditaciones hasta el anochecer.

Por aquel entonces el abogado había empezado ya a pagarle mensualmente sus cuatrocientos dólares. Vestía bien, no tenía deudas, ni necesidad de emplearse en bajos menesteres. Una parte del dinero se lo entregaba a Cowen para que gestionase el indulto de Basil. Otra la depositaba en el Banco, con sigilo y precaución, porque aún no tenía mucha confianza y no podía sustraerse al temor de que toda su prosperidad cesaría de la noche a la mañana, tan inesperada y repentinamente como había empezado. Entonces vivía en la misma casa de la calle Cincuenta y Seis, en la habitación, tras la puerta vidriera, que había sido un día el taller de Basil.

Cuando hubo meditado bastante sobre su derrota, se levantó del banco del Central Park, hizo una seña a un taxi, con un ademán que ya le era familiar, y llegó a su casa, rehuendo aquella noche encontrarse con la Salvatori. Pasó de largo por delante de su puerta y, al llegar al cuarto piso, se acostó a oscuras. Doris pensó que, probablemente, en otros tiempos habría llorado y se admiró al sentirse cada día más curtida y fuerte. Quería ser cantante y aprender con Dalmonte. Ahora que conocía su paciencia extraordinaria, su fanatismo y su seguridad de sonámbulo, se empeñó más en ser su alumna y llegar a la celebridad. Hasta aquel día no había pecado de ambiciosa. Probablemente su ambición había nacido en aquel banco del Central Park.

La Metropolitan Opera tenía vendidas todas las localidades. Nueva York se aturdía llenando teatros, cines, restaurantes y clubs. Una semana le costó conseguir una entrada de anfiteatro para una representación de tarde. Dalmonte cantaba *Otello*.

El *cavaliere* Dalmonte era un hombre que pasaba de los cincuenta, de una estatura de gigante, con un mechón de pelo blanco sobre la frente y unos ojos atónitos. Sus abrigos eran amplios como una habitación y las artistas que cantaban con él, por kilos que pesaran, parecían siempre niñas a su lado. Doris no le había oído cantar nunca. Sentada muy tiesa, sin preocuparse de la respiración, jugaba con sus guantes de cabritilla. Doris era entonces una joven que no salía nunca sin guantes. Cuando en el dúo final del primer acto, Dalmonte cantó *Tu m'amerai per la mia ventura*, sintió frío en la espalda como si volviera a tener fiebre. Y cuanto más avanzaba la ópera, más

impresionada, más entusiasmada se sentía. Salió del teatro con ojos de iluminada, pero pronto volvió a la realidad.

De niña había visto una vez unos saltimbanquis que actuaron en su pequeña ciudad natal. Al día siguiente cogió una cuerda de tender la ropa, la ató a dos árboles en el jardín de detrás de la casa del doctor e intentó andar sobre ella. Se cayó y estuvo dos semanas con un brazo enyesado. Un sentimiento de bravura muy semejante germinó en ella mientras Dalmonte cantaba *Otello*. Si era humanamente posible cantar así y producir tales efectos con el canto, también ella se saldría con la suya. Se sorprendió al representar mentalmente el papel de Desdémona. La Sambrini que había encarnado este papel era una vaca y no sabía lo que se llevaba entre manos. Ella, Doris, quería subir al escenario y cantar: esta era su decisión. Por primera vez había encontrado algo más fuerte que el amor. Quería ser cantante.

Su primer paso fue pedir consejo a Borghild, la masajista. Era la única persona que a Doris le parecía normal, práctica y juiciosa de todas sus amistades. Las demás eran un poco *ga-ga*, según expresión de la Salvatori, sin exceptuar a Basil en su presidio Borghild demostraba un cierto afecto a Doris, sobre todo desde que esta se sometía a sus cuidados, dos veces a la semana. Además, Doris era la única mujer que no se quejaba de ser mal proporcionada, ni exigía disminuir las carnes en alguna parte del cuerpo, cosa que ninguna masajista era capaz de hacer.

Y Borghild prodigó sus abundantes y prudentes consejos mientras amasaba y golpeaba con paciencia los muslos y los brazos de Doris.

El resultado inmediato de estos consejos fue que Doris dejó su habitación para trasladarse al hotel «Blanchard». Este hotel era un establecimiento bastante mezquino del Broadway, entre las calles Setenta y Ocho. No se explicaba razonablemente que el *cavaliere* Dalmonte, con su renta de rey, se alojase en él. Pero en ese hotel se había hospedado cuando, siendo joven y pobre, llegó por primera vez a Nueva York y a él había vuelto siempre. Los estrechos pasillos del hotel «Blanchard» tenían unas alfombras color canela tan usadas que el color gris de la trama asomaba a la superficie. Mal ventilado, las cortinas estaban empapadas del olor de comidas de años remotos. Había muchos italianos y algunos franceses. Era centro de operaciones de dos maestrillos de canto y de una agencia teatral de mediana reputación. En el ascensor se coincidía con damas rubias cuyos perifollos y abalorios de cristal disimulaban las partes raídas de su indumentaria. Los camareros llevaban chaquetillas casi blancas y el empleado que recibía a los clientes al llegar al hotel era un príncipe griego.

Debajo de los muebles se acumulaba el polvo y en el papel de la pared, encima del sofá rococó, que se encontraba en todas las habitaciones, se veían manchas grasientas donde se habían apoyado las cabezas de los sucesivos huéspedes. La ropa de cama se cambiaba una vez por semana, si se acordaban. En este hotel de segunda categoría, vivía Dalmonte con todo su Estado Mayor. Se veía ondear su inmenso abrigo por la puerta del ascensor, se oía en el comedor su risa retumbante e

inagotable. Cuando deseaba descanso, después de una representación, todo el hotel andaba de puntillas y los dos profesores de canto se veían obligados a interrumpir sus lecciones. Pero, fuera de esos intervalos, las paredes del hotel «Blanchard» resonaban todo el día con escalas, *florituras* y cadencias, y más que un hotel parecía un conservatorio.

Doris, poco a poco, entró en relación con toda la camarilla de Dalmonte y este había sido su propósito cuando tomó una habitación en el hotel. Con el gran maestro habían llegado tres discípulos. Comían en el pequeño comedor mal ventilado y por ellos, los primeros con quienes trabó amistad, supo una serie de pormenores. Uno entonces y otro después le explicaron, con la mano delante de la boca y con tono de conspiradores cosas del maestro y de sus ayudantes.

El maestro, el viejo, como le llamaban, era avariento, tirano, pueril y fanático como un faquir. El miedo le dominaba en tres cosas: tenía miedo por su voz, miedo de ser pobre en su vejez y morir como un mendigo igual que muchos célebres tenores y miedo de las mujeres. La pequeña Palfy pretendía que desde la muerte de su esposa no había tenido relación con ninguna.

—Todo es cuestión de costumbre —decía ella con una mueca y encogiéndose de hombros.

En aquel tiempo, Palfy era la única alumna de Dalmonte. Tenía el pelo rojo, la tez bonita y había nacido en Viena, de lo que se sentía orgullosa. Sus lados buenos y malos los explicaba con una frase: «Como soy vienesa...». Poseía una voz de soprano alta y clara que atravesaba las paredes, y aspiraba a ser cantante de *coloratura*^[28].

El bajo Terp, un suizo delgado y severo, con quien Doris platicaba a veces por la noche en el llamado escritorio y cuyas referencias podían aceptarse como exactas, daba una explicación de cómo Dalmonte había admitido por alumna a la tal Palfy.

—Se agarró a la Bestia y el viejo hace todo lo que dice la Bestia —dijo Terp con su voz profunda de bajo—. Para llegar al viejo, las mujeres han de pasar primero por manos de la Bestia y los hombres por su bolsa. Palfy había sido la amante de un millonario llamado Donat que, después de la guerra, se encumbró de la noche a la mañana como un cohete e hizo que toda Austria bailase al son que a él le daba la gana. Cuando estuvo harto de Palfy, se descolgó con la martingala de su voz, aunque ella se figura que lo dejó voluntariamente. La Bestia se cuidó de lo restante y Donat paga la broma.

—Usted perdone, ¿a quién llama la Bestia? —preguntó Doris.

—Al doctor Sardi —contestó Terp.

Un par de días después, la misma Palfy le habló de la Bestia. Doris comprobó que la Bestia era ni más ni menos que aquel señor de la antesala de Dalmonte que se había hecho cargo de sus doscientos dólares y le había comunicado que no se la admitía como alumna. De vez en cuando lo veía por los pasillos del hotel «Blanchard», en el ascensor o en el vestíbulo, esperando a Dalmonte. Unas veces la

saludaba con semblante de acordarse de ella y otras ni la veía. Doris tanteó el terreno con precaución, tratando de sonsacar a Palfy lo que hubiese de verdad en las sospechas de Terp. Pero el tacto y la discreción no eran virtudes de Palfy. Con voz clara y sin embages dijo:

—La Bestia no se anda con rodeos y no deja más salida que decirle «sí» y echarse a reír. La Dorellí dijo «no», y al cabo de dos semanas estaba en la calle. Y tenía más voz que usted y que tres Sambrini juntas. Es una naturaleza erótica. Solo sabe ver si una mujer tiene talento en el momento que se le entrega. Y como la voluntad del viejo está en su mano...

Doris permaneció un buen rato muda y reflexionando en el sofá rococó color frambuesa, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada sobre las huellas grasientas de la pared. La conversación tenía efecto en la habitación de la pequeña Palfy, adornada con decadentes muñecas de trapo de ojos enormes y piernas y brazos largos y bamboleantes, que ocupaban todos los muebles. La Bestia... Otro señor Wallert, toso de los muchos Wallert, que por lo visto estaban apostados en el camino que le tocaba recorrer.

Doris se dedicó entonces a ampliar su relación, aunque aún no podía llamarse así, con el doctor Sardi. Se desentendió de los otros miembros del cortejo de Dalmonte, entre ellos, de Paolo, el pianista, un joven de pelo ensortijado y nariz muy chata. Las llamadas a Paolo resonaban día y noche por el hotel y Paolo salía disparado de su habitación con un pijama de seda encarnada y las partituras debajo del brazo. Y no tardaban en resonar sus acompañamientos a las arias de Dalmonte, a las lecciones de los alumnos, a las pruebas y audiciones. Paolo y un tercer alumno, un joven italiano que cantaba con voz de barítono densa y grave y de timbre dorado, ocupaban la misma habitación. El barítono Fiamarelli era pobre y Dalmonte tampoco lo instruía gratis. Lleváballo en sus viajes procurando sacarle todo el jugo para que su gasto se quedara reducido a lo menos posible. También existía, y casi con la misma importancia que la Bestia, la vieja Lucía. Era una mujer delgada, reservada, de rostro moreno y pelo cano. Tenía a su cuidado los trajes de Dalmonte, le ayudaba a caracterizarse y vestirse y no se movía de los bastidores mientras el maestro cantaba. Finalmente, había un perro pequinés, *Trouble*, como el niño de *Madame Butterfly*. Veíase a *Trouble* con Dalmonte, divagando de farol en farol, como una O gigantesca al lado de su coma diminuta y dando, además, la impresión de que era el vivaracho animal quien llevaba de paseo nocturno a su dueño lento y abstraído.

Después de una representación de «Aida», Doris logró hacerse la encontradiza con la Bestia. Se entretuvo en el vestíbulo del hotel hasta que vio llegar al doctor Sardi. Este entró en el ascensor para subir a su habitación del sexto piso y al mismo tiempo subió Doris. Esta vez él se acordó de quién era ella y, entre el segundo y el tercero, hablaron de la representación; el doctor con falsa modestia, como haciendo propios los éxitos de Dalmonte y Doris con calor y una voz vibrante que oscilaba entre el entusiasmo y el pánico. El ascensor era estrecho y se acercó más de lo

correcto a Sardi. Él habló en alemán, con el acento duro del Este, asegurando que era su lengua nativa.

—Este peinado no le sienta bien —observó entre el cuarto y el quinto piso—. Créame usted, yo entiendo algo en la materia; debería dejar caer el pelo sobre la frente.

La joven salió al mismo rellano que él y se detuvo delante del espejo del pasillo.

—Enséñeme usted cómo —murmuró.

Sardi le colocó sobre la frente una madeja de pelo. Tenía las manos secas y frías y olían a agua de colonia. Doris levantó el brazo y tendió el pecho al llevarse la mano a la cabeza. Lo vio por el espejo, de pie detrás de ella, mirándola con ojos entornados. «Ahora sí que va a demostrar que tiene una naturaleza erótica», pensó Doris. Estaba satisfecha de poder verlo en su aspecto cómico.

Pero lo que Doris esperaba no lo demostró hasta cuatro días después, mientras tomaba el té en la habitación de Doris, preparado por ella misma en un fogoncito eléctrico. Él había dicho que ni los americanos ni los italianos sabían hacer el té, con lo que, por decirlo así, se había convidado él mismo.

—Si se decidiera a teñirse el pelo de color castaño estaría usted mucho mejor —observó.

Al día siguiente Doris se tiñó el pelo de un color castaño rojizo y quedó encantada de sí misma. Sardi se dio cuenta de la transformación el mismo día a la hora de comer. Lo tomó como un obsequio personal.

—*Congratulazioni*^[29] —gritó desde su mesa y, llevándose la punta de los dedos a la boca los besó.

Trouble ladró y también Dalmonte miró hacia ella, mientras Palfy se encogía de hombros.

Sardi dio el primer beso a Doris en un taxi y ella se dio cuenta de que no se trataba de un caso tan sencillo como el del señor Wallert. Sardi necesitaba que lo adularan y que reforzaran su creencia de que conocía a las mujeres y de que ninguna podría resistírsele. Quería despertar la pasión y después formular sus censuras.

—Es usted una mujer al fin y al cabo —dijo mientras Doris se lanzaba al beso como quien, aprendiendo a nadar, se tira del trampolín al agua fría, con los ojos cerrados.

—¿Por quién me tomaba usted?

—Por una hortaliza —contestó él.

Tal vez era una ocurrencia original, pero sonó a broma gastada. Aquella noche llevó a Doris a su palco. Repetían *Otello*. Dalmonte estaba ronco y esto le dio oportunidad para demostrar su maestría superando el defecto. Después de la representación mandó a Doris al hotel, diciéndole que le esperase en su habitación.

La ronquera de Doris persistía, pues no había abandonado las clases con la Salvatori. Conservaba la habitación de la calle Cincuenta y Seis, el antiguo taller de Basil. Al día siguiente de la representación de *Otello* estuvo en él un par de horas y

esperó el anochecer.

El abogado Vanderfelt pidió a Doris por carta una entrevista en su despacho. Al verla con el pelo rojizo y las cejas depiladas, luciendo una piel de zorro plateada sobre los hombros y dos gardenias en el ojal, la miró atónito. Su aparición fue como si pasara por la atmósfera apacible de aquel despacho una ráfaga de viento tormentoso.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó—. Se está usted volviendo demasiado bonita para cantante de ópera.

Poco después se presentó el viejo Bryant y en su semblante se pintó el mismo asombro, pero no lo expresó con palabras como el abogado. Doris sintió una gratitud fugaz y admirada hacia Sardi. ¿Sería cierto que era entendido en cosas de mujeres? Por de pronto, le convenía estar muy alerta para no desmerecer a su juicio en belleza, porte y trato. Bryant y Vanderfelt querían saber cómo iba el plan referente a Dalmonte y si había sido admitida.

—Esta semana se decidirá —contestó Doris.

El viejo Bryant la llevó en su coche hasta el hotel «Blanchard». En broma le dijo que si seguía así, terminaría enamorándose de ella. Pero acto seguido preguntó muy serio por su salud, su voz y sus progresos en el canto y si gastaba todo el dinero en pieles de zorro plateado o si lo empleaba en algo más juicioso. Entre Bryant y Doris, como consecuencia de las negociaciones, se había forjado un aspecto de amistad. Por primera vez el viejo Bryant tenía la impresión de que su dinero, gastado en una mujer como aquella, había sido realmente útil.

—¿Cómo le va al joven en la cárcel? —preguntó de pronto antes de llegar al hotel.

—Bien, gracias —contestó Doris.

Y se encerró en su reserva.

—Una vez en Europa y entregada a sus estudios, lo olvidará fácilmente —dijo Bryant con tono de consuelo.

—Es posible —murmuró ella.

Basil estaba en todas partes; todo estaba impregnado de él, el ocaso del sol, las representaciones de ópera, la ducha fría de la mañana, el descanso, los sueños, el canto; hasta en sus penas y en sus fatigas se identificaba Basil. Mientras tanto su relación con el doctor Sardi seguía su curso y era para Doris una educación y un estímulo. Le habría faltado algo si aquella relación se hubiese interrumpido.

El doctor Sardi habría tenido buena presencia si no hubiese estado tan convencido de que la tenía. Su pelo era oscuro y espeso y sus ojos aplomados. Daba la impresión de que le costaba respirar por la costumbre de tener la boca entreabierta. Su labio inferior era feo y seco y estaba cubierto de unas pieles blanquecinas. Su origen era de los más humildes. Hijo de un sastre militar adscrito a una guarnición perdida en un rincón de la Galitzia anterior a la guerra, se había educado sin maestros y aunque sabía infinidad de cosas de las más diversas, carecía de verdadera formación. No

necesitaba más para entretener a Dalmonte y dejar asombrada a Doris.

—¿Sabes cuántas millas dista la lima de la tierra? —era capaz de preguntar, cuando la luz de la luna entraba en la habitación mezclada con el reflejo de los faroles de la calle—. Pues doscientas treinta y cuatro mil trescientas cincuenta y cuatro millas —se contestó a sí mismo, con toda precisión.

El asombro de Doris colmaba sus deseos y ella se sentía satisfecha «¡Qué hombre tan sabio!», pensaba, no sin cierto respeto. Palfy también pensaba lo mismo, aunque no se callaba las más crudas observaciones.

—¿Te ha contado ya la leyenda del hombre con la visera calada? —preguntó—. ¿No? ¡Ya te la contará!

Doris y Palfy ya se tuteaban y aquella iba introduciéndose en el cortejo de Dalmonte. Comía en la misma mesa con los tres alumnos, chapurreaba el italiano con la vieja Lucía, ganándose su simpatía con las supersticiones que le había enseñado la Salvatori. Fiamarelli, el barítono, le pidió dinero dos veces, dos dólares cada vez y Paolo la instaba para que hiciese prácticas de canto con él. Tenía excelentes cualidades y Doris consiguió los primeros albores de la expresión y el fraseo estudiando con Paolo las eternas arias de Rossini.

A fines de setiembre, Doris se presentó a su segunda prueba. Las notas F. a C., de la cuerda media fallaban todavía, pero las altas parecían sonar mejor. Más de dos horas invirtió Dalmonte en la prueba. Acabó por quitarse la americana, arrojó a un rincón el enorme cuello de la camisa y empezó a respirar al unísono con Doris y a repetir cien veces la misma nota. Doris gastó otros doscientos dólares que tuvo que sacar de sus ahorros. Después, la Bestia le comunicó oficialmente, y por la noche se lo repitió sin carácter oficial, que Dalmonte le dispensaba el honor de aceptarla como alumna. El doctor Sardi era en una pieza el secretario de Dalmonte, su empresario, su guardián, su gerente, su abogado y el que recibía las bofetadas. Doris se abandonó aquella noche en sus brazos con un sentimiento de satisfacción al pensar que la constancia y el vencimiento de la propia voluntad tienen su recompensa.

Al día siguiente, a las siete de la mañana, dio su primera lección. Con su albornoz de un verde descolorido y amplio como una tienda de campaña, Dalmonte andaba en calcetines, con tirantes y gruesa ropa interior de lana. Paolo estaba presente, con su pijama de seda encamada, pero no le necesitaron de momento y se limitó a inspeccionar su propia figura reflejada en la negra y lustrosa madera del piano. Doris descubrió después que Paolo era como un guardián y que Dalmonte no permanecía nunca solo en una habitación con una mujer sin que Paolo o Lucia estuvieran presentes.

Empezó la lección con una severa advertencia de Dalmonte, prohibiéndole no solamente cantar sino también hablar durante tres meses.

—Deme usted su palabra de honor —exigió—. Diga usted: «Juro por lo que más quiero». Jure usted y mantenga lo jurado.

—¿Pero cómo me haré entender? —preguntó Doris anhelante.

—¿Cómo se entienden las bestias? —preguntó Dalmonte, moviendo nerviosamente las manos—. ¿Para qué tiene usted ojos? ¿Y manos? Puede sonreír y mover la cabeza. Hay ademanes que expresan más que las palabras. Ejercítese usted, porque bien lo necesitará en escena.

Y dibujó en el espacio un par de ademanes que le dieron el vuelo y la pompa de un santo barroco.

Después comenzaron los ejercicios de respiración que no eran los mismos de la Salvatori o del doctor Williams. Al hacer lo que Dalmonte ordenaba, Doris sintió cuchillos en la carne. El maestro, con las manos puestas en el estómago de las alumnas, daba órdenes, cantaba, pateaba mientras el sudor corría por su rostro. Después respiraba él y Doris tenía que poner las manos en su estómago, perdiéndolas en aquella redondez gigante, como barcos en el horizonte. A continuación era ella la que volvía a respirar y después otra vez el maestro. Como final de lección. Dalmonte hizo su mejor número. Se acercó al piano, respiró y con la sola fuerza de los músculos del abdomen hizo mover el instrumento. Acto seguido espiró el aire, soltó una carcajada en el rostro de Doris, que estaba aturdida, y esta se marchó, después de besarle la mano, como había visto hacer a los demás alumnos.

A partir de entonces vivió como en una isla por culpa de la prohibición de hablar. Permanecía muda a las horas de las comidas, daba muchos paseos sola o permanecía en su habitación, haciendo ejercicios y respirando hasta quedar agotada. El doctor Williams la encontró mucho mejor cuando ella fue a verlo, y le escribió en un papel que le habían prohibido hablar.

—No está desacertado —dijo, haciendo una mueca—. Por lo visto, el viejo Dalmonte sabe algo más que cantar arias sentimentales. A callar, pues, señorita.

—Tengo que hacer un gran esfuerzo —escribió Doris en el papel.

Durante aquella temporada evitó la compañía de la Salvatori porque junto a ella era imposible estar callado. Con los abogados Cowen y Vanderfelt se las entendía por escrito. El viejo Bryant, por su parte, había salido para Egipto con el fin de cuidar sus riñones.

Doris había intentado ocultar en el mundillo de Dalmonte su historia anterior: el escándalo, la agresión y el balazo en el pecho. Pero la pequeña Palfy lo descubrió todo. Compró los diarios atrasados con el retrato de Doris y los grandes titulares y los hizo circular entre las miembros del grupo. En la lección siguiente, Dalmonte le armó un escándalo. Precisamente la noche anterior había cantado *II Trovatore* y, no estando bien de voz, se había visto obligado a ejecutar a medio tono la *stretta*^[30]. Después no había dormido bien y estaba nervioso.

—¡Qué descaró! ¡Presentárame con medio pulmón y empeñarse en cantar! —rugió el maestro—. Si le pasa algo, yo cargaré con la responsabilidad. No consentiré que me envuelva en un escándalo como a ese señor Bryant. ¿Usted sabe lo que le puede suceder siguiendo mi método? —Doris sonrió un poco displicente, pero juiciosa al mismo tiempo. Con ademanes, no tan elocuentes como los de Dalmonte,

dio a entender que no lo ignoraba. Él apoyó su índice en la barbilla de la joven. Sentado y ella de pie, aún era un poco; más alto—. Y a pesar de todo, ¿se empeña usted en cantar? —preguntó bajando la voz. Ella afirmó categóricamente con la cabeza—. Bien —rugió—. Usted lo quiere. O ser cantante o perecer en el empeño.

Los ejercicios respiratorios siguieron su curso, tal vez con más obstinación que antes. Pero la historia de Doris produjo un efecto extraordinario en la Bestia. Él era la única persona con quien Doris hablaba con un susurro ronco y velado como un suspiro. Agitado, electrizado, gozó por fin de una sensación. Devoró los artículos de la Prensa, las descripciones: cómo levantaron a Doris sangrando y la llevaron al hospital, cómo, a las tres de la madrugada, el doctor Williams tuvo que operarla; todo esto y que dos hombres se hubiesen enemistado mortalmente por ella, la transformó a sus ojos en otra mujer. Y sintió por ella algo parecido a la compasión, una especie de ternura, un sentimiento nuevo. No era esto lo que deseaba Doris. Un trato como el suyo con Sardi era tolerable a condición de que no se mezclase en él el menor sentimentalismo. Doris, al separarse de él aquella noche, se bañó larga y detenidamente y con el agua caliente intentó aplacar su tensión nerviosa. En sueños se vio recorriendo el camino que había seguido a la luz de la luna, entre el canto de los grillos, mientras el doctor Sardi decía: «Hay doscientas treinta y cuatro mil trescientas cincuenta y cuatro millas hasta el Metropolitan».

En diciembre, Dalmonte se despidió del público neoyorquino interpretando a *Rienzi*. Tenía empeño en aparecer de vez en cuando en una ópera de Wagner, ya que era conocido también por su actuación en Bayreuth. De todo hubo en aquel auge económico del tenor; algunos periódicos opinaban que se había superado a sí mismo, mientras otros decían que le había llegado la hora de retirarse. La Bestia le dejaba leer las críticas buenas y le escondía las desfavorables. El grupo Dalmonte se preparó para el viaje. Paolo, que había sostenido tres amoríos, se resistía a marcharse de la ciudad y al anochecer se le oía ejecutar improvisaciones sentimentales compuestas con los temas de las arias más conocidas y que adolecían de una extremada sencillez armónica. *Lucía* se cuidaba del equipaje y ponía bolas de naftalina entre las trajes de terciopelo del tenor. En los últimos momentos, Palfy se descolgó con la noticia de que se había prometido a un rico americano y se quedaba en Nueva York.

—Lo vienés siempre triunfa —dijo radiante con su flamante abrigo de pieles al despedirse de los demás.

La Salvatori lloró ostensiblemente y con abundancia de lágrimas. Tal vez se había acordado de Bebé para sentir aquella profunda emoción. Como coronamiento, la anciana diva se destapó con un regalo: ofreció a Doris, no sin antes escupir tres veces y santiguarse, su estuche de maquillaje. Era un estuche de cinc con laca verde, adornado con una mariposas y provisto de un asa, dentro del que yacían olvidados un par de lápices de colorete a medio gastar que exhalaban un olor rancio.

—Cuando te presentes ante el público te será útil y te acordarás de la vieja Salvatori —sollozó la cantante, adoptando actitudes melodramáticas.

«¡Dios santo!», pensó Doris. Entonces ni siquiera podía hablar y dado el estado de su pulmón y de su corazón no era muy seguro que llegara a realizar su debut. A veces le devoraba el frenesí. Todo iba con una lentitud espantosa: lo del canto y lo del indulto de Basil. Y ella no podía perder tiempo.

—Gracias —murmuró—. Gracias por todo.

En aquella ocasión habló por excepción, pero con el mismo susurro sin timbre que parecía reservado para las conversaciones nocturnas con el doctor Sardi.

Su impaciencia en vísperas del viaje tenían fundamento. Por medio de Cowen había solicitado permiso para ir a despedirse de Basil y el permiso no llegaba, a pesar de los telegramas y de las súplicas de una respuesta urgente. Doris no vivía más que para esa idea. Perdió el sueño, adelgazó. Era como si todo en ella se encontrara en el mismo punto ardiente y doloroso. Por la noche despertaba la Cowen y lo llamaba por la mañana a las siete al salir de su lección. Llego la víspera y luego el día. Nada se sabía del permiso. Parecía imposible. Doris estaba atónita. «No es posible», pensaba una y otra vez. Dalmonte estaba radiante pensando en su viaje a Europa.

Sus ganancias en América no podían borrar la antipatía que le inspiraba el país. Todos, estaban alegres, nerviosos e impacientes por emprender el viaje. «No puedo —pensaba Doris— marcharme sin despedirme, sin ver a Basil». Le parecía que se iba a otro planeta y no a otro continente. A un planeta sin Basil, a una soledad, a una lejanía helada, inimaginable. Durante unas horas se creyó decidida a quedarse, a renunciar al canto, a Dalmonte, a su porvenir y esperar el permiso para ver a Basil.

Pero Doris no era ya la mujer que se dejaba ablandar ni que cedía a locuras sentimentales. Cuando decidía una cosa se mostraba firme como una ostra que permanece dura, austera, encerrada en su concha. Llegó puntualmente el vapor italiano en el que gustaba Dalmonte hacer la travesía. Se respiraba en él un denso olor a aceite, los camarotes eran estrechos y en el llamado jardín de invierno había palmeras artificiales que brillaban y olían a encáustico. En el comedor se respiraba un olor a pescado y a lejía en la cubierta. Dalmonte mandó a la Bestia que acallara la voracidad de un periodista, mientras él se retiraba pálido a su camarote con un salvavidas alrededor de su cuello robusto, una buena precaución, según decían, para evitar el mareo.

Doris, en el puente, contemplaba las luces de Manhattan que iban quedando atrás. No se había despedido de Basil. Había llegado a América una noche, en vida de su madre. Le habían sucedido las cosas más diversas y ahora, de noche, se marchaba de América. Todo le parecía un poco irreal y no muy verosímil. Puso a prueba su respiración temiendo algún fallo del corazón. Pero no. Su corazón demostraba haberse curtido, ser bueno y constante. O ser cantante o perecer en el empeño. Adiós, Basil.

Una mano se apoyó sobre su hombro. Un olor de alhucema a su lado.

—¿Sentimental? —preguntó Sardi. Y Doris, rompiendo el silencio, murmuró apagadamente:

—No.

XIV

—¿Cómo estás, Basil? —preguntó Doris.

—Bien, gracias —contestó Basil.

Se hallaron otra vez con la reja entre medio, después de mucho tiempo, de un año y lo que pensaban no podía expresarse fácilmente.

La opresión, la hipocresía, el ambiente del presidio; la lucha subterránea por los malditos privilegios tan ridículos y tan importantes: la celda individual, el libro, el paseo, el cuarto de hora en la llamada clase de gimnasia, la asistencia a la de Historia; el olor de *carbón*^[31] y de cloaca; los cortejos de cucarachas que desfilan constantemente por el suelo; los gritos que salían de otras celdas donde golpeaban a un rebelde; la prohibición de hablar y el continuo chismorreó, articulando las palabras con, la boca torcida, golpeando con los nudillos la pared o arañando sobre un papel; reos, colchones y capataces; la muerte interior que sobrevenía poco a poco, pero inevitablemente, y el rebajarse, conformarse y olvidarse de cómo era uno antes y de cómo era el mundo exterior; la rara rebeldía, la dura y eterna miseria... No, de eso, no se podía hablar.

Doris estaba embebida contemplando a Basil a través de la tela metálica. El día era lluvioso y extendía su color gris por el techo con claraboyas, repicándolo con mil gotas como un ligerísimo redoblar de tambor. Cuando apareció Basil, Doris creyó por un momento que se habían equivocado. Casi no era Basil. En innumerables sueños y pensamientos se había forjado de él una apariencia completamente distinta. Estaba cabizbajo, su tez morena se había convertido en amarillenta y enfermiza y sus hombros caían bajo sus ropas de presidiario. «Basil, ¿qué han hecho de ti, Basil...?». No, de eso no se podía hablar.

—¿Cómo estás, Basil?

—Bien, gracias.

—¡Cuánto tiempo sin vernos!!

—Trescientos dieciséis días.

—¿Tan exactamente lo sabes? —preguntó Doris, sonriendo cariñosamente.

—Aquí, si no es contar los días, no se puede hacer otra cosa. Es inevitable.

Pausa. El empleado hace crujir los papeles.

—Gracias también por las cartas. Has sido muy constante en escribirme — empezó Basil de nuevo. Doris se había acercado tanto, que de no ser por la tela metálica hubiesen podido abrazarse y hasta besarse—. ¿Qué sabes tú, Doris, de los caminos falsos y emponzoñados por donde se pierde irremediamente la fantasía de un preso?

—No se puede escribir sinceramente, sabiendo que otros leerán las cartas —dijo Doris, y volvió rápidamente la cabeza hacia el empleado que no pareció darse por aludido: estaba leyendo un periódico:

—*Dusha moja, dorogaja* —murmuró Basil, y por un momento su voz pareció la misma de siempre. Doris volvió a sonreír y se apoyó en la reja cariñosamente, como si fuese el mismo Basil.

—¿Qué significa eso?

—¡Qué olor tan bueno! —dijo Basil, con la avidez de un salvaje, de un esquimal al encontrarse por primera vez delante de una mujer bien vestida.

—Pues es un perfume muy barato. Se llama «Contessa Azurra».

Movió los hombros y otra onda de perfume flotó en el aire. Basil lo respiró con la nariz, con los ojos, con los oídos y lo rastreó como un animal al acecho. «¡Cómo has cambiado!», pensó, pero no fue esto lo que dijo.

—Ahora hablas, además, el italiano.

—Sí, me he familiarizado con todos esos italianos. Dalmonte es extraordinario. Cuando salgas tienes que conocerlo. A ti también te gustará. Es increíblemente severo, pero si me dijera: «Tírese usted inmediatamente por la ventana, que yo estaré debajo y la recogeré», yo me tiraría. Y él estaría al pie de la ventana para recogerme.

Esta había sido la primera frase extensa de Doris y la que facilitó la conversación. Basil se acordó entonces de cómo él había llegado a América siguiendo a Arzman, que después había resultado un farsante, y lo decepcionó completamente.

—¿Haces progresos en el canto? —preguntó, solícito.

—¡En el canto! —repitió Doris—. ¿Crees acaso que me hacen cantar arias o cosas por el estilo? *Niente, niente*^[32]... Solo hago aburridísimos ejercicios de solfeo. A veces creo que voy a estallar por las cosas que desearía cantar y no puedo.

—Me gustaría oírte —murmuró Basil.

Ella no apartaba los ojos de su semblante, pero daba la impresión de estar abstraída. ¡Si pudiera averiguar en qué consistía el cambio que se había operado en él! Era evidente y desconcertante, pero no lograba concretarlo en ninguna de sus facciones.

—Ha clasificado mi voz de modo distinto a la Salvatori, ¿sabes? —prosiguió Doris—. Tenía las cuerdas vocales completamente estropeadas. La Salvatori me trataba como soprano. ¿Y sabes qué voz tengo? De *Mezzosoprano* profunda. Antes no tenía registro medio y ahora me gustaría que lo oyeras. El alto aún no lo tengo, es verdad, pero Dalmonte asegura que lo lograré dentro de dos años y entonces podré cantar óperas dramáticas. «Santuzza», «Aida»... —se interrumpió y lo miró con extrañeza—. No te interesa lo que te cuento —añadió con voz apagada.

—¡Claro que me interesa! —protestó él con vehemencia—No puedes imaginarte como nos interesa todo lo de fuera de aquí. Nos da materia para pensar después a solas. Habla, háblame de Milán. ¿Te ha gustado? Yo estuve una sola vez, un domingo de Ramos. Iban con palmas a la puerta de la catedral y en el interior del templo había hileras de mujeres esperando turno para confesar. A mí me pondría nervioso tener continuamente a la vista aquella arquitectura de confitería.

Aquello sonaba al Basil auténtico, al de antes. Doris aprovechó la oportunidad.

—Cuando vi la catedral por primera vez había nieve. El invierno en Milán es bastante duro, sobre todo para la voz. Y después, ¡hay tantas campanas! Se oye un tañer continuo y las noches que no puedes dormir te sacan de quicio.

Otro silencio súbito. Durante la entrevista pasaban nubes lejanas, muy por encima de los cristales del techo y el cielo se oscurecía con la lluvia o se aclaraba al cesar el chaparrón.

—¿Duermes mal? ¿Cómo estás de salud? —preguntó Basil.

—Muy bien, gracias. Dalmonte solo me hizo respirar durante un año, y esto, naturalmente, me favoreció mucho. ¿Sabes lo que me dijo? «Ser cantante o perecer en di empeño». Una especie de *leit-motiv*^[33] como en Wagner. Y estoy demostrando que no soy de las que perecen en el empeño.

—Claro que no, y yo tampoco —dijo Basil, irguiendo los hombros, pero en cuanto se descuidó volvieron a caer hacia delante—. Estabas, pues, en Milán, oyendo las campanas y sin otra ocupación que respirar y hacer ejercicios de solfeo. ¿Qué más? —insistió Basil, e hizo un esfuerzo, tratando de imaginarse la existencia de Doris, pero ya solo tenía imágenes pálidas del exterior.

—Casi todos los alumnos de Dalmonte vivíamos en la misma pensión. Sospecho que Sardi cobraba comisión de la *signora* Cipra, y en su casa nos metió a todos. No estuvimos muy bien: la comida era una miseria y teníamos que pagar aparte los baños. Desde mi ventana veía, por encima de los tejados, una aguja de la catedral. El Conservatorio no estaba lejos. Teníamos que hacer mucha práctica de piano para poder acompañarnos y estudiar Teoría e Historia de la Música y hacer esgrima ¿Conoces la esgrima? A mí me divierte muchísimo. También íbamos a la Scala cuando cantaba el viejo y otras veces a otros sitios.

—¿Has dicho íbamos? ¿Quiénes eran los otros? —preguntó Basil.

Doris no titubeó.

—Nosotros, los alumnos, los Dalmonte, como nos llaman. Formamos un todo, aunque a veces nos envenenaríamos mutuamente.

Basil reflexionó sobre estas palabras. También ellos en el presidio decían y pensaban siempre: «Nosotros, nosotros los presos, nosotros los condenados». No pensaban nunca: «Nosotros los delincuentes». Ni uno solo se consideraba culpable. Basil apretó la cara contra la tela metálica y contempló a Doris. Había cambiado mucho: era más hermosa; tenía irnos colores más vivos. Pelo castaño rojizo, ojos verdes, boca grande y roja. Hablaba con voz sonora y empleaba expresiones ponderativas y frases de molde. Durante aquella contemplación sintió de pronto todo el odio acumulado en tantos días. Por culpa de aquella mujer estaba en el penal, por culpa de ella estaba perdiendo los mejores años de su vida y convirtiéndose en un guiñapo solo útil para la basura. Pero la llama del odio se extinguió apenas encendida, dejándole un rabioso deseo de Doris.

—Dime, ¿hay alguien...? ¿Te has enamorado de alguien? —preguntó, olvidándose de la presencia del empleado.

—No —contestó Doris, sin vacilar—. Esto no debes ni pensarlo. Eres el único.

Él notó la rapidez y la vehemencia con que lo había afirmado y sintió desconfianza.

Por la imaginación de Doris desfilaron los sitios; las personas y los meses. Milán, gran ciudad descolorida por una parte y por otra, un pedazo de la áspera Italia del Norte, Su propia vida, identificada con los otros Dalmonte, llena de comadreo, de celos y de codicia, de codicia por todo. Al cabo de una temporada de estudio con Dalmonte se tenía la impresión de que solo existía en el mundo una cosa importante, la más apreciada de la vida: cantar. Una nota falsa, una acentuación débil, un catarro, eran catástrofes solo comparables a las explosiones de lava en Sicilia. Un elogio, un progreso, eran sencillamente la felicidad. Las noches febriles en la Scala, las discusiones subsiguientes, las enemistades repentinas y las súbitas reconciliaciones... Las jiras al lago de Como en los abarrotados trenes domingueros, el idioma extranjero, los ademanes y la rudeza medieval de los italianos en todo lo que se refería a las mujeres. Y el viaje a Viena, cruzando los Dolomitas en la época en que se derretía la nieve, entre los arroyos verdes y alborotados que se despeñaban, a través de ciudades con iglesias que tenían cúpulas en forma de cebolla, pasando puentes y viaductos.

De ciudad en ciudad, encontráronse una vez más en una que elevaba como un himno un concierto de campanas de iglesia y encuadraba en la ventana de la habitación una catedral, cuando vivía en una pensión sucia en la que todo era demasiado caro. Iban a la Opera, leían con el alma en un hilo las críticas escépticas sobre el maestro a quien los periódicos se atrevían a calificar de viejo. Trabaron relación con personas agradables y no había nadie que no entendiera algo de música: el camarero que servía a la mesa, el portero que abría la puerta de noche, el desconocido que intentaba trabar conversación en la calle. «Es una ciudad de atmósfera amorosa», había dicho la Bestia. Pero más amoroso prometía ser el verano en Salzburgo.

Doris se sobresaltó cuando acudió a su memoria el recuerdo de la Bestia en presencia de Basil. Flotaba aún en el aire la pregunta de Basil. Doris volvió a él precipitadamente. Pasaba el tiempo y los pensamientos eran tan disparatados como las palabras.

—Ya sabes que tú siempre serás el mismo para mí. Te esperaré el tiempo que sea preciso, ya lo sabes.

Intentó captar la mirada errante de Basil. Entonces se reflejaba en su rostro algo muy parecido a una mueca de dolor. Doris se conmovió al ver que era un intento de sonrisa y en aquel instante comprendió en qué consistía aquel cambio que no sabía explicarse. Basil no sonreía. Hablaba siempre en el mismo tono y con la misma seriedad. Instintivamente levantó las manos con el deseo de coger la cabeza de Basil. Pero la tela metálica estaba entre ellos. El pelo color de arena de él parecía cubierto de polvo y empezaba a escasear en los aladares. Solo en aquel momento de la

conversación experimentó Doris algo parecido a ternura.

—Quedan cinco minutos —dijo desde su sitio el empleado, y escondió discretamente el rostro tras el periódico que estaba leyendo. Basil intentó forzar una sonrisa en sus labios descoloridos.

—¿No piensas alguna vez en nuestra isla? —preguntó con voz casi imperceptible.

—En Biribiki —contestó ella en el acto, complaciente—. ¿Si pienso en ella? ¿Para qué otra cosa viviríamos? Pronto iremos allí los dos. Hay que tener confianza.

El rostro de Basil se extinguió otra vez poco a poco al descargar encima de los cristales del techo un aguacero que ensombreció la estancia. Cambiaron unas palabras más, palabras vacías como las de las personas que esperan la salida de un tren. Basil anhelaba poder llevarse a su celda el rastro de su perfume como si fuera un objeto sólido. En atención a su buena conducta le habían otorgado el favor especial de permitirle papel y lápiz. Su poder imaginativo se vivificaba con el nuevo tema que le ofrecían. Dibujaría a Doris. Como la otra vez, apretaron las palmas de las manos a través de la tela metálica, pero la corriente entre ambas no tuvo la misma fuerza. Entre las manos parecía haber un vacío.

Doris cogió el tren de las doce y, al anochecer entraba en el hotel «Blanchard», donde la esperaba la Bestia con los dientes apretados. Entre los Dalmonte, la atmósfera estaba muy cargada por varias razones. El tenor Fiamarelli, la víbora que Dalmonte había instruido gratuitamente y a quien por añadidura había mantenido, se había casado en secreto. Dando alaridos y con elocuentes ademanes, había asegurado al maestro que una joven esperaba dar a luz a un hijo de él, que el padre, encolerizado, le rompería los huesos y que el matrimonio era una deuda de honor para consigo mismo y para con Fiorina. Dalmonte llenó de maldiciones al desgraciado, pero había acabado por llevárselo con Fiorina a Nueva York y llegó a conseguirle una audición en el Metropolitan. A pesar de que Dalmonte sostenía que a Fiamarelli le faltaban cuatro años de estudio para poder; cantar una nota, lo que el viejo llamaba «cantar», contrataron al barítono para papeles secundarios.

Ya no era tan seguro, según el doctor Sardi susurraba al oído de Doris, que el viejo Dalmonte obtuviera otro contrato. La dirección del Metropolitan se reservaba, daba largas. Dalmonte ya no era el joven eterno. En el último «Trovatore» había tenido que bajar la *Stretta* en un tono. Flotaba en las habitaciones del hotel «Blanchard» mía nube de expectación. Durante aquellas jornadas críticas surgieron dos nuevas figuras en torno del viejo: el agente Mosse, un ser enano de gran prudencia y muy influyente y el sacerdote católico Francisco Mattoni. El viejo iba de un lado a otro crispado, abatido, instando a sus alumnos con imponentes discursos a que aspiraran a la perfección. A ninguno se le ocurrió reír en aquellos momentos. El bajo Terp parecía un esqueleto porque había empezado a dudar de sí mismo. Palfy, divorciada hacía poco, había vuelto provista de nuevos recursos que le permitieron la continuación de sus estudios.

Había otra nueva; una rumana, con ojos muy melancólicos y una tendencia a

imitar a las gitanas. Doris tenía la impresión, aunque no las pruebas, de que el viejo prefería a esa rumana a los demás alumnos y que si la azuzaba sin descanso era porque esperaba más de ella. Devorada por la envidia, se entregó totalmente a su trabajo, y sus prácticas y estudios se convirtieron en algo casi furioso, pero con una absoluta confianza en el fin. Casi se olvidó de la visita a Basil. Doris quería olvidarla.

También sucedieron otras cosas. La Bestia se había enamorado de ella. Algo inesperado y muy molesto. Durante unas semanas se dedicó a la rumana, pero, rechinando los dientes, había vuelto a Doris para confesar que la quería. Nadie podía haber previsto aquel desenlace.

—Has arruinado mi vida —dijo a Doris—, y me has quitado todo su aliciente. No puedo querer a ninguna otra mujer. ¡Es una catástrofe!

Al principio, Doris no vio más que lo desagradable de aquel acontecimiento. Tardó un poco en darse cuenta de la nueva garantía que para ella representaba. Había sojuzgado a un hombre hasta entonces acostumbrado a un harén del que era el tirano. La quería un hombre que no se avenía con el amor o que no podía amar. Sardi, después del primer arrebató, se hizo manso y sumiso. Le compraba flores y guantes. En vez de lucrarse con ella, se gastaba el dinero por ella. La llamaba o le dirigía cartas comprometedoras cuando pasaba dos horas sin verla. Por ella se cambió el peinado y fue al dentista para que le sustituyera los dientes cariados que le daban una sonrisa desagradable. Era un cobarde nato y un día cayó desmayado en el gabinete del dentista.

—Tengo los nervios deshechos —dijo para justificarse, y como Doris se echara a reír, añadió—: Tú has minado mis nervios después que he hecho de ti lo que eres. Cada día te vuelves más egoísta.

Doris reflexionó fugazmente sobre esas palabras y vio que no estaban del todo fuera de razón. De no haber sido por él no hubiera puesto los pies en un salón de belleza conservando su pelo descolorido, no hubiese llegado a Dalmonte y no habría aprendido a simular que se entregaba y reservarse en realidad. También era él quien la había hecho practicar la parte dramática de los papeles, de los papeles que tarda, daría aún años encantar. Entre dos sillas que figuraban el marco del escenario la había hecho arrodillar, abrazar y suplicar. Doris aprendió a clavarse puñales en el corazón, a rodar inerte por unas gradas, convertida en cadáver; a acechar a sus rivales de modo que ellas no se dieran cuenta y el público sí. Pero lo más brillante de la Bestia era el ensayo de las diferentes maneras de morir. Carmen moría a cuchillo, Tosca se arrojaba del castillo de Santángelo, la Traviata moría tísica, lo mismo que la pobre Mimí en «La Boheme». Aida era emparedada y Buterfly se hacía el harakiri. Todo esto lo aprendió Doris con mucho empeño y con un sentimiento de gratitud, sin que su corazón se turbase porque todas aquellas muertes nada tenían que ver con la realidad. En el Metropolitan se había sentado al lado de Sardi, lo mismo que en la Opera de Viena, en la Scala de Milán y en los festivales de Salzburgo. Con un simple movimiento de cabeza o con una palabra al oído, él le había indicado lo que era

bueno, lo que era malo y lo que era extraordinario. También le había dado libros para leer y por la noche hablaba con ella confidencialmente en el alemán duro que decía era su lengua materna. Pero probablemente no la tenía: era uno de esos hombres que resulta difícil imaginarse junto a una madre o siendo niños. Si bien profesaba afecto a Doris, continuaba pellizcando dinero del porcentaje de sus clases y no dejaba de aprovecharse en todo lo que podía. Doris lo trataba sin ninguna consideración. No tenía para el humillado la más mínima consideración ni la menor gratitud. Que mendigara... Sacaba entonces provecho de él como él lo había sacado de ella, Doris aprendió con el doctor Sardi algo que había, de servirle con frecuencia más tarde: ser dura e indiferente con el prójimo.

Los hombres la miraban en la calle. Un señor del cuarto piso del hotel «Blanchard» se le declaró por carta. En los intermedios de las óperas paseaba por los pasillos de los palcos con el doctor Sardi vestido de frac y se volvían para mirarla. Dalmonte evitaba, atemorizado, quedarse solo con ella. Paolo explicó a Doris a su manera, como el payaso que se burla de sí mismo, de qué modo había llegado a hacerse peligrosa para él.

Doris se miró al espejo. (En los últimos meses tomaba lecciones de caracterización de la Salvatori, bien pagadas, con el propósito de hacer algo por su antigua profesora). Observó su cara detenidamente. Estaba más delgada. Debajo de los pómulos, su rostro era un poco enjuto y proyectaba ligeras sombras. En la frente, sobre el nacimiento de la nariz, tenía una marcada arruga. Su boca pecaba de grande. «Exagera tus defectos y se convertirán en belleza», decía Sardi. Probó para los labios una serie de lápices de diversos tonos, desde el naranja a un rojo sangre. Adoptó el más oscuro, acentuó toda la anchura de su boca y se pintó de lila los párpados de sus ojos verdes. La artificialidad era perfecta y empezó a gustarse.

—¿Quién es esa señora? —preguntó el agente Mosse en voz alta, cuando la vio por primera vez en el mezquino comedor del hotel «Blanchard».

—Es una gran voz con pocas esperanzas —dijo Dalmonte.

Las focas amaestradas del circo recibían un trato más humano del domador que el que Dalmonte dispensaba a sus alumnos. A Doris se le alteró la respiración porque era la primera vez que el maestro emitía un juicio sobre ella.

—No faltaré a su debut —dijo Mosse. Parecía probado sin serlo y tenía unos ojos hermosos, unos ojos parecidos a los de un animal. Cogió una mano de Doris, la estrechó y la soltó—. Dentro de tres años pedirán a gritos cantantes de línea fina y cantantes tendrá su oportunidad, *tria petite* —añadió el agente.

Y la siguió con la vista hasta la puerta.

Dalmonte, después de un ensayo concienzudo, se presentó con el «Bajazzo», que resultó, en voces y representación, como las tradicionales representaciones de aquella obra de repertorio. Tuvo una noche magna, un éxito enorme. Prescindiendo casi de la caracterización, representó al natural el papel de comediante engañado por su mujer. Era un hombre grueso, algo cansado, con el pelo blanco y trágicamente enamorado de

su esposa joven, vulgar y coqueta. El doctor Sardi, sentado en el palco junto a Doris, sonreía, concentrado.

—Mi idea —dijo—. Mi concepción. El éxito es mío.

—El gran Yo —observó Doris descaradamente, y la Bestia aceptó la crítica sin gruñir.

Dalmonte consiguió el contrato. Y en la función de la noche de su despedida, volvió a representar el «Bajazzo», y de nuevo la Salvatori derramó gruesas lágrimas. En aquella ocasión llegó oportunamente el permiso para una visita al penal. El mismo Cowen fue a ver a Doris y su voz temblaba de satisfacción y alegría. Había interesado en el asunto a un periodista, un hombre temido e influyente que estaba escribiendo un libro sobre las cárceles de América. El abogado tenía muchas esperanzas y le dio las gracias con cierta opresión. Le parecía que se acercaba a Basil con las manos y el corazón vacíos. Pero la visita resultó mejor que la otra vez. Basil tenía un nuevo aspecto y habló con más calor. Sonrió tres veces y, al despedirse, besó a Doris por encima de la mesa. Ella no podía saber que su visita anterior le había infundido fuerzas y resignación para no sentirse tan aterrado durante todo aquel tiempo. Y ahora lo acompañó a su celda su recuerdo y a ella el suyo, camino de Europa.

XV

Había pasado un año o, según las cuentas exactas de Basil, doscientos noventa y ocho días, y Doris volvía a estar sentada en el locutorio del penal, esperando a Basil. Ya se había acostumbrado al local, al olor, a la luz grisácea que se filtraba por los cristales del techo y a la presencia del empleado en su mesa.

—Hermoso día —dijo este, complacido y señalando con la cabeza el techo diáfano, donde jugaba un poco de sol en un extremo de los cristales.

—Sí, hace un día muy hermoso —contestó Doris.

El idioma inglés y las frases optimistas de los americanos, que no comprometían a nada, se le habían vuelto un poco extraños.

Se oyó la llave en la puerta de hierro. Se abrió esta, el guardián se quedó parado al lado del marco y ordenó al recluso que entrase.

—Media hora y no «flirtees» demasiado, muchacho —dijo, antes de retirarse.

Basil miraba como un ciego. Doris empezó a temblar, pero logró dominarse. Basil llevaba el pelo muy corto. Basil no tenía expresión en la mirada. Basil no levantaba los pies al andar. Se apoyó en la reja y esperó.

—Buenos días, Basil.

—Buenos días, Doris.

No, ella no preguntó ya «¿cómo estás?». Habría sido demasiado ridículo delante de aquella ruina humana.

Se limitó a esperar y el silencio se extendió como un velo negro bajo los cristales del techo. Era sofocante. «Voy a gritar», pensó Doris, pero dirigió a Basil una sonrisa para darle ánimos. El empleado se levantó, se desperezó y abrió la reja.

—Tienen ustedes permiso —les dijo.

Inmediatamente Basil adoptó una rigidez militar. Se apresuró a saludar, se volvió a la derecha y traspuso la reja.

—Muchísimas gracias —murmuró maquinalmente.

—Muy bien, general —contestó el empleado, dándole el apodo que se había ganado en presidio—. Puede usted sentarse —añadió al ver que Basil permanecía delante de Doris, con la cabeza baja.

—¿Qué hay, Basil? —preguntó Doris, cuando él se hubo sentado al otro lado de la mesa, con los hombros caídos y, al parecer, distraído.

—¡Por fin has venido! —murmuró él.

—No he podido hacerlo antes; ya te lo escribí.

—Sí, ya me acuerdo. Has cambiado mucho.

—¿De verdad? Tú, no; ni lo más mínimo —dijo Doris, con excesiva vehemencia, y Basil se encogió de hombros.

—Hace veintinueve meses y nueve días que estoy aquí. Ya no es fácil que cambie —contestó.

—¿Todavía piensas en nuestra isla? —preguntó ella, de pronto.

—¿Aún te acuerdas?

—¡Claro que me acuerdo! Me acordaré siempre —dijo ella, también con demasiada vehemencia.

Basil pensó: «Solo me dice mentiras». La miró y no encontró su cara oculta bajo los afeites. De pronto sintió un deseo ardiente de ver si su cuerpo era todavía el mismo. Doris sintió establecerse entre los dos una onda cálida y palideció bajo la pintura. Basil tenía un olor desconocido, no desagradable, sino de excesiva limpieza; olor de jabón, de *carbol*, de no se sabía qué medios enérgicos de higiene. «Pero es Basil» —pensó Doris—. Es Basil; todo lo que tengo y por lo cual vivo.

Sonrió con las comisuras de la boca caídas.

—Has adelgazado —murmuró Basil—. ¿No estás bien?

—Sí, estoy bien. Me mareé en la travesía. —Él tenía la impresión de que Doris hablaba demasiado alto y se estremecía al vibrar la voz en su tímpano.

—¿No te gusto? —preguntó ella con cierta desenvoltura.

—¡Ya lo creo! Estás hermosísima. Mucho más que antes.

—Muchas gracias, Basil —dijo ella, sonriendo.

—¿Tendrás muchos pretendientes? —dijo él muy en serio.

Doris se estremeció.

—Ni uno. Bien sabes que no te miento nunca. Para mí solo existes tú.

En aquella ocasión casi era cierto. Había roto con el doctor Sardi. Sus relaciones terminaron en medio de un torrente de insultos, dichos en voz contenida. Doris seguía con él las lecciones de arte dramático porque la Bestia codiciaba el dinero cuando no podía lograr lo erótico. Todos los demás que la pretendían o pululaban a su alrededor le parecían sosos y sin personalidad comparados con Basil, no con el real de entonces, no con el preso que, como un muerto en vida, estaba sentado ante ella, oliendo a *carbol*, sino con el Basil lleno de vida, loco y extravagante de las primeras noches. Basil había disparado su revólver sobre ella, y a punto, estuvo de matarla. Doris, al mirar a los demás hombres, se decía que ninguno sería capaz de hacer lo mismo y los despreciaba. En Viena, un arquitecto la había besado un par de veces. Desde el rompimiento con el doctor Sardi sentía un desasosiego en el cuerpo, una insatisfacción en su piel, que llegaba al dolor físico. «El amor es cuestión de epidermis», le había inculcado el doctor Sardi.

—Cuando hay que cantar y trabajar como yo, no se necesita más —dijo, resumiendo muchos pensamientos.

—¿Ya cantas? —preguntó Basil, como si despea tase de un sueño desagradable.

Doris, ofendida, se dominó.

—Empecé en Salzburgo, cantando detrás de la escena, en el «Jedermann», de Reinhardt.

Había sido el acontecimiento más importante de aquel año. Recordó las luchas con Dalmonte para que le permitiera presentarse al público y cantar algo que no fuesen estudios; los celos rabiosos de los demás alumnos, los intentos de Dalmonte

para retrasar su debut... Pero, si no de su personalidad, se había hablado de su voz en las críticas.

—Muy bien —fue todo el comentario de Basil. Doris trató de despertarlo.

—Las notas altas ya aparecen y poseo por completo el registro medio. No puedo describirte lo que se experimenta cuando las notas acuden de una vez, cuando las tienes en su sitio, bien colocadas y sabes lo que posees. Una nota así la sientes en todo el cuerpo...

—¿Puedo besarte? —preguntó Basil, que no la escuchaba. Doris enmudeció, dirigiendo una rápida mirada al empleado.

—Si quieres... —murmuró en voz baja. Mientras él se inclinaba por encima de la mesa y apretaba rudamente los labios sobre los de Doris, manteniéndose así largo rato, la placa del sol de la claraboya se había alejado y se apagó finalmente. Una mosca llegó zumbando y se posó en el poco pelo de Basil. Doris se separó de él y respiró profundamente, con el rostro crispado. «Vives todavía, Basil», pensó vagamente.

Al cabo de unos momentos, Basil confesó:

—Antes no nos conocíamos bien. Hubo entre tú y yo muchos equívocos, ¿verdad?

Doris volvió a observar, conmovida, que Basil forzaba lastimosamente el rostro para exteriorizar una sonrisa.

—Tendremos cien años de tiempo para conocernos mejor en nuestra isla —dijo ella, cogiendo la mano de Basil y colocándola sobre su hombro, como para que durmiese en él.

Todo lo que había dicho antes pareció que era ahora cuando Basil lo había comprendido.

—De modo que cantaste en Salzburgo —dijo—. ¿Hiciste allí tu presentación? Pronto tendrás fama.

—Aún me falta mucho —contestó ella, afectuosamente—. Pero algún día seré célebre, te lo prometo, Todo esto de algo ha de servirme, creo yo.

—El cura del penal dice lo mismo —murmuró Basil.

Doris le acarició la mano que había colocado sobre su hombro. Tenía las uñas limpias, cortas, redondeadas. Su piel era áspera y había un par de arañazos en el revés de la mano.

—¿Te han dado ya permiso para modelar? —preguntó.

—Todavía no. Me lo darán dentro de tres meses, si no ocurre nada, es decir, si mi comportamiento es como hasta hoy —dijo con un poco de vivacidad.

—¿Sabes quién ha preguntado por ti y te manda recuerdos? —preguntó Doris—. Juddy, Juddy Bryant. Ahora es la marquesa de la Brunière. En Salzburgo fue a saludarme en cuanto leyó mi nombre en los periódicos. Espera grandes cosas de ti cuando salgas.

Basil contestó con una grosera imprecación. Doris, intimidada, quiso corregir lo

dicho.

—Pero Bryant padre es correcto. También estaba en Salzburgo. Siempre que lo veo me acuerdo de mi padre.

Basil volvía a estar como en otro mundo.

—¿Veras pronto a Cowen? —preguntó al cabo de un rato.

—Sí. ¿Por qué? —preguntó Doris.

—Dile que se ponga al habla con Colton. ¿Te acordarás del nombre? —y dijo las letras una tras otra:

—Que hable con él: es importante.

El empleado dio señales de vida detrás del libro Mayor.

—Eso no, Nemiroff, bien lo sabe usted —dijo con tono de censura.

Basil enmudeció inmediatamente.

La hora transcurrió gota a gota, lentamente, hablando de cosas triviales. Cuando Doris salió del penal, anochecía.

Regresó a pie a la ciudad. Había perdido el tren de la tarde. El camino era conocido: aquellos campos, los árboles, el gasómetro y el acueducto al salir del puente, y, después, la pequeña ciudad. En el hotel ya sospecharon que iba de visita al penal. En la tienda la saludaron como a una cliente de todos los días.

Pasó la velada en el cine y Lilian Qish la hizo llorar un poco y ella se lo agradeció. Fue un alivio para su tensión nerviosa. En el vestíbulo del hotel tuvo que abrirse paso entre los viajeros de comercio y subió, sin detenerse, a su habitación. Las visitas a Basil le ocasionaban siempre una mortal fatiga.

Al desnudarse le cayó del interior de su blusa un papelito que examinó con gran curiosidad. Era un pedazo de papel enrollado al grueso de una horquilla y doblado de una forma especial. Intentó alisarlo y lo leyó a la luz de la lámpara de la mesita de noche. Se rio interiormente al pensar que Basil, tan aniquilado en apariencia, poseía, sin embargo, los suficientes arrestos para enviar misivas como aquella al mundo de la libertad.

El papel decía: «Colton tiene mucha influencia. En el penal le temen porque una vez en Washington lo descubrió todo. Pegan de firme y nos encierran en la oscuridad si resollamos. Colton podrá sacarme de aquí si se empeña. Es el dueño del *Morning Star* y es un antiguo amigo. Hará por nosotros todo lo que pueda. Señas: Philip Colton, Nashford, Garden Street La comida es espantosa. Cowen puede conseguir autorización para que me den algún extra. Habla en seguida con Cowen».

Doris volvió la otra carilla del papel y lo alisó de nuevo. Buscaba algo dirigido a ella exclusivamente y no encontró nada. Esto le produjo risa. En la mano tenía algo que se refería a la vida real de Basil, con su miedo de presidiario, sus cuitas y sus esperanzas. Decía que le pegaban. «¿Le habrían pegado hoy?», pensó.

De la estación se dirigió directamente al despacho de Cowen, pero apenas pudo hablarle. Estaba muy nervioso. Lo estaba todo Nueva York con un nerviosismo o un estupor cuyas causas Doris tardó poco en averiguar. Una baja catastrófica en Bolsa.

Mientras Doris andaba tranquilamente por Baxterville, del presidio al hotel, habla estallado en Nueva York la bancarrota del siglo. El negocio que parecía más próspero y fácil se había convertido en algo ruinoso. Hubo hombres que poco antes poseían centenares de miles de dólares que se suicidaron en los lavabos de los restaurantes. No se escaparon ni grandes ni pequeños. Los más castigados eran los ricos, los especuladores, pero también había caído la clase media, que tenía empleados en valores de Bolsa sus escasos ahorros. Los que habían confiado en los Bancos, veían entonces sus títulos convertidos en papeles sin ningún valor. La catástrofe alcanzó también a los que nada poseían, a los artesanos humildes, a los comerciantes y empleados, porque los que les daban el pan no tenían con qué pagarles.

Cowen había perdido sus ahorros de seiscientos dólares. El abogado Vanderfelt, a quien acudía Doris todos los meses para recibir su dinero, tardó horas en recibirla. Primero de palabra, y dos días después por carta, le comunicó que el pago de su pensión era, desde luego, imposible, y no sabía por cuánto tiempo. Bryant padre, a quien intentó dirigirse, había salido en su yate no se sabía para qué lugar del Adriático. Se tendrían noticias suyas por radiograma. Los periódicos mencionaron su nombre entre los quebrados y arruinados. Después se dijo que estaría en condiciones de cumplir sus compromisos si podía llegar a un acuerdo con sus acreedores.

Respecto a Doris, el viejo Bryant no tenía ningún compromiso legal. La joven corrió al Banco a retirar sus ahorros. Tenía que vivir. Necesitaba pagar sus cuentas en el hotel «Blanchard», las clases de arte dramático a Sardi y los mil dólares mensuales a Dalmonte.

En el Banco le dijeron con afable sonrisa que sus valores habían bajado considerablemente. Doris apenas recordaba haber empleado su ahorros en valores.

—¿Y no volverán a subir? —preguntó Cándida— mente.

Los empleados del Banco volvieron a sonreír.

—Tal vez... si espera usted un par de años —le contestaron. Pero Doris no podía esperar—. ¿Quiere usted vender? —le preguntaron.

—Vendan ustedes —decidió Doris.

Cobró cuatrocientos veintidós dólares.

«Vuelta al Schumacher —pensó confusamente—. Vuelta a la Sexta Avenida y pronto a una colocación de niñera». Pero esa colocación no existía. Estaban despidiendo a muchos que andaban por las calles con caras perplejas y pasmadas, contándose unos a otros cuánto tenían y cuánto habían perdido, ellos o los que les daban el pan.

Por un instante, Doris recordó la noche pasada con el señor Wallert. Pero desde entonces había aprendido muchas cosas. Valía más de treinta dólares. Se detuvo delante de un espejo. «Bueno. Se cantar», pensó, pero sin mucha convicción.

Por ella, tuvieron Dalmonte y la Bestia una seria discusión. El doctor Sardi creyó llegado el momento de la venganza. Si Doris no tenía dinero, si no era ya una «rica americana», había que echarla a la calle. Con palabras sonoras y presuntuosas,

brillando entre sus labios crispados la porcelana de los dientes postizos, conjuró a Dalmonte para que no permitiera que abusaran de él y otra vez le recordó la desfachatez de Fiamarelli, que se había casado en secreto, y la pelirroja Palfy, que se había pasado a la opereta, haciendo con su ineptitud que el nombre de Dalmonte cayese en el descrédito. Llegó al extremo de poner en el platillo sus propias experiencias con Doris, lo que por ella había hecho y lo mal que se lo había agradecido. En una palabra, si Dalmonte se obstinaba en continuar dando gratuitamente lecciones a Doris, él dejaría su servicio. Le dio a escoger: o la señorita Hart o el doctor Sardi.

Dalmonte pidió consejo al agente Mosse y al cura Mattoni. Salió con el perro *Trouble*, que envejecía y cuyos riñones de debilitaban, y estuvo varias horas de paseo. La vieja Lucía, nerviosa, maldecía el nombre de Doris, por culpa de la que sucedía todo aquello. A la mañana siguiente, a las diez, Dalmonte tenía ensayo general de «Aida» y ya tenía que estar acostado.

El maestro llegó poco antes de las doce y llamó a su habitación a Doris y al doctor Sardi. Paolo escuchó desde la puerta, había pasado las horas de espera con Doris, haciendo lo imposible por consolarla.

—Señorita Hart —dijo el anciano—, he decidido continuar su instrucción, si, por su parte, puede mantenerse con sus recursos. Tiene usted condiciones. Si hoy la dejo en la calle, dentro de medio año «debutará» en un sitio cualquiera, su voz se irá al diablo y dirá a todo el mundo que ha sido mi alumna. Su registro alto es aún lamentable —añadió—. No puede usted cantar *piano*^[34]. Su media voz es pobre. No puedo permitir que vaya por el mundo en estas circunstancias.

Aún le echó en cara otras cosas con la misma exaltación y le reprochó otra serie de defectos en el canto. La Bestia, desde la silla, se reía provocativamente.

—Enhorabuena, señorita Hart —dijo, cuando Dalmonte hubo concluido y caía postrado y bañado con sudor en el sofá—. Ha ganado usted la partida. El maestro dice que tiene demasiado talento para poder renunciar a usted. No importa que seamos enemigos. Estaré siempre orgulloso de haber sido yo quien avivó en usted la primera chispa. Continuaré prestando mis servicios —añadió, acercándose al extenuado Dalmonte—. Me rindo. Espero que la señorita Hart sea más agradecida con usted de lo que ha sido conmigo.

Dalmonte se limitó a murmurar:

—Estoy hasta la coronilla de tus historias de mujeres.

Doris no se sentía con ánimos para hablar y le flaqueaban las piernas.

Al llegar a la escalera, se paró y se miró en el espejo. En su cara extenuada se había borrado el color artificial. De pronto, volvió a darse cuenta de que tenía una herida en el pecho. «Había olvidado que en cualquier momento puede producirse el desenlace», pensó. Se dio unos toques de polvos en las sienes. «No sé cómo podré mantenerme, sin recursos, en Milán», siguió pensando. «Ha dicho que tengo talento. Hablaré con Bryant padre».

Detrás de ella surgió él doctor Sardi como un fantasma con suelas de crepé. Doris lo vio en el espejo mal iluminado.

—Haces lo que te da la gana de todos nosotros —dijo con tono de queja y sin aquel dramatismo que había causado el regocijo de Dalmonte—. Sabes lo que vales, ¿verdad? Si te portas bien, podríamos hablar de la posibilidad de que siga dándote clases de arte dramático. ¿Qué te parece?

Como Doris no contestase, le pasó el brazo suavemente por debajo del suyo. La joven, junto a él, siguió por el pasillo, por aquella alfombra que, de puro usada, dejaba ver su trama gris.

XVI

—¿Tiene usted experiencia de las tablas? —preguntó Carolus Linden.

—He actuado en la Scala, en el coro y en papeles secundarios —contestó Doris.

—¿Cuánto tiempo?

—Cuatro meses. Todo el tiempo que Dalmonte cantó en Milán.

—Dalmonte la recomienda. ¿Qué papeles ha representado?

—Inés del «Trovatore». —Doris carraspeó y prosiguió—: Giovanna de «Rigoletto».

—De acuerdo. Papeles de más de dieciséis compases no los tiene en su repertorio, ¿verdad?

—Dalmonte no me daba papeles importantes. No quería que se me estropeará la voz.

—Bien, pero ¿no se le habrá estropeado en el coro?

—No. Tenía mis trucos.

—¿Qué trucos?

—Se puede abrir la boca y simular que se canta a pleno pulmón y ser solo comedia.

—¿Y a un hombre como Toscanini se le puede pasar eso por alto?

—Toscanini lo veía todo —dijo Doris muy seria—. Pero lo dejaba pasar en consideración a Dalmonte.

—¿Es usted italiana?

—Italiana precisamente, no.

—¿De dónde es usted? Tiene un acento especial.

«Ya se ve», pensó Linden. La más insignificante palabra de Doris le resultaba molesta. Llenaba con su perfume barato la habitación del hotel. Le hablaba de una forma en la que se mezclaban la displicencia y la coquetería. Su traje de calle era muy elegante y su calzado muy viejo. Tenía la cara abierta y franca, pero cubierta de pintura. El pelo parecía teñido, pero descuidado. Lo uno no armonizaba con lo otro. Sin embargo, la carta de recomendación de Dalmonte decía: «Desde hace catorce años no he tenido una alumna de tanto talento».

—¿Por qué ha dejado de estudiar con Dalmonte? —preguntó.

Se acercó a la ventana, la abrió y respiró ávidamente el aire borrascoso de Salzburgo, que bajaba fresco y húmedo de la montaña del castillo.

—Dalmonte ha embarcado para América y yo no tenía dinero para seguirle.

—Y ahora quiere usted cantar, que le dé un papel. ¿No será otro truco? En los papeles de verdad no valen. ¿No teme usted por su voz? —preguntó con indiferencia.

—No. La vida se impone —dijo Doris tranquilamente.

Solo eso faltaba para enfurecer a Linden. Se acercó dos pasos a ella y la miró con ojos ardientes.

—¡La vida se impone! ¡Bonito pretexto! Dedíquese a la taquigrafía, a escribir a

máquina, si lo necesita para vivir —la increpó.

Doris se limitó a encogerse de hombros con altanería.

—Es una historia larga de contar y a nadie importa —dijo, reposadamente.

Linden se fijó más detenidamente en ella y con la misma rapidez que había explotado, enmudeció. Se acercó al piano de alquiler viejo y desafinado que a duras penas había metido en la habitación del hotel y lo abrió de golpe.

—¿Trae usted sus partituras? ¿Se acuerda de algo? —preguntó de mala gana.

Doris abrió sus partituras sin hacerse rogar y las colocó en el piano. Linden se ladeó cuando Doris le pasó por delante el brazo, desatando una nueva onda de perfume.

—*Par don* —murmuró Doris.

Estaba muy nerviosa. Cuando iba a cantar le flaqueaban las rodillas. Era buena señal. Dalmonte también sentía fiebre de las candilejas hasta que se levantaba el telón, y su maestro, el renombrado Benvenuto Perugi, había muerto de eso. Linden hojeó las partituras como si sintiera repugnancia a coger algo sucio.

—¿Qué va a cantar? —preguntó.

—¿La plegaria de «Tosca»? —propuso, esperanzada, Linden hizo una mueca—. ¿«Aida»? —insinuó—. ¿O el último acto de «Otello»?

A escondidas de Dalmonte había estudiado algunas cosas. Sentada entre bastidores en la Scala, noche tras noche, había observado a los cantantes de primera categoría y sus traeos, cómo atacaban una nota alta y cómo la dejaban deslizar, dónde aceleraban y dónde moderaban y cómo repartían el aliento para que la frase musical llegase sin quebrarse al final. El bueno de Paolo la había ayudado bastante.

La sequedad de la garganta la molestó antes de haber emitido la primera nota. Con gusto habría sacado de su bolsillo un par de ciruelas pasas porque tenía gran confianza en ellas desde su época con la Salvatori. Pero no era el momento oportuno. Los hombres, y sobre todo los artistas, son muy propensos a la desilusión. Era una de las cosas que había aprendido con el doctor Sardi. Carraspeó otra vez y Linden atacó impaciente los primeros compases, que dieron un sonido endeble y hueco.

Doris cerró los ojos y se identificó con la escena. Habitación de Desdémona. Era de noche; reinaba el miedo y la soledad... *Son mesta tanto, tanto...* cantó y sintió que se apoderaba de ella una gran compasión de sí misma. Sabía que iba a entrar Otello y que la mataría besándola, y también que no podía ir a América porque tenía una cicatriz en el pecho y carecía de dinero y que el único ser que le importaba algo estaba en un penal. Este pensamiento, aún no siendo claro, estaba presente en todo, como la sustancia que formaba la expresión de su canto, como un agua densa y negra que circulaba por todo lo que hacía y en todo lo que cantaba. Al terminar la escena y ya de pie, después de haberse levantado del sofá en el que se había dejado caer para adormecerse, Linden continuó inclinado sobre el piano con los últimos compases de la entrada de Otello, meciéndose en el aire. En realidad tocaba mucho peor que Doris cantaba y eso le infundió a ella bastante ánimo.

—No está mal —murmuró—. Para quien canta únicamente porque hay que vivir, no está mal. —Permanecía de pie, muy cerca de ella. Era un hombre de buena estatura, con un poco de barriga y una cara pequeña y expresiva, relativamente atractiva y frente espaciosa—. ¿Sabe usted de que empresa se trata? —preguntó con tono severo.

—Vagamente. Sé que salen ustedes con una pequeña compañía de ópera.

—Con una compañía de ópera, es cierto, ¡pero con qué compañía de ópera! ¿Sabe usted que solo daremos Haendel? ¿Sabe usted —preguntó, quitando la mano de su hombro y moviendo el índice ante su cara como un maestro que impone la mayor atención—, que Haendel escribió más de treinta óperas que nadie conoce? Es un tesoro inmenso, un tesoro oculto. —La miró pensativo y receloso—. Compréndame usted, queremos formar una comunidad de trabajo, de gente joven, entusiasta y de valer que ponga toda su alma en la empresa.

Entonces le tocó a Doris el turno de recelar.

—Muy bien. Pero ¿pagarán? —preguntó, linden se pasó la mano por la frente, como si hubiese oído un enjambre de notas falsas.

—Claro que pagaremos. No mucho; no serán los sueldos de la Scala o de América. Pero yo no confío mucho en los que solo piensan en el dinero. Exijo que se entreguen plenamente a mí, a la empresa, a la novedad que estoy organizando.

Doris se puso los guantes. Era pobre; había vendido la piel de zorro plateado y dejado en prenda el abrigo de invierno, pero llevaba guantes.

—¿Y qué decide usted? —preguntó. Linden se sobresaltó como si le hubiesen sacado de un arrobamiento.

—¿Cómo? No puedo decidir de pronto. Yo le escribiré.

En el pasillo del hotel, delante de la habitación de Linden, había un banco de terciopelo oscuro en el que esperaban otros candidatos. Una rubia entró en el cuarto de Linden, También estaba allí Terp con su delgadez y escepticismo.

—¿Qué tal? —preguntó a Doris. Esta levantó un dedo a la altura de la frente, haciendo un ademán significativo—. Sí, ya he oído decir eso —añadió Terp malhumorado.

Eran como dos pájaros perdidos que, demasiado débiles para volar largas distancias, habían buscado refugio en un isla.

—Haendel —dijo Doris—. ¿Has oído decir alguna vez que Haendel compusiera óperas?

—Debe ser un desatino como el de aquel individuo que intentaba ir a América para dar a conocer a Richard Strauss —murmuró Terp, recordando una reciente desilusión.

Doris movió la cabeza, un poco ajena a lo que le decían.

Debía el alquiler de la buhardilla que ocupaba al otro lado de la montaña. Había renunciado a la cena.

No tenía la menor idea de cómo viviría dentro de poco.

Pero vivió. Linden la llamó por segunda vez al hotel y no como a uno de tantos que esperan turno para cantar. El mismo Linden preparó el café y se lo sirvió con gran ceremonia. A Doris le habían prohibido el café, pero comprendió que Linden estaba orgulloso del suyo y lo tomó, elogiándolo después, cuando sentía más acelerados los latidos del corazón. Linden era, en primer lugar, vanidoso. Su café, sus acompañamientos, su idealismo, su Haendel... No quería óperas manoseadas; pretendía ser un descubridor. Nada de cantantes consagrados; quería novicios que lo adoraran. Doris no se arredró al ver que las probabilidades de su aceptación estribaban en su relación personal con Carolus Linden. Al contrario: la cosa era sencilla y desplegó toda su buena voluntad.

Ya tenía entonces algunas experiencias de los hombres. Lo que se decía en las Escuelas de Arte Dramático, Conservatorios y aun en los escenarios de primera categoría, como el de la Scala, no respondían a la realidad. Decían que bastaba ceder a los deseos de los hombres influyentes para situarse. Pero la cosa no era tan fácil. Lo que esperaban y exigían los hombres influyentes era algo más que el favor pasajero. Querían ser amados, exigían admiración adoración y conformidad. Lo demás era solo una prueba de todo eso. Los hombres de influencia no eran tan sencillos como Wallert. Y también este, con sus treinta dólares, había querido que se le reconocieran sus cualidades de don Juan.

Con el doctor Sardi había aprendido muchas cosas y entonces representó el papel de enamorada con sus frasecitas y sus ademanes adecuados, como habría representado otro papel cualquiera. No fue Linden quien la sedujo; fue ella quien tuvo a su cargo todo el peso de la seducción.

—Eres una personalidad —dijo después el hombre, reconocido. Y aceptó su perfume, su pelo teñido, su jerga de escenario con sus envidias y ambiciones. Toda vez que le quería, pues esta conclusión había deducido, su mérito era indudable—. Hay mucho más en ti de lo que me imaginé al principio —añadió. Y después, cada vez que ella le pedía un adelanto se encolerizaba, pero ya no podía vivir sin ella—. Necesito un cierto fluido en los ensayos —decía—. Necesito sentir esas ondas que circulan entre mi cantante y yo. —Eran sus cantantes, como Haendel era su Haendel.

Pasaron los festivales de Salzburgo, Los huéspedes internacionales se habían dispersado, las cumbres lejanas parecían coronadas con las primeras nieves y los ciudadanos nativos volvían a su vida ordinaria en las bellas calles rococó de la ciudad. En una sala de una cervecería, con olor a barriles vacíos, se hicieron los ensayos de «César y Cleopatra», de Haendel. Linden sacaba ideas nuevas para romper el estilo rutinario de las óperas. Daba vueltas por el escenario, movía los brazos, andaba, tropezaba y balanceaba su poco de barriga. Pero como no conseguía nada, se decidió a buscar un ayudante. Compareció uno que respondía al raro nombre de Axel Azur y que era discípulo de Marx Wigman. Se presentó al ensayo con una camisa negra, abrochada muy alto y unos pantalones de hilo también negros, ceñidos de una forma increíble en las caderas y flotando como una falda alrededor de sus pies

descalzos.

—Tensión, distensión; tensión, distensión —ordenó a la compañía atónita.

Les invitó a quitarse las medias y zapatos, y comenzó la fiesta. El barítono Basewitz se negó a descalzarse, se negó a ocasionarse la muerte por congestión pulmonar, andando descalzo por el suelo helado de la cervecería. Basewitz era un hombre de unos cincuenta años, aunque se resistía a reconocerlo. Bañado en sudor y echado en el suelo, se vio obligado a levantar las piernas a la altura de la cabeza. No pudo hacerlo. Desistió y tuvo que marcharse. Los ensayos siguieron su curso.

Linden era director, animador y empresario de la compañía. Corría con todos los gastos y por las noches copiaba las partes cantantes. Carolus Linden era en verdad un hombre enternecedor. Doris llegó a soportarlo muy bien. Lo iba a ver a altas horas de la noche y lo encontraba casi dormido sobre las partituras, frescas todavía. Le ayudaba a acostarse como a un niño. Él la besaba agradecido, murmuraba unas frases ponderativas sobre Haendel y la mandaba a su casa. Linden decía que el amor restaba mucha de la energía que debía reservarse para la actuación en escena. Sus relaciones con Doris eran esporádicas. Le bastaba saber que ella le pertenecía. Doris no se marchaba hasta verlo dormido, moviéndose al compás de la respiración su poco de barriga, que abultaba debajo de la colcha. Entonces apagaba la luz y se dirigía a pie a su domicilio. A pesar de ser los primeros días de noviembre el aire sabía a montañas y a nieve. No se veía a nadie por las calles, a no ser un par de estudiantes borrachos. Doris se paró en el puente de la Salzach y contempló el agua, que parecía blanca en la noche oscura. Era curioso como la vida empujaba de un sitio a otro, siempre en tierra extranjera, en playas desconocidas. Demasiado cansada para reflexionar, ni dichosa ni desgraciada, tenía el presentimiento de que paso a paso haría su carrera. Y cada uno de esos pasos era un hombre que quería ser engañado.

En diciembre aquel grupo de desesperados estaba en condiciones de presentarse ante el público. Linden había descubierto un barítono, un joven de buen parecer, con un mechón de pelo sobre la frente estrecha y la voz poco profunda. Era ruso, un príncipe emigrado, según confidencia que hizo a Doris. Se llamaba Alejandro Kischmirioff. A Doris le gustó su voz; al principio no sabía por qué. Hasta después de la primera audición no se dio cuenta de que hablaba de un modo parecido a Basil.

Representaron la primera ópera en el improvisado escenario de la cervecería de Salzburgo. Linden había proyectado el vestuario y las decoraciones, revelando la misma mezcla de genio y de *diletantismo*^[35] de todas sus concepciones. Los cantantes no iban completamente descalzos, pero si llevaban unas sandalias y por la punta enseñaban los dedos. Kischmirioff tenía la costumbre de mover el pulgar de arriba abajo, siguiendo el compás mientras cantaba. Nadie lo había notado hasta que, durante la representación, los Chentes de la cervecería jardín, primero atónitos y después alborotados, comenzaron a reír. Fue realmente el pulgar de Kischmirioff lo que selló la derrota.

Doris se sintió abrumada, pero un goce singular latía bajo su abatimiento. Por fin

podía cantar, salir a escena con el reflector enfocado en su cara, sintiendo en sus mejillas la luz azul. Le gustaba más el foco que daba la ilusión de la luna que la misma luz de la luna. El amor en escena le parecía más fuerte que en la realidad. Y todo su ser se concentraba en el acto de cantar, aunque lo hiciera en la sala de una cervecería ante un público de alcornoques.

—Durante mi aria han estado atentos —dijo a Linden—. No me han tomado a broma. Linden asintió de mala gana. También en Zurich fracasaron. Aquella noche Doris estaba al lado de Alejandro, tembloroso, aunque no por ello dejaba de hacer el bufón.

—Ahora id al hotel y procurad descansar —les dijo Linden después de la representación. Estaba tan sin aliento como si él solo hubiese cantado toda la obra—. Mañana veremos si seguimos adelante.

Se caló el sombrero de golpe, se echó el abrigo sobre los hombros y salió precipitadamente.

—Esto es la apoteosis —dijo Terp—. Vas a ver cómo se evapora. Mañana no sabremos cómo salir del hotel. Todo el mundo nos acosará por falta de pago.

—Yo tengo todavía una sortija —confesó Alejandro—. Puedo empeñarla y adquirir un billete de ferrocarril.

—¿Para dónde? —preguntó Terp.

—Cuando se llega a cierto punto no queda más remedio que ir a París —afirmó Alejandro. Terp se limitó a refunfuñar. Alejandro apretaba a escondidas la mano de Doris, que temblaba aún de excitación, como temblaba la de él. Durante la representación Doris había sentido una piedad pasajera, pero vehemente, por el ruso cuando metido en su coraza de cartón, la acompañaba al trono. ¡Su mano húmeda y temblorosa era la mano de César!—. Vente conmigo. Con lo que me den por la sortija tendré para dos billetes —susurró en un momento en que ambos quedaron un poco rezagados.

Doris creyó que nunca olvidaría aquel ofrecimiento. Lo olvidó al cabo de una semana.

La noche no fue tan desolada como habían imaginado. Compraron castañas asadas a un tardío vendedor callejero y se las llevaron a la habitación. Después, Alejandro hizo una parodia de Linden y finalmente se acostaron en paz y a oscuras, pasándose alternativamente los últimos cigarrillos.

—¡Distensión completa! —dijo Alejandro, imitando la entonación de Azur, y pronto se quedó dormido.

A la mañana siguiente aparecieron unas críticas sorprendentes en los periódicos y hacia el mediodía compareció Linden y anunció con voz agitada que repetirían la representación aquella noche. Resultó un éxito. Al cabo de tres días Zurich hablaba de ellos. Linden estaba radiante de felicidad.

—Mi éxito —decía—. Mi Haendel. Mis cantantes. Mi concepción.

Pasaron al «Stadttheater», en el que estuvieron tres noche gloriosas y se hicieron

famosos.

—Mi reforma de la ópera... —dijo Linden en una conferencia que le solicitó la Sociedad de Cultura. Hablaba un francés corriente con acento alemán. Dio un té a la Prensa en el hotel, brindando a Doris el sitio de preferencia a su lado, como una estrella de segunda magnitud—. Mi revelación... —dijo.

Y casi era cierto.

Fueron a Ginebra y actuaron a la sombra de la Universidad; después a Berna, el pequeño teatro que se levantaba al borde de un valle. Traspasaron la frontera y actuaron en Friburgo.

Doris volvió a pisar tierra alemana, pero le pareció extranjera. Incluso le costó readaptarse a la lengua.

Pudo disponer de tres días en un intervalo entre dos ciudades y pidió permiso a Linden para hacer un viaje por su cuenta.

—¿Adónde quieres ir? —preguntó él sorprendido.

—Me gustaría ver mi hogar. Es decir, el sitio donde nací. Bingsheim —aclaró Doris.

—Estas palabras parecieron impresionar desagradablemente a Linden.

—Creí que eras americana —murmuró con disgusto.

Al acordarse de esto en el tren. Doris se rio interiormente. Al caer el crepúsculo soñó que iba a su ciudad natal acompañado del hombre amado y que caminaban cogido de la mano, mientras, en el exterior, la campiña, envuelta en un manto de niebla, esperaba la noche.

Se bajó en Bingsheim con la última claridad del día; el cielo tenía un frío reflejo de estaño y en el estanque había una capa de hielo. Después de orientarse encontró la casa del médico. La calle y la casa le parecieron cosas solo vistas en sueños... Todo era pequeño, mucho más de cómo lo recordaba. Apoyó el brazo en la cerca de madera blanca y miró el jardín. En el interior de la casa acababan de encender una luz, una cálida claridad amarilla bajo una pantalla encarnada. Un gran momento sentimental... Pero Doris no estaba entonces para sentimentalismos. Abarcó de una ojeada el silencio, la paz, el buen orden de aquel hogar e hizo una mueca. «Gracias, eso no se ha hecho para mí», pensó. En el próximo tren se dirigió a Maguncia, en donde debía reunirse con la compañía.

Desde hacía cierto tiempo figuraba en los programas con el nombre de Dorina Rossi. A Linden le gustaba acentuar exageradamente el carácter cosmopolita de su compañía. Entraban decididos en los hoteles y se contoneaban como si fueran los dueños en los trenes con su mezcla de alemán, ruso, francés y el endiablado danés de Axel Azur. Así deslumbraban a los provincianos y los dejaban atónitos con su mundaneidad. Y cómo en Alemania no tenía nada de particular ser alemán. Linden hizo de Doris una italiana, discípula del famoso Dalmonte y la llamó Dorina Rossi. Doris se había acostumbrado a valorar a los hombres, según lo que de ellos recibía. Su pelo rojo, una cierta presunción y un poco de sana vulgaridad se lo debía a Sardi.

Su estilo, su primer éxito y su nombre, a Linden.

En la primavera, Linden recibió la proposición de los administradores de un teatro de una ciudad del norte de Alemania, que podía mantener un buen cuadro de ópera con su medio millón de habitantes. Y Linden demostró una consideración que algunos miembros de su compañía no habrían esperado de él: se quedó con la mayoría de ellos. Anunció el término de los contratos a algún cantante viejo, despidió a la *prima donna*^[36] y puso en su sitio a Dorina Rossi. Doris alquiló un pisito y contrató una camarera. Al principio se divertía, pero después se le hizo difícil no hablar con ella en alemán. Linden había demostrado un gran empeño en que apareciese en escena como italiana, pues solamente así podía garantizar su contrato. Él, por su parte, acentuaba su origen alemán todo lo que podía. Aquella ciudad se singularizaba por su vehemencia nacionalista: eran nacionalistas el alcalde y todo el Ayuntamiento. La ciudad hacía frente al noroeste helado, en cuya dirección, a cien millas se extendía el mar. Doris sintió una vez más el dolor opresivo en el pulmón y la congoja de los minutos de vida que se le escapaban. Se acordaba del frío intenso y seco de Nueva York y del aire plateado de Milán y sentía una especie de nostalgia de atabas ciudades. No se había sentido tan forastera en ninguna parte como en Alemania.

Mientras luchaba con su pulmón, su garganta y su corazón, mientras procuraba que la camarera no adivinara su origen alemán y huía de Alejandro Kischmirioff, Linden no cesaba en sus intentos de reformar la ópera. Asignaba pensiones, jubilaba a los viejos, llamaba a los nuevos y lo removía todo.

Doris lo vela llevando tras sí una cohorte de ofendí, dos y adversarios y se le hacía simpático por su loco de acción.

Inauguraron la temporada con «César y Cleopatra» de Haendel. Obtuvieron un éxito que no esperaban. Doris se quedó un rato casi inconsciente en el escenario desmantelado, en medio de los que la felicitaban. Había cantado, venciendo un catarro, con la técnica que debía a Dalmonte. Seguramente Linden no podría comprender el esfuerzo que había costado a Doris proporcionarle aquel triunfo. «Estamos en paz», pensó mientras se dirigía a su habitación, despidiendo a la doncella y empezando a quitarse maquinalmente el colorete.

A la tensión subsiguiente a la salida a escena, se unía aquella vez la impresión del correo de América que había recibido aquel mismo día.

En una carta la Salvatori se lamentaba de que su salud requería los cuidados de un médico y preguntaba si ella, que estaba trabajando, podría satisfacerle los honorarios de las lecciones que le había dado en otro tiempo. Otra carta de Cowen comunicándole que Basil estaba muy bien y que se había portado inmejorablemente durante mucho tiempo. Por desgracia, desde hacía poco, parecía tener los nervios desechos: habían descubierto su participación en un motín de reclusos y como atacó de hecho a un guardián le habían quitado temporalmente sus pequeños privilegios. Esto, naturalmente, retrasaría su libertad condicional. Le incluía una minuta de

ochenta dólares, rogándole que la saldase. Y una carta de Basil, seguramente anterior al motín de reclusos. «Mi querida Doris: Estoy bien y espero que tú también lo estés. Aquí ha llovido mucho y por eso no hemos salido a paseo. Echo de menos el movimiento, pero contra el mal tiempo, nada podemos. He leído un libro de nuestra biblioteca que me ha gustado; se titula: *La casa de la montaña*. Me ha recordado cosas de mi propia vida. Me acuerdo mucho de ti. Confío en que pronto me darán permiso para modelar tu figura, lo que sería para mí una gran felicidad. También dibujo bastante, sobre todo ferrocarriles; calma los nervios. ¿Cuándo volveré a verte? Te abraza tu Basil».

A medio quitarse el maquillaje, Doris se quedó abstraída pensando en Basil que dibujaba ferrocarriles. ¡Cuánta desesperación se escondía bajo este dato! Ahora, con su agotamiento nervioso no podría dibujar mucho tiempo ferrocarriles. Dejó cuidadosamente la carta entre los lápices y coloretos que había sobre la mesa y se quedó contemplándola todavía un buen rato. Dos bombillas eléctricas de luz cruda, sujetas con alambre a ambos lados del espejo, derramaban su blanca claridad sobre las palabras escritas.

La última carta, la única de grato contenido, era de Bryant padre. Le mandaba saludos, le preguntaba cómo le iban las cosas y le decía que se alegraba mucho de sus éxitos. «Esto es agradable», pensó Doris. Era agradable recibir carta de una persona que no necesitaba nada de ella y de la que ella no esperaba ya nada. Ningún cargo hacía a Bryant por haberla dejado de pronto en la pobreza de antes. Probablemente, él tenía también dificultades. Se fijó en el papel de la carta. Llevaba el membrete de un pequeño hotel de San Luis. Cogió todas las cartas, las metió en su bolso y después prosiguió escrupulosamente su tocado.

Durante los meses siguientes trabajó como nunca. Presentada como *prima donna* italiana, todos daban por descontado que dominaba el repertorio. Linden le dio facilidades para que estudiara sus papeles en alemán, ya que allí todas las óperas se cantaban en alemán. Doris se conformó. Sufrió lo indecible cuando cantó por primera vez «Santuzza». Tuvo un éxito.

—¿Ha quedado usted contento? —preguntó a Hahn, el director de orquesta, cuando la llevaba de la mano hasta el telón para saludar.

—Sí, excepto en un punto —contestó él en voz baja.

—¿En cuál?

—Ha cantado usted demasiado bien en alemán —y le cedió el paso al escenario en el que la sonrisa de Doris se heló de angustia en medio del clamoroso éxito.

La catástrofe estalló en febrero. Los enemigos habían trabajado. Se descubrió que Linden no se llamaba así, sino Levy. La ciudad estalló en un clamor de antisemitismo y de nacionalismo ofendido. Linden contestó con una carta abierta a la Prensa. Linden se llamaba y siempre se había llamado así. Había nacido cristiano y como tal lo criaron. Entonces indagaron y exigieron un examen de sus documentos familiares. Se llegó a la conclusión de que se trataba de una familia judía que había cambiado de

nombre y confesión. Los periódicos, en consecuencia, comenzaron a llamarle Levy.

Entonces en Alemania no era un obstáculo llamarse Levy, ni ser judío. Lo era el tercer director de orquesta, un joven chistoso y escéptico. Pero no se toleraba que un judío se hiciese pasar por alemán íntegro. El caso de Doris resultó mucho más grave. Los periódicos hablaron de sus relaciones con Linden, y que debía a ellas sus preponderancias en la compañía. Era alemana y lo encubría, lo que era diez veces peor que llevar el nombre comprometedor de Levy. Doris no sabía si avergonzarse. En su desarraigada vida había conocido la añoranza de la tierra alemana, pero Alemania se había transformado de un modo singular e inconcebible.

El aire era otro.

Apremiaron a Linden para que la despidiera y él pidió un plazo para reflexionar.

—Tienes que dar lo mejor; superarte —le exigió en su desesperación.

Doris, con las rodillas temblorosas y la garganta seca, cantó «Carmen». Una oleada de frío y de repulsión subía hasta ella de la platea oscura. Se movía en el fondo rojo, negro y amarillo como en un espacio sin aire. De pronto el público creyó dar en el clavo de aquella decoración y movimiento escénico: todo era judío. Todo era claramente forastero. La palabra, adoptada hacía poco en el vocabulario periodístico, gustó al público. Los primeros siseos fueron un desahogo que pronto se convirtieron en un escándalo.

La platea se transformó en un mar de rugidos, silbidos, risas y provocaciones. Doris veía desde el escenario destacarse, como espuma agitada sobre el caos negro, las manos y las caras. Su mirada se volvió hacia el anciano director de orquesta. Hahn que, con un semblante de sordomudo y una sonrisa reprimida, seguía dirigiendo como si nada sucediera. Una parte de la orquesta también seguía tocando, pero algunos músicos habían dejado sus instrumentos y se habían subido en sus sillas para ver la sala.

Se agitó la cortina del palco de la empresa que quedó vacío. Linden había desaparecido. Pero Doris continuó cantando, aunque no pensó precisamente en su canto. Un cúmulo de recuerdos heroicos desfiló por su mente: el capitán no abandona el navío... los bomberos sacan a los niños de la casa en llamas... un muchacho de trece años salva a su amigo de ahogarse... El vocerío de escándalo ahogaba su canto, pero ella seguía cantando, sintiendo como si se le enfriara el corazón. Después de la última nota, dirigió una mirada a la platea tumultuosa. Se acercó a las candilejas y levantó la mano a la altura del rostro como hacen los artistas en el escenario cuando quieren ver a los espectadores por encima de la luz descarada de las candilejas.

—¡Cochinos! —gritó y se retiró lentamente.

Tuvo la impresión de que si no se desahogaba se habría muerto, habría estallado.

Linden no apareció en toda la noche. Doris, al llegar a su piso, encontró una nota de la sirvienta: «Tengo que ir inmediatamente a ver a mi madre. La cena está en el horno». No pudo probar bocado. Sintió la tentación de preparar el equipaje. El viento nordeste azotaba la ventana a intervalos regulares y hacía frío; la estufa estaba

apagada. «No me veo con ánimos para preparar el equipaje —pensó—. A mí me suceden siempre cosas cómicas». Se refería a lo inesperado, a lo catastrófico, a la inseguridad de su existencia. Se dio un baño caliente y casi se durmió en la bañera. Al día siguiente no pudo acordarse de cómo se había acostado, pero se encontró repuesta, hizo el equipaje y comió lo que había en el horno.

Expurgaron a la compañía de los elementos no alemanes y volvieron los antiguos. Linden se marchó a Rusia. Kischmirioff empeñó su sortija y llevó a Doris a París. El dinero no les llegó para el coche-cama y se pasaron la noche uno frente a otro, como dos muñecos tiesos y cansados, sin saber quién se encargaría ahora de tirar de los hilos que los ponían en movimiento.

XVII

En la primavera Doris se enamoró de René. Era un hombre que contaba un año más que Doris, lo que bastaba para que esta se sintiese juiciosa, experimentada y perspicaz como una madre. Otras veces, René parecía tener mil años más que ella, debido a su sangre francesa.

Lo conoció a las seis semanas de su llegada a París. René llevaba una camisa amplia, de la que sobresalía desnudo su cuello erguido y vigoroso como el de un animal. René tenía los ojos más verdes que puede tener una criatura humana y el pelo negro, espeso y brillante. Liaba los cigarrillos con la mano | derecha metida en el bolsillo y silbaba como un apache. Desconocía el sombrero, las zapatillas y la ropa interior y no tenía el menor ahorro. Dormía invariablemente sin pijama. Por la mañana se echaba encima varios jarros de agua fría y, después se ponía las dos únicas prendas que se le conocían: un jersey de color verde pardusco y un pantalón gris claro que no hacía juego y que tendía a escurrirse. Lo había comprado hecho y no había pantalón confeccionado capaz de ceñirse lo bastante a su cuerpo de estatua griega. René era, en resumen, simpático y alocado. A Doris le recordó a Basil, a pesar de que no se parecían en nada. Tal vez por el deseo de que Basil, a quien amaba fuera como René, que solamente le gustaba.

El estreno de «Mademoiselle Ponpon», en Marsella, brindó a René la primera oportunidad para que se comprase una camisa y alquilara un frac. Acompañaba al piano y dirigía a los cantantes. Conocedor del asunto, había estudiado y preparado la obra y a fuerza de cortes y arreglos la había convertido en algo nuevo. Al aparecer en el escenario para corresponder a los aplausos, el público vio con regocijo que con su frac llevaba unas sandalias de playa.

La primera vez que oyó cantar a Doris fue en una tienda de pianos de París.

—Me gusta usted —dijo en seguida—. Cantará «Mademoiselle Ponpon». Vamos a viajar mucho y a asociarnos en una empresa deliciosa.

—¿Me lo asegura usted? —preguntó Doris sin coquetería.

—Solo cantan dos categorías de damas en «Mademoiselle Ponpon» —contestó—. Las que escoge Papá Garnaud y las que escojo yo.

Garnaud era el empresario y pagano de la modesta compañía y las damas del coro, compuesto de ocho jóvenes que lo mismo cantaban que bailaban, constituían su harén.

—¿No ha hecho ninguna *tourné* con una de esas tribus? —preguntó René, muy serio—. No, usted procede de la ópera. Pero yo le aseguro que solo es capaz de soportarlo quien tiene a su lado a una persona simpática. Naturalmente, no se trata de algo como lo de Tristán e Isolda.

—Dejemos ahora esas cosas —dijo Doris.

Desde luego, no le disgustaba que le hablasen claro.

—¿Sabe usted bailar? —preguntó René con tono comercial—. ¿No? Es necesario

para su papel. Yo le allanaré el camino para eso y le enseñaré todos los trucos indispensables en la opereta. —Se echó a reír con picardía—. Es usted deliciosa —murmuró—. Ha nacido para el amor. Me basta ver sus manos para adivinarlo. —Doris miró sus manos recelosamente. Hacía varias semanas que no se había hecho la manicura. Se puso rápidamente los guantes René bailaba por la habitación sin aliento y sin poder reprimir la risa—. Hasta la vista, duquesa —dijo al salir—. Hasta muy pronto.

El agente Feber era quien había recomendado a Doris a René. Ella lo había conocido por mediación de Kischmirioff, cuando estaba con el agua al cuello. Kischmirioff se había hecho célebre en la radio. Su voz, que no llenaba un teatro, sonaba llana y aterciopelada en el micrófono. Doris había accedido, de momento, a cantar con él un dúo, pero desistió después. Añoraba las tablas. Veía muy poco a Kischmirioff, que tenía ahora un «Citroen» que pagaba a plazos y se había enamorado de una vendedora de guantes.

Aquella misma noche René silbó el motivo del anhelo de «Tristán e Isolda» al pie de la ventana de Doris. Esta se asomó y lo vio apoyado en un farol, con el cuello desnudo y en los labios un cigarrillo de los que tan hábilmente liaba con una sola mano.

—Se nos va a pasar la hora de la cena —gritó mirando hacia la ventana.

Doris se admiró de que aquel hombre, con apariencia tan alocada, tuviese juicio bastante para interesarse por sus señas y, mientras se ponía el sombrero, dispuesta a bajar, se dijo a sí misma que solamente de ella dependía desde ese entonces el cantar o no «Mademoiselle Ponpon».

René la cogió del brazo y echaron a andar. El hablando mucho y de prisa y ella comprendiéndolo solamente a medias. Pero, por primera vez en París, le pareció no encontrarse tan sola. Bajo su antifaz amable, París es una ciudad cruel para los extraños. René señaló a Doris el cielo vespertino, rojo por la reverberación de las luces, pretendiendo haberlo colgado allí en honor suyo y, al pasar unos coches de bomberos con mucho ruido hacia una esquina próxima de donde salían llamas de una buhardilla, fingió que todo era obra suya para ofrecerle un poco de variación.

Se sentaron al aire libre en el exterior de un *bistro*^[37] de la plaza del Teatro, donde se comía barato, aunque algunas veces se oían discusiones sobre los precios, y bebieron un vinillo verde, claro y ligero. En todas las mesitas se veían parejas de enamorados. Tomaron después un Pernod falsificado en un café, y la bebida, con su aroma de anís, se le subió a Doris a la cabeza. Se reía sin motivo, solamente porque se encontraba bien y sin preocupaciones después de muchas semanas espantosas. René hacía proyectos para el mañana, con el mismo sello de despreocupación y de dicha. Doris sonreía, fascinada. Cogieron un taxi para ir al domicilio de René. Una vez en él, Doris recostó la cabeza sobre su pecho, sobre la lana cálida del jersey, bajo el que latía fuerte y seguro el corazón.

René ocupaba un cuchitril no lejos del Café du Dôme. No había luz en la estrecha

escalera y a Doris la subida le pareció durar una eternidad como sucede en los sueños, lo que le aisló de la idea del tiempo y de, la realidad presente. En un pasado remoto había subido así al estudio de Basil; abajo rechinaba una puerta; más abajo aún, en la planta baja lloraban los mellizos, y arriba, en el estudio de Basil, le esperaba la primera noche de amor.

Doris volvió a la realidad cuando René abrió la puerta y encendió una apestosa luz de gas.

—Bienvenida a la modesta choza de un pobre hombre, duquesa —empezó a cantar y corrió al piano desvencijado que había en un rincón cerrando el recitado con dos acordes: *crum, crum*. Se calló al cogerla en sus brazos—. Ha de ser si tú quieres, si lo quieres de verdad —murmuró por encima de su pelo.

Apagó la luz y se hundieron en la noche.

A la mañana siguiente, cuando Doris abrió los ojos, René se hallaba junto al fogoncillo de alcohol, preparando el desayuno.

—¿Prefieres el café claro u oscuro, duquesa? —cantó, acercándose a ella con una taza en la mano. Un raudal de sol entraba por la ventana—. ¿No crees ahora que todo va a ser delicioso? —preguntó mientras le daba el desayuno como a un niño.

Le había anudado en el cuello una toalla a guisa de servilleta, haciendo un lazo gigante que iba de oreja a oreja. Al inclinar ella la cabeza, René comenzó a cantar un aria que empezaba: *Hice una con quista...*

Pero después se sentó al piano y, poco a poco, los extravagantes acordes de parodia se convirtieron en algo que sonaba a nuevo y grave. Doris, un poco enamorada, contempló aquel rostro. La frente era ancha y angulosa y la parte posterior se afirmaba también ancha bajo el pelo negro y espeso.

—¿Qué es lo que acabas de tocar? —preguntó Doris, cuando René terminó, y se quedó con los ojos fijos en los dedos.

—¿Te ha gustado?

—Sí, mucho —murmuró ella. Trató de decir algo sobre la música—. Ese fragmento tiene mucha vitalidad —añadió tímidamente—. ¿Es tuyo?

—No —contestó René, displicente—. Es de un tal Blancenoir. Hasta ahora solo ha compuesto imitaciones. En una época le dio por Debussy; después sintió una debilidad por Milhaud y actualmente sufre una intoxicación de Stravinsky. Pero yo tengo esperanzas de que un día u otro se encuentre a sí mismo. Duquesa, levántese usted antes de que su marido nos sorprenda —añadió sin transición.

Doris se levantó, exhalando un suspiro. Mientras se vestía en la habitación contigua, le pareció estar prosiguiendo su antigua vida con Basil, si este no hubiese disparado sobre ella y suponiendo que él hubiera sido distinto de cómo era y que ella lo hubiese amado de otro modo.

Así empezó y continuó su relación con René. Doris estudió «Mademoiselle Ponpon» con más probabilidades de salir airosa que ninguna otra, porque era forastera y porque procedía de un cuadro de ópera.

Y porque era la protegida del director de orquesta. Ensayaron y se divirtieron muchísimo en los ensayos, ya que René no perdía nunca su buen humor.

La segunda figura de la compañía parecía malaya. La estrecha hendidura de sus ojos le daban el aspecto de estar siempre riendo. Se había hecho teñir de gris un mechón de su pelo negro y se enorgullecía de este contraste. El compañero de Doris, el tenor, era un hombre apuesto, con un pequeño bigote. Persona muy vanidosa, merecía la adoración de su mujer, muy experta en cosas de teatro, que desempeñaba los papeles de anciana cómica. A *monsieur* Garnaud se le veía muy pocas veces y solo aparecía para dar un vistazo a su harén cantante. Todos vivían de los adelantos que de vez en cuando René lograba sacarle. Tratábase de un viejo importante como en el caso de Dalmonte.

El maestro había llegado a París en febrero. Doris dudó entre ir a verlo o permanecer oculta. Antes de que llegara a una decisión, Dalmonte abandonó París, según Doris pudo presumir, descontento de la Prensa y molesto con el público. De buena gana le habría oído cantar, pero esto ocurrió antes de haber conocido a René, cuando su dinero no le llegaba ni para una entrada de pasillo. Desde que René la protegía disfrutaba de una cierta seguridad económica.

—Permitidme un préstamo de veinte francos, ¡oh, princesa! ¡*Crum, crum...*! —se ponía a cantar, precisamente cuando empezaba a preocuparse.

Doris, para mayor comodidad, se había ido a vivir a un estudio cercano al de René y al ir a pagar el alquiler se encontró con que ya estaba pagado. Por las noches, al salir del ensayo, reinaba en el ambiente, la primavera, con un dulce sabor, con el aroma húmedo de los árboles ribereños del Sena, lleno de parejas y de esperanzas. A veces daban un paseo por el Bois o se sentaban bajo el aire tibio en la terraza de un café y dejaban que les acariciasen las ráfagas del viento fresco. René invitaba a Doris a fumar, a beber y a bailar. Ella, por primera vez en su vida, gozaba de un alivio y de un relajamiento. La existencia era cosa sencilla y muchas veces agradable.

Cuando dieron por terminados los ensayos no se les ocultó que, dentro de los límites del género, podían aspirar a una feliz actuación de conjunto. René ocultaba que dos de los mejores números, intercalados en la vieja opereta, eran obra suya: el vals *A la luz de las velas* y el dúo y coro de *Detrás de mi abanico*. Había advertido en el estilo marchito de la opereta y logró transformarla en algo alegre y nuevo. El vestuario, que Garnaud había admitido a regañadientes, era el más radical *fin de siècle*. El roce crujiente de las ropas hacía las delicias de las coristas. Doris resultaba bellísima porque René le repetía diariamente que lo era. Una mañana de abril salieron de París para Marsella. Un regimiento de parientes, amigos, galanes y espectadores quedó plantado en el andén porque así se hacían las despedidas en Francia.

En Marsella ocuparon un teatrillo rodeado de palcos color frambuesa con cortinas correderas. Gustaron mucho y estuvieron una semana en la ciudad. Después recorrieron la Riviera. Al cabo de tres semanas, René se compró un cochecito que trepaba plañidero y asmático por las calles empinadas. Así lograron sustraerse de las

bromas pesadas y de las costumbres de los demás compañeros. En Biarritz se sostuvieron cierto tiempo, pero después empezaron a tener una recaudación cada vez más escasa. La Riviera se había convertido en una región en manos de los especuladores que llenaban los solares de vallas y letreros. Era un sitio para inglesas y americanas de edad que en sus respectivos países no podían salir de paseo con sus modestas rentas. Miraban a Doris y censuraban con la mirada el pantalón negro de hilo y el pañuelo encarnado ceñido al cuello y no se acercaban al teatro. En Cannes les dijeron que había pasado la temporada y en Antibes tuvieron la impresión de que aún no había empezado. La gran bohemia internacional, escritores y pintores de todas las escuelas, los surrealistas y los que ocupaban las villas, iban de vez en cuando a verlos actuar y salían decepcionados. La obra no era bastante buena para que la tomaran en serio, pero sí lo suficiente para no echarse a reír. Algunas veces invitaban a Doris y René y se los llevaban de excursión. Llegaban en caravanas de autos a la aldea más próxima y en una taberna del puerto bailaban con muchachos esbeltos que parecían marineros. A la salida subían por una ladera y llamaban a alguna casa de la que salían sus moradores en pijama, bohemios también, pintores o escritores, con sus mujeres y sus amigos. Sacaban vinos y licores, sin olvidar el imprescindible ajeno que reanima a los muertos. René se sentaba al piano sin que se lo pidieran y tocaba primero algo de Debussy o Satie, pasando después a las composiciones de aquel Blancenoir de quien esperaba obras mejores en el futuro. Doris solía sentarse en una butaca baja y hablaba poco, pues no conocía lo suficiente el francés para dar rienda suelta a su ingenio, lo que tampoco le era fácil en otra lengua, pero comprendía casi todo lo que se hablaba y uno le rozaba con su pie desnudo las sandalias de playa y otro le besaba la mano. La música de René al piano, fluía plácidamente junto a ella. Parecía identificada con aquel mundo. Era el ambiente de Basil, su mundo. Tenía la impresión de hallarse con él y vivir los dos en el mismo elemento. Por arte prodigioso René y Basil se fundían en uno solo, mientras la noche huía y trepaba del mar el albor verdense del día cercano.

En junio buscaron lugares más frescos. Se dirigieron a Normandía. Al principio obtuvieron escasos ingresos, pero después conquistaron al público. Doris tenía atractivo y la empresa se beneficiaba de su actuación. Su única preocupación era que cantar constantemente podía estropear su voz.

—¿Por qué estás preocupada? Cmm..., ¡oh, reina mía! Cmm... *Crum...* —cantó René, cuyo sentido finísimo oía crecer la hierba.

No ignoraba el motivo, aunque ella no lo manifestase. Un día salió solo con su coche, dejando a Doris llena de celos y sospechas. A ella le sorprendió lo mucho que tardaron en pasar las horas en su soledad. Por fortuna, a la hora de la función estuvo de vuelta, cuando terminó la función, cargado con un fajó de partituras que había comprado, «Carmen», «Tosca», «Manon» y «Salomé», de Ricardo Strauss, se acercó al piano y estuvieron abstraídos en la música hasta que los perros empezaron a ladrar frente a la casa y en el tenue cielo de Oriente solo quedó una estrella.

Una semana después, René anunció, con su expresión astuta, que aquel becerro de Blancenoir había tenido por fin una inspiración bastante decente y original. Hizo oír a Doris la música y él mismo cantó su texto serio y sencillo. A Doris le pareció aquella música muy nueva y falsa, pero muy atractiva.

—Es como el olor a asfalto —dijo, vacilando. Quería expresar con estas palabras lo áspero, limpio y a la vez nada transparente de aquella música—. Conocí a un escultor que modelaba figuras como la música de *monsieur* Blancenoir —añadió.

Nunca había hablado a René de Basil ni de sí misma, porque era un tema demasiado escabroso y sombrío que no armonizaba con sus relaciones sin puntos de contacto espirituales. De repente, René se levantó, dejó el piano y la besó sin más ni más.

—¿A qué viene esto? —preguntó ella, sorprendida.

—A nada. Solo que tú y yo, porque pertenecemos a la misma generación, no creemos en nada —murmuró compasivamente.

Y estas fueron las palabras más serias que Doris le oyó durante todo el tiempo que vivieron juntos.

Cuando hubieron sacado todo el jugo de Norman el día y el otoño enfrió el ambiente y ya nadie demostraba interés por oír «Mademoiselle Ponpon», regresaron a Marsella. *Monsieur* Garnaud, que hasta entonces había regido desde París la parte financiera de la empresa, se presentó para hablar con René. Como bajá impotente y por lo mismo equitativo, repartió sus atenciones entre las ocho coristas: golpecitos, caricias y besos a los que ellas correspondieron. Relié comenzó a silbar la marcha de «Fausto», como siempre que le esperaba un asunto importante y mandó muchos telegramas. Doris, sentada en su cuartito del hotel, pensó que era hora de abandonar a la compañía y dirigirse a Viena, si quería conseguir un contrato para la temporada de ópera. Pero no se decidió. La vida con René era demasiado fácil y agradable para dejarla así como así.

Un miércoles por la mañana supieron que salían para el norte de África. Compañía, vestuario, decorado, todo, hasta el cochecito que René se empeñó en llevarse, fue cargado en el paquebote. El coche había empezado a adquirir una personalidad entre los dos. René le había puesto el nombre de «Fanfaron» y ya contaban con sus particularidades. «“Fanfaron” tiene hoy tosecilla», decía René cuando el coche le costaba subir la cuesta de una colina. O bien: «“Fanfaron” está hoy de buen humor; se ha desayunado muy bien». En Argel, René llegó a pretender que «Fanfaron» se había enamorado de un hispano azul, del género femenino. Doris sentía por aquel cochecito de pardos asientos de terciopelo raído el mismo cariño que le inspiraba el eterno jersey de René y su brocha de afeitarse casi sin pelo.

Doris estaba segura de que no amaba a René porque no sufría por él. Solo conocía el amor por su lado doloroso y desgarrado. Su relación con René, en cambio, tenía solamente un aspecto agradable y por esto se diferenciaba del amor, que era algo mortífero que devora. El mismo René acentuaba algunas veces el carácter superficial

y sin compromiso de sus relaciones, dando la impresión de que en cualquier J momento podían romperlas si alguno lo deseaba.

Representaron en Argel «Mademoiselle Ponpon» y los ciudadanos y visitantes sedientos de diversión llenaron el teatro hasta los topes. Los árabes ricos, con sus turbantes y su tez morena; los levantinos y españoles, los militares y funcionarios del Gobierno con sus mujeres hacendosas hasta la avaricia, y los jugadores, aventureros y ramera. Ya se sabían la obra hasta durmiendo y decían las ocurrencias cómicas maquinalmente y el tenor cantaba como un autómatas.

Casi sin ella sospecharlo, durante esos meses, la voz de Doris se iba preparando para el repertorio de ópera. Era una voz perfectamente entonada, pese a la cotidiana «Mademoiselle Ponpon», el repetido trasnochar y el continuo fumar, beber y bailar. Su respiración funcionaba bien. Ni se acordaba de que tuviese pulmones y corazón. Solamente en lo más hondo la roía el desasosiego, como un gusano invisible de tan pequeño. Era una sensación de haber perdido algo importante, de que la esperaban en alguna parte y no se acordaba dónde.

Fueron a Marrakesh y regresaron a Argel, en donde actuaron todavía una semana a precios populares. La calidad del público bajaba cada vez más. Llegaron hasta Constantina, pegada al borde de un despeñadero, donde se conservaban unos baños romanos por encima de los cuales se veían maravillosos puentes de moderna construcción. Del extenso barrio judío acudía al teatro un torrente de espectadores; madres gruesas al lado de hijas con vestidos de raso de tonos claros y bárbaramente recargadas de atavíos.

Al cabo de tres representaciones, Doris encontró sobre la mesa de su camarín una figura de estaño. Era un búfalo de patas cortas y cabeza gacha. Sobre su lomo estaba sentado un pobre chino esmirriado que llevaba una camisa rota y un sombrero de paja colgando a la espalda y tocaba una flauta diminuta.

—¿Qué es esto? —preguntó Doris, encantada.

—Es tu criado. Tiene la obligación de estar siempre cerca de ti —dijo René y acarició la figurita de plácido aspecto—. Se sentirá feliz —añadió de un modo vago e impersonal.

Doris se sorprendió de lo bien que René la conocía.

Salieron de aquel territorio francés, no sin que se agitaran encontrados pareceres, y se dirigieron a Túnez. Doris se alegró de no tener que ir en tren con los demás. Pese a los gemidos y alaridos, «Fanfaron» la llevó lealmente al sitio prescrito. Túnez ofrecía un aspecto de color y de suciedad y los barrios europeos tenían una anticuada tendencia a lo noble. Ocuparon el teatro en que solían actuar las compañías de ópera y Doris se alegró de pisar una vez más un escenario grande. Estaba hasta la coronilla de «Mademoiselle Ponpon». Pero aguantaba por consideración de René y por si *monsieur* Blancenoir se decidía a componer una ópera. Había escrito ya la obertura, una serie de armonías fulgurantes y fugitivas que torturaban y excitaban sin llegar a un pleno desenlace. Durante un intermedio, en el que Doris y René estaban sentados

en la gran sala de ensayos desierta, él le dio a conocer aquella obertura. El piano estaba increíblemente desafinado y entre él y la pared se oía el arañar constante de un ratón, y en la calle el timbre de los tranvías. Doris comprendió que René era presa de un nerviosismo que nunca se habría imaginado en él.

—¿Cuándo has podido ocuparte de eso? —preguntó, sorprendida.

—Blancenoir no ha hecho el vago mientras tú dormías. Se le ha metido en la cabeza que tú y yo hemos de hacernos célebres. Quiere componer una ópera para ti. Tiene ya casi el primer acto. ¿Por qué os calláis, oh reina, *crum...*, *crtun*? —cantó, como de costumbre.

—¿Dices en serio lo de la ópera?

—¿En serio? La seriedad no reza conmigo —dijo René, atacando un acorde.

—¿Cómo se llamará la ópera?

—No lo sé. Los nombres son nocivos. No hacen más que perjudicar la forma pura —contestó él.

Doris lo miró sin verlo. «Los nombres son nocivos. No hacen más que perjudicar la forma». «Yo he oído eso antes —pensó—. Y lo he vivido... ¡Basil!», concretó con cierto terror.

—Conocí a un escultor llamado Basil... —murmuró.

En aquel momento sonó el timbre para el segundo acto. René abrió la pesada puerta de hierro del escenario para que pasara Doris. Las coristas, en los mezquinos bastidores, esperaban ya la salida a escena.

Cuando terminaron la actuación tuvieron en Túnez por primera vez un conato de riña.

—Tengo que marcharme; no puedes impedírmelo —dijo Doris a René—. Me gasto en la opereta, pasa el tiempo y se me va a estropear la voz. Y yo no puedo perder el tiempo, porque tú no sabes, tú no lo sabes... —Levantó las manos y las puso delante de la boca como en escena. Ya no servía que el criadito chino fuese feliz sobre su búfalo, tocando la flauta, Doris, perpleja, no tenía sosiego—. Tengo que marcharme —repitió y René se asombró al ver en sus ojos una especie de fulgor de lágrimas, que no acababan de formarse.

—¿Qué te sucede, mi arlequín? —preguntó cariñosamente.

—Estoy enferma —murmuró Doris— y se me recrudece la enfermedad; lo adivino. Voy a morir pronto —añadió y al instante le parecieron insensatas y fingidas sus palabras—. No puedo entretenerme y dejar que pasen los años. Necesito ser célebre; necesito dinero, influencia —prosiguió con la respiración anhelante, como si ocurriese tras lo que nombraba.

En el semblante de René leyó que él no creía en sus palabras, que no la comprendía. La miraba con la misma complacencia de siempre. Existe un amor de los ojos, como existe uno de la piel, otro del cerebro y otro del corazón. «Son tantas y tan distintas las cosas a las que damos el nombre de amor...», pensó Doris.

—Solo queda Constantinopla. Después, a descansar —dijo René, conciliador—.

Estás cansada de este maldito trabajo. Te mereces unas vacaciones. Iremos a una isla y allí compondré mi ópera.

—No —dijo Doris.

Con él no iría a una isla. ¡Qué absurda aquella afición de los enamorados a las islas! René trató de convencerla diciendo que ya estaba todo preparado para el viaje a Atenas y Constantinopla.

A la mañana siguiente compareció con otro regalo, que dejó sobre la colcha: un ovillo de seda color de arena, con unos grandes ojos negros y vivarachos. Doris creyó de momento que estaba soñando al ver aquel animal tan raro y parpadeó con asombro hasta que René, riendo y satisfecho de su sorpresa, salió de su escondite.

—Es «Joujou» —dijo—. Un cachorro de *fenek*^[38], el zorro del desierto. Ha venido a entretenerte para que no te impacientes demasiado.

«Joujou» levantó sus grandes orejas de zorro como si comprendiera lo que le pedían.

—Se parece a ti —murmuró Doris, conmovida.

«Joujou» iba dentro del bolsillo del abrigo de Doris cuando esta subió al barco que se dirigía a Palermo y después al Este. En Palermo, Doris vio en el departamento más bajo del barco, apretados como sardinas en barril, a los emigrantes que iban de Italia a América. A veces se sentía tan ligada a América como si fuera su patria y otras la veía tan remota y extraña como un país solo conocido a través de lecturas.

Entre los miembros de la compañía surgían disputas casi a diario. Las coristas tenían camarotes inhabitables, el tenor estaba ofendido y la *soubrette*^[39], celosa. Doris se pasaba mucho tiempo en su camarote y René en la cubierta superior, bajo los botes de salvamento, componiendo su ópera sin título.

Cantaron en Atenas ante un público de comerciantes levantinos y rameras francesas. Atenas era una ciudad amarillenta y fea. Un viento áspero empujaba hacia ella el polvo de barro del Phaleron. Tuvieron éxito y permanecieron allí dos semanas. «Joujou», mientras tanto, había echado los dientes y adquirido un pícaro juicio. Doris le hizo una fotografía que incluyó en una carta a Basil. Pero al fin no llegó a echar la carta. «Ya no sé cómo escribir a Basil», pensó, despavorida. René, aunque abstraído con su ópera, tenía el mismo atractivo de siempre.

Antes de salir de Atenas compró a Doris vestidos y zapatos porque los que ella tenía estaban ya viejos. Y salieron para Constantinopla. No le habló más de separación.

XVIII

—*A propos*^[40] —dijo al salir por la puerta del escenario—. Han llegado cartas para ti.

—¡Ah! ¿Sí? —dijo Doris, indiferente mientras subía al coche.

René trató de convencer a «Fanfaron» para que se pudiese en marcha y, efectivamente, el vehículo arrancó después de algunos carraspeos.

—¿Estás cansada? —preguntó a Doris, que a la luz de los escasos faroles de Constantinopla parecía más pálida.

A él le gustaba el perfume de vainilla de la crema barata con que Doris se quitaba el maquillaje.

—No, en absoluto —contestó—. Seguiría viajando. René se dirigió a «Fanfaron» en tono de súplica y el coche les llevó felizmente por la calle que, bordeando el monte, subía hasta Pera.

—He oído decir que hay un solo restaurante. Concentró la atención para orientarse. Las calles estaban vacías como vacío estuvo el teatro.

—¿Y mis cartas? —preguntó Doris al cabo de un rato.

—Tienes razón, las cartas... —asintió. Mientras guiaba con una mano, metió la otra en el bolsillo del pantalón. Sin hacer caso del frío iba sin chaqueta. Solo llevaba el viejo jersey verde y un pañuelo anudado al cuello que suplía a la camisa. Doris cogió el delgado fajo de correspondencia y lo tuvo un rato, indecisa, en la mano. No había luz suficiente para leer.

—Vienen siguiéndonos desde Argel —dijo René.

Tiró el cigarrillo por la ventanilla, se inclinó y besó a Doris. Fanfaron vaciló, pero recobró la dirección después del beso.

—Prohibido distraer al conductor —murmuró René—. Por lo demás, no me gustas nada.

Doris sonreía en silencio oyendo sus bromas y dando vueltas a las cartas. René tenía el don de orientarse hasta en la ciudad menos conocida.

—Este debe de ser el «Continental» —dijo.

Y «Fanfaron» se paró de golpe.

—Ven, «Joujou» —dijo Doris, obligando al cachorrito de zorro a estar quieto en el bolsillo del abrigo. «Joujou» sentía una curiosidad insaciable y sacaba con frecuencia la cabeza.

—Vamos a ver esto —murmuró René, escéptico, contemplando el pálido pero abigarrado letrero luminoso que coronaba la entrada del «Continental». Se oía música y entraron en el local.

Si oscura era la calle, más les pareció el establecimiento. Se adivinaba en él la intención de dar una impresión ruso-bizantina con el menos gasto posible. Yeso dorado en las paredes, iconos, lámparas provistas de pantallas metálicas que reducían casi a nada la luz. Una pequeña orquesta de zíngaros se adormecía con sus acordes.

La pista de baile tenía un piso de tosco mosaico. Había unas veinte mesas, de las que solo dos estaban ocupadas. De una tercera se levantó un hombre corpulento con una camisa rusa junto al que estaban sentados una hermosa mujer con traje típico ruso y un joven de frac. Se acercó a los recién llegados, saludó, dio una palmada y aparecieron dos camareros también con camisas rusas. El hombre del frac, saliendo de su somnolencia, acompañó a la dama rusa a la pequeña pista de baile en el centro del local y comenzaron a evolucionar por ella.

—Es desconsolador —murmuró Doris, intentando empolvase la nariz en aquella pésima luz.

—Al contrario; es delicioso —contestó René—. Tendremos toda la pista de baile para nosotros y los zíngaros tocarán también solo para nosotros.

Mientras René pedía al camarero, Doris cogió las cartas y observó los sobres. Tenía la costumbre de oler las cartas antes de abrirlas.

—Atavismo —decía René jovialmente. Era un intento de reconocer al amigo y al enemigo por el olor.

Una de las cartas era del abogado Collen; olía a tabaco. Doris la puso debajo de las otras que empezó a leer acto seguido. Una postal ilustrada del señor y la señora Kischmirioff. La Salvatori le mandaba las críticas neoyorquinas sobre la actuación de Dalmonte.

La factura de un médico laringólogo de París, Finalmente, Doris no tuvo más remedio que abrir la carta de Cowen. La levantó, la acercó a la lámpara que parpadeaba sobre la mesa y leyó:

Distinguida señorita Hart: Hoy puedo comunicarle una noticia venturosa y no dudo de que estimará en todo su valor la importancia del contenido. El penal de Baxterville tiene ahora un nuevo director, el señor Taylor, un hombre moderno y humano que abre una senda en lo que se refiere al trato de los reclusos. Para decirlo en pocas palabras: Nemiroff puede conseguir, con solo solicitarlo nosotros, una salida de veinticuatro horas. Esto está prohibido por la ley, pero se puede lograr. No podrá imaginarse la alegría de Nemiroff, Puedo decir que significa para él la salvación de su vida espiritual. Ahora solo falta saber cuándo llegará usted a América. Nemiroff espera con impaciencia indescriptible el momento de verla fuera del presidio. Lo mejor será que me conteste por cable para que yo pueda hacer cómodamente todas las gestiones. En espera de su pronta respuesta, sinceramente suyo,

Cowen.

La primera reacción de Doris fue, cosa rara, una risa nerviosa y estridente. «¡Cómo me hacen servir de juguete!», —pensó— «Ni siquiera me preguntan si puedo ir». Con la mirada distraída, fija en René, que acababa de decir algo, murmuró:

—¿Qué?

—¿Bailamos? —repitió René.

Doris se levantó inmediatamente y se confió a sus brazos. La pareja de profesionales los miró desdeñosamente. René no llevaba camisa, pero bailaba como el príncipe de Gales. Doris no sabía bailar cuando lo conoció, pero ahora, bailaba, había estudiado un buen repertorio de ópera, le habían regalado el chinito y «Joujou» y hablaba, además, el francés, porque con el amor es como mejor se aprenden los idiomas. «Has sido muy bueno, René, y tengo que dejarte», pensó Doris. Veía con toda precisión los pormenores absurdos del local desierto y casi a oscuras. Los zíngaros llevaban un pantalón de calle debajo de las pintorescas blusas ceñidas con fajas. Uno de ellos usaba monóculo. Había una mancha oscura, probablemente de humedad, en una de las paredes laterales. Mientras la estaba, mirando se transformó su cara. Sobre la puerta de entrada colgaba un letrero en caracteres rusos.

—Sigamos bailando —dijo Doris cuando los zíngaros dejaron sus instrumentos.

René dio una palmada, pero fue en vano. En la mesa les esperaba el champaña y el caviar, ambas cosas de contrabando, malas y baratas. Doris bebió de un sorbo la primera copa y se la tendió al camarero para que la llenase. René cogió él mismo la botella y le sirvió.

—Por «Joujou», el fruto de nuestro amor —dijo.

El cachorro se había dormido sobre la silla, en el bolsillo del abrigo de Doris, pero le bastó oír su nombre para despertarse y sacar la cabeza.

—¡A dormir! —le ordenó Doris y lo dejó otra vez tapado. Con el grato calor el animalito suspiró como un niño. Doris pensó: «Voy a llorar», pero se equivocó—. ¡Un cigarrillo! —pidió con la voz ronca. René le ofreció uno, encendió una cerilla y en el momento en que la luz de la llama la iluminó, observó atentamente su cara. No dijo nada, pero sonrió como para consolarla—. Tengo que dejarte —añadió Doris—. He de salir en el primer barco para América. Lo siento, René.

Él carraspeó sin dejar de sonreír. Esperó un poco y murmuró.

—No lo entiendo.

—No puedo explicártelo. Es una historia larga —dijo Doris impaciente—. Todo esto es espantoso —añadió.

—Ya lo veo —dijo René—. ¿Hay un hombre? —preguntó después.

—Sí. Hace años que está en la cárcel. Le conceden un día de salida, un solo día. No comprendería que ese día único no lo pasara a su lado.

—¿Por qué está Basil en la cárcel? —preguntó René.

Doris no se dio cuenta de que él sabía su nombre sin haberlo pronunciado ella.

—Porque me asesinó.

René la miró fijamente. Estaba blanca como el papel, fumaba y se tragaba el humo. De pronto, el nerviosismo y la tensión de René estallaron en una carcajada.

—No sabía que estuvieses muerta —murmuró sin dejar de reír.

Doris le miró aturdida y de pronto también se echó a reír sin poder dominarse

hasta sentir dolor como en un ataque. Cuando se sobrepuso, alargó la mano por encima de la mesa.

—Lo siento, René —murmuró—. Pero es mi deber.

—Está bien —dijo él—. Yo lo lamento por la ópera. *Monsieur Blancenoir* no se consolará de que le plantes así.

—Nada de eso —dijo Doris—. Escúchame, te prometo que cantaré tu ópera. Hemos de prometernos mutuamente, tú que acabarás tu obra y yo que cantare mi parte.

—¡Oh, Doris! —gimió René—. ¡Oh, *mademoiselle* Ponpon, oh duquesa heroína de mis sueños juveniles...! —se calló—. Vamos a bailar.

Doris se levantó dócilmente y bailaron.

El local vacío, con su penumbra bizantina y sus paredes manchadas, daba vueltas a su alrededor.

—Basta... —murmuró.

Apenas habían abandonado la pista de baile funcionó un pequeño foco y la pareja profesional se deslizó por el mosaico. «Joujou» se había acomodado junto al cubo de champaña. Doris se puso el abrigo mientras René pagaba. Después subieron al cochecito.

—A ti todo esto te parece fácil —dijo René ya con el coche en marcha y sin volver la cabeza—. Te vas, quieres reunirte con un hombre que te importa más... Y gracias, René... Adiós, René.

—Pero ¿cómo teníamos que separarnos?

Por muy triste que le fuese separarse de René, ya le parecía estar en camino hacia Basil.

—Por lo visto no te has dado cuenta todavía de que te quiero —dijo René en voz baja y con furor reconcentrado.

—Pero, René... —Y Doris intentó consolarle cuando ella misma necesitaba consuelo.

—¡Déjame! ¡No me toques! —gritó él cuando sintió la mano de Doris sobre la manga de su jersey—. ¡Vete! ¡Corre a tu Basil y no te acuerdes más de mí! Yo estaré en el cielo cuando haya logrado desembarazarme de ti.

De pronto sucedió algo increíble, algo que Doris vio y vivió con el corazón estremecido: René estaba llorando. El coche avanzaba torpemente porque, sin dejar de conducir con una mano por el borde mismo de la estrecha calle, René había empezado a sollozar. Finalmente detuvo el coche, apoyó ambos brazos sobre el volante, escondió en ellos la cara y lloró desconsoladamente.

—Te quiero —murmuraba—. Te quiero, te quiero...

Doris no sabía qué hacer. Le acarició la manga del jersey, le pasó la mano por la cabeza. «No lo sabía —pensó con asombro—. No he querido esto».

—¡René! —dijo desesperada—. ¡René...!

Le causaba un dolor insoportable verlo llorar de aquella forma. De pronto, él dejó

de llorar, sacó un pañuelo, se sonó ruidosamente y puso en marcha a «Fanfarón».

—Te ruego que me disculpes —murmuró.

El coche bordeaba las casas de madera del suburbio turco en el que se había perdido. De vez en cuando, René dejaba escapar un suspiro como un niño después de llorar.

—¡Maldita sea! —repetía cada vez.

Tres días después salió el barco que la llevó a Genova. Catorce días después navegaba rumbo a América. René le había prestado dinero para la travesía. «Joujou» tenía por casa el bolsillo de su abrigo y el chinito tocaba la flauta cerca de la cama, donde otros viajeros ponían las fotografías de las personas queridas.

Dejaba una sombra detrás: René. Iba hacia otra sombra: Basil.

XIX

Doris esperó en la pequeña estación la llegada del tren. Había llegado tres cuartos de hora antes y el tren llevaba diez minutos de retraso. Nunca se le hizo tan larga una hora de espera.

Dos señoras cerca de ella hablaban de sus maridos. Doris solo podía entender fragmentos: el inglés se había convertido en una lengua extraña. Hablaba alemán con acento americano, francés con acento alemán e inglés con acento francés.

—Empezó con un pececito dorado y hoy la casa está llena de acuarios —decía una de las señoras.

Doris se rio interiormente. Los mozos negros pasaban con sus carretillas. Uno de ellos se quitó la gorra y cuando ella vio que era calvo, pensó que nunca se habría imaginado a un negro calvo. Procuraba distraerse con todo en espera del tren en el que llegaría Basil.

Primero bajó Cowen, detrás de él una señora con un niño y después un hombre: era Basil. Doris lo vio un segundo demasiado tarde.

—Basil... —murmuró.

Llevaba un traje pardo, el mismo de otro tiempo. Iba sin sombrero y tenía las sienes más despobladas.

—¿Cómo estás, Doris?

Vaciló. Después, como si se acordara de algo, le dio la mano. La palma era recia y callosa, pero la mano de Basil siempre había tenido la misma aspe, reza. Doris le habló instintivamente con el mismo desenfado que sí se tratase de René.

—Parece que te ha dado mucho el sol.

—Sí. Desde que está el nuevo director trabajamos en el jardín —contestó muy serio.

Cowen irradiaba satisfacción.

—Bueno —dijo—. Ya les he reunido a los dos. Yo tengo que volver a Nueva York. Hemos hablado de cosas importantes. Todo va a pedir de boca. Lo de hoy es solo el principio.

Doris no apartaba los ojos de Basil... Los recuerdos acudían a su memoria. El traje tenía arrugas como si hubiese estado mucho tiempo metido en un saco. Basil parecía mucho más fuerte y sano de como ella lo recordaba.

—Hasta la vista y muchas gracias —dijo Basil a Cowen.

También antes de darle la mano tuvo que reflexionar un instante.

—¿No viene usted con nosotros? —preguntó Doris solícita.

De pronto le asustó la idea de quedarse a solas con Basil.

—No, gradas, no —balbuceó Cowen algo turbado y en su rostro sonrosado aparecieron unas manchas de carmín—. Tengo que volver a Nueva York; mi tren llegará dentro de diez minutos. Márchense, no pierdan tiempo —dijo a Doris, apremiándola con una mirada expresiva—. Procure que nuestro amigo disfrute de su

salida y que esté de vuelta en el tren de las dos.

Apretones de manos, sonrisas, saludos... Se separaron y Doris se quedó con Basil al pie de la hiedra que trepaba por la pared de la estación.

—¿Taxi? —preguntó uno de los tres chóferes que por allí se aburrían.

—¿Quieres ir en coche o a pie? El hotel está a diez minutos —dijo Doris—. La ciudad es pequeña y soporífera.

—Vamos a pie —decidió Basil. Volvió a vacilar, reflexionó y después cogió del brazo a Doris. Tenía que hacer un esfuerzo para recordar las cosas más sencillas y las actitudes de la vida cotidiana. Al cabo de un rato caminaban al compás. Basil miraba a su alrededor con curiosidad—. Las mujeres han vuelto a perder las piernas —dijo por fin.

Doris tardó unos segundos en comprenderle y después sonrió.

—Sí; ahora se lleva la falda más larga. Pero seguimos teniendo piernas —y miró el borde de su traje negro de calle.

Era un día de marzo y aún hacía frío.

—También los coches son distintos —dijo poco después Basil, que había observado los que pasaban.

Y esto pareció interesarle. Movié la cabeza y contempló la hilera de coches estacionados en la calle Mayor.

—Ese es el hotel —indicó Doris, empujándolo hacia el edificio blanco un par de pisos más alto que las otras casas. Basil de pronto sintió confusión y pánico.

—¿Cómo voy a inscribirme? Entiéndeme, en él hotel... siendo tú y yo... —balbució.

Y su pelo se cubrió de sudor. Se cogió la corbata que llevaba sobre su camisa azul con cuello blanco.

Parecía un obrero robusto, pero fuera de lugar.

—No te preocupes por eso. Estamos anunciados como marido y mujer. Cowen lo ha dispuesto todo —dijo Doris y le empujó suavemente hacia el vestíbulo.

Basil empezó a temblar y seguía temblando cuando salió del ascensor para dirigirse a la habitación. Doris caminó por los pasillos del hotel tan decidida como si se encontrase en su casa. Extemporáneamente se acordó de otro hotel de uno de los muchos que había conocido últimamente y cuya tapicería era idéntica a la que veía entonces. Frunció el ceño. «Atenas», pensó al abrir la puerta y ceder el paso a Basil. Se asomó a la ventana y miró distraída. Detrás de ella reinaba la tranquilidad en la habitación. Al volverse vio que Basil contemplaba el ramito de flores colocado sobre la mesa.

—Anémonas —murmuró Basil, con expresión escrutadora—. Nosotros plantaremos fucsias en nuestro jardín.

Doris no se habría movido de la ventana, pero la presencia de Basil le reclamaba. Ella le rozó el codo.

—¡Basil...!

Un momento después se sintió cogida en sus brazos desesperada, férreamente. La boca de él era helada; como si los labios necesitasen aún algunos minutos para cobrar vida. Doris oyó emocionada la tormenta de gemidos y de susurros inarticulados y sintió cómo volvía el calor a aquel hombre tembloroso y estremecido, cómo volvía a sus manos, a sus mejillas y a su pecho. «Es Basil», pensó.

Era el mismo poder que un día la arrebató en la escalera de la calle Cincuenta y Seis. Se dejó caer en una región sin fondo y pronto le pareció estar muriendo poco a poco. Era verdad porque durante un segundo percibió algo misterioso y pesado en el corazón que le hizo creer que podía tratarse del final súbito que le había anunciado el doctor Williams. Se desprendió con dificultad del atenzamiento de los brazos de Basil. No; ambos vivían aún. Se hallaban junto a la mesa del ramito de anémonas.

—¡Qué fuerte eres! —murmuró Doris con los labios yertos. Su corazón había empezado a latir.

—Ya no creía que vinieras... —dijo Basil, dejándose caer en la silla más próxima, como si sus rodillas fueran a ceder.

—El mismo día que supe la noticia preparé el viaje —explicó Doris.

Por la habitación flotaba la sombra ingrátida y cariñosa de René. Pero ella era de Basil; solo de Basil.

Doris se acercó a él, se inclinó y apoyó su rostro sobre la bruñida bóveda de su cabeza. Él, inmóvil, la dejó hacer como a veces los perros cuando reciben una caricia. Después, ella volvió a separarse y se acercó a la ventana. La calle principal se extendía abajo y en la esquina más próxima había colocado un guardia de cartón, como advertencia a los coches que se excedían en la velocidad. Se daba cuenta de que la mirada de Basil la seguía continuamente, como convertida en tacto.

—Es cómico —dijo él, sin moverse de su sitio—. Todo ha sucedido por causa de un hombre y ahora existirán muchos y no puedo oponerme. Doris se volvió lentamente.

—¡Muchos! —repitió con una leve sonrisa—. ¿Lo crees de verdad?

—¡Se piensa tanto cuando nuestra única ocupación consiste en llenar colchones! —dijo.

Doris se acercó a él solícita y le cogió la mano que tenía sobre su rodilla.

—No —murmuró—. Has de saber que eres el único, que...

Basil retiró la mano que ella le había cogido para tapanle la boca.

—No —dijo—. No me digas nada. No tiene importancia. Lo importante es que no me mientas.

—No te miento —afirmó Doris. Había lágrimas en sus ojos; se acercó de nuevo a la ventana para disimularlas y se puso a contemplar otra vez la calle Mayor.

—Es triste lo que nos ha sucedido—dijo Basil, sin moverse de su silla en el fondo de la habitación.

—¿A qué vienen estas ideas fúnebres, Basil? —preguntó ella con vehemencia—. No nos hemos muerto aún. Unos años perdidos, eso es todo. Cinco años. El tiempo

pasa. Pero pareces sano y fuerte. Un año más y te concederán la libertad condicional. Mientras tanto, habremos aprendido una cosa, que somos capaces de olvidar. ¿No te es fácil imaginar que un día, dentro de unos años, habremos olvidado todo este tiempo, Basil?

—Es posible —murmuró él sin apartar los ojos de ella. Doris había hablado con vehemencia y ahora se hallaba ante él con una actitud de luchador dispuesto. Trató de interpretar la mirada intensa de Basil. Esperaba oírle decir: «No te muevas, voy a hacer un esbozo». Pero, en vez de esto, dijo—: Me pareces completamente extraña.

Doris le volvió la espalda con valentía. «He dejado a René por ti —pensó—. Pero, también lo habría dejado por un buen contrato de ópera —se contestó a sí misma—. A ti no te dejaría por un buen contrato de ópera —pensó—. O quizá...», murmuró una voz en su interior. Se acercó decididamente a él y se arrodilló a su lado.

—Cuéntame tus cosas —suplicó—. Así no seré para ti una extraña.

Basil dejó caer la mano.

—Contarte, ¿qué? Hay cosas que no pueden contarse —dijo.

Reinaba tal quietud en la habitación, que Doris percibió la caída de una de las anémonas al desprenderse del tallo sobre el tapete de terciopelo.

La tristeza colgaba sus tupidas telarañas entre los dos.

De pronto, la cara de Basil se reanimó.

—¿Qué es eso? —preguntó con sorpresa. Era el pequeño «Joujou» con su color de arena, asomando el hocico negro y atrevido entre las almohadas de la cama. Doris lo cogió y se lo dio. Basil trató primero recelosamente a aquel ovillo de seda, pero pronto lo apretó contra la mejilla, en un arranque inesperado de cariño—. Un *feneck* —murmuró con voz vacilante.

Parecía haberse olvidado de Doris. «Joujou» se refugió debajo de su chaqueta y Basil se agachó para jugar con él en el suelo.

—Es «Joujou» —dijo ella cautelosamente—. Olvidé de escribirte que lo tenía.

Se alegró de que algo hubiese sacado a Basil de su sopor y sintió celos como un alfiler clavado en el corazón.

—Tuvimos uno que era nuestra mascota en la Legión Extranjera —explicó Basil—. No creía volver a ver otro *feneck* en mi vida. ¡Salta, muchacho! ¡Corre, muchacho...! —«Joujou» describió un arco magistral desde el suelo del sofá color de musgo. Basil se levantó sin apartar la vista del animal. Doris lo miraba y miraba al cachorro y así transcurrió una buena parte del precioso tiempo. Por fin, «Joujou» se durmió y Doris se acercó a Basil.

—Lo he traído pensando en que te gustaría tenerlo.

Dijo esto con tono de interrogación. Basil la miró asombrado.

—¿Tenerlo yo? ¿Allá? —preguntó vacilante. Cogió delicadamente la manga de la blusa de Doris y la tuvo unos instantes entre los dedos—. Seda —dijo con tono ponderativo.

—Sí —asintió ella, sonriendo. «Jonjou» lanzó un gemido en sueños.

—Ven —dijo Basil a Doris y la llevó al fondo de la habitación que invadía el crepúsculo. La mano de Basil le hacía daño y le era agradable—. Tú no sabes cómo es un presidio —añadió tardíamente, respondiendo a lo que ella había dicho.

«No —pensó Doris—. No lo sé, no lo sé». La estrechó en sus brazos y se dejó caer con ella en la cama, que olía a ropa planchada.

Se había abrazado a él muda y angustiosamente mientras abajo, en la calle Mayor, empezaba a resplandecer un anuncio luminoso, Basil tenía estrechamente cogida a Doris y se tapaba el rostro con el brazo. Su cuello blanco se destacaba en la penumbra. Temblaba. No había dejado de temblar disimuladamente en su interior desde que salió del penal en secreto, pero con el consentimiento del nuevo director. Y entonces el temblor se había convertido en unas sacudidas cada vez más violentas que atemorizaron a Doris. De pronto, se dio cuenta de que Basil lloraba. ¡Qué espectáculo tan desconsolador ver llorar a Basil! «Todo será inútil», se dijo Doris, llena de negros presagios. Y al decir «todo» quería decir todas las etapas de su carrera, con su humillación y un hombre en cada una. Si Basil se derrumbaba, mientras ella lo esperaba, todo habría sido inútil.

—¡Habla, por Dios! ¡Di algo! —le suplicó porque no podía soportar aquel llanto concentrado y espasmódico—. ¡Basil!

Él no contestó. Doris se levantó y permaneció un rato junto a la ventana, con los ojos fijos en el anuncio luminoso. «Probad el chocolate Paradis». Aquel anuncio adquirió un relieve extraordinario. «Son los sucesos que acompañan a la agonía», pensó súbitamente. Se creía experta en las cosas de la muerte. Había muerto varias veces: primero en el hospital durante un cierto tiempo; después durante aquellas noches junto a hombres completamente ajenos a su vida; a veces en la angustia de la fiebre de candilejas y a menudo cuando su corazón sufría un colapso y esperaba el latido que no se producía, diciéndose: «Esta vez se acabó».

Se apartó de la ventana, consciente de que aquel anuncio luminoso en la pequeña ciudad desconocida estaría para siempre asociado al recuerdo de la habitación en la penumbra y al hombre que en ella sollozaba tendido en el lecho. El aire de la habitación era seco, recalentado como el de todos los hoteles del mundo.

Tenía aprensión de la oscuridad, pero no se atrevió a encender la luz. Entró en el cuarto de baño y llenó la bañera para Basil, echando en ella todas las sales que llevaba consigo desde Francia, como si pudieran aliviarlo en algo.

Basil entró cabizbajo en el cuarto de baño y cerró la puerta. Permaneció tanto rato sumergido en el agua caliente que Doris llegó a preocuparse. Cuando salió era otro hombre.

—¿Puedo coger tu peine? —preguntó cortés, mente.

No tenía equipaje; no tenía nada. Con la cara contraída, se peinó hacia atrás.

Aún en el ascensor que los llevó a la planta baja, Basil seguía encogido, como si un guardián lo siguiera, pero, una vez en el vestíbulo, en aquel vestíbulo con entarimado de roble oscuro, recobró pronto la seguridad y su aspecto dominador.

Como si fuese un huésped antiguo, acompañó a Doris al comedor. Le cogió de la mano la carta para encargarse de la cena. Doris lo miró atónita.

—Déjame —dijo Basil—. Tengo dinero. Antes nos daban cinco centavos diarios, pero desde la llegada de Taylor, nos dan nueve.

Cuando sirvieron los entremeses, Basil empezó a comer con el desembarazo de un gran señor. Doris, que había esperado otra actitud, le contemplaba sonriendo. «De todas formas, siempre ha representado el papel de otro —pensó de pronto—. Ya lo había olvidado». Y llegó a pensar: «Quizá cuando disparó no era él, sino otro». Basil correspondió al brindis que ella insinuó. Doris se lo imaginó como si en el penal su comida diaria consistiera en sopa de tortuga, salmón y ánade. «Quisiera beber algo», pensó. Y así se lo dijo. Él movió los hombros. Cuando Doris le ofreció cigarrillos, después de vacilar un momento, encendió uno para ella y se lo dio. Poco a poco, la compasión cedió, dejando de interponerse al sentimiento amoroso. «¡Pero si te amo, Basil, te amo!», pensó casi con asombro. Él, de pronto, empezó a contar uno de sus recuerdos.

—Antes de que viniese Taylor —comenzó—, siempre había algunos borrachos y los infelices no se aguantaban de pie. Sobre todo uno a quien llaman *Cara de gato*. Nada daba resultado: ni calabozo oscuro, ni inspecciones de día ni de noche, ni cavar alrededor de las paredes, ni registrar las tuberías. Pero llegó uno nuevo. Yo apenas lo conocía, porque él estaba en la B y yo en la E. Era un buscón que lo descubría todo. En la carpintería tenían pintura preparada con alcohol y *Cara de gato* había descubierto el procedimiento para extraer el alcohol de la pintura y condensarlo. Desde entonces usan colores con terpina y se acabó el jolgorio en la B. Recordé esto cuando dijiste que te gustaría beber algo, y ya ves que es imposible.

Cuando terminó de hablar, esperó unos instantes y Doris sonrió con deferencia. Él movió la mano con un vago ademán de resignación.

—A veces ocurren cosas graciosas —añadió.

Doris no sabía qué decir.

—Y Taylor, ¿no te permite modelar? —preguntó, después de una pausa.

Basil se concentró un poco.

—No lo he intentado —contestó, titubeando—. Pero dos veces por semana durante la noche puedo tener la luz encendida más rato y dibujar.

—¿Por qué no me enseñas lo que has dibujado?

—Son ferrocarriles —dijo él, no sin cierta jactancia. Se palpó el bolsillo de la chaqueta—. ¡Camarero, la cuenta!

Sacó tres billetes de un dólar. Estaba orgulloso como un niño. Mientras pagaba y daba una propina exagerada, Doris lo observó con el corazón oprimido como un paquete atado muy fuerte.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó ella.

—He oído decir que ahora hay películas sonoras —dijo él jovialmente.

Doris sintió deseos de suspirar, pero no lo hacía. De buena gana habría bebido,

reído, llorado y cogido a Basil en sus brazos para besarlo hasta que volviera a ser el de antes. Y con más gusto aún habría cantado para él, pero no podía ser.

Bajaron por la calle principal hasta llegar a una plaza cuadrada con sicomoros y al otro lado vieron los anuncios luminosos de dos cines. También pagó Basil las entradas. El asunto de la película eran los amores de una hermosa espía con un oficial enemigo. Basil, con extraordinaria espontaneidad, se abstrajo en lo que veía en la pantalla. Doris, en cambio, sentada junto a él, sentía la añoranza de Basil en la sala oscura, como no la había sentido en todos sus años de separación. Acercó su brazo al suyo, pero Basil estaba completamente entregado al prodigio de la película sonora y no se daba cuenta de nada más.

—¡Qué maravilla! —dijo al salir del cine—. ¡Qué maravilla! ¡Qué maravilla!

Se detuvieron un rato debajo de los plátanos, se sentaron en uno de los pocos bancos y hablaron de la película, como si dispusiesen de cien años para tratar de las cosas importantes. Entraron en un establecimiento próximo a la puerta posterior del hotel y tomaron un café con leche. Basil cogió el gran vaso con las dos manos y metió en él la cara con la fruición de un niño. Doris lo amaba; lo sentía en las venas en cada milímetro de piel; lo amaba... Esto lo empeoraba todo, lo cubría de tristeza. Quiso olvidarse del ayer y del mañana para vivir el presente. Se hallaban sentados en aquel bar de una ciudad extraña; eran las once de la noche y bostezaba el camarero del mostrador. Basil bebió su vaso de leche y Doris comprendió que lo amaba, que ese amor no se extinguiría nunca, nunca, por muchas cosas que le sucediesen en la vida.

Los dos vacilaban. Tenían la noche por delante y ambos se asustaban ante la idea de encerrarse en la habitación. Cuando entraron en ella, vieron las dos camas estrechas de líneas sencillas a la luz de la lámpara y a «Joujou» dormido sobre la mesita con la cola enrollada.

—¿Estás cansada? —preguntó Basil.

—Un poco, ¿y tú?

—Mucho —y esperó de pie junto a la cama, fija la mirada en ella con una expresión que era casi de angustia.

—Me acuerdo todavía de cuando mi padre volvió de la guerra con permiso —dijo Doris sin transición—. Mi madre y yo habíamos procurado dar un tono festivo a todos los pormenores. A mi padre le había crecido la barba y yo, de momento, no lo reconocí. Había perdido la costumbre de dormir en la cama y se acostó sobre la alfombra. Mi madre lloraba.

—¿Y tú? —preguntó Basil.

—Yo lo tomé a risa. Me pareció cómico. Era una niña... —concluyó acercándose a él.

—¡Ah, Doris! —murmuró él—. Por las noches trato de no pensar en lo que será mañana. Me esfuerzo en identificarme con Marcel Proust o con cualquiera de los que duermen siempre debajo de un edredón ¡Ah, Doris!

Ella temió oírle romper en sollozos de aquella forma espeluznante como por la tarde. Pero Basil le acarició el pelo y sonrió.

—¡Qué buenos colores tienes! —dijo.

—¿Te gusto así? —preguntó Doris, orgullosa de todas las transformaciones que había sufrido desde la época del doctor Sardi.

—No soy pintor —dijo él—. Soy escultor. Me interesa más la forma que el color.

«¡Bendito sea Dios!», pensó Doris. Era la primera afirmación que hacía sobre sí mismo.

—¿Te molesta la luz? —preguntó ella, un poco después, mientras él la tenía todavía cogida, como fascinado.

Basil, sin responder, extendió el brazo y apagó la lámpara de la mesita de noche. No se hizo la oscuridad absoluta porque, como al anochecer, les llegaban los reflejos del anuncio luminoso, instalado en lo alto de una casa de enfrente: «Probad el chocolate Paradis».

—Después, todo se complicará aún más —murmuró Basil en la penumbra.

—El futuro no ha de acobardarse nunca —dijo Doris.

Cuando, por fin, unieron sus labios, pareció que el tiempo daba un salto hacia atrás con un raudal encrespado de ondas incontenibles.

XX

Bryant padre se había repuesto hasta cierto punto, después del hundimiento de su Banco. Una importante fábrica de papel había valorado su experiencia y ocupaba en ella el cargo de asesor comercial con un sueldo y la perspectiva de irnos beneficios si sus consejos daban fruto. Recibió a Doris en su casita de Nueva Jersey, que daba al río. Estaba más joven de lo que ella le recordaba y se mostró franco y cariñoso. Fue el primer hombre que demostró verdadero interés por saber lo que había hecho durante aquel tiempo y hasta dónde había llegado. Le dio de beber un poco de *whisky* con mucha soda y escuchó su relato. Doris contó más de lo que habría deseado, pero halló un gran alivio en la confesión. Además, le pareció abarcar mejor su propia vida por el soto hecho de desplegarla ante los ojos prudentes y expertos del viejo Bryant. Cuando hubo concluido, él brindó:

—¡Por su porvenir! Usted se lo forjará. Posee la materia de que salen los éxitos.

Doris sonrió con una expresión de duda irónica.

Bryant padre se levantó y sobre su pequeña mesa escritorio extendió un cheque.

—Tiene usted que aceptarlo. Hoy es mi cumpleaños —dijo. Doris no comprendió cómo un hombre de las circunstancias de Bryant podía hallarse solo en Nueva Jersey el día de su cumpleaños—. Me he apartado de todas mis amistades que me abandonaron cuando me hallé en un apuro —añadió como si hubiese adivinado sus pensamientos. Doris le dio las gracias por el cheque y se lo guardó sin mirarlo, a pesar de la curiosidad que sentía por saber de cuánto era. Bryant la miró, sorprendido—. Estoy contento de verla tan sin pretensiones —dijo amablemente—. Y, sobre todo, porque haya vuelto a nuestro país. Espero verla con frecuencia.

Doris lo miró con gratitud. Le habría gustado saber cuántos años cumplía el viejo Bryant.

—Sesenta y dos —dijo él, sin que ella se lo hubiese preguntado.

La acompañó hasta la puerta del jardín de la casita. Doris no vio ningún criado. Regresó a su casa con un poco de sosiego en el corazón. Ya que Basil no podía tenerlo, mandó a «Joujou» a Bryant como regalo de cumpleaños un poco tardío. El viejo Bryant vivía muy solo y «Joujou» le haría compañía. El cheque que Bryant había dado a Doris era de cien dólares.

La presentación de Doris a la empresa del Metropolitan Opera, fue otro acontecimiento que se logró a costa de recomendaciones y ruegos. Intervino la Salvatori, y Dalmonte, el irascible, no tuvo más remedio que ablandarse, pero a costa de una hora desagradable con el doctor Sardi. Bryant y Vanderfelt tiraban de todos los hilos. Finalmente, Doris recibió la preciada noticia de que le otorgaban una sesión de prueba en la Metropolitan Opera.

Esta tuvo por marco el gran escenario con una decoración de fondo desteñida y ante un auditorio de Unos cuatro hombres invisibles que cuchicheaban en la platea. El escenario le pareció extraordinariamente grande y alto. Doris tuvo la impresión de

que el mundo habitual de desvanes y bastidores había desaparecido y que estaba sola en el espacio desierto. Únicamente el olor le era familiar. El olor de todos los teatros, en Alemania, en Suiza, en Francia y en el Norte de África. Un pianista feo y malhumorado le acompañó con un mal piano que habían sacado de entre bastidores al escenario mal alumbrado. Doris se acordó con cierta nostalgia de René cuando oyó los duros acordes con que el pianista iniciaba el aria de «Tosca». Sintió frío y tuvo la sensación de que su rostro adquiriría un color grisáceo. Cerró los ojos un instante y se concentró como había aprendido de Dalmonte. Se entregó al canto y representó su papel en el inmenso escenario, sin que nadie alternase con ella. En el momento indicado acudieron las lágrimas a sus ojos. También ella podía llorar cuando era necesario. Le bastaba pensar en Basil, en su pelo ralo, en su mirada perpleja cuando lo dejó en la pequeña estación, de regreso a la cárcel. En la platea oyó murmullos cuando terminó de cantar. Estaba descontenta; tenía las manos húmedas de sudor.

—¿Va a cantar algo más? —le preguntaron desde abajo en italiano.

—Un aria de Haendel —gritó. Puso en el atril la partitura que el mismo Linden había transcrito. El pianista refunfuñó. Doris se colocó en medio del escenario y levantó la cabeza hacia donde el reflector debía de proyectar sobre ella la luz azul de la luna. Carraspeó y sintió que el corazón le latía violentamente. Los acordes de la introducción sonaron desacompasadamente. Ella se dio cuenta de que el pianista iba un poco a la deriva. Un acorde falso sacó a Doris de su actitud contemplativa, y la devolvió a la realidad. Era el momento de atacar la primera nota. Al cabo de un par de compases lo dio todo por perdido. Luchó como pudo hasta llegar a la mitad, tropezando con el mal acompañamiento y después desistió. Dejó de cantar y se acercó a las candilejas.

—Preferiría cantar otra cosa —dijo a la platea.

—Gracias, ya basta —le contestó una voz de bajo profundo.

Doris vio algunas figuras que se movían entre las butacas vacías y que abandonaban el teatro rápidamente. Indecisa, enrolló sus partituras. Un señor la esperaba al borde del escenario. A ella le pareció interminable la distancia entre el centro del escenario y aquel señor.

—De primer orden —dijo—. Sin exageración. Es usted discípula de Dalmonte. Lo he adivinado en seguida por el modo de emitir las notas altas.

Aquello era consolador. Doris sacó un pañuelo para enjugarse el sudor de la cara y de las manos. El señor la acompañó. Traspusieron la puerta del escenario, entre los cachivaches alineados para la representación de la noche, y recorrieron pasillos. Pidió a Doris un resumen biográfico y datos de su repertorio, de sus experiencias teatrales y de actuaciones anteriores. Sin propósito deliberado de mentir, a Doris le pareció que no quedaría muy bien si decía la verdad escueta.

—Le escribiremos a usted. Tendrá noticias nuestras —dijo el señor al despedirse.

Abajo, junto a la garita del conserje, esperaba la Salvatori. Con ademán aparatoso estrechó a Doris en sus brazos, al mismo tiempo que daba unos golpes en la primera

madera que encontró a su alcance.

Doris se limitó a exhalar un suspiro.

La carta de la Metropolitan Opera llegó cuatro días después. Reconocían sus buenas cualidades, pero se lamentaban de no disponer de momento de una vacante. «Sinceramente a sus órdenes». Así se encontró Doris en medio de Nueva York sin haber solucionado nada.

Otra vez tenía una habitación alquilada en la calle Cincuenta y Seis, entonces en el tercer piso. Doris había soñado tantas veces con aquella casa que apenas tenía realidad, pero, sin embargo, existía. Tras la vidriera del estudio funcionaba entonces una escuela de baile moderno y la música estridente resonaba a través de los tabiques. El sastre Dostal ya no existía y los propietarios del pequeño local de desayunos ocupaban su piso. Los mellizos llorones se habían transformado en dos traviesos muchachos que, con pantalones anchos, corrían por la calle con sus patines. Doris se había quedado con el piso amueblado de una incipiente actriz que estaba de viaje. El piso olía a sahumeros chinos y todos los muebles estaban llenos de esos muñecos torcidos y lacios que se adquirían en Coney Island.

Pero era un remedo de hogar y muy económico. Del piso de la Salvatori salían los mismos arpegios torturados y Doris, como una alumna más, también había vuelto a estudiar con más ahínco después de su fracaso.

No se habría vuelto a acordar del agente Mosse de no haberlo encontrado por casualidad en el Metro.

—¡Hola! ¡No tan de prisa! Hace tiempo que la había descartado. —Doris tuvo que hacer un esfuerzo de memoria para reconocerle. Hacía casi cuatro años que se lo habían presentado en el hotel «Blanchard» cuando estaba con Dalmonte.

—Mosse lo sabe todo —añadió satisfecho—. Ha cantado usted para la empresa del Metropolitan y la han dejado en la calle. Pero usted tiene la voz más hermosa que ha oído Cranach desde hace muchos años.

—¿Quién es Cranach? —preguntó Doris, sorprendida.

—Un hombre sin influencia, un director de orquesta de segunda categoría, pero que tiene muy buen juicio.

Doris se encogió de hombros como diciendo: «Y eso, ¿de qué me sirve?». Mosse tomó nota de aquel movimiento.

El agente la llevó a un pequeño restaurante italiano de la calle Cuarenta y Dos. En medio del tráfico de vehículos, las luces y el gentío del Broadway, Mosse nadaba como una foca entre los bloques de hielo de los mares del Norte.

—Me encuentro un poco solo porque mi mujer está en Florida —dijo a Doris. Ella sonrió, cansada, pero, creyendo adivinar lo que era inminente, procuró sobreponerse y arrostrar la situación. Mosse la empujó al interior de un coche—. Riverside Drive —dijo.

Doris apretó los dientes y subió. Desde la noche con Basil no le parecía la cosa tan fácil como antes. Brillaban reflejadas en el río las luces de los anuncios luminosos

y di coche era uno más en una doble e interminable hilera. Doris sintió vagamente el deseo de encontrarse al otro lado del río, en la casita de Bryant, padre, tranquila, al amparo de sus ojos expertos y con «Joujou» en su regazo. Simultáneamente se acercó más a Mosse. Este apoyó su mano enguantada en la rodilla de ella, pero la retiró inmediatamente.

—Joven —dijo con la mayor corrección—. Soy un hombre de negocios, no un don Juan. Vamos, pues, al negocio. La cosa es clara. No tengo un interés particular por su linda figura o sus bellos ojos. Soy el agente que viene a tasarla y a vender sus méritos decorosamente. ¿No le parece una buena razón?

Doris, aliviada, volvió a acurrucarse en su rincón del coche. Mientras el vehículo iba salvando trabajosamente una parada tras otra, Mosse explicó sus proyectos. La Metropolitan, según él, estaba en una situación difícil; la ópera, en general, atravesaba una crisis y se buscaba el medio de salvarla. Doris, con expresión seria, asintió. Mil veces había oído decir lo mismo en Milán y en París, estando con Linden y con René.

El medio, a juicio de Mosse, y Doris vio pronto que esta era su obsesión, consistía en dar *ópera* barata, con vitalidad y llevarla por todo el país. Se necesitaba gente joven, voces frescas, quitar él polvo a las antiguas óperas y, sobre todo, precios asequibles, una actuación decente y nada de fracs en la concurrencia.

—¡Qué le vamos a hacer! No queda gente rica. ¡No hay dinero! —suspiró, extendiendo las manos resignadamente.

Preguntó a Doris si sabía quién era Potter. Ella ahondó en sus recuerdos. Le era tan laborioso como buscar entre escombros. Había conseguido olvidar a costa de mucha voluntad y empeño. Pero ahora, otra vez en Nueva York, todo volvía a la superficie. Aparecían los antiguos sedimentos y salían a flor de agua con nueva vida.

—¿Potter? —murmuró—. ¿Potter...?

—Pondría óperas si le proporcionáramos capitalistas, gente adinerada —dijo Mosse, mirando a Doris. Había dicho: «Si le proporcionáramos».

—Sí, creo que lo conozco —dijo Doris, aún no muy segura—. Una vez llegó a besarme —añadió.

Mosse le dirigió una rápida mirada.

—¡Bah! —exclamó por todo comentario. Una semana después tuvieron una entrevista con Shugers y Doris no supo nunca si fue concertada por Mosse o por pura coincidencia. Se encontraba en el «Colony Restaurant» a la hora del *lunch*. Mosse la acompañaba. Doris llevaba su traje de calle parisién, se y el peinado liso, dejando la frente despejada, como le había dicho René. De los cien dólares que había recibido de Bryant, padre, le quedaban veinte y no tenía esperanza de conseguir más dinero a no ser que le proporcionara Mosse. Entre la multitud de americanas del Colony se destacaba su europeísmo y en muchas mesas se volvieron para mirarla. No había estado nunca en un restaurante tan elegante y se sentía tan a gusto como en un escenario.

Estaban comiendo el pollo con ensalada cuando Mosse se levantó, habló un momento con un señor que estaba en otra mesa y volvió con él.

—Este es el señor Shugers —dijo Mosse. Doris levantó la vista—. Señor Shugers, esta es Dorina Rossi, una estrella francesa de la Opera.

—Conozco el francés, pero no lo hablo —dijo Shugers.

Insinuó una inclinación y se sentó al lado de Doris.

—Yo conozco bien el inglés —murmuró Doris. Shugers era un hombre de unos treinta y cinco años. Él la miraba pensativo. Doris también lo conocía, pero no sabía de dónde—. ¿Ha estado alguna vez en Salzburgo?

—No nos hemos conocido en Salzburgo, sino en Gread Neck, señorita Hart —dijo, haciendo chasquear los dedos. Empezó a reírse a carcajadas, contrayendo los párpados. Parecía un actor con esos pliegues que se les forman alrededor de la boca a las personas cuya piel han dilatado en innumerables muecas—. He ganado la apuesta —añadió sin dejar de reír—. Dije a Franklin: «Es la señorita Hart», pero Franklin, que podía saberlo mejor que yo, se empeñó en que no. Ha perdido la apuesta y no tiene más remedio que beberse una botella entera de *Bourbon* en media hora. Y Franklin es muy gracioso cuando se emborracha. ¿Cómo le van las cosas, señorita Hart?

Después se calló, sacó un monóculo, se lo puso un momento para observar a Doris y se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta de su elegante traje gris.

—Es una feliz coincidencia que conozca usted a Doris —dijo Mosse—. Pero llámela usted por su nombre de artista: Dorina Rossi.

—Por el nombre que usted quiera. No reñiremos por eso —dijo Shugers—. ¿Quién mejor que yo puede conocer a esta joven? Hace años que llevo a cuestas su historia, ¿no lo sabe? Fui el primero que entró en su habitación y la vi sobre la cama, sangrando como un cerdo, dicho sea con perdón. Yo estaba en la de al lado y de pronto oí un disparo. Esperé un momento y le dije a Ducky, aquella morena que estuvo metida en el escándalo de las perlas de Bradley: «Perdóname, muñequita». Salí al pasillo y oí como un gemido en el cuarto contiguo. Entré y me encontré a Franklin sin sentido sobre la alfombra; a la joven en la cama y sentado en una silla con una sonrisa de idiota y sin decir palabra, al hombre que había disparado. Yo le asesté un directo en la mandíbula y bajé corriendo para pedir ayuda a Ransom. Llamamos a la Policía y después subí a la ambulancia y nos dirigimos al hospital más próximo. No olvidaré nunca cómo la sangre empapaba el camisón. Un camisón azul, ¿verdad? A mí tanta sangre me trastornó. Para sobreponerme tuve que beber durante tres días. ¿Cómo no voy a conocer a esta señorita?

Dicho esto, se puso otra vez el monóculo, observó el semblante de Doris, le dio una palmadita en la mejilla, como perdonándole las molestias que un día le había ocasionado, y se guardó de nuevo el monóculo.

Doris, seria y rígida, preguntó finalmente:

—¿Quiere usted decir que Bryant está aquí?

—Claro que sí —afirmó Shugers. Se inclinó e hizo una seña—. Ven aquí, Franklin. —Debido a la distancia, sus palabras se perdieron entre el animado tumulto de las conversaciones. Solamente las percibió un oficioso camarero, que se acercó en seguida a una mesa del fondo del restaurante. Aunque no quiso mirar en aquella dirección, Doris sintió que el pasado volvía hacia ella en aquellos momentos.

—¡Has perdido la apuesta! —dijo Shugers antes de que Bryant llegase a la mesa—. Es la señorita Hart.

Doris se encogió de hombros. Había pasado por peores situaciones. Miró de frente a Bryant. Mosse permanecía silencioso. Observaba la escena entre divertido e interesado.

Algo había en Bryant que delataba su borrachera. Doris observó el esfuerzo que hacía para mantenerse en posición airosa. Al verlo delante de ella, con la expresión perpleja apoyado en el respaldo de una silla e intentando erguirse, llegó a sentir por él una fugaz y confusa compasión. Indudablemente, era un hombre perdido, aunque no había cambiado mucho. «Desde luego, no tanto como Basil», pensó. Pero todos los indicios de decadencia, antes solo insinuados, se revelaban entonces claramente.

—¡Hola! —dijo con un tono que más parecía pregunta que saludo.

Shugers parecía muerto de risa.

—Es la señorita Hart —gritó—. He ganado la apuesta. Tendrás que beberte la botella de *Bourbon*. Lo mejor será que empieces en seguida.

—Con mucho gusto —contestó Bryant.

Sacó una botella del bolsillo y comenzó a beber de ella. Al dejarla se tambaleó y se dejó caer en la silla más próxima.

—Por lo que veo, todos nos conocemos —dijo Mosse, jovialmente.

Doris le dirigió una rápida mirada. Lo odiaba a pesar de ser el primer hombre que no había pretendido de ella nada equívoco y que estaba dispuesto a serle útil.

—¡Al diablo los recuerdos del pasado! —dijo Bryant, hablando muy despacio, como si tuviese que buscar las palabras por todos los rincones de su cerebro paralizado—. No creas que he derramado una sola lágrima por ti, Doris.

—No te olvides de beber —le advirtió Shugers, y puso sobre la mesa su reloj de bolsillo, como si se tratase de una competición deportiva.

—No he vertido ni una sola lágrima por ninguna —prosiguió Bryant, después de haber bebido precipitadamente otro sorbo de la botella—. ¡Al diablo las mujeres! ¡Al diablo Juddy! ¡Al diablo Doris! ¡Al diablo el viejo! Si no hubiese sido por la bancarrota...

—Sí, pero llegó la bancarrota, amigo mío —dijo Shugers—. Verán ustedes lo gracioso que es cuando se haya acabado esta botella. Ahora se encuentra en estado agresivo, después pasará por el triste y finalmente por el cómico —anunció como si Bryant fuese una atracción de feria y él su pregonero.

—No pensé volver a verte, Doris —murmuró Bryant, y levantó hacia ella sus pesados ojos de borracho.

Doris sintió frío. Basil también había dicho algo semejante. El presente y el pasado se daban la mano.

—Confío en que le vayan bien las cosas —dijo Doris.

Sin dar tiempo a Bryant para que contestase, Shugers intervino:

—Puede usted estar tranquila, señorita Hart —casi gritó—. Para eso estoy aquí. Bryant es mi viejo amigo y no le abandonaré. Lo llevo conmigo a todas partes, ¿verdad, Franklin? Le doy de comer y le procuro alcohol suficiente para que siempre esté de buen humor, ¿verdad, Franklin?

—Cuando hayan concluido con todas esas historias, tal vez podamos hablar de negocios, Shugers —dijo Mosse, con cierta amabilidad.

—¿De qué negocios? —preguntó Shugers, extrañado.

—De la Compañía Continental de Opera —dijo Mosse—. Me prometió usted que si le conseguía la ayuda de Potter y un par de estrellas, la llevaría adelante.

—¿De veras prometí eso? —preguntó Shugers, reflexionando—. ¿Pretende usted hacer a la fuerza de mí un Otto H. Kahn? La verdad es que me avengo mejor con Ziegfeld que con las cosas clásicas. Solo dos veces en mi vida e asistido a la ópera. No entendía palabra y salí convencido de que todos cantaban más alto de lo que permitían sus condiciones. Y las dos veces no oí el final porque me había dormido.

Mosse, que había pasado toda la vida en el ambiente de la ópera y que aunque práctico era también entusiasta, se molestó un poco.

—No le pedimos que sea usted oyente —dijo—. Solo queremos que contribuya con su dinero.

—Muy bien —murmuró Shugers, ligeramente ofendido—. ¿Me necesitan tan solo para eso, *mademoiselle* Dorina Rossi? —Soltó la risa, pues le pareció muy ingenioso haberse dirigido a Doris con su nuevo nombre. Ella miró a Mosse en demanda de auxilio y este la miró complacido y animándola.

—Tengo otros aspectos que las damas saben apreciar, ¿no es cierto, Franklin? —preguntó Shugers.

—Ya está —anunció Bryant.

Puso la botella boca abajo y no salió ni una gota.

—¡Bravo, bravo! —exclamó Shugers—. Ahora verán qué gracioso es.

Pero, por lo que fuera, Bryant no se mostró gracioso. Sentado, medio dormido, con la cara apoyada en las manos, no dijo ni una palabra más.

—¿No quiere cenar mañana en mi casa? La señorita Hart también estará —dijo Mosse a Shugers.

—¿Usted qué dice? ¿Debo ir, Dorina? —preguntó Shugers, rozando suavemente con el codo el brazo de Doris y sonriendo afablemente.

—¡Sí, por favor! —dijo Doris, alentada por la expresión de los ojos de Mosse.

—Vámonos, parásito —dijo Shugers.

Cogió a Bryant por el cuello de la camisa, como a un cachorro, lo levantó y lo guio a través del restaurante. Bryant, nuevamente, se esforzó en mantenerse tieso y

no despertó la menor expectación. Doris se disculpó, dejó a Mosse en la mesa y se dirigió al tocador para lavarse las manos. Tenía una penetrante sensación de repugnancia, como si hubiese estado jugando todo el tiempo con naipes mugrientos y falsos.

Doris pasó muchas veladas en compañía de Mosse y Shugers, pero llegó un momento en que Mosse desapareció y quedó a solas con Shugers. Este era un hombre vulgar, necio, bullicioso y, además, vanidoso por reacción contra una profunda inseguridad atávica. A la periferia de sus relaciones se adhería el espectro de Bryant, derrotado, borracho, un lastimoso payaso sin voluntad propia. Doris fue a ver tres veces a Mosse y le hizo una escena. Se desentendía del asunto. Ya no podía más; era demasiado denigrante y vergonzoso. Mosse trató de convencerla. Él no era un comerciante de carne humana, ni negrero o capataz de galera. La consideraba como ella se merecía. Pero la formación de aquella compañía de ópera era su única, su mejor oportunidad.

Cuando la situación se hizo más crítica, llamó a Potter. Doris cantó como no había cantado en su vida. Potter irradiaba sobre ella un extraño misterio que la hacía más fuerte, que la hacía brillar más. Ella comprendió de pronto la razón de que tantos actores estuviesen pendientes de aquel anciano comediante un poco ridículo. Con sus resabios de desengañado y con sus remilgos, Potter no pudo por menos que aplaudir encantado su actuación.

—Te ha rechazado, una pandilla de necios —dijo—. Pero los verás pidiéndote de rodillas que firmes sus contratos.

A pesar de que esos elogios eran ridículos y exagerados, tenían un dulce sabor. Potter comenzó a repasar con ella la parte dramática de los papeles más importantes. Le imbuyó la ambición de llenar la escena con esos papeles y de lanzarse a fondo a toda costa.

—Haré de ti una artista, un tesoro.

Doris empezó a convencerse. A ella ya solo le interesaba una cosa: aparecer otra vez en escena encarnando los papeles que más le entusiasmaban y que no podía contener sin estallar, a no ser que se descargase pronto de ellos ante el público.

Entretanto, había gastado sus veinte dólares y Mosse le había dado otros cincuenta a título de adelanto. Doris habría acudido a Bryant, padre, para pedirle más dinero, pero algo muy confuso la apartaba de ese propósito. Sin embargo, fue a verlo a su casita y se arrodilló delante del pequeño almohadón sobre el que el pequeño zorro, satisfecho parecía un ovillo de seda. A ella le parecía que el hogar de Bryant, padre, era el único sitio tranquilo, el único puerto seguro de su existencia. En su interior reinaba la tranquilidad. Flores de jacinto en jarrones de cristal orlaban las ventanas y exhalaban su olor dulce y penetrante. La casa era de construcción inglesa con solo cuatro habitaciones y las paredes estaban cubiertas con copias de antiguas tapicerías. Bryant la acompañó hasta la puerta del jardín. «Joujou», con 2a cola extendida en señal de contento y saltando a su alrededor, salió en pos de ella.

—Me han dicho que ve usted con frecuencia a mi hijo —murmuró—. Se ha abandonado. Las personas como usted y como yo —añadió— llevan gran ventaja sobre las que son como él y Shugers. Hemos sido pobres y esto nos ha ayudado a soportar muchos azares.

Doris fijó la mirada en su rostro afable bajo el pelo gris acero y se preguntó si él sospecharía todo lo que ella tenía que soportar.

Aquella misma noche, Shugers le comunicó, sin darle importancia, que saldría con su yate *Swanee* para los mares del Sur. Era la catástrofe. ¡Después de todo aquel tiempo, la Compañía Continental de Opera, su aparición en escena, sus papeles y sus progresos quedaban reducidos a nada! Habían sido inútiles sus afanes, sus esperanzas y sus esfuerzos. Todo eso debió de retratarse en su semblante, porque Shugers la cogió por los hombros y dijo:

—Naturalmente, tú me acompañarás. ¡Nos vamos a divertir muchísimo!

—¿Irá alguien más?

—Iremos tú y yo, en primer lugar. En segundo, otros. Un grupo de amigos muy divertidos y, desde luego, Franklin como principal diversión.

Doris se imaginó el cuadro. No tenía la menor vaguedad, como un día antes de su estancia en Long Island. Entonces sabía lo que le esperaba. Y en último término, Bryant como figura cómica.

—Y si acepto, ¿qué puedo esperar? —preguntó sin rodeos.

Shugers no se inmutó.

—Siempre he dicho a Franklin que eras lista. ¿Cuánto le sacaste a su padre? ¿Cien mil dólares? ¿Más? ¿Qué? Te felicito. ¿No te has dado cuenta de que soy capaz de todo por conquistar a la mujer que me gusta? Veamos, ¿cuánto pides por acompañarme?

—He de pensarlo —dijo Doris.

Después se despidió. Ni un solo beso, ni el más leve contacto con la punta de los dedos. No era la primera vez que se encontraba en aquellas circunstancias, pero la cosa nunca había sido tan cruda, tan sin rodeos ni tan repugnante.

Doris no recobró un poco sus ánimos hasta llegar a la calle Cincuenta y Seis. Buscó amparo en la Salvatori. La anciana diva estaba un poco ofendida porque Doris había prescindido de sus servicios de confidente incondicional y de consejadora. Había empezado a leer el porvenir de Doris en los naipes y los favorables salían muy raras veces. La Salvatori, en su interior, tenía miedo de que Doris muriera antes de haber cantado «Tosca», «Aída» y «Santuzza», y la de Doris sería una muerte sin ningún sentido, tan desatinada como su vida. Por eso la convenció con palabras vehementes, pero dichas en voz baja, para que hiciese lo imposible por llegar al escenario con los papeles y la categoría que le correspondían.

Doris llamó a Mosse aquella misma noche. Abajo, en el pequeño local de desayunos, expuso sus exigencias y su punto de vista con la boca junto al teléfono que olía a cebolla, mientras una radio machacaba la última canción popular. Después

de haber hablado con Mosse, tomó aliento y como en busca de Potter. A este le sacó de una trasnochada partida de póquer que estaba jugando con unos desconocidos y tuvo con él una conversación en el cuarto ropero de la patrona de la casa. Potter habló en términos elevados y convincentes de los sacrificios en aras del arte y calculó que la Compañía Continental de Opera necesitaría un capital en efectivo de ochenta mil dólares para poder actuar. A Doris no le pareció mucho por lo que para ella representaba.

Una semana después se firmaban los contratos. En ellos no se consignó un punto importante: que Doris se había comprometido con Shugers a realizar un viaje, sin rumbo, ni límites, en el «Swanee».

XXI

A los treinta años, Dorina Rossi había alcanzado fama, la fama deslumbradora y efímera de una diva de ópera.

«La Rossi es una personalidad —escribía el redactor de la International Musical Press—. No se limita al repertorio de un determinado idioma y por eso sus compañeras no la miran con muy buenos ojos. Canta los interesantes papeles italianos de “Tosca” y “Aída”; canta “Carmen” y “Thais”, lo mismo que las difíciles interpretaciones del repertorio alemán moderno. Y parece predestinada para estas por su belleza y sus extraordinarias condiciones dramáticas. Ella misma nos contó, con una sonrisa modesta, que lo debía casi todo a sus maestros. No se ignora que Dorina Rossi fue el último amor del difunto Potter, que estudió con él la mayor parte de los papeles que cantó en la sensacional *tournee* de la Continental Opera por toda América. No es menos sabido que dicha jira motivó el descubrimiento de Dorina Rossi por la Metropolitan Opera».

»Cuando entramos en el camarín de la *prima donna*, esta nos dio la impresión de una mujer nerviosísima y en la Metropolitan se tiene muy en consideración la extremada sensibilidad de la diva que llena las arcas de la empresa. No es ningún secreto que los directores de orquesta, los ayudantes y los compañeros obligados a alternar con Dorina Rossi, tienen sus dificultades. El que un día fue su maestro y hoy alterna con ella, el *cavaliere* Dalmonte, se negó con vehemencia italiana a cantar con ella. Entre bastidores se dice que Dalmonte hace depender la firma de un próximo contrato de la condición expresa de no cantar con la Rossi. Son celos muy comprensibles de una eminencia que va hacia el ocaso, celos de la juventud que le resta éxito con su voz. Basta haber hablado una vez con Dorina Rossi, haber profundizado en sus ojos fascinadores y haber visto su sonrisa llena de un cinismo melancólico, para comprender por qué arrastra al público cuando canta».

Dorina dejó el periódico con los otros que estaban sobre su cama. Después empezó a abrir las cartas que la Salvatori le había entrado con el desayuno. Eran las ocho de la mañana. Las cortinas aún estaban echadas, pero tenía la ventana abierta de par en par. Nadie había apagado la lamparita de la mesita de noche. Llegaban, como desde muy lejos, los ruidos matutinos de Nueva York, porque vivía entonces en el piso cuarenta y ocho, en el más alto de una de las casas recién construidas al este del Central Park.

Era mucha la correspondencia que había llegado aquel día y, en general, sin ningún interés. Dorina se entretuvo sobre todo con una carta, que manoseó y leyó detenidamente dos veces. Era de René. La evidencia de que se le olvidaba el francés que tan rápidamente había aprendido, le producía congoja. Aquella carta, que había abierto con cierta ilusión, le molestó más que ninguna. René, adulator y egoísta como siempre, le comunicaba que se había casado y que necesitaba dinero. *Denaro* decía textualmente.

Para mayor delicadeza. Recordaba Doria todo lo que había hecho por ella y le pedía apoyo para la ópera que estaba componiendo.

Lo que más exasperó a Dorina fue el hecho de que aquella carta fuera la centésima que recibía de la misma especie. Surgían por todas partes personas a las que debía agradecimiento. Desde qué había triunfado, todos solicitaban algo de ella, no había recibido atención, ni regalo, ni complacencia por lo que ahora no le exigieran la devolución por centuplicado, alegando sus ganancias y sus influencias. René era el último de esa serie de acreedores sentimentales y no lo habría esperado de él. Con el ceño fruncido, intentó imaginarse un René juicioso y de costumbres caseras, pero no lo consiguió. «¿Por qué no puedo recibir una carta en la que no me pidan nada?», pensó. El no tener noticias de Basil contribuía mucho a su congoja. Cowen había logrado finalmente, con su constancia, que le levantaran la prohibición, que le habían impuesto como sanción, de no escribir cartas durante seis meses. Basil observaba durante largos períodos una conducta modelo, pero, sin más ni más, se sublevaba y en consecuencia le retiraban de nuevo todos los privilegios de que podía gozar en la cárcel.

Al pensar en Basil, toda la cólera de Doris se concentró en la carta de René. La estrujó y la tiró sobre la alfombra de lana blanca. Este acto era puramente simbólico, ya que la señorita Butcher, su secretaria, lo recogía todo. Alisaba las cartas que encontraba diariamente en aquel estado hasta reconstruirlas y contestaba a todas. La señorita Butcher era también la encargada de los autógrafos porque imitaba muy bien la letra de Doris.

Dorina apagó la lamparita y volvió a cerrar los ojos. No intentaba dormir, sino recordar. Había experimentado que los pasajes que estudiaba en aquellas horas de la mañana, antes del baño, quedaban firmemente grabados en su memoria. Con el pensar miento siguió las palabras y la música de Tatiana de «Eugène Onegin», de Tchaikowsky, una nueva partitura que tenía que cantar en francés. Los ensayos de la polvorienta ópera adelantaban y Dorina se había propuesto cantarla de memoria en el último. Apretó los dedos de los pies contra la cama e hizo un esfuerzo de memoria. Después comenzó con los ejercicios respiratorios. Aspiraba, contaba hasta catorce y espiraba. Inspiraba, contaba y espiraba. Treinta y seis veces consecutivas: era uno de los ritos del método Dalmonte. Lo practicaba desde hacía años como un deber, pero no podía evitar el torbellino de sombras negras en los ojos, pues aquel ejercicio suponía corazones muy sanos.

Como todos los días, el desayuno se había enfriado. Encendió de nuevo la lamparita, tomó de mala gana el puré destinado a mantener sus energías y después un par de granos de un racimo de uvas que conservaba aún su frescura. Luego llamó, apartó la ropa de la cama y ya se había puesto de pie cuando entró la Salvatori.

La vieja cantante estaba cambiada. Sus botas se quejaban rítmicamente al andar bajo el peso de su cuerpo. También se había decidido a tener el pelo gris y lo llevaba corto.

—*Madame* —dijo Dorina—, no quiero ver más el chinito en mi cuarto de vestir. —La Salvatori levantó las manos aterrada—. Tírelo usted a la basura —gritó Dorina, nerviosa—. ¿Hay alguna novedad? —preguntó desde la puerta del cuarto de baño, al ver que la Salvatori la miraba desconsoladamente.

—El doctor Sardi ha llamado por teléfono. Dalmonte te ruega encarecidamente que ensayes una vez más esta mañana el dúo y el final —dijo la Salvatori, tímidamente.

Dorina parecía dispuesta a dispararse como un cohete a la menor cosa que se le dijera.

—¡Bah! —exclamó con un ademán de hastío, y se metió en el cuarto de baño.

La Salvatori la siguió.

—¿Puedo decir que sí? —preguntó, solícita.

Hubo una larga pausa. La Salvatori respiró profundamente. La verdad era que el ensayo había sido señalado para las once sin el consentimiento de Dorina. Los matices insospechados e innovadores que a ella le había enseñado Potter, sacaban de quicio al viejo Cantante Dalmonte. Cada juicio adverso sobre su voz envejecida, cada aplauso débil, los achacaba a las necias actuaciones de Dorina, que lo estropeaban, todo. El doctor Sardi le fomentaba el recelo. Doris no tenía en cuenta ni una sola de las clásicas reglas de la ópera que le habían inculcado en un pasado inverosímil.

Ella sabía todo eso y estaba asqueada. Preveía un serio escándalo en el ensayo de las once y necesitaba todas sus fuerzas y nervios para la noche. Pensativa, extendió por su piel la nueva espuma del jabón de espliego, como si eso pudiera proporcionarle alivio.

Entre la hora del tocador y del ensayo se presentó la señorita Butcher. Dorina no podía soportarla, pero le faltaba tiempo para buscar y adiestrar a una nueva secretaria. Era cierto que su antipatía no tenía fundamento y ella no lo ignoraba. La señorita Butcher era un modelo de previsión y de cumplimiento del deber. Pero había vivido tiempos mejores; descendía del barrio aristocrático de Park Avenue y la bancarrota la había obligado a convertirse en secretaria particular. Llevaba zapatos de tacón bajo y guantes impecables; corregía en voz baja y educada los yerros que cometía Dorina en inglés y disponía las cenas ligeras y las solemnes, las recepciones ineludibles y las utilitarias, como si no vivieran en aquel piso alto del barrio del Oeste, sino en Park Avenue. La señorita Butcher era, en resumen, una *lady*, especie que Dorina soportaba aún más difícilmente que las Mickies y Duckies con las que la había reunido el azar en ciertos momentos de su vida. Durante el tiempo que estuvo con la señorita Butcher en la llamada biblioteca, hojeando los libros de cuentas domésticas, no hizo más que prepararse para el inevitable altercado con Dalmonte. Si pudiera convencerlo de que en el último acto, cuando ella entraba y lo abrazaba por detrás, él no debía moverse y volverse hacia ella, echándolo todo a perder... «Cavaliere —suplicó mentalmente—, permítame que llegue hasta usted por detrás, así no perderá de vista al director y el público lo verá mejor. Es un pormenor que, lejos de perjudicarle, le favorecerá».

—¿De qué clase? —preguntó la señorita Butcher, interrumpiendo sus pensamientos.

—No sé de qué me está hablando —murmuró, sobresaltada.

—Ha telefonado Henley. Puede vendernos auténtico champaña de importación a ciento treinta y cuatro dólares la caja y otro menos auténtico a noventa y cinco dólares. ¿De cuál encargo?

—No podemos servir un champaña que no sea de importación —dijo Dorina, pensativa. Ganaba mucho dinero, pero los apuros económicos no desaparecían.

«Si un hechicero me otorgase la realización de un deseo, yo escogería tener siempre en el bolsillo un centavo más de lo que necesito —le había dicho pocos días antes Bryant, padre—. Tú eres de las que tienen siempre un centavo menos».

—¿Y si el camarero llevase siempre la servilleta alrededor de la botella, de modo que ocultara la etiqueta? —preguntó la señorita Butcher con tono consolador—. Sus invitados no entienden de champaña —añadió con ironía casi imperceptible.

—Decida lo que quiera —dijo Dorina, levantándose e impaciente.

—Necesitamos también dos docenas más de servilletas de cóctel y toallas para los lavabos —murmuró la señorita Butcher. El piso había sido alquilado con muebles, pero el ajuar de Dorina tenía que completarse.

—No me sobra el dinero —dijo Dorina, corriendo al piano.

Flotaba en el ambiente los olores de muchas flores, que se mezclaban y luchaban entre sí. Dorina acarició rápidamente un manojo de narcisos tempranos, como retardando instintivamente el momento ingrato de cantar la primera nota. De poco le valió el retraso, porque finalmente tuvo que sentarse al piano, paciente y esforzada. Por las mañanas sus cuerdas vocales solían rebelarse y las notas sonaban broncas y duras. Se levantó y empezó a cantar paseando por la habitación, con cautela y precisión hasta que la voz se hizo un poco dúctil.

—*Madame...* —llamó, asomándose a la antesala. La Salvatori no se hizo esperar. Crujieron sus botas. Se sentó en un rincón y se dispuso a escuchar. Dorina volvió al piano, atacó un par de acordes y empezó a cantar. La Salvatori escuchaba con el rostro crispado y corregía con monosílabos. La señorita Sutchter, sin trasponer el umbral de la puerta y aprovechando el momento en que Dorina carraspeaba y escupía cuidadosamente en el pañuelo, anunció que era la hora del ensayo. La Salvatori le dirigió una mirada venenosa y dramática. Entre ambas mujeres existía una rígida repartición de atribuciones a la par que unos celos vehementes. Todo lo relativo a la escena incumbía a la Salvatori y lo doméstico y de vida de relación a la señorita Butcher. Era una usurpación que la señorita Butcher se preocupase del ensayo. Dorina vio cernirse las nubes de tormenta en la habitación cargada del olor de las flores.

—¡No os peleéis, criaturas! —dijo benévolamente.

—Yo creía que la radio pertenecía a lo musical —contestó la señorita Butcher, rápidamente. La cólera de Dorina estalló.

—¡Muy bien! ¡Peleaos! ¡Crispadme los nervios! Yo no merezco ninguna consideración. No tengo más utilidad que cantar «Tosca».

En medio de un silencio sepulcral las dos enemigas pasaron por detrás de Doris y se retiraron a la antesala. Era una habitación oscura, sin ventanas, con un antiguo banco de iglesia en un lado. De él se levantó Marcelle Pollock cuando se acercó Dorina al armario de pared para sacar el abrigo de pieles.

—Hola, Marcelle —dijo con indiferencia y pasó delante de ella.

—¿Ha leído usted la «Musical Press»? —preguntó *Marcelle*, nerviosa. Cometía una falta de fonética frecuente en las mujeres de los Estados del Sur; todas sus *s* y *sh* sonaban como efes—. ¿Verdad que es magnífico? ¿Está usted satisfecha?

—Está muy bien —murmuró Dorina, poniéndose el sombrero.

Marcelle era su agente de publicidad y trabajaba como un caballo por su popularidad.

—¡Está muy bien! ¡Está muy bien...! —repitió—. ¿Qué es lo que quiere usted?

«Es verdad, ¿qué es lo que quiero?», pensó Doris. Se acercó a Marcelle y le acarició la mejilla. Ella inclinó la cabeza y besó la mano de Dorina, quien la retiró rápidamente.

—¿Puedo ir en el coche hasta la calle Cuarenta y Ocho? Tengo que hacer muchas cosas —dijo la señorita Butcher.

—No —contestó Dorina, resueltamente—. Coja usted el Metro. —En la cara de la señorita Butcher aparecieron aquellos rasgos de aflicción que daban testimonio de sus mejores tiempos. Mientras Dorina, sin preocuparse de aquel semblante afligido, salía a la escalera, la Salvatori, ya con el abrigo y uno de sus románticos sombreros de pluma, ladeado al azar sobre su pelo gris, pugnaba con su cuerpo por acercarse a Doris—. ¿No me dejarán en paz ni un momento? —gritó sin pensar que perjudicaba su voz—. Quiero que me dejen sola, ¿entienden? He de estudiar. He de hacer memoria y no puedo atender a sus estúpidos problemas. ¡Fuera de aquí! ¡No quiero verles más!

Y se contuvo para no cerrar violentamente la puerta en atención a que la señorita Butcher era una *lady*.

En el ascensor se arrepintió ya de haber gritado, en consideración a su voz por una parte y, por otra, doliéndole la turbación de los semblantes de las que le eran más fieles.

Dorina no tenía coche propio. Había llegado a un acuerdo con el dueño de un coche grande, antiguo y muy negro. El dueño y el vehículo, lo mismo que la señorita Butcher, habían conocido tiempos mejores. Él se llamaba Hadlock y era un conocido de antaño.

Ida la señorita Butcher y esta le había procurado entonces un medio de ganarse la vida. Llevaba un sombrero hongo que se quitó al subir Dorina al coche.

—Buenos días, señor Hadlock, ¿cómo está usted? —preguntó ella afectuosamente, como si esta afectuosidad pudiera servir para reconciliarla con las

tres mujeres ofendidas que había dejado arriba.

Se sentó en un rincón del coche y al cabo de unos momentos se había identificado otra vez con su nuevo papel de Tatiana.

En cuanto apareció en el escenario vio a la Salvatori que la estaba esperando. Doris se echó a reír. Se imaginó la precipitación de la antigua diva por llegar antes que ella en el Metro y corriendo por las calles.

—Te has olvidado el bolso —dijo triunfalmente, blandiendo el *corpus delicti*.

Dorina lo cogió, la besó en la ancha mejilla marchita y leyó en la pizarra la hora del ensayo.

Abrió la puerta de la amplia habitación cuyo centro habían dejado libre para mayor holgura de los cantantes. A lo largo de las paredes había hileras de asientos vacíos y un piano inverosímil bostezaba con la tapa abierta. El sudor de generaciones de cantantes flotaba en el ambiente y Dalmonte no quería ventanas abiertas.

El *cavaliere* la abrazó al entrar y ella se inclinó y le besó la mano. Así lo hacía siempre, como si esto pudiera reconciliarle a él con ella y para demostrar a todos que se gloriaba de haber sido su alumna. De esta circunstancia había sacado Marcelle una información preciosa que corría por los periódicos. Tras de los saludos, Dalmonte se quitó la bufanda y se preparó. También había contado treinta y seis veces hasta catorce y respirado cada vez, como sabía muy bien Dorina. Se dio un par de golpecitos en el punto estratégico encima del estómago, donde retenía el aire que daba apoyo a las notas y, por lo visto, lo encontró todo normal. «Mi-mi», cantó, paseando de un lado a otro. «Mi-mi-mi».

—Cuestión de diez minutos —aseguró el director de orquesta desde el plano. Era Cranach, el mismo que un día había animado a Donna después de su fracasada prueba. Desde entonces se le conocía en el mundillo teatral como «el hombre que descubrió a Dorina Rossi».

—Bueno, empezaremos cuando gusten. Yo no tengo prisa —dijo Dorina, con el propósito de descargar la atmósfera.

El ayudante del *regisseur*^[41], un hombre ignorante e inepto, cogió un par de sillas, las puso en el centro de la habitación y marcó con unas rayas de yeso en el suelo el límite del improvisado escenario. Hubo unos segundos de absoluto silencio antes de empezar. De la sala de los coros que estaban en el piso de arriba, llegaba el canto de las aldeanas de «Eugène Onegin».

Dalmonte se dejó caer en una silla, apoyó la cabeza en las palmas de las manos y cantó en voz baja: *Amate mai tanto la vita, tanto la vita*. Dorina entró oportunamente y se acercó a él.

—¿Por qué no vienes por la derecha? —preguntó Dalmonte excitado.

—Por la derecha vengo. ¿Verdad que vengo por la derecha? —preguntó al *regisseur*.

—Entrada por la izquierda —dijo este, después de hojear la partitura.

—Sí, pero cruzo el escenario y después sigo adelante por la derecha —explicó

Dorina.

—Si tengo la mesa delante de mí, no puedo cantar hacia la izquierda —dijo Dalmonte.

Eran las once y diez minutos.

A la una todavía estaban ensayando. El escándalo mayúsculo había estallado a las doce. Mutuamente se dijeron verdaderas barbaridades.

—Te saqué de la nada —gritó Dalmonte—. Te mantenía de mi bolsillo para que no te murieras de hambre y tu voz era la de un puchero roto y ahora quieres decirme lo que tengo que hacer en el escenario.

Doris no se quedó atrás.

—¡No puede usted volver la cabeza a la izquierda porque lo ha hecho mal durante cincuenta años! ¡Ya es usted demasiado viejo para la ópera! —dijo, sin levantar la voz, lo que produjo mucho efecto después de los rugidos de Dalmonte. Pero, inmediatamente, perdió el dominio sobre sí misma y gritó al *regisseur*—: ¿Cómo voy a interpretar una escena de amor si me ponen delante un pedazo de madera en vez de un hombre?

El *regisseur* sudaba sin saber qué hacer. Cranach se volvió del piano sin levantarse de su silla y dijo / tranquilamente:

—No te descases, Dorina. Con el tiempo tú también llegarás a vieja y te empeñarás en seguir cantando.

Se produjo un silencio. Dorina se mordió los labios que se le habían enfriado de cólera y congoja. Inesperadamente comenzó a sonreír. Movi6 la cabeza. «No», pensó. Era aquella una emoción singular.

—No, yo no llegaré a ser vieja —contestó suave* mente, con una sonrisa despectiva.

El silencio se hizo más profundo y volvió a oírse el coro de aldeanas en el piso de arriba.

Todos conocían el estado de salud de Dorina. No lo sabía solamente Marcelle, que sacaba partido de ello con sus informaciones intrigantes y conmovedoras en los periódicos. Todos se daban cuenta de que los ojos de Dorina eran cada día más grandes y que se hundían cada vez más, aumentando sus fulgores y veían que su cuerpo ardía interiormente, consumido por una llama invisible.

—Está bien. Sigamos —ordenó Cranach, atacando finalmente un acorde.

—Ven por la izquierda y colócate detrás de mí —murmuró Dalmonte, y siguió el ensayo. Ya no se trataba de cantar a media voz. Desplegaron toda su potencia aunque la representación se realizaría aquella misma noche. Dalmonte se había quitado la americana, el cuello y la corbata y la camisa le salía por encima del pantalón, sin mengua de su actuación escénica y dramática.

Doris sentía las ropas húmedas de sudor, pegadas al cuerpo, y el pelo empapado por el sudor de la frente. A la hora y media cantaban el *duetto*.

—Ahora, ni una palabra más. Acostaos y que descanséis —dijo el director de

orquesta.

Dorina besó la mano de Dalmonte y este le acarició el pelo. Ella atravesó rápidamente el escenario desierto para lavarse en su habitación.

Allí la esperaban no solo la Salvatori, sino también Marcelle.

—¿Qué asamblea popular es esta? —preguntó, quitándose el vestido para darse una ducha caliente.

A la luz del día resaltaba lo viejo y sucio de aquella habitación. A Dorina le gustaba aquel descuido, aquel olor rancio de los afeites, de los pobres escenarios, aun siendo ya célebre. Echó un vistazo al tocador mientras la Salvatori le daba un masaje de alcohol. El chinito había desaparecido.

—Solo he querido recordarle las fotografías —dijo Marcelle perentoriamente—. A las cuatro.

—Precisamente el mismo día de «Tosca» —murmuró Doris, exasperada.

Sentía un cansancio mortal y tenía que hacer cosas urgentes e inaplazables.

—Son para *Vogue*. Es importante. No se ha podido arreglar de otro modo —explicó Marcelle, suplicando. Dorina se puso nuevamente el vestido que se ceñía a la piel húmeda y fría. Contestó con un ligero escalofrío—. Vendrá el señor Bryant con «Jou-jou»; será una fotografía preciosa —auguró Marcelle.

—¿Y dónde será? —preguntó Doris, resignada.

—En casa. No se cansará ni lo más mínimo. Después se acuesta usted y, al levantarse, se encontrará fresca y reanimada.

—¡Acostarme! ¡Que me ahorquen si me acuesto! —dijo Dorina. A veces necesitaba desahogarse para reanimar la marcha de su corazón vacilante—. Dejadme en paz —añadió—. Tengo algo más importante que resolver. Si tardo, no dejéis que se marche el fotógrafo. Esperadme.

Marcelle se retorció las manos, vuelta de espalda para Ocultar su nerviosismo. La Salvatori la cogió por la manga y se la llevó. Regresó después sola en el momento en que Dorina se ponía el sombrero.

—Por lo menos, ¿no tomarás algo, niña? —preguntó con su mirada canina.

A veces volvía al tono del pasado y esto, en algunas ocasiones, emocionaba a Dorina y, en otras, la incomodaba.

—No se preocupe por mí, *madame* —dijo al salir.

Se tomó un vaso de leche malteada en un *drugstore*^[42] de la esquina próxima y sintió más sed después de beberlo. Había despedido al coche y tomó un taxi para ir al despacho de Cowen que se había trasladado de la calle Catorce a la Treinta y Cinco, y tenía entonces un cierto prestigio. Él la saludó con empaque y sus razones tenía.

—Llego con un poco de retraso —dijo, disculpándose—. Lo lamento. No podemos perder más tiempo. Prometí a Chander que estaríamos en su despacho a las tres. Tiene muchísimo trabajo.

—Cuando guste —contestó Cowen.

Dorina comprendió su actitud ofendida, pero no había podido evitarlo. La causa

era la decisión que ella había tomado de que todas las gestiones para la libertad de Basil las hiciera junto con Chander. El plazo para intentar con probabilidades de éxito la libertad condicional de Basil estaba próximo. Cowen había realizado ciertas gestiones en las que Dorina no confiaba mucho y deseaba la colaboración de Chander que tenía la fama ambigua y sensacional de haber logrado la libertad de cuatro homicidas y de tres ladrones de Bancos. Le gustaba el espíritu afilado como un cuchillo de Chander. Cogió del brazo a Cowen para apaciguarlo.

Mientras recorrían las dos manzanas que mediaban hasta el despacho de Chander, Cowen empezó a desahogar su corazón.

—No sé lo que puede hacer ese Chander que no pueda yo —dijo—. Mientras usted no tenía dinero yo fui bueno. Era el mejor amigo cuando no podía pagar ninguna minuta. Ahora, desde que dispone de dinero, ya no soy tan bueno. ¡Chander! Tengo curiosidad de ver lo que conseguirá ese Chander.

Dorina se quedó plantada en plena Madison Avenue y se acercó tanto a Cowen que este retrocedió un paso.

—¡Válgame Dios! ¿No empezará usted a hacerme escenas? —preguntó con voz suave.

—Todo Nueva York sabe que se ha vuelto usted brutal y desconsiderada desde que tiene éxito —dijo él, y se calló después.

—¡Hombre de Dios! ¿No se da cuenta de lo que nos estamos jugando? —murmuró sin que su voz se alterase—. He de tener a mi lado a Basil muy pronto y no me importa quien lo saque. Lo que me importa es su libertad.

—¡Si al menos tuviese usted paciencia! —dijo Cowen, pero Doris rechazó sus palabras.

—Bastante^ paciencia he tenido. ¡Paciencia, Dios mío! Ya no puedo tenerla. Me falta tiempo. Ya no puedo tener consideración con nadie, ¿me entiende? Para mí no hay más que una cosa: la libertad de Basil.

Cowen tardó en hablar.

—¿Puede usted decirme qué es lo que hará Chander?

—Lo contrario que usted —dijo Dorina—. Usted ha provocado a la gente, ha infundido miedo con sus discursos radicales y socialistas. Chander es un hombre de sociedad. Sabe moverse y conoce las puertas disimuladas. Sabe jugar el dinero. Ya se lo explicará a usted. Hay un senador llamado Foster que tiene una gran influencia en la Junta de Libertad Vigilada. Él y Chander han sacado a muchos de la cárcel antes de terminar su condena.

—Sí, a gánsters —refunfuñó Cowen.

—Chander sabe moverse. Si Foster no consigue la libertad de Basil, nadie la conseguirá —afirmó Doris.

—Basil no es un malhechor que pueda cederle la mitad del botín —dijo Cowen—. Foster es un hombre venal, un cerdo corrompido, un sobornador.

Doris se encogió de hombros.

—Probablemente —murmuró y no hizo más comentarios.

—Yo me lavo las manos. No me haga responsable de lo que suceda. Me lavo las manos —murmuró Cowen, malhumorado. Su piel rosada bajo el escaso pelo gris había adquirido un color carmín. Entraron con los rostros crispados en el portal de imitación de mármol, del gran edificio donde tenía su despacho Chander.

Una sala de espera. Una larga antesala. Después la entrevista con Chander optimista y condescendiente. Una vez más Dorina intentó hablar en tono bajo con el fin de reservar la voz para la noche. Pero el tema era demasiado candente y trascendental. La discusión subió de tono, se excitó. Cowen llamó al senador Foster político corrompido, sinvergüenza, venal y digno representante del podrido capitalismo. Chander se limitó a sonreír y a ofrecer cigarrillos.

—Con las personas decentes no hemos tenido suerte hasta la fecha —dijo Doris sin alterarse.

De pronto, sintió un pánico espantoso: estaba ronca. Cuatro horas antes de aparecer en escena se había vuelto ronca por hablar desenfrenadamente. Al apretar la garganta notó el seco cosquilleo con que empezaba la ronquera. Se disculpó como pudo y dejó solos a los dos abogados que no salían de su asombro. «La señorita Butcher mandará un buen cheque a Cowen», pensó, mientras bajaba la escalera.

A las cinco y diez llegó Dorina sin aliento a su casa, como si hubiese hecho corriendo el trayecto desde Madison Avenue.

—Todavía está el fotógrafo —murmuró Marcelle que le había abierto la puerta y que se calló todos los reproches al ver el rostro pálido y febril de Dorina.

—Estoy ronca —murmuró a la Salvatori...

La diva corrió a la cocina. Ciruelas pasas. Un huevo batido con azúcar y aceite. Una limonada caliente. El pulverizador... Un vaso se le cayó de las manos temblorosas y se rompió. La Salvatori respiró aliviada.

Buena señal, buena suerte en perspectiva.

El fotógrafo se había instalado en la habitación, rodeado de focos y con su cámara de gran tamaño. «Joujou» saltaba a su alrededor, como un ovillo de seda color arena, loco de contento. Dorina lo cogió y apoyó su rostro contra su pelaje, descansando un momento con el grato calor del animal. El fotógrafo disparó una placa.

—¡No! —exclamó Dorina—. Tengo un aspecto lamentable. He de arreglarme antes.

Pero el fotógrafo impresionó una segunda placa.

—No comprendo cómo no trabaja en el cine, señorita Rossi —dijo, mientras manipulaba la máquina nervioso y agitado. El humo del cigarrillo le entró en el ojo izquierdo. La Salvatori entró con todos sus saludables potingues y Doris bebió confiada y agradecida la limonada caliente.

—De pronto me he puesto ronca —murmuró, lar mentándose en el momento en que Bryant salía de la biblioteca y se detenía ante la puerta con una sonrisa de satisfacción.

—Ahora tenemos que dejar tranquila a *Madame* que ha de cantar esta noche.

Pero el fotógrafo impresionó una placa tras otra. Dorina ya se había acostumbrado a las fotografías. Ofrecía a la cámara la mitad izquierda del rostro, la mejor. También «Joujou» sabía adoptar posturas favorables y, al parecer, le divertía extraordinariamente que lo retratasen.

—Gracias por haber venido con «Joujou» —murmuró Doris cuando hubo salido el fotógrafo—. Supongo que irás a la ópera —dijo al viejo Bryant que iba de frac.

—Naturalmente —contestó él—. Y si no te encuentras demasiado cansada podremos dar un paseo a la salida.

Doris lo miró pensativa.

—¿Tú no te cansas nunca, Frank? —preguntó sonriente.

—Muy pocas veces —convino Bryant—. Mi punto débil es una especie de voracidad ante la vida.

—¿Lo quieres todo? —preguntó ella sin dejar de sonreír.

Era agradable contar con la amistad del viejo Bryant.

—No, no tanto. Quiero verlo todo. Soy un espectador nato —contestó con calma—. Pero no hagas más filosofía y vete a descansar.

—Muy bien —murmuró ella, agradecida. Cuando se sentía ronca era la mansedumbre personificada—. Puedo dormir dos horas. ¿Tú qué piensas hacer?

—Iré al club, cenaré allí y nos veremos después de la representación.

—*Auf Wiedersehen*^[43] —dijo Doris, tendiéndole la mano.

—*Au revoir*^[44] —contestó Bryant al salir.

«Joujou» siguió a Doris, mordiéndole de paso el borde de un cojín del sofá.

Doris se sentía agotada, pero una vez en la cama, con la habitación oscura y tranquila, no logró dormir. Siempre se acostaba antes de una representación y de nada le servía la experiencia: nunca lograba dormir. Empezaba la inevitable fiebre de las candilejas como las enfermedades de cuidado, con un frío que la hacía temblar. Permaneció en la cama tiritando y muy tapada para entrar en calor. Pero no podía vencer ni el frío ni el temblor. «Tosca» comenzaba a desarrollarse en su cabeza; acudían a su memoria sin esfuerzo las melodías y los pasajes difíciles. Abajo había empezado la noche de la gran ciudad con su constante zumbido como el del interior de una concha marina. En la esquina rechinaban como siempre los frenos de los coches ante una señal de paro y al otro lado del Central Park surgían los leones. Como un gemido subían los rumores hasta el piso cuarenta y ocho. Doris se levantó y se acercó temblando a la ventana para cerrarla. En el dormitorio había una calefacción excesiva. Apagó la luz y cerró los ojos, la Salvatori entró en la habitación con una botella de agua caliente que puso debajo de los pies helados de Doris. Así llegaron las seis.

Doris se levantó dominada por la impaciencia. A duras penas, se resignaba a esperar la hora de la representación. Se había olvidado, cosa singular, de su ronquera.

—*Madame* —gritó y su voz sonó clara y pura.

Mientras se hallaba en el baño de agua caliente, la Salvatori con una partitura y un lápiz, sentada cerca de la bañera, escuchaba a Dorina y le hacía indicaciones como un apuntador escrupuloso. Dorina no cantaba realmente, sino que repasaba muy por encima la ópera, deteniéndose en los pasajes difíciles. El baño caliente y el repaso del papel eran lo que le infundían seguridad antes de las representaciones. La señorita Butcher tenía orden terminante de no aparecer en aquellos momentos. Doris no habría podido soportar su rostro afligido cuando en su interior sucedía algo tan misterioso y grande como a la oruga cuando se convierte en mariposa. Sin darse cuenta iba convirtiéndose, poco a poco, en «Tosca». Cuando dos horas antes de la representación salía de su casa, caminaba ya con el paso elástico propio del escenario.

—Buenas tardes, señor Hadlock —dijo, sentándose al lado de su distinguido chófer.

La Salvatori se acomodó en el interior y se dirigieron de señal en señal a la ópera.

«*L'ora del dolore, perché, perché, signor...*^[45]», pensaba Dorina o no lo pensaba, sino que las palabras de «Tosca» surgían en ella sin proponérselo. Aquel cuarto de hora la entusiasmaba: la ansiedad, el corazón oprimido, la certeza de que nada podría impedir que saliese a escena y cantara... No se daba cuenta de lo apretados que se destacaban sus labios al reflejo de las luces de la calle. «Todo ha sido obra mía», pensó. Estaba orgullosa de sí misma, al sentirse dominada por el pánico de salir a escena.

Ese pánico creció mientras se caracterizaba y su nerviosismo llegó a hacerse insoportable. Solo en el amor se daban semejantes emociones, en el amor de verdad, en el aciago como el de Baúl; no en el amor fácil y feliz como el de René.

—¿Dónde está el chinito?

—Lo he quitado —dijo la Salvatori.

—¿Qué lo ha quitado? —preguntó Dorina—. ¿Por qué? ¿Se ha vuelto loca? ¿Cómo voy a cantar si me ha quitado mi mascota?

—Tú misma me lo ordenaste —refunfuñó la Salvatori, ofendida.

En aquel preciso momento Dorina se apartaba el pelo de la frente para echarlo liso hacia atrás. Después se colocó una cinta blanca alrededor del rostro, formando el marco de la careta del maquillaje.

—Bien sabe usted que no debe de hacer caso de lo que digo cuando estoy nerviosa —observó con inesperada suavidad. La Salvatori, riéndose interiormente, sacó el chinito de debajo del almohadón de la sucia cama turca que ocupaba un rincón del cuarto. La figurita, satisfecha, se reflejó en el gran espejo que a Doris le servía para vestirse. El espejo pequeño para la caracterización formaba parte del tocador. En un rincón colgaban los vestidos que tenían una vida aparte.

Dorina sonrió al chinito de estaño, mientras manipulaba barritas de color.

«Hablaré a Gatti-Casazza de la ópera de René», pensó con la mejor voluntad del mundo. Al proceder al retoque de sus ojos parecía concentrada y silenciosa. *Fioriti campi immensi*^[46]... Era sorprendente el silencio en los camarines de las damas. No

había más papel femenino que el suyo en la ópera de aquella noche. Echaba de menos el murmullo a media voz, los cantos que, otras noches, se filtraban a través de los tabiques y mantenían sus nervios en gran tensión. Se limpió los dedos en la vieja bata que se ponía para el maquillaje y se tomó el brebaje que la Salvatori había preparado en el hornillo de gas que había en un rincón. Era un preparado de bromuro, una sustancia con un gusto parecido al del caldo, mezclada con un huevo batido. Dorina creía en el efecto mágico de esa bebida y de ahí su eficacia. La tomó a pequeños sorbos antes de pintarse los labios. La Salvatori hacía sus lacónicos y estimulantes comentarios.

—Casi todas las localidades están vendidas. Cuando cantas tú, se vende todo. Esmérate en interpretar aquel pasaje de *Un folie amor*, lo mismo que la otra vez. Produjo un profundo efecto. ¿No te diste cuenta de cómo el público contenía la respiración?

Doris se había dado cuenta, pero no quería hablar. Aquella sensación arrobadora que experimentaba cuando se hallaba en el escenario y su garganta daba de sí todo lo que ella le exigía y el público contenía el aliento era algo tan íntimo como una pasión. Volvió la cabeza hacia la Salvatori y, como otras veces, le pareció que ocupaba demasiado sitio. Crujían sus botas, su acento era demasiado duro y los ademanes, como siempre, dirigidos al cuarto piso.

—Ahora déjeme sola y que la peinadora entre dentro de diez minutos —dijo impaciente.

La Salvatori desapareció sin decir palabra, una sombra ofendida de doscientas libras de peso. Doris permaneció irnos instantes mirándose al espejo, después guardó la barrita de color. Era el regalo que un día le había hecho la Salvatori. El reloj de pared se oía en el silencio del camarín. Dorina esperaba impaciente el principio de la representación como si fuese una cita temida, anhelada y a la vez peligrosa. Nada podía compararse con aquellos momentos de espera...

Dorina era siempre una de las artistas más puntuales. Hasta entonces no habían empezado a animarse los pasillos y se oían los primeros instrumentos que afinaban vagamente los músicos. Velada y sutil el arpa; el oboe con su nota seca y quebradiza y después el gorjeo humorístico de un fagot. Llamaron a la puerta. Flores, dos ramos y una canastilla de la que colgaba una tarjeta: «¿No le sería permitido a una antigua amiga y admiradora verla en un entreacto?: Juddy Long. Long era un escritor que había triunfado con una revista. Juddy Long debía de ser la Juddy Bryant de antaño» la que después fue *marquise*^[47] Juddy de la Brunière. Doris se admiró al ver cómo surgían en el transcurso de los años y volvían a desaparecer los mismos seres al borde de su camino. Otra llamada a la puerta: la peinadora, una joven española con unas manos preciosas. Y otra llamada. El doctor Wintrop, mi anciano simpático con la cabeza cana y el bigote negro.

—¿Qué ha ocurrido esta tarde? —preguntó con el tono optimista que había adquirido en treinta años de frecuentar el teatro. Hablaba siempre como si tratara con

niños, y a Doris le parecía que iba a recibir un bombón de chocolate—. No acabaremos nunca con ese poco de ronquera nerviosa antes de cada representación, ¿verdad? ¡Asustar así a este viejo doctor! ¡Y después de las primeras notas ni rastro de ronquera! —Le dio unos golpecitos en la espalda, como quien acaricia un caballo: creía a ojos cerrados en la eficacia de estos golpecitos. Ya en la puerta dirigió una mirada de ansiedad contenida—. Si nos decidiéramos a comer un poco más tendríamos los nervios mejor templados —añadió cerrando suavemente la puerta para seguir de puntillas su visita al otro lado del escenario, donde se vestían los hombres, para ver a Dalmonte.

Doris volvió a sentirse ronca cuando oyó hablar de ronquera al doctor Wintrop. Dio un salto y recorrió agitadamente el espacio largo y estrecho, como una jaula, de su camarín. Sacó del armario un puñado de ciruelas pasas y, llena de confianza, como quien cumple un deber, comenzó a mascar la masa correosa y dulce. Intentó cantar en voz baja su primera frase. Ni una nota. El miedo golpeó su corazón como una maza. «¡Maldición! —murmuró—. ¡Maldición!».

Sonó un timbre. El primer aviso. Faltaban diez minutos. Al tercer toque empezaba la ópera. Doris se quitó el peinador y la camisa, los dejó en el suelo tal como cayeron y cogió el traje. Llamaron a la puerta.

—Me estoy vistiendo —murmuró completamente *trunca*.

—El director de orquesta en acto de servicio —le contestaron de buen humor. Dorina cogió el peinador jaspeado de manchas de maquillaje y, como pudo, se cubrió con él. Granach abrió la puerta—. ¿Todo va bien? —preguntó—. No se olvide en el segundo acto, al cantar *Pieta, pieta di me...* de fijar los ojos en mí. Y no entre hasta que yo dé la señal.

—Está bien. Gracias —dijo angustiosamente. Siempre le salía mal la misma frase. René y ella la habían ensayado muy por encima. Estaba segura de que aquella noche también se equivocaría, Lo sentía por Cranach. El timbre. Segunda llamada. «Y todavía sin vestirme», pensó Doris presa de pánico—. *Madame*, ¿dónde se ha metido usted? —gritó.

Ya no estaba ronca, pero no se dio cuenta. La Salvatori surgió en su sitio y le echó encima el traje imperio de terciopelo gris perla. Se arrodilló después delante de ella, le quitó los zapatos de calle y le puso los que el traje requería. Doris no cesaba en sus imprecaciones en voz ahogada, pero la Salvatori la oía como quien oye llover. Antes de que la hubiesen abrochado los zapatos, Dorina salió corriendo hacia el escenario. Llegó al telón dos minutos antes de la tercera llamada. Abajo, el conglomerado humano, movedizo y peligroso. A su alrededor el escenario, las candilejas deslumbradoras, la concha con el semblante tranquilo del viejo apuntador. Y la iglesia, el altar de los Attavanti y la escalera que subía a las almenas. El *regisseur* y un tramoyista estaban ayudando al anciano Dalmonte a subir hasta su elevado asiento. Él tenía en la mano temblorosa un vaso de agua, que escondió detrás de la escalera. Cuando Dalmonte cantaba se encontraban vasos de agua escondidos por

todas partes: en la escalera, en los bastidores, detrás de las sillas y hasta en los pliegues de sus flotantes capas. Dorina sonreía mirando hacia arriba, hacía el mundo de la tramoya, fantástico y familiar. Probaron los focos. De pronto al afinar de la orquesta enmudeció al pie de las candilejas.

—¡Dejen libre el escenario! —murmuraron.

Dorina se escabulló por entre bastidores. La tercera llamada. Un viejo tramoyista se acercó a ella y escupió tres veces sobre sus botas: sin esta ceremonia no habría podido cantar. Comenzó la obertura.

Doris corrió a su camarín y se puso el sombrero, mientras la Salvatori se acercaba a ella con el alto bastón imperio, tan emocionada como ella. Le hizo la señal de la cruz en el pecho. Sobre la puerta apareció en rojo una señal luminosa. Para mayor seguridad, un tramoyista se acercó a ella y dijo jadeante:

—Faltan tres minutos para la entrada.

Doris se arrimó a la pesada puerta de hierro del escenario, dio unos pasos como ciega entre un grupo de coristas y se detuvo entre los bastidores. El traspunte se situó cerca de ella con una partitura abierta para darle la salida.

—*Presto!* —cantaba Daimonte—. *Presto! Presto!* A Doris le temblaban las rodillas. No le quedaba aliento en el pecho, ni una nota en la garganta. Era demasiado tarde para, carraspear.

—Uno, dos... —contó—. *Mario!* —entonó aún entre bastidores—. *Mario! Mario!*

Cantaba, cantaba y respiraba avanzando hacia el escenario. Tenía la sensación del público, de la escena, de sí misma y sobre todo de su propia voz tan prodigiosamente clara y seductora. Pero, al mismo tiempo, vivía lejos, en Roma, en el siglo XVIII. Era la misma Tosca y al mismo tiempo cantaba «Tosca», un brillante papel en el Metropolitan Opera. Fue una buena noche, aunque Daimonte no se hallaba en la plenitud de sus facultades. Daba lo último y lo mejor. Nunca cantaba mejor que cuando lo hacía con Dorina. «Porque es su mejor discípula», decía la Prensa. Pero Doris sabía que era porque la odiaba y la envidiaba. Al terminar el primer acto, cogidas las manos húmedas y temblorosas salieron a saludar al público. Cuando el telón dejó de levantarse, Daimonte dio media vuelta y se dirigió sin decir palabra a su camarín. Dorina se precipitó hacia el sudoroso director de orquesta que asomaba por una escalera subterránea.

—La orquesta se oye demasiado —dijo—. Esto es una ópera, no un concierto sinfónico. Si seguimos así en el tercer acto no podremos tenernos en pie.

—Ya sabemos que no puedes cantar sino haces una escena en los entreactos —dijo Cranach, sin inmutarse.

Los tramoyistas pasaban entre ellos transportando decoraciones laterales. La Salvatori arrastró a Dorina a su camarín.

—Cambia el traje en vez de pelearte —dijo—. Y cuida tu voz. No es digno ese hombre de que te ocupes de él.

Doris pensó de pronto que él director con su orquesta excesivamente ruidosa era su enemigo jurado.

—Lo hace adrede —murmuró, mientras la Salvatori le quitaba el traje y le ponía el del acto siguiente—. Solo piensa en ocupar el primer plano con su orquesta.

Aún formuló otros cargos al director de orquesta, sabiendo que eran injustos. Era un procedimiento instintivo para mantener la tensión hasta que sonase el timbre. Se empolvó la cara. La Salvatori trazaba sus cruces.

—Una, dos y *Pietà*; una dos y... *Pietà*...

La señal luminosa... Empezaba el acto. Doris se colocó de pie detrás de un ventanal; fluía a raudales a su alrededor la luz de un foco deslumbrante. Se alegró. No quería ver a las coristas con quienes tenía que cantar las frases difíciles. Cerró los ojos. Su voz dominó a las demás, creció, aguantó y onduló. Después Doris se desplomó sobre un montón de jarcias, como la de los barcos que reproducen las viejas estampas, sobre las cuerdas del escenario y esperó exhausta su próxima entrada.

La ópera prosiguió con su acción tierna, heroica, cruel y dramática. Doris jugó con él malvado Scarpia. Su amado era sometido a tortura en la estancia contigua porque Scarpia quería arrancarte una confesión, forzarle a entregarse y ella lo asesina mientras lo besa y coloca tres velas encendidas a su cabecera. Era una ópera y aquello no tenía ninguna relación con la realidad; todo sucedía en otro planeta donde los hombres cantaban en vez de hablar y donde los sentimientos eran sencillos y directos como no sucedía nunca en la tierra.

Después del segundo acto, Doris aparecía sentada y llorando. En «Tosca» tenía que llorar mucho. Empezaban las lágrimas poco antes de concluir la plegaria; después cesaban y volvían en el último redoble del tambor que sonaba al fondo del escenario. Caracterizóse de nuevo, se lavó las manos y conservó él mismo traje de seda blanca recamado de pedrería de relumbrón. Luego le bastaría con ponerse encima un manto negro.

Empezó a buscar al *regisseur* que estaba en un rincón, discutiendo con el electricista.

—Hágame el favor de recordar al *cavaliere* que mi entrada es por la izquierda y que después me acerco y me coloco detrás de él —rogó con dulzura.

—Recuérdesele usted misma —contestó el *regisseur* malhumorado.

¡Habían hecho caso omiso del precioso claro de luna al final del acto; aquel precioso claro de luna que se filtraba por el ventanal e iluminaba lívidamente el cadáver de Scarpia!

Dorina llamó al camarín de Dalmonte. Le besó la mano al entrar y él lo permitió. ¿Acaso no era Dorina su discípula?

—Solo quiero recordarle, *cavaliere*, que me dirijo a usted por la izquierda y que me coloco detrás de usted —dijo con toda la sumisión que él pudiera exigir.

Pero el viejo cantante se encolerizó.

—Lo sé de sobra —gritó—. ¿Por quién me has tomado? ¿Por un idiota? Te acercas por la izquierda y te quedas en pie detrás de mí y yo me vuelvo. Un pormenor insignificante. Pero me doy por enterado. Así lo haré. No se hable más del asunto — cogió su peluca y se la puso.

Doris se disculpó.

Ultimo acto. Dorina se hallaba entre bastidores, oyendo la despedida que Mario le dedica. Ese acto le entusiasmaba: el toque de las campanas de Roma, la cruda voz del muchacho que canta detrás del escenario y después la exuberancia de aquel canto de despedida...

—¡Qué magníficamente canta Dalmonte! —murmuró a la Salvatori que esperaba a su lado con el manto negro en la mano.

Doris entró en escena. Recorrió los seis pasos que la separaban de Dalmonte y se acercó a él por la izquierda. Detrás de él se detuvo. Dalmonte no cantó. El corazón de Doris se detuvo. Dalmonte lo había olvidado todo. Ni se volvió ni cantó. Hizo caso omiso de él y de la mano del director que le hacía señas desde la orquesta. Dorina entró fuera de tiempo y lo mismo hizo Dalmonte. Trabajosamente llegaron a coincidir, pero tropezaron en el dúo en el que debían de haber entrado deslizándose en una góndola de ensueño. Pero, prescindiendo de ese incidente, durante unos momentos tuvo Doris la impresión de morir allí mismo, en el escenario, en pleno tercer acto de «Tosca». Su corazón se paró un buen rato, pero no dejó de cantar. Después, aquella mano invisible volvió a golpearlo y lo puso otra vez en marcha.

El dúo, la escena de la ejecución, el final... Doris subió a las almenas, cantó su parte y se precipitó del castillo de Santángelo sobre un colchón que olía a polvo y quedó tendida en él durante unos segundos, muerta de fatiga.

—¡A saludar! ¡A saludar, Rossi! —la llaman.

Cogida de la mano húmeda y temblorosa de Dalmonte se acercó a las candilejas. Una tormenta de aplausos. Se da cuenta de que el *cavaliere*, si pudiera, la envenenaría.

—Es la última vez que canto contigo —dijo furioso mientras caía el telón—. No permito que me ponga en ridículo una principiante. No quiero que me desbanque una mujer como tú. —Aplausos, sonrisas, reverencias, besamanos, más aplausos—. Ya sabemos cómo alcanzas tus éxitos —grita Dalmonte—. Con la voz no es. Ni con el canto. Ni con el arte*

Se alejó hacia su camarín. Doris corrió al suyo y se echó a reír histéricamente.

Se agolparon los visitantes. Marcelle entró con dos hombres.

—Son periodistas —murmuró a Doris.

Ella sonrió adoptando la expresión que requerían las circunstancias. Una dama de rostro afilado y cejas depiladas comenzó a hablar muy de prisa y con acento británico. «Es Juddy», pensó Doris, pero no estaba muy segura. Besos en ambas mejillas que olían a Cotty. Más gente, más besos, flores. Un telegrama. Los telegramas se guardaban para el final de la representación. Doris lo abrió. «Basil»,

pensó desatinadamente. No, los presidiarios no ponían telegramas. Era de Cowen. «Siento tener que renunciar a la colaboración con Chander. Sus métodos son demasiado distintos a los míos. A usted y al pobre Nemiroff les deseo éxito».

Doris apretó los labios. En el camarín lleno, en pleno éxito, ella volvía a encontrarse en el andén de una pequeña estación, esperando a Basil. Sonrió distraída a una joven que la apremiaba con un álbum de autógrafos abierto y una estilográfica. «Mañana hablaré con Cowen —pensó—. Le ofreceré dinero». Pero inmediatamente reflexionó: «Cowen es insoportable. Probablemente el senador Foster no rehusaría el dinero». La Salvatori trató de desalojar la gente del camarín. Después arrojó a Doris en su abrigo de pieles como a una criatura de pañales. Doris bostezó al bajar la escalera. Se detuvo delante de la pizarra como hacían todos los que salían del teatro por la puerta del escenario. «A las once ensayo de “Eugène Onegi”». Volvió a bostezar. «Es una cochinateda», protestó en su interior.

En la calle, Bryant padre la estaba esperando. «Me había olvidado de él», pensó Doris, pero se alegró de verle. Lo acompañaba Vanderfelt, el abogado de moda a quien le sentaba muy bien el frac y él no lo ignoraba.

—¿Adónde vamos? —preguntó Bryant cuando ella se hubo acomodado en el coche, un coche pequeño y barato que conducía él mismo—. ¿Al casino?, ¿al Patio? ¿Al Estudio Club? ¿A la calle Cincuenta y Nueve?

—A casa —contestó Doris—. Estoy rendida. No veo de cansancio.

Recostó la cabeza no en el respaldo sino en el brazo de Vanderfelt. Lo mismo daba y no se movió.

—Al terminar una representación te acuestas y no puedes dormir —dijo Bryant, poniendo en marcha el coche.

—Es verdad —murmuró Doris dócilmente.

Cerró los ojos sonriendo y Vanderfelt la miró, y después fijó los ojos en Bryant. «No tiene el pelo tan gris ahora como lo tenía después de la bancarrota —se dijo—. Y Bryant no es de los que se tiñen el pelo por cualquier cosa».

Bryant padre tenía cuatro años más que él; era su amigo desde hacía veinte. Doris parecía haberse dormido, pero estaba muy despierta cuando llegaron al Casino.

Todo Nueva York estaba allí, el Nueva York estremecido y ligeramente perjudicado de la *post-crisis*. Algunas personas aplaudieron cuando entró Doris. Vandelfelt sacó un par de botellas de champaña, ocultas debajo de la mesa. También estaba allí Shugers con una rubia y Bryant hijo con un sombrero de cartón y borracho. Doris sintió vértigos. Estaba cansada, pero era feliz y porque gozaba de un alivio semejante al que deja una noche de amor o un abundante llanto. Sí, el éxito era delicioso. No tanto realmente cuando se goza de él como cuando se desea. «Foster conseguirá la libertad de Basil. Conviene que gane el dinero necesario», pensó Doris. Sonrió a Shugers. Él formaba parte del público y le convenía no quedar mal con él.

A las tres de la madrugada Bryant padre la dejó delante de su casa y abrió él mismo la puerta.

—¡A las once ensayo! —se lamentó ella una vez más—. ¡A las once ensayo!

—Buenas noches. Has cantado maravillosamente —dijo Bryant.

Se había quitado el sombrero y un poco de nieve había caído en grandes copos blandos sobre su pelo cano. Doris volvió a la realidad.

—¿No quieres subir? —preguntó bostezando.

—¿Para qué? —preguntó él.

—Creí que tal vez te llevarías a «Joujou». Es cuestión de unos minutos.

—Gracias. Te estás cayendo de sueño —murmuró el anciano cariñosamente—. A «Joüjou» prefiero llevármelo de día.

—Como quieras —dijo Doris. Todavía se detuvo un momento antes de entrar en la casa. «He ahí uno que no quiere nada de mí», pensó ya medio dormida en el ascensor.

XXII

Basil estaba sentado en la biblioteca y esperaba. Tenía delante el té, las pastas y una botella de excelente *brandy*. Pero no podía comer ni beber y respiraba con dificultad. Lo único que hacía era fumar cigarrillos, encendiendo uno con la colilla del otro. Como había perdido la costumbre, el uso del tabaco le daba vahídos y le alteraba el ritmo del corazón. De vez en cuando entraba a verle una señora que se había presentado como la secretaria de Doris.

—¿Desea usted algo?

—No, gracias —contestaba él cada vez con esmerada cortesía.

Poco a poco se iba acumulando la cólera en su interior como aquella vez que golpeó a un guardián con una pala del jardín. Eso le costó una semana de encierro a oscuras y a pan y agua. Había que saber lo que significaba aquel encierro para admirarse de que conservara aún el juicio. Entonces se hallaba sentado en una cama turca, caprichosamente arreglada, cubierta de grueso raso negro y con unas luces a ambos lados que ardían en el fondo de unos jarrones de porcelana china. Allí no había ni cucarachas ni ratones que le saltasen a uno a la cara. ¡A no ser que él hubiese introducido alguno en la biblioteca de Doris...! La biblioteca de Doris... Se echó a reír porque era una idea estúpida. La secretaria de Doris, el chófer de Doris... Doris disfrutando de todo mientras él se consumía. Cuarenta y ocho horas de permiso. Cinco las había empleado en el trayecto de Baxterville a Nueva York junto al señor Hadlock, el correcto y silencioso chófer. Y ahora hacía hora y media que estaba allí esperando que Doris se dignase comparecer. Le pareció que desperdiciando aquellas horas ya no le quedarían ganas de hablar con ella. Cogió un periódico, lo hojeó y lo dejó caer. «Puedo salir», pensó, levantándose. En aquel momento se asomó la secretaria.

—¿Desea usted algo?

—Voy a salir —dijo Basil.

Tiró al suelo el cigarrillo y lo pisó. La secretaria lo observó y arqueó las cejas.

—*Madame* Rossi ha llamado desde el teatro. Estará aquí dentro de un instante —dijo antes de retirarse.

Basil se echó otra vez en la cama turca. Eran casi las cinco de la tarde. Unas siete horas restadas a las cuarenta y ocho. «Voy a pegarle cuando llegue», pensó.

—Buenas tardes, Basil —dijo Doris diez minutos después.

Al verla entrar Basil sintió que le Saqueaban las piernas; se quedó sentado incapaz de moverse.

—Buenas tardes, Doris —murmuró con voz ahogada.

Ella llevaba un abrigo de pieles y un sombrerito negro y atrevido; estaba increíblemente hermosa. Su perfume empezó a llenar la habitación. Con solo verla en el umbral de la puerta, Basil comprendió que la quería con más ímpetu que nunca y que volvería a hacer lo que hizo por ella si otra vez se presentaba la ocasión.

Doris se acercó a él anhelante y le pareció larga la distancia entre la puerta y el diván. Se quitó el abrigo y el sombrero, los dejó caer al suelo y se echó en sus brazos. Se besaron anhelantes. Después Basil permaneció de pie, con los brazos colgando y el cuerpo relajado y se admiró de su sonrisa. Doris sacó un pañuelito y lo apretó anhelante contra su labio inferior que había empezado a sangrar un poco.

—Ven, siéntate —murmuró Doris y, cogiendo con ambas manos las de él, con la dulzura de otros tiempos, lo llevó hasta el diván.

—Gracias —dijo Basil—. Aquí he estado esperando unos cien años.

Doris se rio.

—No has cambiado nada, Basil; eres el mismo de siempre.

—Pero tú sí has cambiado. Cada vez que te veo eres una mujer distinta.

Doris volvió a reírse.

—He estado mucho tiempo metida en mí misma como la flor en el capullo —murmuró—. Cuando me conociste debí de parecerme muy simple. Tres esferas y dos cubos. Ven, voy a enseñarte algo.

Basil sintió una especie de zozobra cuando ella abrió la puerta de su habitación, una habitación espaciosa, pero que tenía algo de ficticio y sofocante. Alfombras blancas, flores de plata. Sintió inmediatamente un odio profundo hacia aquella habitación. Le dio la impresión de que había estado en ella con muchos hombres. La cama era grande como una pradera. No quería mirarla y lo hacía a pesar suyo.

—Aquí está —dijo Doris, encendiendo la luz. Basil vio un objeto rojizo de tierra ligeramente cocida de unos tres palmos de alto.

—¿Qui es eso? —preguntó, pero inmediatamente vio lo que era.

—Lo he comprado —dijo Doris excitada—. Ordené a Raphaelson que la buscara, pero le costó cuatro meses dar con ella. Por fin es mía.

Se inclinó rápidamente y estampó un beso espontáneo y a la vez teatral en las formas geométricas de la estatuita. A Basil le parecieron ridículas la estatua y las expansiones de Doris.

—¡Lástima! —murmuró—. Muchas veces he pensado que aún podría llegar a ser un buen escultor. No me acordaba de que era el autor de esa porquería. Ahora ya no puedo tener ninguna ilusión.

Doris lo miró atemorizada. Él también la miraba y le parecía más pequeña, disminuida, como si fuese más ligera. No había tenido nunca unos ojos tan grandes. Debajo de los afeites se destacaban las venas en toda la piel. De pronto sintió un deseo tan violento que se le pusieron los labios blancos.

—Ven —dijo, señalando con la barbilla la cama turca. Doris retrocedió—. ¿O es que te interesa algún hombre? —añadió con una sonrisa que a él mismo le dio pena, pues sonó como una tos ronca. Ella movió la cabeza indecisa.

—Ahora tengo dinero y puedo pagar —murmuró finalmente.

Basil comprendió inmediatamente lo que quería decir. «Antes tenía que pagar con su cuerpo», pensó. En realidad este pensamiento no era nuevo. En su celda, durante

las temporadas de calabozo, se había acostumbrado a imaginárselo así y a pintarse las situaciones con penosos pormenores. La rabia, la cólera y el odio hacia la nueva riqueza de Doris, desaparecieron de pronto y solo quedó la compasión.

—Nosotros dos —dijo en voz baja—. Tú y yo; solamente tú y yo.

Cogió con las manos la cabeza de Doris y la apoyó sobre su pecho. Tuvo la impresión de ser alto y fuerte y creyó adivinar que ella también lo veía así. Durante una eternidad estuvieron amparándose mutuamente, meciéndose como los árboles. Alguien gritó a la puerta:

—¡El teléfono!

Doris se separó de él. Cogió el auricular de la mesita de noche y comenzó a hablar rápida y bruscamente.

—No puedo —dijo—. Lo lamento. Todo tiene su límite. No. He dicho que no y no me vuelvo atrás... Nos quieren sacar todo el jugo para después echarnos a la basura —añadió, volviéndose a Basil—. Estoy rendida. Mañana por la tarde he de cantar «Doña Ana»; no puedo ensayar también por la mañana. Y no quieren atenerse a razones.

—¿Tienes que cantar mañana? —preguntó Basil.

—Sí, pero tengo libre esta noche y mañana, la mañana y la noche —dijo Doris. Cogió a Basil de la mano y lo sacó de la habitación—. No puedes imaginarte lo que he tenido que luchar. Primero todo lo había dispuesto de otro modo. Quería ir yo misma a Baxterville para pasarme contigo tres días de vacaciones. Pero en esta maldita profesión no soy dueña de mí misma. Estaba anunciada para anteayer la primera representación de «Panan», una ópera moderna, una verdadera locura, de un francés; muy difícil, además. Habíamos ensayado poco. Se aplazó el estreno; se aplazó el ensayo general y aquí me tienes, esclava de los ensayos, para cantar esa porquería en vez de estar contigo.

—Tenía intención de asesinarte por haberme hecho esperar en la biblioteca tanto tiempo —dijo Basil más calmado.

—¿Otra vez? —preguntó Doris y enmudeció asustóla de su propia ligereza. «Eso no debía haberlo dicho», pensó Basil. La sangre le subió lentamente a la cabeza y empezaron a zumbarle los oídos...—. Me alegro de que mañana me puedas oír cantar —prosiguió ella vivamente—. Si es que puedes resistir a Mozart.

«Muy aburrido», pensó Basil, y dijo a Doris:

—¿Te has vuelto a olvidar de dónde y cómo paso mi vida?

Doris se levantó del asiento que había junto a la chimenea y se acercó a él.

—¡Al teléfono! —dijeron desde fuera. Doris se separó de Basil y cogió el auricular.

—Mañana a las once tenemos una conferencia con el abogado Chander —dijo, después de dejar el aparato. Basil se había acercado a la ventana y contemplaba el Central Park. Lo que más le sobrecogía era la magnitud, la extensión, la profundidad de lo que veía—. Si esta vez vuelves a la cárcel solo será por unas semanas —añadió

Doris detrás de él—, Chander tiene la seguridad de que Foster podrá arreglarlo. Bryant padre también nos ayuda. Le quedan aún buenas relaciones. Y he logrado, además, que Bryant hijo firme la solicitud.

—¿Qué le has dado a cambio? —preguntó Basil, volviéndose de pronto.

Ella lo miró descaradamente. Así le pareció a él.

—¡Seis botellas de *whisky*! —contestó Doris.

—¡Al teléfono! —anunciaron desde fuera y al mismo tiempo entró la Salvatori en la habitación.

Mientras Doris iba a coger una vez más el aparato, la Salvatori se acercó a Basil y le estrechó la mano, muda como un funeral. Basil vio con sorpresa el cambio que se había operado en la expresión de Doris mientras telefoneaba. El rostro de careta de cera y risueño que ofrecía al público no le era aún conocido. Por doquier veía jarrones y *búcaros* con flores algo marchitas. Se respiraba una atmósfera de éxito y corrupción. Parecían que otras personas habitaban en el piso: se oía puertas continuamente, el ruido del agua en las cañerías y el de pasos en el pasillo.

—Pero ¿con cuántas personas vives? —preguntó Basil.

—Espera —contestó ella—. Con cinco, contando la cocinera, pero ella se va a dormir por la noche a su casa.

Basil sentía caer el tiempo en un gran vacío; nada sucedía, nada que pudiera después aprovecharlo y entretenerle, nada que fuese un recuerdo para soñar en sus horas de celda o en su labor de colchonero. Cogió a Doris con vehemencia y le resultó agradable sentir la carne de sus brazos entre los dedos. El grito que ella emitió le llenó de satisfacción; aún era capaz de hacerle daño.

—Ven... —murmuró él—. Estás muy lejos de mí. Nos separa una gran distancia.

—Tendremos toda la noche —dijo ella y, volviendo a su conversación telefónica, añadió—: ¡No sabes lo que eso significa! Tenía que cantar en un concierto con Toscanini. Mil dólares me ha costado la revocación. Y Toscanini aún se ha enojado conmigo.

«Mil dólares —pensó Basil—. Toscanini...». Y volvió a reírse con su risa de presidiario que él mismo oía con desagrado.

—¿Adónde te gustaría ir esta noche? —preguntó Doris.

—A la Maison Fifi —contestó él bruscamente. Doris lo miró pensativamente con una sonrisa vacilante.

—¿Eres Basil?, preguntó.

Cenaron en la biblioteca. La secretaria, discreta en todas sus actitudes y en el mirar, había colocado una mesita provisional. A Basil le supo la cena a aire. Cuando salieron del piso, porque él estaba ávido de ruido y de Nueva York, la Salvatori los acompañó hasta la puerta del ascensor.

—No permita que se retire demasiado tarde —le dijo—. Mañana ha de cantar algo muy difícil y necesita descanso.

—¿Necesitas descanso? —preguntó Basil cuatro horas más tarde al regresar a

casa con el humo del local de noche pegado a los vestidos y al pelo y con las estridencias del *jazz* de una revista resonando aún en los oídos. Doris no percibió la ironía. Entraron en la habitación, pisando la alfombra blanca en la que los zapatos de Basil dejaron huellas oscuras. Iba mal vestido, se movía torpemente, tenía las manos bastas de un jornalero. No cesó de odiarse y de odiarla hasta que la habitación quedó a oscuras. Sin embargo, le pareció, abrazar el aire cuando abrazó a Doris.

—Es terrible que el tiempo pase también mientras dormimos —dijo por la mañana. Eran las nueve. Habían transcurrido veintiuna horas preciosas—. ¿Eres verdaderamente feliz? —preguntó a Doris, que se estaba peinando el pelo rojo de un aspecto marchito y polvoriento.

—A veces, cuando canto —contestó ella. Basil olvidaba a cada momento que Doris era cantante.

A las once estaban en el despacho, la mitad de cuyas paredes eran de madera y estaban tapizadas de cuero, del abogado Chander, y al cabo de una hora de conversación a ambos les pareció que Basil no tenía más que volver a Baxterville para recoger su cepillo de dientes y ser después un hombre completamente libre. A las doce entraban en una tienda y Doris apremió a Basil para que se comprase una camisa, un traje y un abrigo. Él se sintió humillado mientras los dependientes evolucionaban a su alrededor y más aún cuando Doris pagó con un cheque.

«Se ha avergonzado de mí —pensó afligido— y con razón. Ella paga al sastre, paga al abogado y mi libertad».

Durante unos segundos estuvo decidido a renunciar a su libertad a aquel precio. Pero después se encogió de hombros.

De momento, la libertad aumentaba su nerviosismo y su congoja. Los coches corrían más, el sol parecía más amarillo y deslumbrante y la gente caminaba sin preocuparse del prójimo. Comieron en un restaurante. Ya a la hora del desayuno Doris apenas había probado el café. Entonces no hacía más que murmurar:

—Estoy ronca. No podré cantar.

—¡Magnífico! —exclamó él con inocente espontaneidad y desde entonces ella no dijo nada más.

A la una lo dejó, pero hacía ya media hora que parecía alejada de él. Basil se encaminó al despacho de Cowen para desagraciarlo. Allí gozó de su primera hora de paz y expansión. Con un cigarro en la boca habló de presidio y Cowen lo comprendió. Era una verdadera tortura que Doris evitara toda conversación sobre la cárcel. Al fin y al cabo allí vivía. Era la misma torpeza que cometían los que van con los ciegos, no logrando más que exasperarlos.

Hadlock, el chófer, fue a buscarlo al despacho acogedor de Cowen para llevarlo a la Opera. Basil, con su traje nuevo, que le pareció muy holgado y de abrigo, después del que llevaba en el penal, se sentó en el último término en un palco y se aburrió como una ostra, llegaron a asomar lagrimas en sus ojos, unas lágrimas de encono y desesperación mientras todos aquellos personajes cantaban arias y más arias y él

perdía tres horas y media preciosas de su libertad. También le fatigaba el esfuerzo de aislar a Doris entre las figuritas lejanas del escenario. No era su voz la que oía, ni eran aquellos su semblante y su paso, y no tenía nada de común con ella la doña Ana ridículamente presuntuosa con su *crinolina*^[48] negra.

En el momento en que Basil había decidido marcharse para ir a la calle Cincuenta y Seis y tratar de buscar allí un soplo del pasado, alguien le hizo fracasar el plan al darle irnos golpecitos en la espalda. La secretaria de Doris se lo llevó por una serie de pasillos al escenario. A él le puso nervioso ver que las pesadas puertas de acero se cerraran tan definitivamente a su espalda. Después se encontró en el camarín de Doris, descentrado y casi estúpido con su vestido nuevo. Doris tenía un aspecto fantasmagórico con sus toques de colorete rojo en las mejillas y de azul oscuro en los párpados. Cuando le tendió la mano la encontró húmeda de sudor y temblorosa. «Si fuera un caballo estaría cubierta de espuma», pensó.

El camarín estaba lleno de gente que hablaba al mismo tiempo. Nadie le hacía caso. Se refugió en un rincón donde se entretuvo contemplando una figura de estaño que ocupaba la repisa del espejo. El hombrecito montado en el búfalo revelaba una alegría completamente tonta. «No hay por qué alegrarse tanto —le dijo Basil con el pensamiento—. La vida no es solo tocar la flauta, majadero». Doris pasó cerca de él, rozándolo, y disimuladamente apretó la espalda contra su brazo. Lo excitó sin satisfacerle. «Lo mismo debe hacer con todos —pensó—. Son sus trucos». Examinó los hombres que estaban en el vestuario, convencidos de que todos habían sido sus amantes. Uno de ellos hablaba un francés fluido, con acento parisiense. Basil pudo soportar su presencia. Le eran simpáticas las personas que hablaban francés porque había vivido mucho tiempo en París y en las colonias.

—Es René —dijo Doris—. Un antiguo amigo. Vamos a representar una ópera suya. René, es Basil, ¿sabes?

—¡Lo que Doris me ha hablado de usted! —dijo René despreocupadamente.

—¡No es cierto! —exclamó Doris.

—Se puede hablar con acciones y con palabras —insistió René.

Basil trató de decir algo que fuera elegante e ingenioso y, al no encontrarlo, su mirada aún venenosa se quedó fija en René, en sus facciones correctas, en su cuello erguido y sintió inesperadamente, por primera vez al cabo de siete años, el deseo de modelar.

—Si no tuviese que volver al penal, le pediría que me concediese unas sesiones para hacer un estudio —dijo en alta voz, pero como habló en francés, lo entendieron pocos y no llamó la atención.

—Doris me ha dicho que le dejarán salir pronto en libertad condicional —observó René con una leve inclinación condescendiente.

Por un raro capricho esta demostración de mera cortesía llenó a Basil de optimismo. No había creído a Chander y entonces creyó a René. Le pareció de pronto un hecho incuestionable que su libertad fuese asunto de pocas semanas.

—*Au revoir* —dijo René, cuando se despidieron en la escalera.

—*Au revoir, a bientôt* —contestó Basil, acentuándolo como si fuera una promesa.

—Vibras todavía como un diapasón —dijo Basil una hora después a Doris, con quien estaba sentado junto a la chimenea del dormitorio. La tenía cogidas las manos y entonces ya se había acostumbrado un poco a ser un hombre libre. Sonó el teléfono. Era Bryant padre. Doris murmuró al teléfono unas frases amables—. ¿Es el viejo Bryant quien te ha comprado todo esto? —preguntó abarcando la elegancia gris jade de la habitación con un ademán del brazo.

A Doris le pareció cómica la pregunta.

—Voy a decirte lo que me ha comprado Bryant: mi registro medio, desde la F a la C. —contestó complacida—. Todo lo demás se lo debo a mi propio esfuerzo.

Atrajo hacia sí la cabeza de Basil y lo besó en los ojos que él cerró, sometiéndose a la caricia. A pesar de todo quedó descontento.

—¡El teléfono!

—Es Chander —murmuró Doris con el auricular en la mano. Sonreía condescendiente—. Ha tenido una conversación con Foster —añadió en voz baja y volvió a escuchar—. Foster lo arreglará; puedes estar seguro que dentro de cuatro semanas saldrás...

Dejó el aparato y se quedó unos minutos sumida en honda meditación como haciendo sus cálculos. Después se volvió hacia Basil con la sonrisa en los labios. «Tengo que decirle que aquí no puedo vivir —pensó él—. Me escaparé y volveré a alistarme en la Legión Extranjera». Esto le parecía más digno que someterse a la rebajada existencia de un hombre sometido a la vigilancia periódica de la policía junto a aquella Doris colmada de éxitos que le parecía una extraña. Se quedó ensimismado. Probablemente para llegar a la celebridad, Doris tenía que ser como era y se acordó vagamente de sí mismo cuando trabajaba que prescindía de todo lo que no se relacionase con su trabajo.

Pero la ópera no valía la pena de que Doris se sacrificara. Tampoco aquella ridícula masa de barro que había en la habitación de Doris merecía que él hubiese concentrado su vitalidad en ella. Se paseó por la habitación, acariciándose las callosidades de las palmas de la mano.

—Vamos, daremos una vuelta en coche —dijo Doris, penetrando en sus cavilaciones.

Él se sorprendió de que ella se hubiese dado cuenta de su inquietud.

—¿Guías tú misma? —preguntó cuando ya estaban sentados en el coche.

—René me enseñó cuando estábamos en el Norte de África —dijo.

Basil reflexionó. Doris condujo el coche por las calles nocturnas hacia Riverside. Miraba atentamente porque no tenía mucha práctica. La llaga de los celos de Basil no se había cicatrizado desde aquella noche en Gread Neck.

—¿Era tu amante? —preguntó.

—No —contestó Doris inmediatamente, y al cabo de un segundo añadió—:

Mejor dicho, sí. Lo había olvidado. El René que está aquí para colocar su ópera es un ser que no se parece en nada al René de entonces. ¿Me comprendes?

—Tampoco yo soy el mismo hombre de antes —murmuró, lleno de pesadumbre—. Y tú tampoco eres la misma, Doris... Tú tampoco.

Doris retiró del volante la mano derecha y la apoyó sobre la suya. El coche vaciló un poco. Durante un rato permanecieron callados mientras el coche seguía su marcha. Parecía que el tiempo entonces se hubiese detenido. Por primera vez, desde que salió del penal, Basil sintió un sople de libertad, de felicidad.

—Y tú, ¿solo eres feliz cuando cantas? —preguntó.

—Es un modo agradable de suicidarse —contestó Doris al cabo de unos momentos, como si hubiese estado reflexionando sobre la idea.

—¿Cómo? —preguntó él, con cierto pavor.

—No sé; lo siento en mí. Solo tenemos cierta cantidad de vida y se gasta tanta en cada representación... Piensa en las veces que ya he muerto... Se siente en el corazón.

A él le conmovió que se tomase tan a lo trágico una cosa tan absurda como la ópera. Y también lo angustió un poco. Al cabo de un rato, Doris retiró su mano, que se había quedado fría, de la de él.

—¿Volvemos a casa? —preguntó, sonriendo.

Y haciendo avanzar y retroceder el coche, dio la vuelta para emprender el camino de regreso.

—Deja la luz encendida —dijo Basil, ya entrada la |y noche, cuando ella alargó el brazo para apagar la lámpara de la mesita de noche. Doris estaba acostada, pero él, vestido, paseaba impaciente de un lado a otro por la alfombra blanca—. He de decirte una cosa —murmuró.

Se había detenido en medio de la habitación y tenía los ojos fijos en la figura de barro colocada en un rincón, como si necesitase un apoyo.

—¿Qué, Basil? —preguntó, cariñosamente. Y se acordó de que también en sus sesiones de modelo, se ablandaba solo cuando se sentía muerta de fatiga. Basil se armó de valor.

—La libertad condicional —murmuró— no me servirá de nada. Aquí no puedo vivir. Es peor que el presidio. Me alistaré en la Legión Extranjera.

—¿En la Legión Extranjera?

—Sí.

—¡Válgame Dios! —exclamó Doris, con la voz ahogada.

—Nos hemos vuelto dos seres completamente extraños el uno para el otro, ¿no te has dado cuenta? Yo soy un reo, un presidiario, y tú una diva de ópera. A través de tus cartas no podía imaginarme lo que esto significaba. Ahora lo sé. No tienes tiempo. El teléfono, el maquillaje, la ópera, los periodistas, tu éxito, los admiradores... Yo no puedo convivir con todo eso.

—Ven, siéntate a mi lado —murmuró Doris en voz baja.

Tan pálida se había puesto que él se sobresaltó.

—¿Te encuentras mal?

—No —contestó ella. Basil se acercó a la cama vacilante y se quedó inmóvil—. Siéntate —dijo Doris. Pensó que todo podría arreglarse si lograba verlo sentado. Él obedeció y quiso coger su mano, pero ella la retiró y la ocultó debajo de la sábana—. ¿Qué es lo que no puedes soportar? —preguntó en voz baja.

—Todo eso —dijo él—. Las tres horas que me hiciste esperar ayer. No soy un mendigo. No olvidaré nunca esas tres horas.

—Dos —murmuró Doris—. Fueron solamente dos.

—Y toda esa gente que he visto, te aseguro que me parecen perturbados. Y tú misma, sí, también tú —insistió antes de que ella pudiera contradecirle—. Ya sé lo que me vas a decir; que también yo he tenido mis horas de locura. Es posible. Te lo concedo. Pero no se sale de un presidio con la entereza de un hombre normal. ¿Cómo te imaginas tú el futuro? Eres rica, tienes un abrigo de armiño y una secretaria; yo saldré del presidio con ciento diecisiete dólares y sesenta y tres centavos. Tendré que presentarme a la policía dos veces por semana y ni siquiera podré asomarme al puente de Nueva Jersey. ¿Qué podré hacer? Solo sé rellenar colchones. ¿Vas a ser la mujer de un colchonero? A tu lado ya he visto que no podré vivir. Acabaré mi condena y volveré a la Legión Extranjera.

—¿Qué podemos hacer entonces? —preguntó Doris, suspirando. Él se admiró de no verla llorar. Doris alargó el brazo y apagó la luz. En la oscuridad atrajo hacia sí a Basil—. ¿Qué podemos hacer entonces?

—Tú no puedes dejar de cantar —murmuró él.

Ella tardó unos momentos en contestar.

En la oscuridad, Basil se dio cuenta de que sonreía. Le acarició la mejilla. Doris tenía lágrimas en los ojos. En Basil se despertó todo lo que dormía almacenando en su interior durante años y años. Y lloró. Su llanto fue como un espasmo, como un parto angustioso.

—¿Te has olvidado de nuestra isla? —preguntó Doris, con la cara apretada contra la suya.

Él no pudo contestar hasta que salió purificado de un abrazo inmenso.

—Iríamos los dos, ¿verdad?

—Y en seguida —murmuró ella.

—Lo digo de verdad, Doris.

—Y yo también. ¡No sabes cuán de verdad lo digo!

—¿Serías capaz de renunciar a todo e irte conmigo a la isla?

—Así lo acordamos desde el primer momento —dijo Doris—. Y podríamos volver cuando nos pareciera —añadió.

Basil encendió la luz. Quería ver su cara. Estaba pálida, con sus grandes ojos muy abiertos.

—¡Rostro amado! Veo tu corazón resplandecer a través de la piel —dijo.

—¡Vuelves a ser el de siempre! —murmuró Doris, embelesada—. Ya estoy durmiendo, soñando —añadió—. En la isla las mujeres lavan la ropa con piedras. El nombre de esa isla es Patikala. Cada jueves llega un barco de Tahití. Llegaremos cuando haya luna llena. —Basil creyó que estas palabras las decía ya en sueños, pero Doris, abriendo una vez más los ojos, pregunta—. Ya todo está arreglado, ¿verdad? —Basil hizo un ademán afirmativo. La amaba con todo su corazón. Sin ella perderla el rumbo por los caminos de la vida.

—¿Verdad que seremos felices? —siguió preguntando Doris. Aquello era infantil, pero él comprendió todo su alcance—. Sí, seremos felices. Te indultarán y lo olvidaremos todo —añadió cuando él apagó la luz. Las ventanas enmarcaban la multitud de luces de la ciudad. Sobre la mesita de noche había una esfera luminosa. Eran las dos y diez.

—No vaya a perder el tren —murmuró Basil.

—He puesto el despertador —dijo Doris, durmiéndose con la cabeza sobre el hombro de Basil.

XXIII

Sonaba el despertador y Doris abrió los ojos. «A las diez, ensayo general», fue lo primero que pensó. Y en el acto se acordó de Basil. La cama estaba vacía. Basil se había marchado sin despedirse. Su traje, el nuevo, el que ella le había comprado, colgaba de una silla cuidadosamente doblado. Doris se sacudió la noche de los miembros y de los ojos... Hacía semanas que se levantaba muy descansada. La realidad era un aliciente. El correo, la Prensa, el masaje, el baño... Contó treinta y seis veces hasta catorce y respirar. La señorita Butcher, Marcelle. «Buenos días, señor Hadlock». El vestuario, él maquillaje, los trajes, el ensayo general.

El de «Panan» era peor que los anteriores. La música era la quintaesencia del modernismo. La orquesta coceaba y naufragaba el director. Los cantantes pasaban las de Caín. Las decoraciones laterales no estaban terminadas, el electricista era un borracho empedernido. René, el desgraciado compositor René Beauxcamps, no hablaba más que el francés y esto aumentaba la confusión. Entraron en el escenario a las diez de la mañana y de él les echaron a las seis para colocar las decoraciones para la función de la noche. Durante diez minutos pareció que habría que aplazar el estreno por motivos de fuerza mayor. René, abatido, se cogió del brazo de Doris buscando consuelo, aunque ella no lo necesitaba menos. El corazón de Doris parecía funcionar con dificultades, como si el enamorado Basil hubiera sacado de él las pocas energías que le quedaban. La Salvatori caminaba sobre las puntas de sus botas crujientes y profetizaba un gran éxito. Acababa de echar los naipes y los resultados eran favorables. Además, un fracaso en el ensayo general era indicio cierto de éxito en el estreno. Juddy Long, una de las personas invitadas al ensayo, estaba entusiasmada con la ópera.

Vanderfelt mandó a Doris una mascota: un dije de diamantes en forma de cruz gamada, como las que usan los indios. Era un regalo demasiado costoso para quien no espera nada en cambio, pero eso no impedía la influencia favorable del amuleto.

La ópera resultó un fracaso en medio de lamentaciones. Cuando, a la salida, Bryant, padre, acompañó a Doris a su domicilio, esta experimentó la sensación de que sus nervios iban a romperse como a veces se rompían las cuerdas del arpa en la orquesta. Se acostó en su gran cama, pero no consiguió dormirse* Se sentía demasiado cansada.

Tres veces representaron la ópera y finalmente la enterraron. Fue el entierro de una labor de tres meses. Y empezaron a preparar otra cosa. René regresó a París, furioso consigo mismo y con todo el mundo. Doris le mandó el día de su marcha un cariñoso telegrama de despedida y él contestó, deferente, con una postal ilustrada. Y así terminó todo.

Con las fuerzas que le quedaban, Doris apremió todo lo que pudo a Chander. Se daba cuenta de que tenía que conseguir la libertad de Basil cuanto antes, si quería llegar a la isla soñada. Aquella última noche que había pasado con él le había

recordado la primera en la calle Cincuenta y Seis. Se cruzaron muchas conferencias entre Nueva York y Albany. La solicitud de indulto estaba en manos de Foster, que había hablado con la Junta de Libertad Vigilada, y apoyaba sus gestiones. El miércoles se entregaría al gobernador, quien, en una conversación particular se había mostrado favorable al indulto y el jueves se resolvería la solicitud. Nadie dudaba del resultado. Doris telegrafió a Basil y al director de la cárcel, Taylor, rogando a este que entregara al recluso el telegrama a él dirigido. «Un día más de paciencia y después juntos para siempre», le telegrafió. Por la noche cantó la ópera «Santuzza» y a la salida fue a bailar con Vanderfelt. Como no podía dormir, prefería pasar la noche bañando. Con los ojos dilatados, se vio en el espejo junto al apuesto abogado, muy elegante con su frac. Él, de vez en cuando, la apretaba contra sí y ella se apartaba con una sonrisa. Era casi tan viejo como Bryant, y Doris estaba convencida de que su galantería era pura deferencia.

Llegó el jueves y no sucedió nada. El viernes por la noche dos periódicos aparecieron con grandes titulares. El senador Foster estaba complicado en un escándalo. Se le atribuían faltas de probidad en distintos órdenes: se le acusaba de sustracción de fondos, de negocios turbios y de haber sido venal. Doris lo leyó, asombrada, sin comprender por qué los periódicos armaban tanto barullo por unos hechos que antes ya sabían todos los que eran un poco perspicaces. Llamó a Chander y no pudo hablar con él la primera vez; la segunda se deshizo en vacuas palabras de optimismo que Doris escuchó con el corazón oprimido. Durante los últimos meses había consagrado todos sus esfuerzos y cuanto poseía al indulto. No había explicado a Basil lo que había puesto de su parte para sobornar espléndidamente a Foster ni cómo había consagrado su vida entera para conseguir su libertad, después de la cual ella renunciaría a su mundo para dirigirse los dos a la isla soñada. En amor se calla siempre lo importante y se dice lo secundario.

No concedieron el indulto. La opinión pública se oponía a la dulcificación de las leyes. El escándalo Foster había sacado a relucir demasiada corrupción: directores de cárceles que se habían vendido, gánsters y asesinos puestos en libertad por dinero; una rara mezcla de política y delincuencia. La mayoría de la gente vio de pronto, por todas partes, delincuentes libres antes de tiempo y se puso en guardia ante los consiguientes riesgos.

Después de muchos esfuerzos Doris consiguió unos días de asueto y se dirigió a la Junta de Libertad Vigilada en busca de los tres hombres discretos e importantes que iban de presidio en presidio y decidían la suerte de los reclusos propuestos para la libertad condicional. Nada pudo conseguir. El mejor consejo que le dieron fue que no removiese el asunto, por lo menos hasta dentro de un año, en espera de que se apaciguase la opinión pública. En él expediente de Basil se aludía vagamente al comunismo. La ficha de su comportamiento tenía algunos puntos negros. Agresión a un guardián. Después de hacer estas insinuaciones, se encogían de hombros, se lamentaban y daban carpetazo al asunto.

«Ten paciencia, Basil, ten paciencia», le escribid. Regresó a Nueva York y fue a ver al doctor Williams.

—Siento como si él corazón estuviera siempre frío por un lado. Como cuando se sienta uno al fuego y se nota una parte del cuerpo caliente y la otra iría —explicó, disculpándose con una sonrisa.

El médico la reconoció, hizo unas exploraciones y la citó para el día siguiente, no sin antes haberle ordenado que se tendiese en su mesa de reconocimiento para ponerle una inyección intravenosa de una sustancia detestable. Por enésima vez se sintió morir, la sacudió un espasmo, pero sus tejidos adquirieron la opacidad necesaria para que el médico sacase una buena radiografía.

—No hay nada grave, pero sí un exceso de trabajo —dictaminó—. Usted vive y canta como si tuviera un corazón sano. Ahora es preciso que pase un par de semanas como una persona, enferma. Nada de excitaciones.

—Ni alegrías ni penas, ya lo sé —prosiguió ella con tono burlón.

El doctor Williams se molestó.

—Yo me limito a aconsejarla —murmuró.

Doris fue a la ópera y cantó «Tosca». Como siempre, cometió su error en el segundo acto y Dalmonte en el tercero, cuando ella entraba por la izquierda y se quedaba detrás de él. Por lo demás, cantó mejor que nunca. La ópera ya no era una ficción, sino una realidad. Era a Basil, a su amante de verdad, a quien daban tormento. Después permaneció dos días completamente inactiva.

Cantó «Tatiana» y cantó «Carmen». Trató de imaginarse que ya habían transcurrido los cuatro años de reclusión de Basil y de convencerse de que no era demasiado tiempo y de que ella viviría para esa fecha. Volvió a cantar «Tosca». El corazón continuaba frío por un lado, el derecho. Esa frialdad le producía una serie de dolores por todo el tórax y, en momentos de sobreexcitación, vio que se le ponía colorada la piel del pecho. Al cabo de una semana tuvo que desistir de respirar las treinta y seis veces de costumbre. Hizo un esfuerzo para comer más, con el propósito de fortalecerse. Dio un bofetón a un barítono que se le declaró. Por cualquier cosa se enfadaba con la Salvatori. Sucesivamente iba indisponiéndose con todos los miembros de la Compañía y la Prensa se hacía eco de las anécdotas sobre su genio endiablado. Basil seguía en la cárcel, su corazón agonizaba y su vida se consumía poco a poco, comprometiendo toda su labor.

Un hombre con el pelo rapado se presentó ante la puerta de su piso: estaba borracho y llevaba en la mano una carta de Basil.

«Un compañero que ya ha cumplido su condena te entregará esta carta. Muéstrate amable con él y ayúdalo en sus comienzos. No comprendo lo que ha sucedido. Aquí no puedo aguantar más. No debieron dejarme salir secretamente porque después aún me era más insoportable la vida en el presidio. Si no salgo pronto, no sé lo que sucederá. Aquí le educan a uno para asesino. ¡Doce años por algo que solo a ti y a mí nos importa! Te ruego me saques y me lleves a nuestra isla antes de que cometa algún

disparate y lo haga imposible para siempre. Dicen que nos quitarán a Taylor porque nos trata demasiado bien. Si esto sucede...».

Ahí terminaba la carta, probablemente porque Basil no había tenido ocasión para continuarla. Doris dio dinero al hombre borracho y le regaló el traje nuevo de Basil que había dejado en su casa. Él, de momento, no lo necesitaba.

Doris volvió a cantar «Santuzza». Cantó «Aída» y, sintiéndose mejor, aquella noche lo hizo muy bien. El *Ritorna vincitor* adquirió un vuelo como el ondear de una bandera. En el entreacto, inmóvil en una silla de su camarín, cogió al chinito y acarició el liso metal gris. Bryant, padre, le mandó un ramo de violetas de veinte centavos. La Salvatori empezó a batir un huevo en aceite. A través del tabique se oía a las coristas ensayar una vez más el final de la ópera.

Doris, se miró al espejo. Su rostro tenía un color moreno y las cejas muy subidas, como quería Potter. Con él había estudiado la parte de la esclava etíope e hija del rey. Recordó con vaga nostalgia al difunto Potter. Tenía frío... El timbre, la señal luminosa...

Esperó en los bastidores la salida a escena. Salió, cantó y su voz creció y creció y se dilató, flotando hacia el gran final del segundo acto, dominando a las otras voces, a los coros de sacerdotes, guerreros, prisioneros y pueblo, a las voces de los solistas y a las tres orquestas del final del acto. Doris, durante un raro momento de embriaguez, tuvo la sensación de que su voz, potente y grande como toda la sala, llenaba el teatro entero con sus palcos y galerías, sus escenarios, sus fondos y sus lados, con la profundidad de sus escotillones y sus complicadas alturas.

Pero la mano invisible, atenazó una vez más su corazón. Buscó aire sin dejar de cantar. «Ahora sí que voy a morir», pensó. A su alrededor comenzaba a hacerse la oscuridad. El teatro se desplomaba y caía sobre ella. En pie, seguía cantando, cuando ya creía haber muerto. Cayó el telón y Doris se desplomó.

Algo de maquillaje había en su cara cuando Bryant, padre, pudo entrar en su habitación dos días después. Entró de puntillas y la miró. Doris dormía con una expresión forzada; su pecho se levantaba con una respiración breve y superficial. Alrededor de los ojos, en el arranque del pelo y en torno de las orejas se veía aún el maquillaje. Bryant, padre, se sentó y se dispuso a esperar.

Doris se sonrió levemente cuando abrió los ojos y lo vio.

—¡No hables! —dijo él en el acto.

Era como en otro tiempo, como cuando estuvo en el hospital.

—Cuando te conocí también estaba enferma —murmuró Doris.

—Te repondrás pronto —dijo Bryant, para darle ánimos.

Doris tuvo que hacer un esfuerzo para levantar la mano, la observó, movió la cabeza y la volvió a dejar caer sobre la cama.

—¿Quién canta «Tosca»? —preguntó débilmente.

—Han cambiado de obra —contestó Bryant.

Mentía. El doctor Williams opinaba que el corazón de Doris no soportaría el más mínimo esfuerzo.

A veces, echada en la cama, Doris no pensaba en nada, pero otras los pensamientos tumultuosos se agolpaban en su mente. «¡No podré cantar más!». Esta era su primera preocupación. «¡No podré cantar más! ¿Qué va a ser de mí? —pensó—. ¿Y qué va a ser de Basil?», pensó también. «Pero no me he muerto», se dijo orgullosa como si hubiera realizado una proeza. A ella así se lo parecía, como si, gracias a su voluntad, no hubiera muerto. «Aún iré con Basil a nuestra isla», pensó, aunque en aquellos momentos la cosa le parecía muy vaga e inconsistente. Doris apenas se daba cuenta de la realidad. En la cama, muy enferma, corriendo un grave peligro, su imaginación volaba por el pasado y el futuro, sitios próximos y lejanos... La escalera de la calle Cincuenta y Seis. Salzburgo. Una callejuela de Biskra. El bar de Baxterville. Una nube suspendida de noche sobre la catedral de Milán. La isla, la isla Patikala con sus palmeras.

Cuatro semanas tardó en poder levantarse. Bryant, padre, la asistía. De la cama a la ventana y de la ventana a la cama. Volvía el mes de marzo en el Central Park. Nada sabía de Basil, ni él estaba enterado de su enfermedad. «¿Y ahora, qué?», pensaba Doris en su agotamiento.

—Si te parece podríamos casarnos a principios de mayo —dijo de pronto Bryant, padre—. Lo he pensado bien. Tú necesitas descanso, y ese descanso yo puedo garantizártelo en mi casa.

Los latidos del corazón de Doris se interrumpieron una vez más.

—No puedo casarme contigo —murmuró con di mayor asombro de su vida.

—¿No? ¿Por qué? —Doris permaneció silenciosa. La proposición era absurda.

—A mi lado estarás bien —añadió Bryant al cabo de unos momentos esperar su decisión.

—Quisiera acostarme —murmuró Doris. Bryant la ayudó a meterse en la cama. La casa de Doris andaba un poco revuelta. La señorita Butcher había aceptado otra colocación y a Marcelle la habían despedido. Solo la Salvatori seguía en su puesto.

—¿Por qué quieres casarte conmigo? —preguntó finalmente.

—No he hablado de amor... —dijo el anciano.

—¿Entonces?

—Los dos nos complementamos. Tú necesitas descanso y yo he vivido bastante para poder proporcionarte ese descanso. Además...

—¿Qué?

—Además, tú me regalaste a «Joujou». Solo hay dos clases de personas: las que dan y las que aceptan. Y tú me has dado algo. Eso, en mi vida, ha sido una excepción. Me regalaste a «Joujou» cuando estaba sufriendo penalidades.

«Joujou», que estaba echado sobre la cama, aguzó en sueños sus orejas sedosas al oír su nombre. Bryant arregló la almohada de Doris. A esta ya no le pareció tan

desatinado que Bryant quisiera casarse con ella.

—El caso es que me he vuelto terriblemente egoísta —dijo Doris. Él levantó la mano, como queriendo decir que ya lo sabía—. Tú sabes que solo hay una cosa que deseo y que tengo que conseguirla.

Bryant se levantó, se acercó a la ventana y de espaldas dijo:

—A Basil aún le faltan cuatro años para cumplir su condena. En cuatro años las cosas pueden cambiar mucho. Primero podemos casarnos.

—¡Ya lo sé! Tú crees que no viviré cuatro años. Pero yo te digo que si No me moriré antes de que salga Basil. Tampoco esta vez me he muerto. Haré todo lo posible para conseguir su libertad en cuanto pueda y el día que salga me iré con él. Ya ves que no puedo casarme contigo.

—Estoy a punto de plantar tulipanes en el jardín —dijo Bryant, como si no la hubiese oído—. Me ilusionaba pensar que tú me ayudarías a escoger los colores. ¡Qué tontería! —exclamó de pronto, y apartándose de la ventana, se acercó decidido a la cabecera de la cama—. No pienso en tu muerte. Tal vez moriré yo antes. Esto es lo que temo. Soy viejo, Doris; no lo olvides. Para mí significarla mucho poder vivir contigo un par de años. Soy ya muy parco en cuestión de tiempo. Creo que podríamos correr el riesgo. Cásate conmigo y ya veremos lo que sucede.

Doris quiso atraerse a «Joujou», que se resistió hasta que, describiendo un arco gracioso, fue a parar a una mesa en el otro extremo de la habitación. Doris reflexionó. Allí estaba el viejo Bryant en posición cómoda, pero siempre correcto, inspirando cariño y confianza.

—Ya sé que has ultimado muchos tratos en tu vida —murmuró. Se echó a reír algo turbada y la risa despertó un eco punzante en el corazón—. Pero este será el más arriesgado de todos.

—Lo sé —dijo él, de buen talante—. Pero tú nunca te has dado cuenta de que estoy enamorado de ti, si es que me permites emplear esa palabra de mal tono. Y todo Nueva York te tiene por una mujer experta en cuestiones de amor. Nunca me he preocupado tanto por una mujer como me he preocupado por ti durante estos últimos ocho años.

Doris se echó a reír.

—Es bonito lo que estás diciendo —murmuró.

«Es el auténtico Bryant —pensó—. Uno de los cinco o seis reyes de nuestra época. Lo ha perdido todo, pero conserva el buen gusto y la dignidad».

—¿Te preparo una taza de té? —preguntó Bryant al ver que ella se estremecía.

—No, gracias —dijo, distraída.

«¿Qué va a ser de mí? —pensaba—. Una casita en Nueva Jersey, un cochecito, una pequeña renta. Tulipanes en el jardín...».

—¿Jugaremos al *bridge* por las noches? —preguntó, con un poco de cinismo.

«El doctor Williams se equivoca; vivirá más de seis semanas», pensó Bryant al oír sus palabras.

—No te lo puedo prometer —dijo él también sonriendo.

Hubo un silencio. «Joujou» sé acercó sumiso; de pronto, cogió con la boca el reloj de la mesita de noche y huyó con su presa. Era un animal capaz de reír cuando le salía bien alguna de sus jugarretas. En un rincón, se reía entonces con su juiciosa cara de zorro, después de haber mordido a su gusto el reloj.

—¿Qué decides? —preguntó Bryant.

—Si quieres correr el riesgo... —murmuró Doris, después de una vacilación imperceptible.

El viejo Bryant cogió su mano que yacía sobre la cama, se inclinó y besó a Doris. Sus labios eran cálidos y firmes. Olía a jabón de afeitar. Después de los ademanes dramáticos de la ópera, Doris descansó con el alivio cariñoso de aquel beso.

—¿Puedo preparar el té? —preguntó él. Doris, con los ojos vueltos a la luz de la lámpara, contestó, abstraída:

—Te lo agradeceré mucho.

XXIV

Un pájaro grande con alas de un gris pálido, se remontó del agua cuando el barco entró en el pequeño puerto de Patikala. Era mediodía y relucía el aire claro. No se veía en el mar ni una canoa. Las colinas que había detrás de la aldea y las palmeras que bordeaban el arroyo parecían más bien plateadas que verdes bajo el sol. Las copas oscilaban a impulsos del viento con una indolencia severa. Se acercó una canoa indígena, tripulada por dos muchachos morenos que llevaban unas flores rojas debajo del pañuelo blanco ceñido a la cabeza. Dos hombres blancos iban de pie en la canoa y llamaron a otros dos vestidos con el atuendo de los trópicos, que estaban asomados por la borda.

Doris miró de soslayo la cara de Basil. Tenía una expresión de arrobada curiosidad que le hizo sonreír conmovida. Él no la miraba; sus ojos estaban fijos en el puerto, pero no había soltado ni un momento la mano de Doris, que tenía tan fuertemente cogida que hasta le hacía daño. Un hombre, con una gorra blanca que desde Tahití había intimado algo con ellos, se acercó.

—Nosotros, los simples mortales, hemos de esperar hasta que la alta oficialidad esté en tierra —dijo jovialmente. Aludía a los dos franceses que bajaban la escalerilla para embarcarse en la canoa que tripulaban los dos indígenas—. El *Papeeté* es el barco judicial que recorre estas islas.

La canoa de los indígenas comenzó a alejarse despacio del vapor y Doris hasta entonces no se dio cuenta de que las máquinas se habían parado. El buque parecía resbalar suave y silenciosamente. Unas sacas de correspondencia fueron cargadas en un segundo bote que se había acercado. Dos niños gritaron algo en un francés indígena incomprensible. En la playa, que se encontraba entonces a unos cuatrocientos pies se oía un clamor rítmico. Delante de los cobertizos blancos y de los almacenes había un grupo de isleños, delgados, con largas piernas, vestidos con chaquetas blancas y taparrabos. Hacía calor, pero menos que durante la travesía.

—¡Hasta luego, en el hotel! —gritó el hombre de la gorra blanca, abriéndose paso entre los marineros que manipulaban cables y cadenas.

Doris volvió a fijarse en el rostro de Basil, en aquel rostro querido, de facciones vigorosas, con trazas de aflicción y con una sonrisa nueva. Suavemente, para sacarlo de su abstracción, desprendió su mano de la suya.

—Creo que ya podemos bajar —dijo cariñosamente.

Él sonrió como si despertase de un sueño y empezó a ocuparse del equipaje llevaba dos baúles: él de ella, negro, y otro nuevo, pesado, cubierto de lona, parecido al de un viejo turista cosmopolita. Basil volvió a coger la mano de Doris «las dos manos juntas humeaban en la cálida atmósfera». El aire plateado temblaba sobre el agua. «Me va a dar un vahído», pensó Doris al empezar a bajar la escalerilla, pero no le sucedió nada. «Todo va bien —se dijo—. Ya me he librado de mis molestias». Basil bajó tras ella con la maleta de Doris y la máquina fotográfica. Después de haber

desembarcado dejó ambas cosas en el suelo y volvió a coger la mano de Doris, que no comprendió si era para protegerla o para buscar amparo.

En el puertecillo de desembarco había un francés, tocado con un salacot y con una insignia en la chaqueta blanca. También había un indígena con un viejo paraguas negro abierto sobre él.

—Les esperan en el hotel —dijo el empleado, Inclinándose—. Espero que la estancia en nuestra pequeña isla les será agradable —añadió mirando a Doris con admiración.

El suelo oscilaba levemente bajo los pies de ella cuando dio los primeros pasos. Volvió la cabeza para mirar a Basil, que la seguía entre las dos hileras de estacas que señalaban el camino de la playa. El oficial francés del puerto continuaba en el mismo sitio con la mirada fija en Doris. Ella le dedicó una de aquellas sonrisas que destinaba al público y lo olvidó instantáneamente. Dos cerdos grises, con las patas desmesuradamente largas pasaron corriendo y saltaron alborotadamente por encima de la cerca de estacas. Doris no sabía el nombre de las flores que florecían al borde del camino. El olor de la isla exótica era el mismo que había percibido en la vacuidad de sus frecuentes sueños: humo de leña, perfume de una dulce flor exótica, frutos tostados y el olor de sal y marisco que llegaba del agua.

«Vito aún», pensó Doris. Pero más que un pensamiento era una sensación dominadora de triunfo.

Basil era libre. Estaban juntos en la isla. Nada más podía sucederles.

En el hotel les esperaba el dueño, un chino vestido a la europea.

—La señora ha escrito —dijo solícitamente—. Me alegro de que haya escogido nuestra isla. Patikala es muy hermosa. No hay serpiente; es muy hermosa. Quien viene una vez vuelve siempre. Hemos reservado la habitación grande para *madame et messieur* —añadió como un parisiense, y los guio hasta la última puerta de la veranda.

Cuando el dueño se hubo marchado, Basil se acercó a Doris, que estaba de pie en medio de la habitación y, dulcemente, la estrechó en sus brazos.

—Doroschka, Doroschka... —murmuró, y su voz sonó como en otros tiempos.

—No has dicho una palabra desde hace cuatro horas —dijo Doris, risueña.

—Siempre he tenido la costumbre de estar callado mucho tiempo, ¿no te acuerdas? —contestó él también, sonriendo. Doris, solícita, le aseguró que lo recordaba muy bien. Un muchacho con las piernas al aire y la cara alegre les subió el equipaje y les ayudó a sacar las ropas. Después les proporcionó dos altos jarros de agua fresca. Les indicó un rincón del dormitorio, donde había como un desagüe en el suelo y dejó allí los jarros. Doris no entendió lo que decía, pero Basil le contestó en francés y el muchacho se llevó la mano a la boca para ocultar la risa, lo que debía de ser una extrema cortesía, y se marchó.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Doris, sonriendo.

Se asomó a la ventana y respiró profundamente. El aire era ligero, a pesar del

calor, y le sentaba bien.

—Se ha ofrecido para echarle el agua y yo le he explicado que prefiero ayudar yo mismo a mi mujer para bañarse —contestó Basil.

Sonreía. Había aprendido otra vez a sonreír. Día por día se había notado un cambio en él durante el viaje.

Doris, como quien recuerda una pesadilla, recordó las primeras noches en el barco que los llevaba al Pacífico. El decaimiento del infeliz, su llanto que se quebraba en sollozos, su odio a todo el mundo, a ella misma, y su misantropía casi de loco. Y después, la transformación perceptible día por día. Doris levantó los ojos hacia él. Estaba colocando la ropa sobre la cama. Se había quitado la camisa y tenía el pecho desnudo, con la múltiple vivacidad de los músculos.

—¡Qué moreno te has puesto! —dijo, pero que— riendo decir mucho más.

—Tú también —contestó Basil. Dio la vuelta a la cama y la besó. A ella le pareció absurdo en aquellos instantes el pensamiento de su enfermedad y del riesgo de morir antes del indulto de Basil. Se sentía llena de vida y de fuerzas.

—Ahora, *madame*, va usted a darse un baño frío —dijo, imitando el francés áspero y pueril de los indígenas.

Doris se echó a reír porque la imitación era perfecta. Y Basil siguió la comedia.

A la caída de la tarde se sentaron cómodamente en la veranda. El hombre de la gorra blanca había llamado a la puerta de su habitación para decirles que no era cosa de dejar pasar el día de la llegada a Ja isla sin ver el espectáculo de la puesta del sol. Con el cuerpo abandonado en las mecedoras disfrutaban de un poco de frescor, mientras en la lejanía, por encima del mar, se desarrollaba un espectáculo soberbio en tonos rojos de cobre, verde manzana y púrpura. Doris, sin darse cuenta, comenzó a murmurar una canción. Era algo de Schubert: «El mar brilla hasta muy lejos...».

Como los otros huéspedes, Basil tenía a su lado, en el suelo de la veranda, un vaso de *whisky* y soda. Sus ojos parecían cerrados, pero Doris sabía que la estaba mirando con una atención concentrada. Era asombroso ver cómo los ademanes, las palabras y la expresión volvían a ser las del auténtico Basil.

Se oyó en la aldea como un llanto ostensible de muchas voces. Una joven, con el aspecto de una mestiza, atravesó la veranda y desapareció entre unas matas de hibisco.

—El Tribunal se ha reunido —dijo el hombre de la gorra blanca, sin moverse—. Maui ha matado a mujer por celos y cree que tenía derecho a hacerlo. ¡Cómo se lamentarán los suyos si le condenaran!

Basil se meció todavía un rato. El llanto enmudeció y después volvió a oírse. Basil preguntó:

—¿Y qué le harán?

—Destierro y trabajos forzados. Los franceses tienen en una de sus islas una especie de colonia presidio para los indígenas —dijo el hombre, con indiferencia. Sin duda alguna era inglés.

—¡Pobre diablo! —murmuró Basil, y volvió a mecerse.

Era curioso que ni él ni Doris sintieran repercutir algo de su propio destino en el del pobre Maui...

—¿Van a quedarse aquí mucho tiempo? —preguntó el inglés—. Soy el doctor Higgins, el que les facilitará la quinina cuando la necesiten. En verdad, no hay mucha malaria, pero después de la estación de las lluvias conviene precaverse. El agua del arroyo pueden beberla, pero la de la fuente han de hervirla antes. Yo he logrado que los muchachos de color que sirven en el hotel lo hagan así, pero no les aconsejaría que se quedaran a vivir en el hotel.

Basil contestó que pensaba comprar o alquilar un bungalow. Higgins les dio una idea.

—Podrían alquilar la casa de Bragnol —dijo—. Tiene una buena orientación, está bastante alta y dispondrán de una especie de cuarto de baño. Bragnol disfruta de un año de permiso y está en Europa. El Gobierno francés se porta muy cuerdamente con sus funcionarios.

El sol ya se había ocultado. Cuando Doris volvió a levantar los ojos era de noche. Sonrió a Basil en la oscuridad y él correspondió con otra sonrisa. Con una intensidad que le llenaba de júbilo, gozaba al ver que estaba junto a ella y entonces para siempre, que le comprendía y que sus pensamientos coincidían. Basil, una vez más, se había quedado silencioso.

—Bueno —dijo el doctor Higgins—. He de volver a mi casa. Vivo allá arriba —puntualizó, señalando la noche de los trópicos, esa noche que llegaba súbitamente henchida de cantos—. Nos veremos con mucha frecuencia. Siempre que necesiten algo de mí, me tienen a su disposición. —Ya en la escalera de Ja veranda, retrocedió.

—Les aconsejo que se pongan una faja de franela en el vientre hasta que se acostumbren a nuestras noches. Si no lo hacen, se exponen a un dolor de vientre. La isla da la impresión de calurosa, pero a veces el fresco hace diabluras. Hasta la vista.

Con estas palabras se lo tragó la noche y solo se oyó durante unos momentos su paso por la arena. Después, ni siquiera el paso.

—¿Es esto tal como lo imaginabas? —preguntó Doris, rompiendo el silencio, que empezaba a hacerse pesado. Basil se arrodilló junto a Doris y apoyó la cabeza en su regazo, como un animal que buscase cobijo. Doris acarició su nuca en la que empezaba a despellejarse la piel quemada por el sol y dirigió la vista a la oscuridad. Como el cielo brillaba sobre la negrura del puerto, empezaban a destacarse ya las siluetas de las palmeras y de las casas—. Es gracioso ya no nos peleamos —murmuró, conmovida, y al levantar él la cabeza, sintió en el rostro la ráfaga de su aliento.

—Ahora te quiero —dijo Basil en la oscuridad.

—¡Mentiroso! —contestó ella. Cada una de estas palabras sin importancia estaban llenas de dulzura y de felicidad—. Pronto saldrá la luna —añadió, perezosamente.

—¿Se te ha ocurrido pensar alguna vez que siempre se echa algo de menos aun estando los dos juntos? —preguntó Basil.

Ella sonrió. Los enamorados son felices con conversaciones así.

El dueño del hotel salió a la veranda y colgó una lámpara de acetileno, una lámpara pesada y negra le daba una luz blanca y cruda, como Basil había ya visto en el Norte de África. Inmediatamente acudió un enjambre de pequeñas mariposas que chocaron contra la lámpara y entre sí. El rostro de Basil parecía blanco a la luz del acetileno. Tenía los labios apretados, formando una línea enérgica y dolorosa, no exenta de belleza.

—¿En qué piensas? —preguntó Doris.

—¿Te has fijado en la línea de los hombros del muchacho que nos trajo agua? —dijo Basil—. Exactamente como un egipcio. Y su clavícula no se mueve primero hacia abajo y después hacia arriba como en nosotros, sino al revés.

—¿Vas a utilizarlo como modelo? —preguntó Doris, una vez vencido un segundo de celos.

Basil movió la cabeza.

—Creo que eso se acabó —dijo únicamente.

Apareció el dueño.

—*Monsieur et madame sont servis?* —dijo.

Basil se levantó, se estiró y tendió la mano a Doris para ayudarla a levantarse, deslizando antes la mano a lo largo de su brazo. Aquel contacto le llenó de nostalgia y de felicidad. En la aldea se había trocado en canción lo que antes había sido llanto, pero la canción resultaba todavía más triste. La salmodia de mil grillos rasgaba el ambiente tranquilo.

Doris entró en el primitivo comedor del hotel. Una gran lámpara de petróleo colgaba encima de una larga mesa. Sus únicos acompañantes fueron dos hombres que les hicieron un par de preguntas por pura curiosidad y que, después de la cena, se pusieron a jugar una partida de ajedrez. El dueño les explicó, con tono confidencial, que eran los representantes de la Compañía propietaria de las plantaciones de azúcar del interior de la isla. Doris se admiró por un instante de que hubiese un más allá en la isla, porque en su imaginación era muy pequeña y limitábase a lo que ella conocía: el puerto, el hotel y el arroyo bajo las palmeras nocturnas.

Zumbó un coche no se sabía dónde y después gritó un pájaro que tenía voz humana.

—Ven, vamos a dar un paseo —dijo Doris cuando el muchacho de los hombros bien formados, que entonces supieron que se llamaba Mataota, comenzó quitar la mesa.

—Tengo pereza —murmuró Basil, desperezándose.

—¡Levántate, gandul! —dijo Doris.

¡Qué delicia poder bromear otra vez, decir tonterías y reírse de uno mismo! Basil terminó por ponerse de pie y ella, después de haber atravesado la veranda, lo guio por

entre los arbustos hasta donde el arroyo se precipitaba por la ladera de las palmeras.

—Mira las estrellas —dijo Doris.

Pero Basil no levantó los ojos a más altura que la de su cuerpo.

—¿No estás cansada? —preguntó.

A él le zumbaban los oídos de fatiga. Doris se echó a reír al oír la pregunta.

—Tengo fuerzas gigantes —y se puso a cantar—. No conozco el cansancio.

—Eso es cierto —dijo Basil, admirado. Doris no había sentido ninguna molestia durante la travesía, mientras él tuvo que pasar en su camarote los dos días de tormenta.

El fresco se notaba más a medida que se acercaban al arroyo. Dos grandes murciélagos cruzaron por encima de sus cabezas. Empezaron a oír el murmullo del agua, un rumor paradisíaco en el conjunto del paisaje de los trópicos. La hierba, alta y espesa, que rozaba sus manos al andar, estaba fresca y húmeda por el rocío. En la aldea seguían cantando y entonces un acompañamiento sordo se había unido como un ritmo de palabras.

A Doris no le parecía internarse por un sitio terrenal, sino por una nube suspendida entre ella y el sendero por el que caminaban bajo la noche fantástica. El ambiente era a cada momento más brillante y sonoro. De pronto vieron la luna en el cielo, clara y blanca como un reflector que acabasen de encender. Doris contempló cómo se remontaba por detrás de la colina. Aquello ya no parecía ser realidad. «Volveré a cantar», pensó, pero al querer expresar su pensamiento cambió de idea.

—Tú volverás a hacer esculturas —dijo.

Basil se volvió con vehemencia hacia ella y se detuvo.

—Precisamente estaba pensando en eso —murmuró—. Quiero hacer una tuya. Aquí, seguramente, habrá barro o algo parecido. Hacen envases con una tierra roja. ¿No te has fijado? —y antes de que Doris saliera de su admiración al ver con qué espíritu práctico se daba cuenta de lo objetivo y lo relacionaba, añadió:

—O tal vez encuentre piedra arenisca. Mañana veremos qué comunicación hay o qué medios hay para ir al interior de la isla.

El sendero terminó bruscamente en medio de la maleza y Doris se cogió al brazo de Basil. Él la enlazó con el brazo el talle, como para ampararla.

—Aquí hay un puente —oyó que decía.

Durante unos segundos de ensueño, a Doris le pareció hallarse en Baxterville, de noche camino del penal. También las cunetas olían a hierbas y a caña como aquella exótica orilla del arroyo. Todo era como un sueño: el pasado y el presente.

—Cógete a mí —dijo Basil, y la llevó al puente, que era un simple entrelazado vegetal elástico, que empezó a mecerse bajo su peso como un columpio.

En medio del puente se detuvieron y se besaron. «¿Por qué no era posible hacer durar este instante?», pensó Doris. Era la felicidad, la completa felicidad que flotaba, que vibraba en el ambiente. Era como un grado de elevación imposible de sostener mucho tiempo, como la nota más alta de un aria. Basil pareció haber adivinado sus

pensamientos.

—Ahora será siempre así —murmuró.

Por encima de ellos, detrás de los árboles, flotaba la luna en un cielo inmenso, lleno de estrellas desconocidas. Dos aros, dos grandes círculos de planta oscura la acompañaban alrededor de su disco esplendoroso.

La casa de Bragnol, que alquilaron dos días después, se hallaba enclavada en el promedio de la colina en cuya ladera se esparcían las casas de los pocos europeos que vivían en la isla. Estaba rodeada de matas de hibisco que daban flores de siete colores distintos y, por la noche, el aroma de «frangipani» entraba por las ventanas abiertas, provistas de mosquiteros. La casa tenía una ancha galería con techo de lianas, a la que daban todas las puertas. Las patas de las camas descansaban en vasitos llenos de petróleo y la vivienda se asentaba sobre cortas estacas, como defensa contra las hormigas. Basil se reía cuando comentaba el pulular de vida de cada centímetro de aquel mundo tropical y ante las zozobras de Doris por los animalitos que encontraba por todas partes.

—A «Joujou» le habría gustado esto —dijo.

—Iremos a África por otro «Joujou» —contestó Basil.

A Doris le gustaban esas conversaciones, porque trascendía de ellas un eco de seguridad y de porvenir.

Los primeros días desplegó una gran actividad arreglando la casa, que encontró amueblada con la modestia propia de un funcionario francés al que le satisface la colonia como la emoción de una aventura. Solo dejó el cuarto de los niños tal como estaba. Los Bragnol debían de tener un niño, a juzgar por los juguetes destrozados y recompuestos que encontraron en una antigua caja de azúcar. Un casco de soldado francés, un fusil de madera y una estrella de mar perdida entre aquellos cachivaches. Doris trató de imaginarse al niño de los Bragnol. En el comedor había una fotografía horrible de la familia, pero en ella el niño llevaba todavía pañales y su madre, desgreñada lo tenía en brazos. «¿Un hijo? —pensó Doris, sentada en la habitación con las manos cruzadas, mirando el cajón de azúcar—. ¿Y por qué no?».

Aquel era un pensamiento completamente nuevo, además de desatinado, porque hacía solamente ocho semanas que Doris había temido morir en el tren en el viaje de Nueva York a San Francisco. Miró sus manos cada día más morenas. El pulso era el mismo, regular y plácido. Su corazón se portaba bien. No sufría congoja alguna al respirar el aire plateado de Patikala y ya no le atenazaba el pecho aquella mano invisible que era la amenaza de un desenlace próximo.

Aquellos primeros días trabajó mucho sin sentir cansancio y aunque el suelo le parecía, bajo sus pies, elástico y vacilante como una nube, ya se había acostumbrado a este fenómeno. Probablemente era un nuevo pormenor de todo lo inverosímil y venturoso que le estaba sucediendo.

—Camino sobre nubes —anunció a Basil, riendo.

Él la levantó en alto y la llevó en brazos por lo que llamaban el jardín, entre las

matas de hibisco.

Doris guisaba en su original fogón, con la ayuda de una sirvienta nativa, que gorjeaba continuamente, llamada Antoinette, cuyo vestido sin mangas se empapaba de sudor y olor a guisado.

Basil llevó a Doris en coche al interior de la isla, en busca de barro y de piedra arenisca. El doctor Higgins puso a su disposición su coche, un cacharro inverosímil, y recorrieron carreteras que no parecían haber costado mucho al Gobierno francés. Doris cantó entre dientes durante la excursión y se dio vividamente cuenta de todos los minutos vividos al lado de Basil, sintiéndose completamente dichosa. Bastó una semana en la isla para que empezaran a borrarse los años que habían dejado atrás.

No encontraron ni barro ni piedra arenisca, y Basil pareció muy satisfecho de no haber hallado al fin que buscaba. Doris tampoco insistió sobre el asunto. A ella también le producía aprensión el pequeño piano que los Bragnol habían dejado en la sala. De todos modos, la idea de volver a cantar surgía en ella cada día con más intensidad. La isla era un buen sitio para recobrar la salud y olvidar. Después, probablemente, volverían a la vida que habían dejado.

El doctor Higgins se presentó, invitándose él mismo, con una botella de auténtico Haig & Haig. Se informó de la salud de la pareja e intentó averiguar quiénes eran y sus propósitos. Basil, ante los ojos divertidos de Doris, se convirtió en una especie de Gauguin. Empezó a hablar con expresiones técnicas de los impresionistas, de la arena roja y de las sombras azules, afirmando que aquella isla era precisamente lo que necesitaba para su desenvolvimiento artístico.

El doctor se retiró apabullado. Los habituales visitantes de la isla solían ser únicamente personas en relación con el Gobierno francés o compradores de *copra*^[49].

—Tendremos que hacer visitas —dijo Doris.

Era el último vestigio de la educación social de la señorita Butcher.

—En el paraíso no se hacen visitas —contestó Basil. Estaba sentado al pie de una palmera, examinando una nuez de coco verde que había dejado abierta el sol. Antoinette había dicho que al cabo de tres horas se producía en su interior un líquido ¡con poder suficiente para emborrachar a seis hombres! Doris sintió deseos de levantarse, de acercarse a él y besarlo, pero no lo hizo. Temía malgastar el amor demasiado de prisa. Basil se reía con buen humor—. ¿Verdad que te imaginas el amor como un gran pastel del que no se puede comer sin que disminuya? —preguntó—. Confiésalo, ¿no te figuras así el amor?

Doris coreó su risa.

—No —dijo—. No me lo imagino precisamente como un pastel, pero sí como la lima que llegará a su menguante no sabemos cómo, pero infaliblemente.

La risa de Basil aumentó al oír sus palabras. Antoinette salió de la cocina y se unió a sus risas, sin saber de qué se trataba.

Todas las noches bajaban de la colina para pasear a lo largo del puente. En el oscilante columpio vegetal se detenían irnos minutos, apoyándose el uno en el otro, o

separados, pero cogidos de la mano. Después, hasta la casa que encerraba su felicidad a manera de un caparazón o de una concha, desandaban lo andado. La luna estaba en menguante y Doris dijo con tono de reproche:

—¿Ves? ¿Ves?

Basil empezó a reírse, pero después preguntó, ya serio:

—¿Cuánto tiempo hace que estamos aquí? Al cabo de unos momentos habían sacado la cuenta: doce días, incluido el de llegada. No tenían noción del tiempo; les parecía que estaban en la isla desde siempre y al mismo tiempo que era tan corta su permanencia en ella que no conseguían aún distinguir a los indígenas entre sí. Por la noche se oía el redoble del tambor y llegaba el doctor Higgins, bebía en abundancia del *whisky* que había regalado y les daba noticias.

—Maui no ha podido evitar que lo condenen a muerte.

—¿Quién es Maui? —preguntó Basil.

Se había adiestrado en el trenzado de una especie de estera de hojas de palma. Antoinette le iniciaba en las artes de la isla y ya no se acordaba de que hubiese considerado indigno de un hombre el oficio de colchonero.

—Ya se lo conté. El hombre que mató a su mujer —contestó Higgins.

Basil interrumpió su trabajo y Doris le dirigió una rápida mirada. Basil abrió la boca, pero la cerró sin haber dicho nada y la línea de los labios, obstinadamente cerrados, se hizo más profunda. Dos trazos profundos cortaban sus mejillas, ensombrecidas, y Doris no podía mirarlas sin un sentimiento vehemente de cariño y de piedad. Y esto no era nuevo, procedía de cuando, por primera vez, se encontraron en la escalera de la casa de la calle Cincuenta y Seis.

—Eso que llaman justicia es una comedia —dijo Doris, acudiendo en su ayuda.

—Exacto, pero el Gobierno tiene que hacer un escarmiento de vez en cuando para que los indígenas no crean que pueden degollarse entre sí cuando les parezca —observó Higgins.

Agitó la botella de *whisky*, bostezó y se marchó. Cuando se quedaron solos, Basil permaneció media hora callado, abstraído, con su tejido de palma; después lo rompió y lo tiró a un lado.

—Creo que voy a empezar a dibujar —dijo de pronto.

En el primer barco de Tahití llegó una carta de Bryant, padre. El cartero era un viejo con una barbilla gris de chivo y rasgos mogólicos. Se inclinó, se frotó su nariz chata de bestia y dijo, mejor dicho cantó una larga salmodia que Doris aceptó como serie de bendiciones hacia ella destinada. Basil salió de la habitación con el semblante hosco. Tenía celos del aire, de los lagartos que corrían por la pared, de las flores que ella prefería, de los sueños de Doris y de cualquier persona que hubiese demostrado alguna atención por ella mientras él estuvo preso.

«Querida Doris» —escribía Bryant—. Esta carta te dará la bienvenida al llegar a la

patria electiva. Ya sabes lo que tú me preocupas y por esto te agradecería que me pusieras un cable para tranquilizarme respecto de tu salud. Me habría gustado que hubieses escogido un sitio más próximo. Pero la voluntad del hombre es su cielo y confío que lo halles en tu isla, cuyo nombre me cuesta pronunciar. Pocas novedades puedo contarte. El cornejo intenta tímidamente florecer, la temporada teatral ha sido buena y los; trajes de las mujeres son más presuntuosos para mis ojos profanos. Echo de menos a «Joujou», y creo que tendré que comprarme un perro para animar un poco la soledad de mi casa. Pero aún no me he decidido. Franklin ha venido una vez a verme. Está haciendo una especie de cura de abstinencia. Te manda recuerdos. No he vuelto a la ópera.

»Ahora quisiera darte las gracias por el tiempo que me dedicaste. Fueron los dieciocho días más preciados de mi vida. Pero tal vez eres demasiado joven para comprender esto.

»Tampoco quiero ponerme sentimental ni excitar el sentimentalismo. Solo espero que Aquel que en última instancia rige sobre nosotros, te conduzca sana y salva y puedas vivir en lo sucesivo tan feliz como me lo hiciste a mí, un viejo egoísta».

Doris dobló la carta y la metió entre las páginas de un libro que había encontrado en la estantería de los Bragnol: «Fauna y flora de las islas de Reunión». Era un libro pasado de moda, con figuras de flores y animales tan pedantes como chillonas y exageradas. Después permaneció un rato en la veranda con una mano sobre la otra, contemplando la pequeña bahía que formaba el puerto donde tres lanchas pequeñas intentaban hacerse a la mar. Antoinette cantaba en la cocina una melodía ininteligible. Cuando dejó de cantar, reinó tal silencio que Doris oyó el rumor de las alas de un pájaro azul que se remontaba al cielo.

Dos días después, Basil anunció que iba a intentar hacer un dibujo de Doris. Esta había pasado dos días desasosegada y le había instado y animado para que hiciese algo.

—No es natural que te pases el tiempo sentado junto a un montón de nueces de coco verdes, esperando que fermenten.

Por lo demás, poco éxito había tenido con las nueces de coco y a nada conducía el trenzado de esteras. Basil había ido a la aldea y comprado una hamaca a una vieja que las vendía, y la ató fuertemente entre dos postes de la *veranda*^[50]. Doris tuvo que resignarse a acostarse en ella.

—Tienes el aspecto cansado. Es preciso que descanses —dijo Basil.

—Yo no sé lo que es estar cansada —contestó Doris.

Le parecía hallarse en condiciones de vivir en continua actividad, de hacer muchas cosas, de estar en todo y no perder detalle. Sí, volvía a experimentar la antigua sensación, el miedo de que pasaba el tiempo y de que lo más importante quedaba por hacer. A pesar de su deseo de seguir adelante por aquella tierra oscilante

y nebulosa, Doris obedeció la orden de Basil y se dejó llevar hasta la hamaca.

—¿Qué te pasa? —preguntó él, al darle uno de sus fugaces y locos besos.

—Nada. ¿Qué quieres que me pase? —contestó ella.

Se acomodó en la hamaca, mientras Basil entraba en la casa de la que volvió provisto de papel y lápiz. Pero no empezó a trabajar inmediatamente. Se agazapó en la esterilla y levantó los ojos hacia Doris. Las grandes sombras dentadas de un árbol del pan jugaban en su rostro.

—La escala de colores es disparatada —dijo—. Tienes la cara morena y los párpados violeta y también los labios —añadió, escudriñándola atentamente.

—¿Gauguin? —preguntó ella, bromeando. Basil no contestó. No apartaba los ojos de ella. Con un estremecimiento de gozo, Doris reconoció su mirada, aquella mirada abstraída y a la vez penetrante de sus primeras semanas en Nueva York—. ¿Cómo quieres que me coloque? —preguntó solícita, y se sentó.

Basil movió la cabeza en señal de impaciencia y no dio muestras de empezar.

—Mejor será que intentes dormir —dijo—. Te he visto dormida algunas veces, no ahora, sino antes... Fue... fue un acontecimiento en mi vida. Ver dormida una persona a quien amamos. Si pudiera dibujar tu cara tal como es cuando duermes, si pudiera..., volvería a tener valor. Comprobaría que el presidio no me ha aniquilado del todo.

Era la primera vez que desde su indulto hablaba del presidio. Sus palabras quedaron suspendidas en el aire y su eco resonó un buen rato después de haberlas pronunciado. Doris cerró los ojos con la diligencia de una modelo profesional.

—¿Estoy bien así? —preguntó.

Basil se echó a reír.

—Pareces un niño travieso que finge dormir —dijo.

Ella, entonces, trató de mantener inmóviles los párpados. Basil se levantó y se acercó a ella. Arrimó la mejilla a sus ojos para recibir la caricia que ella inventó una noche, como tantas parejas antes que ellos. Hizo que sus pestañas rozaran la mejilla de Basil, como dos cepillitos móviles.

—Esto es lo que los americanos llaman un beso de mariposa —murmuró Doris.

Desde su llegada a la isla se hablaban siempre en francés. Basil se separó súbitamente de ella y cogió el lápiz.

—¡Un beso de mariposa! ¡Qué encantador! —dijo, sombrío—. ¿Dónde lo has aprendido?

—Me lo contaron —murmuró Doris en voz baja.

Hubo un silencio angustiados. «¿Habría acariciado así a otros?», pensó él. «Esa caricia no se la he hecho a nadie», pensó ella. Ni el uno ni el otro habrían podido expresar sus pensamientos. Un muro se había levantado entre los dos, un muro etéreo, invisible. Doris echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Sus párpados eran de un color azul oscuro, como las violetas. Sentía latir su corazón. No era que le doliese ni que estuviera alterado. Se daba cuenta sencillamente de que tenía corazón.

Basil cogió con vehemencia el papel y trazó una primera silueta. Doris abrió los ojos y lo miró de soslayo. ¡Cómo conocía y cómo amaba aquel impulso de la mano, aquellos ojos que parecía que se lanzaban sobre una presa!

—¿Es verdad que en el penal solo dibujabas ferrocarriles?

Doris se oyó a sí misma al hacer esta pregunta y en el acto se estremeció, porque el tema era uno de los prohibidos.

—*Tabú* —dijo Basil, con el mismo tono que Antoinette.

Doris también intentó tomarlo a broma.

—¿Soy un círculo o un cuadrado? —preguntó.

Él no contestó.

—No te muevas. Así estás bien —dijo de pronto.

Durante unos minutos reinó él silencio. Se oía él zumbido de los grandes insectos alrededor de los arbustos, y a lo lejos, en el puerto, el ruido regular de un remo chirriando en su horquilla.

—¿Por qué no hablamos de eso? —preguntó Doris con los ojos cerrados.

La hamaca había empezado a moverse, lo mismo que la casa y la isla, un poco, muy suavemente. Basil meditó la respuesta.

—No nos conviene hablar —dijo finalmente—. Acuérdate de la guerra. Nadie podía hablar de la guerra. Fue necesario el transcurso de diez años para que unos pocos hombres abrieran la boca y escribieran un par de buenos libros sobre la guerra. Tal vez pasados diez años yo también podré contarte la vida en el penal...

—Me escribiste una vez que te habían pegado. ¿Fue verdad? —preguntó Doris.

No había abierto los ojos y Basil trazaba línea tras línea en el papel. Doris oía el rasgueo rápido del lápiz y sonreía.

—Sí, me pegaron —contestó Basil de mala gana. Se rio con risa maligna—. Dos veces devolví golpe por golpe —y añadió—: De no haber sido por eso, habría salido antes.

—Sí, habrías salido antes —murmuró Doris. Abrió los ojos. Le parecía que el sol se había alejado; era más oscuro que antes. El árbol del pan tenía las hojas negras, recortadas y más agudas. El árbol se inclinaba hacia ella. Cerró los ojos y vio círculos y círculos negruzcos de un tono irreal.

—Pero todavía saliste a tiempo —murmuró.

—¿Qué dices? —preguntó Basil, que no la había entendido.

—Que todavía saliste a tiempo. A veces tenía mucho miedo de que salieras demasiado tarde. Pero no ha sido así.

—Estás muy bien ahora; no te muevas...

—Somos felices, ¿verdad? —preguntó casi sin voz. El tono era tan extraño que Basil dejó el lápiz y se acercó a ella. Doris se sentó en la hamaca y fijó en él una mirada que le asustó de un modo raro. De pronto, ella, suspiró profundamente, casi pareció un gemido—. No, mecerme no —murmuró con vehemencia—. No, por favor, me da vértigo.

—Doroschka, si no te he mecido —dijo él, confeso.

—Te digo que sí —exclamó Doris, acongojada—. Basta, no lo puedo soportar...
Basta.

Él le cogió las manos precipitadamente y se arrimo a la hamaca para evitar la más mínima oscilación. Doris cerró de nuevo los ojos y se aflojaron sus manos.

—El amor... —susurró con los ojos cerrados y sonriendo— es otra cosa de la que tampoco se puede hablar... Es *tabú*.

—Exacto. Del amor no se puede hablar —afirmó él y volvió a su dibujo.

—Tal vez cuando hayan pasado diez años podrás hablar de cómo nos amábamos.

—Nuestro amor ha durado demasiado para que pueda acabar alguna vez —dijo él—. No acabará nunca.

De pronto, Doris se sentó con los ojos muy abiertos. También abrió la boca. Extendió las manos hacia él con los dedos extremadamente crispados.

—¡Basil! —murmuró—. ¡Basil!

La hamaca había empezado a balancearse y Basil corrió a detener su movimiento. Vio que los párpados de Doris estaban casi negros, que también estaba casi negra su boca abierta y que, debajo de las órbitas, las mejillas empezaban a demacrarse. Antoinette cantaba en la cocina. Un pájaro voló de un arbusto de hibisco con flores rojas a otro de un color amarillo claro. En la bahía rechinaba el remo. Todo era claro, preciso.

—¿Qué te pasa, Doroschka? —gritó Basil—. Mírame. ¿Qué te sucede?

Ella volvió la cabeza y los ojos hacia él, pero no lo vio. Solo veía una especie de niebla: el sol había desaparecido. Una mano muy grande y pesada golpeaba su corazón haciéndolo retumbar como una campana. Después todo se disolvió, y sonrió con los labios marchitos.

—Nada —murmuró. Echó la cabeza hacia atrás y retiró las manos de Basil—. Me da una pena... —añadió en voz baja, pero claramente—. ¡Me da una pena...!

Basil se inclinó sobre su rostro. Se le cayó él lápiz al suelo. Antoinette seguía cantando. Doris tenía los ojos abiertos. Pero estaba muerta.

FIN



VICKY BAUM, (Viena 1888 - Hollywood 1960).

Estudió música en Viena. Sin embargo es conocida como escritora, labor que comenzó a desarrollar en 1914 en sus momentos de ocio. En 1926 transforma esta actividad de esparcimiento en profesión y asume un puesto como redactora de revistas en la editorial Ullstein de Berlín.

Con su novela «Stud. chem. Heleme Willfüer», publicada en 1929, alcanzó la fama y una gran popularidad, siendo a partir de ese momento la escritora de su generación más leída en el área cultural germana. Sus posteriores novelas tuvieron igualmente un gran éxito de ventas, cimentado de esta manera su gran popularidad en Alemania, Austria y Suiza. Su novela más conocida es «Menschen im Hotel». («Gran Hotel»), tema que Hollywood llevó al cine en 1931 con Greta Garbo, como protagonista principal. Otras de sus novelas han sido igualmente tomadas como guiones cinematográficos, como por ejemplo, «Rendezvous in Paris», filmada en 1982 por Gabi Kubach con Claude Jade u «Hotel Shanghai» rodada en 1996 por Peter Patzak.

Vicki Baum fue apreciada de forma ambivalente por los críticos literarios: por un lado la clasificaron como una autora trivial, y, por el otro, como una gran personalidad de la literatura de la lengua alemana, idioma de trabajo que reemplazó en 1937 por el inglés. Durante el Tercer Reich sus obras fueron prohibidas debido a su origen judío.

En 1931 viaja a Estados Unidos, país que le concede la nacionalidad 7 años más tarde, para cooperar en el rodaje de «Menschen im Hotel». Vivió ya el resto de su

vida en Estados Unidos, muriendo de leucemia en Hollywood en 1960.

Otra de sus novelas es *El ángel sin cabeza*, que nos retrata el México del siglo XIX y detalla con acierto las costumbres de la época y el movimiento armado de la guerra de independencia en 1810. Lo grato de este relato es el enfoque que nos da de esta revolución desde el punto de vista del lado español.

Notas

[1] Barrio de artistas de Nueva York. <<

[2] Expresión que significa «fuera de combate». Se dice en boxeo cuando uno de los contendientes deja sin conocimiento o sin posibilidad de seguir peleando al otro... <<

[3] Recipiente metálico en forma de cafetera alta, dotado de una chimenea interior con infiernillo, y sirve para hacer té. <<

[4] Nombre antiguo de Japón usado por algunas dinastías chinas. <<

[5] Cóctel hecho de *whisky*, amargos, azúcar y frutas. <<

[6] Hombres mantenidos por mujeres a cambio de una relación sexual continuada. <<

[7] Aquí está una mujer. <<

[8] Disculpe señora, disculpe. <<

[9] Canción. <<

[10] ¡Oh, querido mío! <<

[11] Cerdo asado. <<

[12] Col agria. Comida típica de Alemania, de Alsacia, de Polonia y de Rusia que se prepara haciendo fermentar las hojas del repollo (col) en agua con sal (salmuera). <<

[13] Para la cocinera. Mezcla de inglés e italiano. For significa «para» y cuoca «cocinera» en italiano. <<

[15] Practicante de los preceptos de la religión judía que trata de que alimentos pueden y no pueden ingerir. Está basado en los preceptos bíblicos del Levítico. <<

[16] Filet mignon es un corte de carne tomado del extremo más pequeño del solomillo de vacuno, usualmente de novillo o vaquilla. Al encontrarse en un menú en Francia, generalmente se refiere a la carne de cerdo en lugar de la carne de res. <<

[17] Pequeña burguesa. <<

[18] Florero. Vaso o vasija para poner flores. <<

[19] ¿Cómo está usted? <<

[20] Se supone se referirá a los kurdos, que es un pueblo indoeuropeo que habita en la región montañosa del Kurdistán, al suroeste de Asia. (N. del E.) <<

[21] Fiesta judía de la Pascua. <<

[22] Un cordero, un cordero. Son las primeras palabras de una canción popular en arameo, que se cantá durante la Pascua. <<

[23] Persona que comercia con ropa, muebles, alhajas y otros objetos usados. <<

[24] Jerga de registro coloquial e informal usada en el idioma inglés. <<

[25] Fiesta desenfadada. <<

[26] Arruinado. <<

[27] Hasta la vista, querida. <<

[28] Del italiano *colorare* que es «colorear, intensificar, animar»). En música hace referencia a la elaboración de la melodía, en concreto en la música vocal y especialmente en la operística. <<

[29] Felicidades. <<

[30] Durante la época romántica, se suelen articular en las partes habituales de los números operísticos: tiempo de ataque, cantabile (en ocasiones a capella), tiempo intermedio y stretta (equivalente a la cabaletta) en que se canta con un ritmo más animado que el de la precedente, llamada cavatina o cantabile. <<

[31] Ácido fénico, fenol. <<

[32] Nada, nada. <<

[33] Tema central; parte importante. <<

[34] Es un término que se utiliza en notación musical para indicar un grado determinado de intensidad del sonido, es decir, un matiz dinámico. La intensidad que señala piano es baja o suave, situándose por encima de pianissimo y por debajo de mezzopiano. <<

[35] Afición grande a un arte, especialmente a la música. <<

[36] En el ámbito de la ópera, prima donna es el término en italiano que se usa para designar a la primera cantante, mujer que desempeña los papeles principales y que generalmente es soprano. <<

[37] Un bistró (también bistrot) es un pequeño establecimiento popular de Francia, donde se sirven bebidas alcohólicas, café, quesos y otras bebidas. Pueden ser también restaurantes de comidas a precios económicos. <<

[38] Se da en zonas áridas y desérticas de la Península Arábiga y el Norte de África. Es el más pequeño representante de la familia de los cánidos, considerado como el mayor mamífero depredador del Sahara.



<<

[39] La soprano soubrette o doubrette es un tipo de voz similar a la soprano ligera, con menor facilidad en el registro agudo. El término procede de las sopranos para las que se escribía la opereta francesa, en general grandes actrices. Raramente estas sopranos siguen siendo soubrette a través de su carrera entera. <<

[40] A propósito (del francés). <<

[41] Responsable de la puesta en escena de una obra teatral. <<

[42] Establecimientos que se dedican a la venta de medicamentos, cosméticos, artículos de papelería, etc. En ocasiones también sirven bebidas y comidas ligeras. <<

[43] Adiós, hasta la vista (en alemán). <<

[44] Adiós, hasta la vista (en francés). <<

[45] La hora de dolor, por qué, por qué, señor... (en italiano). <<

[46] Campos floridos inmensos... (en italiano). <<

[47] Marquesa. <<

[48] Falda amplia acampanada utilizada por las mujeres a lo largo del siglo XIX. <<

[49] Pulpa seca del coco. El aceite de coco se procesa para quitarle la acidez y el color y se usa principalmente para fabricar jabones. Hidrogenado, se usa como manteca en panaderías, chocolate, rellenos de galletas e inclusive en leche en polvo y quesos, además, en una cantidad considerable de alimentos. <<

[50] Una veranda es una galería o porche techado abierto. También puede ser descrita como una galería abierta con columnas, generalmente techada, construida alrededor de una estructura central. A menudo se encuentra rodeada por una baranda y frecuentemente se ubica en el frente o laterales de la estructura. <<